

5

COLECCIÓN LABOR

LA REVOLUCIÓN
FRANCESA

— III —

Prof. ALBERT MATTHIEZ



EDITORIAL LABOR, S. A.

Como una viva proyección de las civilizaciones del pasado y de las obras más selectas y características de la época presente, los Manuales de orientación altamente educadora que forman la

COLECCIÓN LABOR

pretenden divulgar con la máxima amplitud el conocimiento de los tesoros naturales, el fruto del trabajo de los sabios y los grandes ideales de los pueblos, dedicando un estudio sobrio, pero completo, a cada tema, e integrando con ellos una acabada descripción de la cultura actual.

Con claridad y sencillez, pero, al mismo tiempo, con absoluto rigor científico, procuran estos volúmenes el instrumento cultural necesario para satisfacer el natural afán de saber, propio del hombre, sistematizando las ideas dispersas, para que, de este modo, produzcan los apetecidos frutos.

Los autores de estos manuales se han seleccionado entre las más prestigiosas figuras de la Ciencia, en el mundo actual; el reducido volumen de tales estudios asegura la gran amplitud de su difusión, siendo cada manual un verdadero maestro que en cualquier momento puede ofrecer una lección breve, agradable y provechosa: el conjunto de dichos volúmenes constituye una completísima

Biblioteca de iniciación cultural

cuyos manuales, igualmente útiles para el estudiante y el especialista, son de un valor inestimable para la generalidad del público, que podrá adquirir en ellos ideas precisas de todas las ciencias y artes.

D-36.717

COLECCIÓN LABOR

BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

La Naturaleza de todos los países. La Cultura de todos los pueblos. La Ciencia de todas las épocas

PLAN GENERAL

SECCIÓN I
Ciencias filosóficas

SECCIÓN II
Educación

SECCIÓN III
Ciencias literarias

SECCIÓN IV
Artes plásticas

SECCIÓN V
Música

SECCIÓN VI
Ciencias históricas

SECCIÓN VII
Geografía

SECCIÓN VIII
Ciencias jurídicas

SECCIÓN IX
Política

SECCIÓN X
Economía

SECCIÓN XI
**Ciencias exactas,
físicas y químicas**

SECCIÓN XII
Ciencias naturales

SECCIÓN VI : CIENCIAS HISTÓRICAS

VOLÚMENES PUBLICADOS

- La escritura y el libro, por el Prof. O. WEISE. Con 40 figs. y 13 láms. (3.ª ed.).
Prehistoria, por los Profs. HOERNESSEY y BEHN. Con 182 figuras y 31 láminas. (2.ª edición).
Mitología griega y romana, por el Prof. H. STEUDING. Con 60 figuras, 16 láminas y 1 mapa. (4.ª edición).
Historia del Imperio bizantino, por el Prof. K. ROTH. Con 9 figuras, 4 láminas y 3 mapas. (2.ª edición).
Cultura del Imperio bizantino, por el Prof. K. ROTH. Con 33 grabados, 16 láminas en negro y 2 en color. (2.ª edición).
Islamismo, por el Prof. S. MARGOLIOUTH, de la Universidad de Oxford. Con 12 láminas y 1 mapa en color. (3.ª edición).
Ideales culturales de la Edad Media (4 tomos), por el Prof. V. VEDEL. Con 38 grabados, 64 láminas en negro y 2 en color. (2.ª edición).
Cultura del Renacimiento, por el Prof. R. ARNOLD. Con 16 láminas. (3.ª ed.).
Historia de Inglaterra, por el Prof. L. GERBER. Con 60 grabados, 16 láminas y 1 mapa en color. (2.ª edición).
Historia de la España musulmana, por el Prof. ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA. Con 72 grabados, 18 láminas y un mapa. (3.ª edición).
España bajo los Borbones, por el Prof. PIO ZABALA Y LERA. Con 130 grabados y 20 láminas. (3.ª edición).
Historia de Francia, por el Prof. R. STERNFELD. Con 146 grabados, 25 láminas y 5 mapas en color. (2.ª edición).
Historia de Italia, por el Prof. P. ORSI. Con 60 grabados, 16 láminas y 3 mapas en color. (2.ª edición).
España bajo los Austrias, por el Prof. EDUARDO IBARRA. Con 57 grabados, 16 láminas y 2 mapas en color. (2.ª edición).
Europa medieval, por H. DAVIS. Con 7 mapas en color y 16 láminas. (2.ª ed.).
Historia del Antiguo Oriente, por el Prof. F. HOMMEL. Con 44 grabados, 16 láminas y 2 mapas en color. (2.ª edición).
Paleografía española, por el Prof. AGUSTÍN M.ª MILLARES. Con 39 grabados y 103 láminas.
Historia de Portugal, por A. SERGIO. Con 60 figs., 16 láminas y 3 mapas.
La Edad Media en la Corona de Aragón, por el Prof. A. GIMÉNEZ SOLER. Con 92 grabados, 32 láminas y 4 mapas en color.
Historia de Rusia, por A. MARKOFF. Con 60 figuras, 16 láminas y 3 mapas.
Instituciones romanas, por el Dr. LEO BLOCH. Con 63 figuras y 16 láminas.
Historia de Grecia, por H. SWOBODA. Con 63 figuras, 16 láminas y 4 mapas en color.
Historia de Roma, por J. KOCH. Con 137 figuras, 32 láminas y 5 mapas.
Instituciones griegas, por R. MAISCH y F. POHLHAMMER. Con 60 figs. y 16 lám.
Los orígenes de la Humanidad, por R. VERNEAU. Con 25 figuras, 42 láminas en negro y una en color.
Mitología nórdica, por el Prof. E. MOOG. Con 12 láminas.
Las civilizaciones antiguas del Asia Menor, por FÉLIX SARTIAUX. Con 60 láminas y 2 mapas en color.
Historia de Polonia, por A. BRANDERBURGER y M. LAUBERT. Con 27 figuras, 12 láminas y 3 mapas en color.
Heráldica, por ALEJANDRO ARMENGOL. Con 57 figuras y 17 láminas.
Historia de la colonización, I, por GONZALO DE REPARAZ. Con 105 figuras, 16 láminas y 4 mapas en color.
Historia de la colonización, II, por GONZALO DE REPARAZ. Con 30 figuras, 16 láminas y 2 mapas.
Historia de Suiza, por el Dr. ANTON LARGIADÉR. Con 65 figuras, 8 láminas y 2 mapas en color.
La Revolución francesa (3 tomos), por el Prof. A. MATHIEZ. Con 48 láminas.
Los Incas, por A. CAPDEVILA. Con 16 láminas.
Un milenio de vida griega antigua, por E. BETHÉ. Con 16 láminas.
Introducción al estudio de la Historia, por E. BERNHEIM. Con 8 láminas.
Los Mayas, por MÁXIMO SOTO-HALL. Con 138 figuras y 33 láminas.

LA REVOLUCIÓN
FRANCESA

III



COLECCIÓN LABOR

SECCIÓN VI

CIENCIAS HISTÓRICAS

N.º 375



BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

R. 6432

ALBERT MATTHIEZ

Profesor de Historia en la Universidad de París

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

III

EL TERROR

Traducción de la 4.^a edición francesa

por

RAFAEL GALLEGO DÍAZ

B.P. BURGOS
N.R. 6432
N.T. 20819
C.B.
21908
(3)



EDITORIAL LABOR, S. A.

BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO

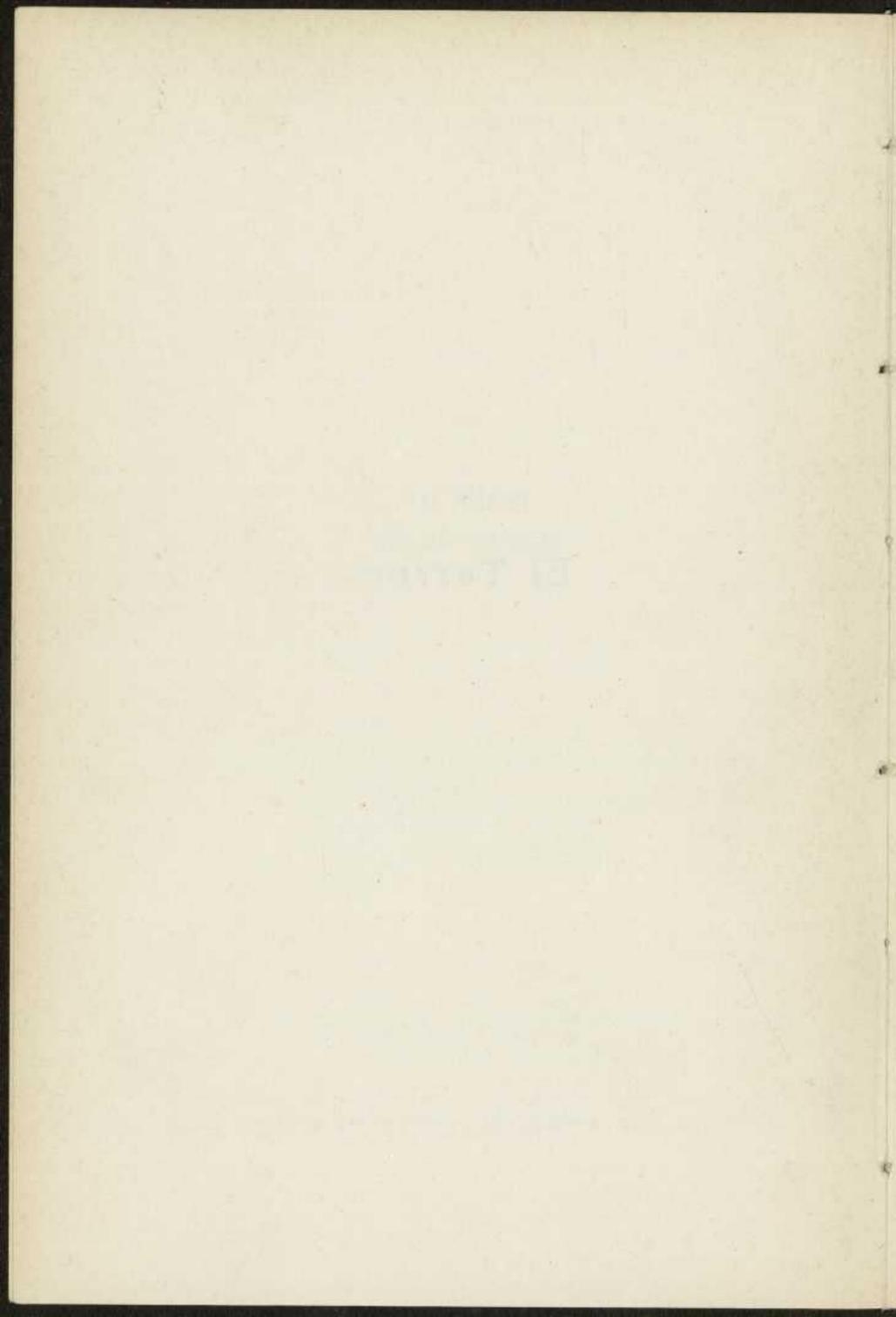
Con 16 láminas

1935

ES PROPIEDAD

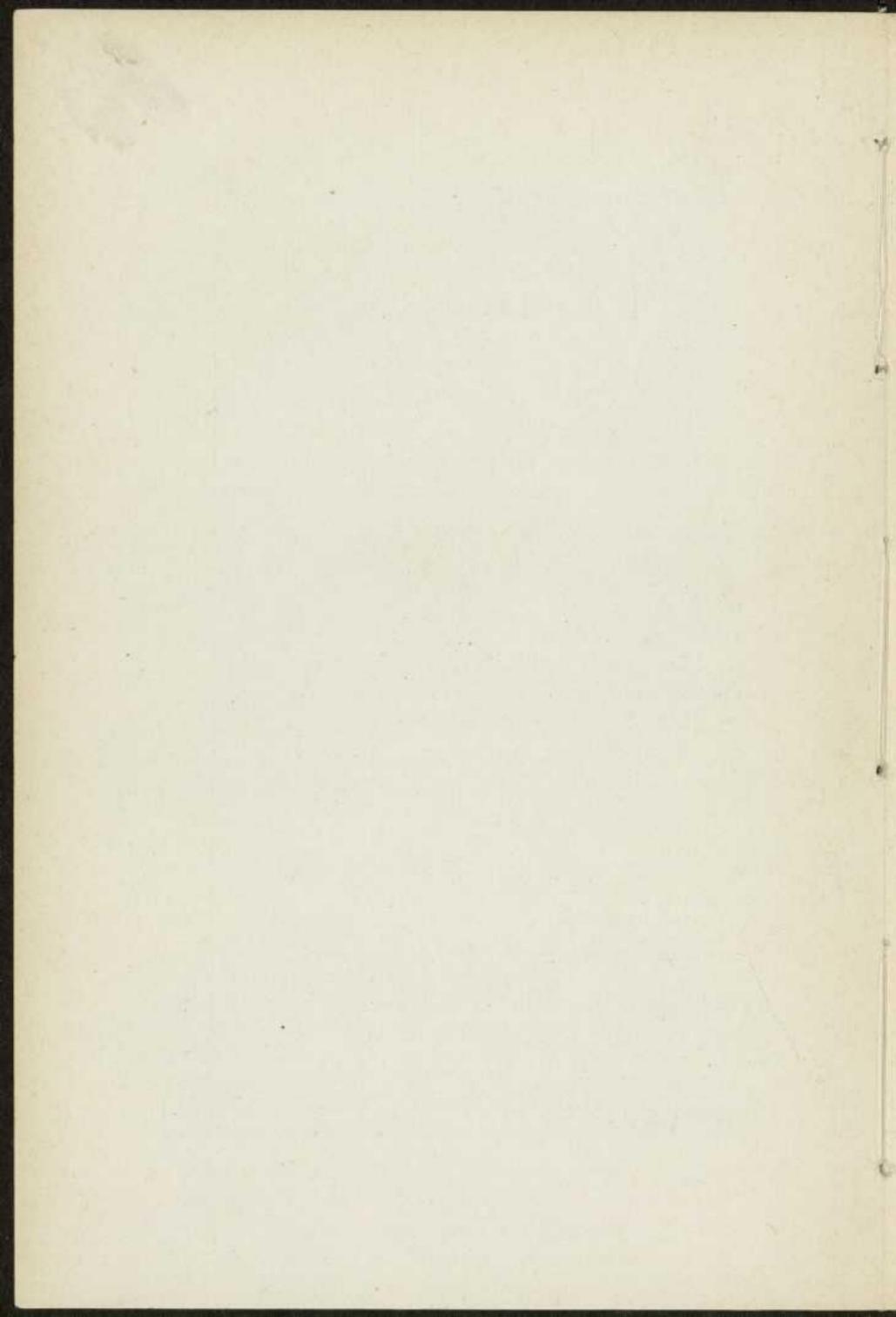
TOMO III

El Terror



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO I	
La revuelta federalista.....	9
CAPÍTULO II	
Los comienzos del gran Comité de Salud pública (julio de 1793).....	23
CAPÍTULO III	
La crisis del mes de agosto de 1793.....	36
CAPÍTULO IV	
La oleada hebertista y el comienzo del Terror.....	52
CAPÍTULO V	
Hondschoote y Wattignies.....	65
CAPÍTULO VI	
El establecimiento del Gobierno revolucionario.....	78
CAPÍTULO VII	
La justicia revolucionaria.....	92
CAPÍTULO VIII	
El complot del extranjero.....	106
CAPÍTULO IX	
Los Indulgentes.....	133
CAPÍTULO X	
De los «citra» a los «ultra».....	150
CAPÍTULO XI	
La caída de las facciones.....	167
CAPÍTULO XII	
La reorganización del Gobierno revolucionario.....	184
CAPÍTULO XIII	
Fleurus.....	198
CAPÍTULO XIV	
Termidor.....	211



CAPÍTULO I

La revuelta federalista

La revolución del 2 de junio fué, como la del 10 de agosto, más que nada una revolución patriótica. Los «descamisados» de París, sostenidos por los de las grandes ciudades, habían derribado la Gironda por las mismas causas que les impulsaron a derribar la monarquía: porque la acusaban de trabar la defensa revolucionaria. Pero en tanto que la revolución del 10 de agosto había sido sangrienta, la del 2 de junio no costó una sola vida humana. Los hombres del 10 de agosto no habían vacilado en apoderarse de todo el poder municipal. Los del 2 de junio, al contrario, después de afirmar su derecho a renovar las autoridades del Ayuntamiento, las mantuvieron en sus funciones. Su Comité de insurrección se dejó ahogar por el nombramiento de nuevos miembros designados por las autoridades departamentales y comunales. El Ayuntamiento legal, confirmado por él, se propuso moderar su acción y permanecer en enlace con el Gobierno, que le había facilitado los fondos necesarios para pagar el sueldo de los guardias nacionales, movilizados durante tres días. Un historiador ha podido escribir — con cierta exageración — que el 2 de junio fué menos una insurrección que un golpe de Estado.

La situación se presentaba muy diferente de la del año anterior. El 10 de agosto, el Gobierno en pleno fué

cambiado al mismo tiempo que el Ayuntamiento. Y si esa renovación no satisfizo lo suficiente al poder revolucionario y estalló el antagonismo casi inmediatamente entre la Legislativa y el Ayuntamiento recién formado, éste guardó, por lo menos, la posesión del edificio comunal, y con ello un medio de permanente presión sobre el poder legal. En cambio, el 2 de junio el Comité de insurrección desapareció casi sin resistencia. La mayor parte de sus miembros se dejaron domesticar dentro de un organismo creado con esa intención: el Comité de vigilancia del departamento de París, encargado de la policía política en la ciudad y sus arrabales bajo la dirección y a sueldo del Comité de Salud pública. Los insurrectos de la víspera se habían convertido en policías.

El 10 de agosto los sublevados alcanzaron inmediatamente su principal objeto: encerrar al rey en el Temple. Por el contrario, el 2 de junio los insurgentes sólo obtuvieron una victoria parcial y precaria. Los 29 jefes de la Gironda, teóricamente recluidos en sus domicilios, cada uno bajo la custodia de un gendarme, iban y venían por la ciudad, recibían visitas e invitaban a comer a sus amistades. Entre ellos, doce huyeron el primer día y ocho más en los siguientes. Los que permanecieron en París no consideraban la partida como perdida. Valazé rehusó anticipadamente, el 5 de junio, en una altiva carta, la amnistía que se rumoreaba, y, al siguiente día, Vergniaud pedía imperiosamente el nombramiento de sus jueces y amenazaba a sus acusadores con el cadalso.

El Comité de Salud pública, que durante los tres días que duró la insurrección sólo había sabido proponer débiles transacciones, pareció aplastado bajo el peso de las responsabilidades adquiridas que sobre él pesaban. Habiendo costado los gastos del motín y provisto de sinecuras a sus caudillos, creyó que podía

prescindir de la realización del programa, e imaginó nada menos que reintegrar a la Convención a los 29 miembros arrestados. El 5 de junio invitó a Pache a que en el día entregase las piezas de cargo contra los detenidos, « a falta de lo cual sería preciso anunciar a la Convención que no existía ninguna ». Pache, no obstante, se hizo el sordo. El Comité no comprendió que el mejor medio de impedir que los girondinos acudieran a la revuelta era aún llamarles con firmeza al cumplimiento de sus deberes patrióticos, no hablando más de los hechos anteriormente realizados. En primer término, mantuvo en sus funciones a los ministros Clavière y Lebrun, no obstante la orden de arresto que sobre ellos pesaba. Clavière no fué reemplazado hasta el 13 de junio, por Destournelles, y Lebrun hasta el 21, por Deforgues. Al mismo tiempo, como si quisiera dar garantías a los moderados, el Comité hizo dimitir a Bouchotte, ministro de la Guerra grato a la Montaña, y le reemplazó — a pesar de la oposición de Robespierre — por Beauharnais, un aristócrata que tuvo, por otra parte, el buen sentido de no aceptar. En todas esas designaciones se veía la mano de Danton. El ministro del Interior, Garat — otro protegido de Danton —, dice que éste sometió al Comité la idea de pactar con los vencidos para evitar la guerra civil, y que en esas negociaciones se trató de la posibilidad de una amnistía.

El 6 de junio, en una extensa Memoria a la Convención, Barère propuso suprimir los *Comités de Salud pública departamentales*, constituidos después de la traición de Dumouriez para aplicar la ley de reclutamiento y que — según él — eran « instrumentos de anarquía y venganza »; proponía también la renovación inmediata del Estado Mayor de la guardia parisiense, la destitución de su jefe Hanriot, el restablecimiento de la libertad de prensa y el envío a los departamentos de los diputados detenidos, de los rehenes tomados

por la Convención. « Danton ha sido el primero en opinar de este modo » — decía —; y, en efecto, Danton apoyó la medida al día siguiente, pronunciando al mismo tiempo un elogio sin reservas de los ciudadanos de Burdeos. Esa hábil política debía afirmar las resistencias girondinas y, como consecuencia, provocar, aun en el mismo París, una viva agitación difícil de calmar. A partir del 6 de junio, 75 diputados de la derecha firmaron una protesta sobre el atentado cometido contra la Convención. Muchos de los firmantes abandonaron a París para ir en ayuda de los girondinos fugitivos que trataban de sublevar los departamentos. La Asamblea tuvo que ordenar el 15 de junio un llamamiento nominal, amenazando a los que no se presentaran con sustituirlos por sus suplentes. En París, los hombres que habían realizado la insurrección decían que se les había engañado. Danton era atacado vigorosamente en los Franciscanos el 4 de junio y el 7 en los Jacobinos. Robespierre estaba convencido de que se perdía el tiempo en negociar con los girondinos. Puesto que la guerra civil era inevitable, debía hacerse con las mayores probabilidades de éxito, interesando a los « descamisados » en el combate.

En su memorándum trazó, durante la insurrección, estas notables líneas: « Es preciso una voluntad *única*. Ha de ser republicana o realista. Para que sea republicana, los ministros, los periódicos, los diputados y el Gobierno han de ser republicanos. Los peligros interiores provienen de la burguesía, y para vencer a ésta es necesario contar con el pueblo. Todo estaba preparado para poner al pueblo bajo el yugo de la burguesía y que pereciesen los defensores de la República en el cadalso. Triunfaron en Marsella, en Burdeos, en Lyon. También hubieran triunfado en París sin la actual insurrección. Es preciso que ésta continúe hasta que se hayan adoptado las medidas necesarias para salvar la República. Es necesario que el pueblo sea aliado de la Convención y que ésta utilice al pueblo. Es preciso que la insurrección se extienda, poco a poco, según el mismo plan y que se pague a los « descamisados » y éstos permanezcan en las ciudades. Hay que facilitarles armas, provocar su cólera, iluminarlos, exaltar el entusiasmo republicano por todos los medios posibles. »

Robespierre se esforzó en realizar ese programa de acción e imponerlo, por fragmentos, al Comité de Salud pública y a la Convención.

El 8 de junio combatió con vigor las medidas propuestas por Barère dos días antes y sostenidas por Danton. Demostró que la contrarrevolución se imponía ya en Marsella, Lyon y Burdeos, y que era anterior a los acontecimientos de París.

Destituir a Hanriot y cambiar su Estado Mayor era desautorizar la insurrección del 2 de junio y provocar, tal vez, una nueva. Suprimir los *Comités de Salud pública* era dar un desquite a la aristocracia y desarmar a los republicanos. Acogido al comienzo por violentos murmullos, su discurso acabó por levantar los aplausos. Saint-André lo apoyó sin reservas: «Es preciso saber si con el pretexto de la libertad se puede matar a la libertad misma.» Lejeune reprochó al Comité de Salud pública su debilidad y ceguera. Barère y Danton se batieron en retirada, y ellos mismos pidieron la suspensión de las medidas que habían propuesto. «Querer que la Convención — dice Michelet — reformase el 2 de junio, era pretender que se envileciese, que confesara que había sucumbido al temor y la violencia, que anulase todo lo que había realizado ese día.»

Cuando los acontecimientos justificaron las aprehensiones de Robespierre; cuando se supo, el 13 de junio, la sublevación de los departamentos normandos; cuando hubo que pensar en la represión, Danton pronunció un brillante elogio de París e hizo decretar que París había salvado a la República. A partir de ese día la derecha fué reducida al silencio; pero las lentitudes y vacilaciones del Comité de Salud pública habían permitido el desarrollo de la revuelta girondina.

Esta revuelta fué concertada y premeditada incluso antes del 31 de mayo. Desde el 24 de mayo, el departamento del Jura había invitado a los diputados suplentes

a que se reuniesen en Bourges para formar una nueva Asamblea. El departamento del Ain adoptó esa medida el 27 de mayo. El 15 del mismo mes, el diputado por Lyon, Chasset, había escrito a su amigo Dubost : « Se trata de la vida y, además, de los bienes. ¡Obrad, pues! ; ¡animad a vuestros amigos ! » El 25 de mayo, las secciones de Burdeos, en una asamblea general, discutieron el proyecto de reclutar tropas para dirigirlas sobre París, etc.

La noticia de la insurrección parisiense no hizo más que precipitar y ampliar un movimiento ya iniciado. Los jefes girondinos se distribuyeron los puestos. « Sus fugas — dice su historiador Claudio Ferroud — fueron consecuencia de un plan concertado y debatido, según han confesado ellos mismos. »

Buzot, refugiado en su departamento del Eure, le anunciaba la próxima dictadura de Marat y nuevas matanzas. El 7 de junio le decidió a levantar un cuerpo de 4000 hombres. El departamento del Calvados se sublevó el 9 de junio. Fueron arrestados los convencionales Romme y Prieur de la Marne, encargados de organizar la defensa de las costas contra Inglaterra. Duchâtel hizo levantar el Meilhan ; Kervelegan, los departamentos bretones, Finistère, Ille-et-Vilaine, Côtes-du-Nord, Morbihan, Mayenne, que se federaron con Eure y Calvados en una asamblea general de resistencia a la opresión. Caen se convirtió en capital del occidente girondino. Félix Wimpfen, comandante del ejército de Côtes de Cherbourg, se pasó a la insurrección con dos regimientos de caballería. Como refuerzo, recibió tres soberbios batallones reclutados en Bretaña, compuestos — según dice un contemporáneo, Vaultier, que combatió a su lado — « no por bretones melencidos y harapientos, sino por jóvenes de las mejores familias de Rennes, Lorient y Brest, todos uniformados, vestidos con paños finos y perfectamente equipados ».

Burdeos expulsó, el 7 de junio, a los representantes Ichon y Dartigoyte, y ordenó el 9 del mismo mes la creación de una fuerza departamental de 1200 hombres, convocando para que el 16 de julio se reuniera en Bourges una asamblea de representantes de todos los departamentos insurreccionados; además, se apoderó de 250 000 piastras destinadas a pagos de la Marina y colonias, expulsó el 27 de junio a los representantes Mathieu y Treilhard enviados por el Comité de Salud pública con proposiciones de arreglo, y escribió, en fin, el 30 de junio, utilizando la pluma de Grangeneuve, una carta a Custine, jefe del ejército francés más importante, para invitarle a que se adhiriese a la buena causa. Pero Custine respondió a Grangeneuve con una catilinaria patriótica.

La insurrección ganó en un momento todo el Mediodía. Toulouse puso en libertad a los realistas metiendo en las prisiones a los maratistas, y constituyó, además, una fuerza de 1000 hombres. En Nimes, donde se entregó Rabaut Saint-Étienne, fué cerrado el club y desarmados y encarcelados los maratistas. Marsella, ya en plena rebeldía antes del 31 de mayo, no dejaba partir a 6000 hombres destinados al ejército de Italia, y establecía relaciones con las ciudades del Mediodía.

Tolón se levantó, el 12 de julio, contra los representantes Pedro Bayle y Beauvais, que fueron encarcelados en el fuerte Lamalgue, después de obligarles a una abjuración sosteniendo cirios en las manos. Los almirantes Trogoff y Chaussegros se adhirieron al movimiento. Desde mediados de mayo, la Córcega, sublevada por Paoli, había elegido un Consejo extraordinario, y los franceses sólo podían sostenerse en Bastia y algunos puertos.

La sublevación del Mediodía se enlazaba estrechamente con la de Lyon que, a su vez, tenía ramifi-

caciones en el Este y Centro. Sordos a las proposiciones conciliadoras que de París llevó Roberto Lindet, los girondinos lioneses aprisionaban a cuantos eran sospechosos de simpatizar con la Montaña. Para aterrozar a los obreros jacobinos, numerosos en algunos barrios, condenaron a muerte a su jefe Chalier, que fué ejecutado el 16 de julio. El mando de las tropas lionesas fué confiado bien pronto al conde de Précý, un emigrado.

Hacia mediados de junio, unos 60 departamentos estaban en rebelión más o menos franca. Felizmente, los departamentos de la frontera habían permanecido fieles a la Convención. El levantamiento extendiase más en superficie que en profundidad. Era, esencialmente, obra de las administraciones departamentales y de distrito, compuestas por ricos propietarios. Los Ayuntamientos, de formación más popular, se mostraron, en general, tibios u hostiles. Las levas de hombres ordenadas por las administraciones sublevadas, encontraron las mayores dificultades. Los obreros y artesanos no se resignaban a sacrificarse por los ricos, que nada hacían para mejorar su suerte. No obstante los repetidos llamamientos de los diputados Chambon y Lidon, los bordeleses sólo pudieron reunir 400 hombres. Cuando Wimpfen pasó revista el 7 de julio a la guardia nacional de Caen y le pidió voluntarios, sólo 17 hombres salieron de las filas.

Pero la revuelta federalista no tuvo solamente en contra de ella la indiferencia o la hostilidad popular; sino que sus mismos jefes, a pesar de sus frases enfáticas, carecían de fe en su causa y se dividieron en seguida.

Los que eran sinceramente republicanos, no podían dejar de inquietarse por la invasión extranjera, y el movimiento en la Vendée y esa inquietud los paralizaba. Los ambiciosos, viéndose rechazados por el

pueblo, buscaron un apoyo entre los *feuillants* (1), y aun entre los aristócratas. En Caen, Félix Wimpfen, convencido realista que había reanudado ya sus relaciones con el enemigo en septiembre de 1792, durante el sitio de Thionville, propuso a los diputados girondinos que se llamase a los ingleses. Los diputados rechazaron esa sugestión, pero le conservaron en el mando. Su jefe de Estado Mayor era el conde de Puisaye, quien más tarde tendría que refugiarse entre los vandeanos, después del fracaso de la insurrección, en compañía del procurador general síndico de Calvados, el joven Bougon-Longrais, amigo de Carlota Corday.

En Lyon, Précý envió a Suiza al caballero de Arthès para que solicitase auxilios de los berneses y los sardos. José de Maistre, que dirigía en Ginebra el servicio de espionaje del rey de Cerdeña, le prometió el 4 de agosto que se realizaría un movimiento militar sobre los Alpes, como en efecto se llevó a cabo. Sin embargo, los realistas lioneses disimularon su bandera y no se atrevieron a proclamar a Luis XVII, como habían hecho los habitantes de Tolón.

Así como la Convención se había mostrado imprevisionera en los primeros días, manifestó vigor y habilidad organizando la represión. Los jefes girondinos rebeldes fueron acusados, destituidos los administradores de los departamentos insurrectos, la capital del Eure trasladada de Évreux a Bernay, creado el departamento de Vaucluse para separar los intereses de Aviñón de los de Marsella, y el departamento del Loire separado del de Ródano y Loire con objeto de oponer Saint-Étienne a Lyon.

La Convención distinguió cuidadosamente entre los jefes y los que eran simples comparsas. Roberto Lin-

(1) Nombre dado en 1792 a los moderados o *constitucionales*, que tenían su club en el antiguo convento de los *Feuillants* (frailes de la regla de San Bernardo). — *N. del T.*

det concedió, el 26 de junio, a las administraciones rebeldes un plazo de tres días para retractarse. Hábil medida que facilitó las deserciones. Los administradores del Somme, destituidos el 14 de junio, acudieron a justificarse. El Comité de Salud pública los envió otra vez, el 17 de junio, sin causarles daño. Saint-Just, encargado de la Memoria sobre los diputados que debían ser presos, demostró una evidente moderación. « Todos los detenidos — dijo el 8 de julio — no son culpables; la mayor parte son únicamente extraviados. « Distinguió entre ellos tres categorías : la de los traidores, en número de nueve (Barbaroux, Bergoeing, Birtteau, Buzot, Gorsas, Lanjuinais, Louvet, Petion y Salle); la de los cómplices, en número de cinco (Gardien, Gensonné, Guadet, Mollevaut y Vergniaud), y la de los extraviados, que, en número de catorce, se proponían hacer que se reintegraran a la Convención. Esa moderación era propicia para atraerse la opinión fluctuante.

Pero sobre todo la Montaña comprendió que era preciso atraerse a las masas, dándoles satisfacciones substanciales, según el plan de Robespierre. Con este objeto hizo votar tres grandes leyes: 1.º La ley del 3 de junio sobre el modo de venta de los bienes de los emigrados. Esos bienes deberían ser divididos en pequeñas parcelas, cuyos adquirentes pobres podrían pagar en diez años. 2.º La ley del 10 de junio, que reglamentó el reparto de los bienes comunales. El reparto debía hacerse de un modo igualitario, por cabeza de habitante. La medida comprendía 8 millones de yugadas que valían 600 millones. 3.º La ley del 17 de julio, que completó la ruina del sistema señorial, aboliendo sin indemnización incluso los derechos fundados en los títulos más antiguos. Los últimos pergaminos feudales debían ser destruidos, con objeto de impedir que los propietarios desposeídos pudieran algún día insistir en sus reivindicaciones. De este modo, la caída de la Gi-

ronda aparecería ante los campesinos como una liberación definitiva de la tierra.

Un decreto del 8 de junio aumentó la paga de los funcionarios y para apaciguar a las clases medias inquietas por el empréstito forzoso de 1000 millones, un decreto del 23 de junio exceptuó, a moción de Robespierre, a los casados cuyos ingresos netos fueran inferiores a 10 000 libras y a los solteros con ingresos que no llegasen a las 6000 libras. Medio oportuno para dividir y disolver el partido girondino, compuesto en gran parte por gentes que disfrutaban de una desahogada situación económica.

Esta ofensiva moral, fué coronada por la rápida votación de una Constitución muy liberal, que era una elocuente respuesta a las acusaciones de dictadura que se formulaban por parte de los girondinos. En tanto que la Constitución elaborada por Condorcet consolidaba el Consejo ejecutivo, que debía elegir el pueblo y ser independiente de la Asamblea, la Constitución de la Montaña, redactada por Héroult de Séchelles, afirmaba la subordinación de los ministros a la representación nacional. Suprimía el escrutinio de dos grados que Condorcet había mantenido para la elección de los diputados, y hacía elegir a éstos mediante un escrutinio de lista, muy complicado, pero basándose en la mayoría absoluta y en el sufragio universal y directo.

Únicamente los cuerpos administrativos continuarían siendo elegidos por los colegios electorales, y éstos presentarían, además, una lista de 83 candidatos, entre los cuales la Asamblea elegiría los 24 ministros. Por último, la Constitución ofrecida por la Montaña prometía la educación en común, garantizaba el derecho a la vida y supeditaba la declaración de guerra a una previa consulta al país. Sometida a una ratificación popular, fué aprobada por 1 801 918 a favor, contra

17 610 en contra. Pero hubo más de 100 000 votantes que sólo la aceptaron con enmiendas federalistas, solicitando que fueran puestos en libertad los 22 y los 12, o sea los diputados en arresto, la anulación de las leyes votadas después de ser detenidos, la convocatoria de una nueva Asamblea, el llamamiento de los representantes en misión, la supresión del máximo de los cereales, etc. El plebiscito fué, en todas partes, causa de un desastre del partido girondino. Pero éste no fué abatido más que por el segundo Comité de Salud pública que fué nombrado el 10 de julio. Los revoltosos de Normandía, mandados por Puisaye, chocaron el 13 de julio, en su marcha sobre París, con una tropa de voluntarios parisiense que los dispersaron en Brécourt, cerca de Vernou, con sólo algunos cañonazos. Roberto Lindet, enviado a Caen, pacificó rápidamente la comarca, reduciendo al mínimo la represión.

En Burdeos la resistencia fué más larga. Ysabeau y Tallien, que habían conseguido penetrar en la ciudad el 19 de agosto, se vieron obligados a refugiarse en La Réole, la ciudad jacobina. Pero las secciones de «descamisados» de Burdeos, excitadas por los representantes, derribaron la municipalidad girondina el 18 de septiembre, iniciándose la represión.

Por un momento, en el Sudeste se había corrido el grave peligro de la unión de los rebeldes de Marsella y Nimes, con los lioneses. Los de Nimes avanzaron hasta Pont-Saint-Esprit, y los de Marsella, mandados por un antiguo oficial, Villeneuve-Torette, pasaron el río Durance, entraron en Aviñón y llegaron hasta Orange. Pero el departamento del Drôme permaneció fiel a la Montaña. Del 24 al 26 de junio se celebró en Valence un Congreso de 42 sociedades populares del Ardèche, Drôme, Gard y Bocas del Ródano, y bajo el impulso entusiasta de Claudio Payan, ese Congreso organizó la resistencia. Carteaux tuvo tiempo de acudir con un

destacamento del ejército de los Alpes, en el que servía Bonaparte. Recobró Pont-Saint-Esprit, separó a los marseleses de las fuerzas de Nimes y rechazó a los primeros hacia el Sur. Llegó a Aviñón el 27 de julio. Y entró en Marsella el 25 de agosto, justamente a tiempo de impedir que la ciudad cayera en poder de los ingleses que Villeneuve-Torette había llamado ya en su socorro. Pero dos días después los ingleses entraron en Tolón, llamados por los almirantes Trogoff y Chaussegros, que entregaron la mejor escuadra francesa. Para recobrar a Tolón fué preciso un largo sitio que duró hasta fin de diciembre.

Lyon estaba aislado. El Jura y el Ain, que le hubieran podido proporcionar socorros, fueron rápidamente pacificados por los convencionales Bassal y Garnier (de Saintes), que habían reclutado un pequeño ejército de 2500 hombres, en la Côte-d'Or y Doubs. Pero Lyon resistió mejor que Burdeos. No se dejó intimidar por el bombardeo iniciado por Dubois-Crancé a partir del 22 de agosto. Sus comunicaciones con el Forez habían quedado libres. El asedio no fué completo hasta el 17 de septiembre, después que Couthon, Maignet y Châteauneuf-Randon condujeron hasta la ciudad rebelde los guardias nacionales de Cantal, Aveyron, Puy-de-Dôme y Alto Loire. Lyon resistió hasta el 9 de octubre. Précy consiguió huir a Suiza con un puñado de hombres. La represión fué terrible.

Las comarcas donde la rebelión fué peligrosa, eran precisamente aquellas en que eran numerosos los realistas. Entre la Montaña identificada con la República y el Realismo aliado con el enemigo, no había espacio para un tercer partido. Si la sublevación federalista, expresión de los rencores de políticos en decadencia y del egoísmo de clase, hubiera tenido éxito, es seguro que no tardara en provocar una restauración monárquica.

La insurrección realista de la Vendée había ya obligado a la Convención a dar un gran paso hacia el Terror, es decir, hacia la dictadura y la supresión de las libertades. La sublevación girondina hizo dar un nuevo paso decisivo en la misma dirección. Hasta ese momento, los únicos sospechosos habían sido los realistas. Luego una importante fracción del antiguo partido revolucionario era situada, a su vez, en la categoría de los aliados del enemigo. Las sospechas aumentaban. La línea divisoria entre los buenos y los malos ciudadanos era cada vez más difícil de trazar. ¿Cómo reconocer a los verdaderos patriotas, a los sinceros amigos de la libertad, si los Vergniaud, Brissot, Buzot y Petion, que habían sido los primeros en quebrantar el trono y pedir la República, no eran más que traidores? Surgió la idea de que era preciso someter a cuantos desempeñasen un papel en la República a una vigilancia, una inquisición de cada instante. Los clubs van a depurarse. Las administraciones lo serán a su hora, y de depuración en depuración, cada día se irá restringiendo el personal revolucionario. Como los girondinos están apoyados por las clases ricas, éstas se hacen cada vez más sospechosas. La riqueza será un síntoma de aristocracia. Bien pronto el partido revolucionario no será más que una minoría ardiente, celosa, enérgica. Sólo las minorías, después de todo, tienen necesidad de la dictadura y la violencia. Pero la minoría jacobina podía amparar sus actos detrás de la gran imagen de la patria, a quien pretendía defender y salvar.

CAPÍTULO II

Los comienzos del gran Comité de Salud pública

(Julio de 1793)

El primer Comité de Salud pública, formado por Cambon, Barère y Danton, el 6 de abril de 1793, después de la traición de Dumouriez, cayó el 10 de julio bajo el peso de sus faltas acumuladas. Había humillado a la República con sus secretas negociaciones inútilmente intentadas cerca de la Coalición (misiones de Proli, Matthews, Desportes, etc.). Ni supo rechazar al enemigo en las fronteras, ni evitar la temible extensión de las revueltas vandeana y federalista. Toleró las insolencias de Custine, le perdonó sus fracasos en Alsacia y lo designó, a pesar de la oposición de Bouchotte, para el mando del principal ejército — el del Norte, que dejó Custine en completa inacción. El Comité no había sabido o querido reprimir los desvergonzados saqueos de los proveedores, que encontraban protección incluso entre los miembros del mismo Comité. No había abordado con seriedad el problema financiero ni el de la vida cara. La única medida un poco eficaz que se adoptó bajo su gestión, fué retirar de la circulación los asignados que, según el decreto del 7 de junio de 1793, concedían a los adquirentes que pagasen anticipadamente una prima del $\frac{1}{2}$ % por

cada anualidad. El mismo decreto autorizaba a los recaudadores de los distritos para que pusieran en venta los créditos del Estado sobre los adquirentes. Los créditos pagados en asignados serían reemplazados por obligaciones que rentarían un interés del 5 % y se daba a sus poseedores la esperanza de que podrían ser reemplazados algún día en especies por los adquirentes a quienes habían comprado las anualidades. El sistema era ingenioso; pero llegaba retrasado y en un momento en que la confianza en el papel moneda y el crédito del Estado experimentaba ya un fuerte quebranto. La medida hizo retirar algunos asignados, pero en proporción muy débil para ejercer cualquier acción sobre el encarecimiento de la vida, que iba aumentando cada día. Los Exaltados, órganos del descontento popular, fomentaron a fines de junio una agitación violenta, con ocasión de ser votada la Constitución. Jacobo Roux transmitió a la Asamblea una petición amenazadora, y algunos barcos cargados de jabón fueron saqueados en los puertos de París. El Comité de Salud pública ya no parecía capaz de asegurar el orden en la capital. Por último, un tenebroso complot realista, a comienzos de julio, y en el que apareció mezclado el general Arturo Dillon, amigo y protegido de Camilo Desmoulins, acabó de hacer sospechosos a Danton y Delacroix, tenidos, con razón, como poco seguros.

El nuevo Comité, elegido el 10 de julio de un modo nominal, comprendía solamente nueve miembros: Jeanbon Saint-André, Barère, Gasparin, Couthon, Héroult, Thuriot, Prieur de la Marne, Saint-Just y Roberto Lindet. Esos hombres recibieron el mandato de salvar el Estado adoptando las medidas enérgicas que inútilmente se había esperado de sus predecesores. Llenos, en general, de buena voluntad, estaban, sin embargo, lejos de estar de acuerdo sobre un común programa. Saint-André, Couthon, Héroult y Prieur de

la Marne formaban, con Saint-Just, la izquierda del Comité. Estaban convencidos de que era preciso gobernar en estrecho contacto con los revolucionarios agrupados en los clubs, acceder a sus demandas, alimentar y proteger a los « descamisados » de las ciudades víctimas de la miseria, castigar las traiciones, renovar las administraciones y los estados mayores, en una palabra, apoyarse en la clase popular para poner fin a la anarquía, restablecer la unidad de dirección e imponer a todos la obediencia. Estaban dispuestos a realizar una política de clase, puesto que los ricos, arrastrados tras los girondinos, se alejaban de la Revolución e incluso se pasaban al realismo. Pero algunos de sus colegas, como Thuriot, Roberto Lindet y Gasparin, se asustaban de esa audacia y temían aumentar el mal arrojando la burguesía entera a la oposición a causa de una represión demasiado enérgica, como asimismo la desorganización del ejército al castigar sistemáticamente a los generales pertenecientes a la nobleza, de los que no creían que fuera posible prescindir por razón de su competencia. En cuanto a Barère, genio fértil, evolucionaba de una tendencia a la otra según las circunstancias.

La falta de acuerdo entre los miembros del Comité se reveló desde los primeros días. El 11 de julio se adoptaron medidas enérgicas, propuestas todas por los individuos que componían la izquierda del Comité. Saint-André hizo relevar a Biron del mando que desempeñaba en la Vendée. Couthon denunciaba a los diputados Birotteau y Chasset, que impulsaban la rebeldía en Lyon. Propuso ordenar el arresto de todos los diputados del Ródano y situar a Birotteau fuera de la ley. La Convención votó de conformidad con esto. Al día siguiente, el Comité, dando una nueva garantía a los revolucionarios, ordenó a Custine que fuera inmediatamente a París para ser interrogado sobre la situación

de su ejército. Pero el mismo día el Comité sufrió una derrota en la persona de Bouchotte, pues la Convención rehusó nombrar a Dittmann, que él había propuesto para reemplazar a Biron. El designado a propuesta de Cambon fué Beysser, que hubo que destituir bien pronto por sus compromisos con los federalistas. Y lo más grave aún, en esa misma sesión, Thuriot, apartándose de sus colegas de Comité, oponiase a una medida de rigor que Chabot había hecho votar, con objeto de obtener de las administraciones departamentales que transmitiesen a los Comités las comunicaciones que recibieran del ala derecha. « Ese decreto — dijo Thuriot — no puede ser más que un motivo de división, en tanto que nosotros debemos procurar unir todos los espíritus. » Al contrario de Couthon, Thuriot, fiel a la política contemporizadora de su amigo Danton, no quería profundizar en las responsabilidades adquiridas por los diputados girondinos.

Esos comienzos del gran Comité no hacían más que presagiar lo que iba a ocurrir luego. Pero fué empujado hacia delante por indeclinables necesidades. « No se es revolucionario — decía Lázaro Carnot —; se llega a serlo. » La dictadura se impuso, en efecto, a estos hombres. Ni la deseaban ni la previeron. El Terror fué una « dictadura de necesidad », ha dicho Hipólito Carnot, y la frase encierra una profunda verdad.

El 13 de julio, Hérault de Séchelles, en nombre del Comité, anunció malas noticias. La plaza de Condé, desprovista de víveres y municiones, probablemente se vería obligada a rendirse. Valenciennes, muy amenazada, podía correr la misma suerte. Antes de levantarse la sesión se supo el asesinato de Marat por Carlota Corday.

La descendiente del gran Corneille era realista en el fondo del corazón. Lela *L'Ami du Roi* y *Le Petit Goutier*. Realista, sí, pero no religiosa. No iba a misa, y en sus últimos momentos rehusó un

sacerdote. La rebelión girondina le había parecido un camino para el restablecimiento de la monarquía. Alma de romana, se indignó cuando en el transcurso de una revista de la guardia nacional pudo comprobar que los ciudadanos de Caen rehusaban alistarse en el ejército de Wimpfen. Entonces resolvió dar una lección a aquellos cobardes, hiriendo de muerte al miembro de la Montaña que pasaba por ser hostil a la propiedad, aquel a quien los girondinos denunciaban desde hacía meses como un anarquista y bebedor de sangre: «He matado a un hombre — dijo ella ante sus jueces — para salvar a cien mil.»

Carlota estaba convencida de que había herido de muerte a la anarquía, o sea el partido de la Montaña; pero, en realidad, lo que consiguió fué darle nuevas fuerzas.

En la misma tarde, en la Convención, Chabot presentó el asesinato del Amigo del pueblo como consecuencia de un complot realista y girondino, que debía estallar al día siguiente, aniversario del 14 de julio. Hizo que se votase la detención de Depéret, a quien Carlota había visitado antes de cometer su crimen. Couthon expresó su convicción de que los realistas y girondinos conspiraban para disolver la Convención y libertar al joven Delfín, proclamándolo como rey. Pidió la detención de los diputados por Calvados y la comparecencia ante el Tribunal revolucionario de los diputados girondinos que ya habían sido detenidos. Éstos debían pagar por Marat. Pero aun entonces, el Comité de Salud pública reveló sus disensiones. El mismo Thuriot, que la vispera había extendido su protección sobre los diputados comprometidos por su correspondencia, se opuso a la detención de los diputados por Calvados, y fué sostenido por Delacroix. La Convención votó únicamente el arresto de Fauchet; pero no iba a tardar en verse arrastrada más lejos en el camino de la represión.

Marat era muy popular entre el bajo pueblo, para cuyos sufrimientos tenía una ternura áspera, pero sincera. Su muerte violenta provocó una profunda emoción.

Los jacobinos, por medio de la palabra de Bentabole, pidieron los honores del Panteón para ese mártir de la libertad. Robespierre trabajó mucho para impedir esa proposición, poniendo como pretexto que lo primero debía ser vengar a la víctima. La Convención asistió corporativamente a los funerales celebrados el 16 de julio. El Amigo del pueblo fué enterrado en el jardín de las Tullerías, en una gruta artificial decorada de sauces. Su corazón fué suspendido de las bóvedas del club de los Capuchinos, y durante muchas semanas las secciones parisienses y la mayor parte de las ciudades provincianas, celebraron en su honor fiestas fúnebres que terminaban en clamores de venganza. Su busto se unió con los de La Pelletier y Chalier sobre las paredes de los clubs y los locales republicanos.

La sangre trae la sangre. El suplicio de Chalier y la muerte de Marat, ocurridos con tres días de intervalo, proporcionaron un formidable argumento a todos los que reclamaban ya medidas terroristas para reprimir la contrarrevolución aliada con el enemigo. Era preciso vengar las víctimas, preservar la vida de los jefes patriotas amenazados por el puñal de los aristócratas, y acabar de una vez con las debilidades y contemplaciones.

Los caudillos populares, Leclerc, Jacobo Roux y Varlet, se disputaron la sucesión de Marat, quien por cierto había denunciado sus exageraciones. Jacobo Roux se apresuró a publicar, desde el 16 de julio, una continuación al periódico de Marat, que tituló atrevidamente *El Publicista de la República francesa por la sombra de Marat, el Amigo del pueblo*. El joven Leclerc sintió emulación, y el 20 de julio lanzó el *Amigo del Pueblo*, tomando el título del primer diario de Marat.

Los Exaltados, que hasta entonces no habían tenido ningún órgano, poseían dos desde ahora. Leclerc se apresuró a denunciar a la aristocracia de la riqueza. Para él la carestía de los víveres era la consecuencia de

una conjuración de los ricos. Denunció a « los ladrones públicos gozando bajo la protección de la ley del fruto de sus rapiñas », asombrándose de que el pueblo « paciente y bueno no cayese sobre ese puñado de asesinos » (23 de julio). Reclama la pena de muerte contra los acaparadores. Bien pronto le imitó Jacobo Roux, y lo más grave fué que, a su vez, Hébert para sostener la popularidad de su *Père Duchesne*, amenazado de una peligrosa competencia, disputa a sus rivales el título con que se adornaban de « herederos del Amigo del pueblo ». « Si hace falta un sucesor de Marat — exclama en los Jacobinos el 20 de julio — si es necesaria una segunda víctima, ahí está dispuesta y resignada : ¡ soy yo ! » Sin apaciguar su hostilidad personal hacia los jefes de los Exaltados, les toma poco a poco su programa. Pide, en el número 267, que los sospechosos sean encerrados en las iglesias, y que la República, para alimentar a las ciudades, se incaute de las cosechas indemnizando a los cultivadores, y que el trigo, el vino y todas las subsistencias sean repartidos en los departamentos a prorrato según su población.

Esas excitaciones, que casi provocaron una insurrección de las secciones parisienses, caían en un terreno propicio. La penuria, en ese final de julio, se acentuaba. Los departamentos sublevados de Bretaña y Normandía, habían interrumpido sus remesas a la capital. Volvían a formarse las colas, desde que alboreaba, en las puertas de las panaderías y había tumultos en los mercados. La situación era tan grave que los dos Comités, de Salud pública y de Seguridad general, se reunieron en la noche del 20 al 21 de julio, para tomar urgentes medidas.

El Comité de Salud pública veía la amenaza de ser desbordado. Billaud-Varenne y Collot d'Herbois hacían votar a toda prisa el famoso decreto del 27 de julio sobre represión del acaparamiento.

Se definía como acaparamiento el hecho de que los comerciantes apartasen de la circulación mercaderías o artículos de primera necesidad « sin ponerlos en venta diaria y públicamente »; y también el hecho de que « un simple particular destruya o deje destruir voluntariamente los géneros y mercancías de primera necesidad ». Todos los poseedores de esos géneros debían declararlos en la Alcaldía en un plazo de ocho días. Las municipalidades quedaban autorizadas para nombrar comisarios de abastos, retribuidos con el producto de las ventas y confiscaciones. Debían verificar las declaraciones y velar por que los comerciantes cumplieran la orden de poner en venta los géneros « por pequeños lotes ». En caso de rehusar esto los comerciantes, debían proceder por sí mismos a la venta, entregando el producto a sus dueños. Serían castigados con la muerte los comerciantes que no hicieran las declaraciones o las hicieran falsas, y los funcionarios que prevaricasen en la aplicación de la ley. Los denunciantes serían recompensados con la tercera parte de las confiscaciones. En fin, las sentencias dictadas por los Tribunales de lo criminal en los delitos previstos por la ley, no podrían ser apeladas en forma alguna.

De ese modo todos los artículos de primera necesidad quedan bajo la mano de las autoridades. Ya no existe el secreto comercial. Bodegas, graneros, depósitos, etc., van a recibir la visita del comisario de abastos, que tiene el derecho de hacerse mostrar las facturas. Se ha dado un gran paso hacia el sistema de los Exaltados.

Que una ley tan importante haya podido ser propuesta, discutida y votada sin consultar al Comité de Salud pública, ni invitarle a formular su opinión, demuestra que no era muy firme su autoridad sobre la Asamblea.

El Comité chocaba con una sorda oposición parlamentaria. El 19 de julio había llamado a numerosos representantes tibios o dudosos, como Courtois, de quien se sospechaba que especulaba con los aprovisionamientos del Ejército. Lesage-Senault y Duhem, que tenían pendiente un conflicto con el club de Lille, y Goupilleau de Fontenay, que se había mostrado hostil a los generales « descamisados » enviados al ejército de la Vendée. Al día siguiente Rühl, un moderado amigo de Danton, denunció a los comisarios del Consejo

ejecutivo, que, según él, dificultaban la obra de los representantes en misión, resultaban muy caros y no prestaban ningún servicio. Otro dantonista, Baudot, apoyó la moción de Rühl, que tenía todo el aspecto de una réplica al llamamiento de los representantes ordenado el día anterior por el Comité de Salud pública. Billaud-Varenne defendió a los comisarios de Bouchotte, y la moción fué devuelta al Comité. Pero Rühl no se dió por satisfecho. Exigió que el Comité comunicase a la Convención la lista de sus agentes en el extranjero, con informes sobre cada uno de ellos. La moción fué votada con una enmienda de Taillefer y Cambon que ordenaba al Comité a que en el término de veinticuatro horas proporcionase, además, informes sobre los comisarios del Consejo ejecutivo.

Al saber que Custine, puesto en libertad después de haber comparecido en París, había sido objeto de manifestaciones de simpatía por parte de los habituales del Palais-Royal, el Comité le hizo detener en la noche del 21 al 22 de julio y, además, destituyó el mismo día a su principal teniente, Lamorlière, que mandaba interinamente el ejército del Norte. Estas dos medidas fueron objeto de un nuevo debate en la Convención. Danton esta vez intervino en persona. Hizo como que aplaudía la detención de Custine, pero agregó: « Pido que el ministro de la Guerra y el Comité de Salud pública den cuenta de los cargos que se hacen a ese general, a fin de que la Convención pueda pronunciarse. » Devars quería que el Comité hiciese su exposición inmediatamente; pero Drouet consiguió que no se fijara ningún plazo.

La destitución de Lamorlière y el arresto de Custine habían levantado en el seno mismo del Comité la viva oposición de Gasparin, único militar entre los nueve miembros y que en esa calidad se aseguraba la dirección de los ejércitos, Gasparin no asistió a la sesión de

Comité el 23 de julio, y al siguiente día presentó su dimisión fundándola en motivos de salud. Cuando Cistine, algunos días después, el 27 de julio, pidió a la Convención que le diera a conocer los motivos de su arresto, Thuriot, que pensaba como Gasparin, propuso enviar su carta al Comité militar y no al de Salud pública, y fué preciso que Robespierre subiese a la tribuna para impedirlo.

Dividido, debilitado por la dimisión de Gasparin y la franca oposición de Thuriot, el Comité de Salud pública estaba llamado a sucumbir en breve plazo si un potente refuerzo no venía en su auxilio.

El 24 de julio experimentó un nuevo asalto. Las tropas republicanas que operaban contra los vandeanos fueron batidas en Vihiers el 18 de julio y rechazadas al norte del Loire. Un miembro del antiguo Comité, Bréard, aprovechando ese fracaso, pidió que el Comité diese cuenta al día siguiente del estado de la Vendée y la conducta de Bouchotte y sus comisarios, que todo lo desorganizaban. Sergent agregó que el Comité debería dar también cuenta de la destitución de Biron y el nombramiento de Rossignol, « un hombre de quien se dice que no tiene talento ni probidad ». La Convención votó esas dos mociones amenazadoras. En seguida se leyó una carta de los representantes en el ejército del Norte, Duhem y Lesage-Senault, que anunciaban que habían destituido y arrestado al general republicano Lavalette y su ayudante Dufresse, que habían sido los principales promotores de la destitución de Lamorlière. Los representantes que ya habían sido llamados por el Comité, vengaban a Lamorlière con esa ruidosa decisión.

Pero esta vez el Comité encontró un defensor. Robespierre recordó que Lavalette, en el momento de la traición de Dumouriez, había impedido a Miaczynski que entregase Lille a los austriacos. Su enemigo La-

morlière era considerado como un traidor por los republicanos del Norte. Había desobedecido las órdenes de Bouchotte e intentado desguarnecer a Lille de su artillería. Robespierre reclamaba la libertad inmediata de Lavalette y Dufresse y el rápido regreso a la Convención de los representantes que los habían ofendido. No encontró contradictor, y el asunto fué enviado al Comité.

La lucha continuó aún dos días. El 25 de julio Cambon intimó a Barère para que se explicase sobre la Vendée, diciendo la verdad entera. Dartigoyte atacó a Bouchotte, a quien no se atrevió a defender Barère. Se decidió que la elección del sucesor de Bouchotte se realizaría a la siguiente mañana. Después la Asamblea nombró a Danton presidente y a Dartigoyte secretario.

Pero Robespierre una vez más rechazó al adversario. Desde la víspera había denunciado a los jacobinos la intriga contra Lavalette y Bouchotte y hecho un elogio del Comité de Salud pública, que no debía ser puesto en cuarentena, porque « es de suponer que está compuesto de hombres de talento y hábiles políticos, sabe hasta cierto punto cómo ha de proceder y estaría bien aproximarse a él un poco más ».

Al otro día los clubs, soliviantados sin duda por Robespierre, se presentaron en la Convención. Los capuchinos en la Convención pidieron que Bouchotte continuara en su puesto, « porque es él quien ha conseguido democratizar el ejército. Bouchotte acaba de desenmascarar el horrible plan de contrarrevolución tramado por el pérfido Custine. Su probidad y su patriotismo están fuera de toda duda ». Los hombres revolucionarios del 10 de agosto repitieron el elogio de Bouchotte y reprocharon a la Montaña que « guardase un silencio glacial en la más fuerte tempestad que había sufrido la República ». Entonces Robespierre atacó a su vez. Los que pedían la sustitución de Bou-

chotte estaban « engañados por hombres que querían ver en el Ministerio de la Guerra una de sus hechuras, para encontrar un nuevo Beurnonville, que a su vez no dejaría de encontrar nuevos Dumouriez ». Pero había sido Danton quien hizo nombrar a Beurnonville en sustitución de Pache. Ni Danton ni nadie pronunció una palabra. La Convención, sin debate, revocó su decreto de la víspera en que decidía elegir un sucesor a Bouchotte. La partida estaba ganada. Barère no encontró contradictores cuando presentó su informe sobre la Vendée. La oposición se había volatilizado.

La misma tarde el Comité de Salud pública invitaba a Robespierre a participar en sus trabajos. De creer a Barère, la iniciativa de llamar a Robespierre partió de Couthon. Algunos días después dijo Robespierre que había aceptado « contra su inclinación ».

El advenimiento de Robespierre al poder abre una nueva era. Lo que lleva al Comité no es solamente sus raras cualidades personales, su sangre fría y su valor, su aguda clarividencia, su verbo elocuente, sus notables facultades de organizador, su absoluto desinterés, es aún algo más que todo eso. Robespierre es, después de la Constituyente, el revolucionario más popular entre la clase de los artesanos y las gentes humildes, de quienes posee toda la confianza. Es el jefe indiscutible de los « descamisados », sobre todo después de la muerte de Marat. No entra solo en el Comité. Detrás de él están la mayor parte de los militantes, todos aquellos que constituyen el núcleo resistente de los clubs, todos los que han ligado su suerte irrevocablemente a la Revolución, todos los que no tienen otra alternativa que vencer o morir.

La confirmación de Bouchotte en su puesto significó que se iba a continuar republicanizando los estados mayores. La entrada de su protector Robespierre en el Gobierno daba a entender que en todas las partes

de la administración, civil o militar, los « descamisados » estarían sostenidos y sus adversarios reducidos al silencio ; que los dirigentes de la República no usarían más astucias con el pueblo ; que escucharían sus quejas, comprenderían sus miserias y los asociarían a sus esfuerzos para salvar la patria. Robespierre va a inaugurar una política a la vez nacional y democrática.

Y para su ensayo va a tener que luchar en el mismo París, contra los extremistas de la izquierda aliados a los extremistas de la derecha, y les librerá la batalla en medio de una situación dificilísima por la carestía y las nuevas desastrosas que llegan de las fronteras. Que no haya desesperado, que haya aceptado el poder en semejante momento, que haya llevado sin desfallecer un fardo tan pesado y que consiguiera al fin salvar a la República del abismo, sería suficiente para su renombre.

CAPÍTULO III

La crisis del mes de agosto de 1793

Cuando Robespierre entró en el Comité de Salud pública, el 27 de julio de 1793, su presencia en él era ya apremiante. La situación de la República parecía desesperada. En la frontera del Nordeste y por todas partes se presentaban los ejércitos enemigos. El 28 de julio llegaba la noticia de la capitulación de Maguncia. Al mismo tiempo, los ejércitos del Rin y el Moselle, retrocedían sobre el Lauter y el Sarre. Al siguiente día llegaba la nueva de la capitulación de Valenciennes. Mientras cedía el campo de César, el camino del Oise, de París, abríase para el más fuerte de los ejércitos enemigos. En los Alpes, Kellermann, a quien habían debilitado los cuerpos que tuvo que destacar contra los federalistas del Ródano y el Mediodía, veíase obligado a defender con trabajo los pasos de Maurienne y Tarantaise. Los españoles avanzaban en los Pirineos. Desde Perpiñán anunciaban los representantes Expert y Projean, el 28 de julio, que los habitantes de Villefranche-de-Conflent acababan de llamar al enemigo. Los rebeldes vandeanos se apoderaban el 29 de julio de Ponts-de-Cé y amenazaban Angers.

Los realistas disimulados se hacían atrevidos incluso en las ciudades fieles. Todos los que estaban cansados de la guerra deseaban, para sus adentros, la victoria del enemigo y la restauración de la monarquía,

con tal de terminar de una vez con aquel estado caótico. Desde Cambrai, ya en peligro, los representantes Delbrel, Letourneur y Levasseur escribían el 26 de julio: « Los campesinos de este país sienten tal avidez de oro, que cada día el enemigo se halla enterado de una gran parte de lo que pasa en nuestros ejércitos. Hay pueblos enteros que le son adictos. » El representante Bassal decía desde Besançon, el 31 de julio, que las noticias recibidas de Maguncia exaltaban la audacia de los realistas, y expresaba su temor de no poder contener a los fanáticos. Poco después estallaba, en efecto, una insurrección clerical en las montañas del Doubs.

Los ejércitos sufrían una grave crisis moral. En el Norte las tropas de línea habían murmurado ante la destitución de Custine. Los generales y oficiales pertenecientes a la nobleza y que no habían emigrado, eran sospechosos y se hallaban en situación peligrosa. Pero eran casi irremplazables y, de ese modo, el mando pasaba de mano en mano. El soldado llegaba a desconfiar de aquellos jefes improvisados que le eran desconocidos. Y los jefes, entre sí, dudaban unos de otros. Como estaban estrechamente vigilados, no se atrevían a tomar ninguna iniciativa y buscaban únicamente ponerse a cubierto de cualquier sospecha. Incluso los mejores estaban profundamente descorazonados. En el ejército del Rhin, los generales Beauharnais y Sparre dimitieron el 2 de agosto. Hacían protestas de su amor a la República, pero decían — según su pensamiento — que en « este tiempo de Revolución en el que se multiplican las traiciones y en que pasaban por jefes de los movimientos liberticidas cuantos aparecían relacionados con el antiguo régimen, consideraban que el deber de todos aquellos que no obstante adolecer de ese vicio originario tenían las ideas de libertad e igualdad grabadas en su corazón, era pronunciar su exclusión por sí mismos ».

Era extremado el desorden en el ejército de la Vendée, sobre todo en los batallones parisienses formados por « héroes » reclutados a 500 libras. Los improvisados jefes que tenían el mando, pensaban más en medrar que en batirse, y los representantes, encargados de vigilarlos, no se entendían entre sí. Unos, como Goupilleau de Fontenay y Bourdon de l'Oise, apoyaban a los antiguos oficiales, y otros, como Choudieu y Richard, sólo tenían confianza en los nuevos jefes « descamisados ». Todos se achacaban mutuamente la responsabilidad de los fracasos. En suma, era el caos.

En conjunto la situación era infinitamente más crítica que la del año anterior, después de la toma de Verdun, porque los artesanos de las ciudades, que habían sido, hasta entonces, el mejor apoyo de la Revolución, comenzaban a dar señales de enervamiento y exasperación. A fines de julio, en todas partes se señalan graves disturbios provocados por la penuria: en Ruán, Esnue La Vallée y Lecointre temen un levantamiento; en Amiens son tasadas las subsistencias arbitrariamente y es preciso enviar a Chabot y Andrés Dumont para que restablezcan el orden; en Attichy, en el Aisne, y en los alrededores de Senlis se forman pequeñas concentraciones que inspiran vivas inquietudes a Collot d'Herbois e Isoré, etc. En ciertos momentos la escasez de agua obligó a recurrir a los molinos movidos a fuerza de brazos, con objeto de evitar que París muriese de hambre.

Los Exaltados, que comprenden que ha llegado su hora, azuzan el descontento general.

Jacobo Roux, el 29 de julio pidió la formación de una impo- nente fuerza para acudir en auxilio de los que se ocupaban de las subsistencias. El 6 de agosto reclamó la guillotina para los diputados de las tres asambleas que habían recibido oro de los tiranos. El 8 de agosto solicitó la prisión de todos los banqueros, que eran por naturaleza — decía — lacayos de los reyes, acaparadores de la moneda y causantes del hambre. También quería que se decapi-

tase a « todos esos malos ciudadanos que han adquirido inmensos dominios en estos cuatro años; esos egoístas que se han aprovechado de las desgracias del país para enriquecerse; esos diputados que antes de su inesperada elevación al Areópago no podían gastar un escudo diario y hoy son grandes propietarios; esos diputados establecidos como carniceros en una calle pestilente y que actualmente ocupan espléndidas mansiones (alusión a Legendre); esos diputados que, antes de recorrer la Saboya y Bélgica, comían en modestas fondas, y hoy dan grandes comidas, frecuentan los espectáculos y tienen sus panegiristas a sueldo (alusión a Danton, Delacroix, Simond) ». Jacobo Roux esperaba que la Federación del 10 de agosto sería la tumba de los acaparadores y concusionarios.

Teófilo Leclerc, por su parte, pedía el 27 de julio el arresto de todas las personas sospechosas « con objeto de que la fiesta del 10 de agosto pudiera celebrarse con toda la solemnidad posible ». A los que le acusaban de ser un hombre sanguinario, respondía el 31 de julio con este desafío: « Se me ha tratado de hombre sanguinario, porque he confesado en alta voz que un revolucionario debe sacrificar con sangre fría, si es necesario, cien mil malvados a la Revolución. ¡ Pues bien, franceses! ¡ Os descubro mi alma entera! Os predigo que tendréis que recurrir a eso cuando esté en la balanza la muerte de vuestros enemigos o la vuestra... Hago constar que sólo el tener a los nobles al frente de nuestros ejércitos ha hecho perecer a 150 000 combatientes. » En los números siguientes repetía sus llamamientos a la violencia, y, por último, el 6 de agosto la emprendía con la Convención: « ¡ Pueblo! ¿ Tienes queja de tus legisladores? Les has pedido la tasa de todos los artículos de primera necesidad, y te lo han rehusado; el arresto de todas las gentes sospechosas, y no ha sido decretado; la exclusión de los nobles y sacerdotes de todos los empleos civiles y militares, y no se ha accedido a ello. Sin embargo, la patria sólo puede salvarse mediante una sacudida revolucionaria, que de un extremo a otro electrice a sus numerosos habitantes. »

El precedente año, después de la toma de Verdun, los revolucionarios de París, para atemorizar a los aliados del enemigo, dieron muerte a los sospechosos en las prisiones. Corrió con persistencia el rumor de que se pensaba repetir esas matanzas, que eran aconsejadas en grandes carteles, y que el *Journal de la Montagne* del 24 de julio denunció con indignación condenando a sus autores.

Paralelamente a los Exaltados, los antiguos girondinos que habían permanecido en París y los realistas escondidos ensayaban, a su vez, el aprovecharse de la miseria, para desencadenar un gran movimiento,

contra el Ayuntamiento, en primer término, y después contra la Convención.

Un amigo de Roland, el arquitecto Alejandro Pedro Cauchois, apoyado por su sección, la de Beaurepaire, una de las más moderadas de París, reunía en el Obispado, el 31 de julio, a los delegados de 39 secciones (entre 48) para reclamar los registros de los mercados entregados por el Ayuntamiento a los proveedores, como también que fueran abiertos los almacenes municipales de cereales y harinas. Al día siguiente Cauchois, nombrado secretario, se presentaba con 24 comisarios del Obispado al directorio departamental en el Ayuntamiento, pronunciando amenazadoras palabras y proclamando que representaba la voluntad popular y exigía cuentas inmediatas. Expulsado, llenó las paredes con amenazantes carteles y durante varias semanas continuó reuniendo a sus partidarios en el Obispado. Desde su prisión de la Abadía, el diputado girondino Carra seguía con atención y simpatía la lucha de Cauchois y las secciones contra el Ayuntamiento, y se prometía un desquite sobre la Montaña.

Para calcular toda la gravedad de la situación, no hay que olvidar que en esa fecha el Comité de Salud pública estaba lejos de poder contar con una mayoría segura en la Convención, y que sus poderes eran limitados. Aun no ejercía autoridad sobre los otros Comités de la Asamblea que, en principio, eran sus iguales. En propiedad sólo tenía el derecho de vigilar a los ministros y tomar medidas provisionales. Hasta el 28 de julio no obtuvo el derecho de decretar órdenes de prisión. Hasta entonces había estado obligado a dirigirse al Comité de Seguridad general, cuando necesitaba realizar pesquisas, y ese Comité de Seguridad, compuesto en gran parte por amigos de Danton, no estaba muy dispuesto a secundarle con celo.

Además, para protegerse contra los golpes de mano de la calle, el Comité de Salud pública no disponía de ninguna fuerza armada colocada bajo su autoridad particular. Los regimientos de línea y los batallones de voluntarios estaban en las fronteras; en París sólo quedaba la Guardia Nacional, y ésta estaba bajo la autoridad directa del Ayuntamiento. Si este poder

efectivo faltaba al Gobierno, éste tendría que capitular ante el menor tumulto. El mismo Ayuntamiento tenía que contar con las secciones, y muchas de ellas experimentaban la influencia de los girondinos disimulados y también la de los Exaltados. Los guardias nacionales no presentaban gran seguridad. Cuando se produjeron los disturbios a causa del jabón, habían demostrado mucha debilidad al reprimirlos. Y es que sufrían por la miseria, lo mismo que los descontentos. Toda la fuerza del Comité era únicamente moral; una fuerza de opinión, bien frágil cuando tenía que distribuirse entre varias cabezas. La ansiosa atención con que el Ayuntamiento y el Comité seguían las menores manifestaciones de la opinión pública, por medio de un ejército de « observadores », era suficiente para demostrar su profundo temor a un golpe de mano.

Por suerte, el Comité había encontrado en Robespierre un hombre respetado y un elocuente portavoz. Robespierre fué el lazo vital entre el Ayuntamiento y la Convención, entre ésta y los clubs, entre París y el resto de Francia. Se necesitaba nada menos que su prestigio intacto, para amortiguar los choques entre los diversos elementos de los partidos revolucionarios e imponer las soluciones conciliadoras. En ese mes de agosto de 1793 rindió un esfuerzo admirable.

Hizo, primeramente, a la Convención un señalado servicio desembarazándola de la demagogia de los Exaltados. Si combate a éstos no es porque se asuste de su política social. Robespierre resume su política en estas palabras: *subsistencias y leyes populares*. Pero los Exaltados eran sembradores de desconfianza, creadores de violencia y anarquía. No vacilaban en aliarse con elementos tan sospechosos como los que reclutaba el rolandino Cauchois.

El 5 de agosto inició Robespierre la lucha en los Jacobinos, respondiendo a Vincent, que atacaba a la

Convención en general, y especialmente a Danton y Delacroix. Vincent había solicitado que los jacobinos recibieran la invitación de formar listas de patriotas que debían ocupar todos los empleos vacantes. Dueños, por lo tanto, de los designados, hubieran llegado a ser dueños del Gobierno. La indignación de Robespierre estalló. Se lamentó de que «hombres nuevos, patriotas de un día, quisieran perder ante el pueblo a sus más viejos amigos». Defendió a Danton, que era calumniado, y dijo: «Danton no podrá ser desacreditado más que después de demostrar que alguien tiene más energía, talento y amor a la patria que los que él posee. Después, desdeñando a Vincent, cayó sobre los que consideraba como sus inspiradores: Leclerc y Jacobo Roux, «dos hombres asalariados por los enemigos del pueblo, a quienes ya denunció Marat», dos hombres que invocaban, no obstante, el nombre de Marat para desacreditar a los verdaderos patriotas.

El 7 de agosto volvió a la carga, poniendo en guardia a los jacobinos contra las exageradas medidas que podían causar la pérdida de la República. Denunció el complot preparado por los Exaltados para renovar los horrores de septiembre. Hizo un vivo elogio de Pache, Hanriot y el Ayuntamiento, atacados por Cauchois y los jefes de las secciones. Su discurso causó tal impresión que los jacobinos le elevaron el mismo día a su presidencia. Al día siguiente hizo comparecer ante la barra de la Convención a la viuda de Marat, Simona Evrard, la que había de denunciar «a todos los hipócritas libelistas que deshonoraban la memoria de su marido», predicando en su nombre extravagantes máximas. «Pretendían perpetuar después de su muerte la calumnia parricida que le presentaba como un apóstol del desorden y la anarquía.» Robespierre hizo insertar en el *Bulletin* la petición de Simona Evrard y

someter al Comité de Seguridad general el examen de la conducta de Jacobo Roux y Leclerc.

A Robespierre se debió que la fiesta del 10 de agosto pudiera celebrarse sin trastornos ni efusión de sangre.

Respecto a los miembros de las secciones que se reunían en el Obispado, el Comité de Salud pública maniobró hábilmente. Recibió a su diputación en la noche del 1.º al 2 de agosto, dándole buenas palabras, pero haciéndole observar que puesto que se preparaba la Federación del 10 de agosto, era preferible remitir hasta el 12 ó 13 del mes la comprobación de los almacenes municipales que ellos solicitaban. Los de las secciones creyeron en la promesa, y cuando, ya pasado el 10 de agosto, el Ayuntamiento estuvo seguro del apoyo del Comité, rehusó abrir los almacenes. Únicamente consintió en renovar la administración de las subsistencias. Pache acusó a Cauchois de que si pedía las cuentas era para conocer la verdadera situación y transmitirla a los especuladores ávidos, «que se aprovecharían para elevar los precios, y también a los contrarrevolucionarios, que intentarían detener los cereales en los alrededores de París, impidiendo su llegada a la ciudad». Jacobo Roux, desautorizado por los Graviilliers, fué detenido y encerrado en el Ayuntamiento, desde el 22 al 27 de agosto. Al mismo tiempo, la Convención ordenó, a moción de Tallien, la disolución de la asamblea de las secciones que funcionaba en el Obispado desde hacía tres semanas.⁵ Fueron disueltas sin resistencia.

Ese resultado hubiera sido imposible si el Comité de Salud pública no hubiera tomado medidas eficaces para aprovisionar a París. Puso a disposición del Ayuntamiento importantes sumas: 540 000 francos el 24 de julio, para compra de bueyes y arroz; 2 millones el 7 de agosto, para adquirir cereales y harinas; 3 millones el 14 de agosto, etc. Pero no era sólo di-

nero lo que se necesitaba. Había que vencer la mala voluntad de los cultivadores. El Comité envía a los vecinos departamentos delegados enérgicos pertenecientes a la Convención, los cuales ordenan que se hagan censos, como en los momentos de la toma de Verdun, y hacen agavillar los trigos por medio de requisiciones de obreros, etc. Bonneval y Roux, en el Eure y Loire, escriben a la Convención, el 26 de julio, que cada cantón remitiría a París, para el 10 de agosto, un saco de harina, y este ejemplo fué imitado por numerosos federados, que se hicieron acompañar por carruajes cargados de subsistencias. De este modo la capital fué aprovisionada, y los Exaltados perdieron su principal argumento contra el Ayuntamiento y la Convención.

Ya Barère había hecho votar, el 9 de agosto, el célebre decreto que organizaba en cada distrito un « granero de abundancia », que debía ser alimentado por las contribuciones en especie de los cosecheros y un crédito de 100 millones, votado para compra de cereales. Los panaderos eran colocados bajo la estrecha vigilancia de los Ayuntamientos, que podrían incautarse de sus hornos. Los que abandonaran el trabajo serían privados de sus derechos de ciudadanía y castigados con un año de trabajos forzados. Es cierto que los « graneros de abundancia » sólo existieron sobre el papel, pues ¿ dónde encontrar los cereales para llenarlos, cuando casi se vivía al día ? Pero el decreto, como muchos otros, tuvo por resultado tranquilizar las aprensiones y que luciera para los hambrientos una esperanza.

La Constitución iba a ser proclamada solemnemente el 10 de agosto ante los delegados de las asambleas primarias. Si se promulgaba inmediatamente, si se procedía a nuevas elecciones antes que las revueltas interiores fueran aplastadas, antes de que el enemigo

fuera vencido, ¡qué salto hacia lo desconocido! El Comité no se forjaba ilusiones sobre la verdadera fuerza del partido de la Montaña. Sabía que muchos electores no habían votado la Constitución más que con la idea oculta de poner en la puerta a los de la Montaña en cuanto fuera aplicada.

Desde Grenoble, el 26 de julio, Dubois-Crancé y Gauthier aconsejaban al Comité que hiciera inelegibles durante diez años a « todos los individuos que, sea en el seno de la Convención, sea entre los cuerpos administrativos y judiciales o bien en las secciones », hubieran tomado parte en la rebelión federalista. « Si no adoptáis ese partido antes de separaros, veréis en la primera legislatura a todos esos hombres pérfidos, que hoy tascan el freno, entregarse, a pretexto del orden, a las medidas más liberticidas y fabricar leyes de venganza y de sangre contra los que han hecho y sostenido la Revolución. » El Comité pensaba como esos representantes; pero fué mucho más lejos que ellos. No quería elecciones en modo alguno. Tal vez sentía repugnancia en violar, mediante un decreto de incapacidad para ser elegido, los principios que había proclamado en la Constitución, proporcionando así a los girondinos un pretexto excelente para que le acusasen de duplicidad. Cuando Chabot propuso formalmente, el 11 de agosto, que se declarase la incapacidad para ser elegidos de todos aquellos que no hubieran asistido a las asambleas primarias sin causa justificada y todos los que hubieran recusado su voto a la Constitución, el Comité hizo como que no recibía la comunicación que le fué dirigida.

Un antiguo amigo de Roland afiliado a la Montaña, Lanthenas, había propuesto que la Federación del 10 de agosto fuera « un jubileo fraternal, una época de reconciliación general entre todos los republicanos », o sea, dicho en otros términos, tender los brazos a los federalistas, concediéndoles una amnistía general. La idea había sido acogida favorablemente por los moderados de la Convención. Garat se precia en sus Memorias de haber convencido a Danton y Legendre. Barère se mostraba favorable, según afirma el diputado Blad (carta del 5 de agosto). Pero Hébert y Robespierre se atravesaron. Hébert declaró que la amnistía pedida por los Dormilones, tendría como consecuencia el restablecimiento de la monarquía.

El Comité estuvo de acuerdo con Couthon y Robespierre, hostiles a toda transacción mientras no fuera aplastado el federalismo. El 2 de agosto Couthon, apoyado por Robespierre, hizo votar la acusación del girondino Carra, por haber propuesto en otro tiempo el restablecimiento de la monarquía en provecho del duque de York.

El Comité podía temer que los partidarios de la amnistía y de la entrada en vigor de la Constitución consiguieran conquistar a los federales de toda Francia que habían llegado a París para asistir a la fiesta del 10 de agosto. No vaciló en recurrir a los grandes medios. Apostó agentes secretos en las carreteras, con la misión de registrar a los federales, abrir su correspondencia y arrestar a los que le pareciesen sospechosos. Cuando el diputado Thibault protestó, el 5 de agosto, de esos procedimientos de intimidación, fué acusado por Couthon de ser un cómplice de los federalistas, y Robespierre le cerró la boca. El Comité puso 300 000 libras a la disposición de Hanriot para que organizase una discreta vigilancia sobre los federales, y 50 000 libras a disposición de Pache para que indemnizara a los miembros de escasos recursos pertenecientes a los Comités de vigilancia de las secciones (7 de agosto).

Esas precauciones fueron eficaces. Adoctrinados por los jacobinos, que pusieron su local a su disposición, agasajados y cumplimentados por los partidarios de la Montaña que pertenecían a las secciones y el Ayuntamiento, los federales abandonaron sus prevenciones contra París. No sólo no crearon dificultades al Comité de Salud pública, sino que en ocasiones memorables fueron sus más firmes sostenedores, y al regresar a sus provincias fueron los misioneros del evangelio de la Montaña. Parecieron tan absolutamente seguros que se les asoció por un decreto a la obra gubernamental.

A partir del 6 de agosto, su orador Claudio Royer, cura de Chalon-sur-Saône, se pronunció con energía contra la entrada en vigor de la Constitución: « ¡Es el deseo de los indecisos, los moderados, los federalistas, los aristócratas y los contrarrevolucionarios de toda especie! ». Los moderados no se atrevieron a pedir la amnistía; pero, sin embargo, se arriesgaron a reclamar la entrada en vigor de la Constitución, sin duda creyendo que contarían con el apoyo de los hebertistas. La idea de proceder a nuevas elecciones agradaba a los que pensaban obtener actas y reemplazar a la cabeza del Gobierno a unos hombres que decían que estaban « gastados » y de los que soportaban con dificultad el mando. Hubieran querido, simplemente, hacer declarar con anterioridad la inhabilitación de los federalistas.

El 11 de agosto, pues, Delacroix, para confundir, según dijo, a los que acusaban a la Convención de querer eternizarse, propuso preparar la convocatoria de una nueva asamblea, procediendo inmediatamente a formar el censo de la población electoral y de las circunscripciones. La proposición, hecha de improviso, en una sala casi vacía y en ausencia de los miembros del Comité, fué votada sin debate. Pero la misma tarde, en los Jacobinos, Robespierre se revolvió contra esa votación por sorpresa. Rara vez fué de tal vehemencia: « Llamado contra mi gusto al Comité de Salud pública, he visto cosas que jamás me hubiera atrevido a sospechar; he visto, de un lado, miembros patriotas que han puesto todos sus esfuerzos, algunas vez en vano, en la salvación de su país, y de otro lado, conspirar a unos traidores incluso en el seno del Comité, y esto con tanta más audacia cuanto mayor era su impunidad... (1). He conocido, he leído una proposición que ha sido presentada esta mañana a la Convención, y os aseguro que, aun ahora mismo, me

(1) Para comprender las alusiones de Robespierre, precisa recordar que la antevíspera la Convención había deferido al examen del Comité la denuncia hecha por Montaut contra Reubell y Merlin de Thionville, acusándoles de haber entregado Maguncia al enemigo. Robespierre y Couthon estaban convencidos de la culpabilidad de estos dos representantes. Tuvieron que intervenir en el Comité para pedir que se hiciera contra ellos un informe de acusación, pero no lograron obtenerlo. Thuriot, que había defendido a Reubell y Merlin en la tribuna, los amparó en el Comité.

es difícil creer en ello; no permaneceré como miembro inútil de un Comité o de una Asamblea que van a desaparecer. Sabré sacrificarme en bien de mi país... Yo declaro que nada puede salvar a la República si se adopta la proposición presentada esta mañana de acabar con la Convención y sustituirla por una Asamblea legislativa. (¡No! ¡No! exclamaron todos.) La proposición que combato sólo tiende a que sucedan a los actuales seleccionados de la Convención los enviados de Pitt y de Coburgo.»

La indignación de Robespierre se explica porque algunos de sus colegas de Comité estaban de acuerdo con Delacroix y aceptaban la disolución de la Convención. Pero la actitud de los federales y los jacobinos, que invitaron a la Asamblea a que permaneciese en su puesto, hizo fracasar la maniobra de los moderados. El decreto provocado por la proposición de Delacroix quedó como un papel inútil. En vano Gossuin y Delacroix insistieron, el 12 de agosto, en el eterno ataque contra Bouchotte; en vano pidieron que los miembros ausentes del Comité, Prieur de la Marne y Saint-André, entonces en misión cerca de los ejércitos, fuesen reemplazados; el apoyo de los federales destruyó todas las oposiciones. Al día siguiente el Comité fue confirmado en sus poderes.

A petición, en fin, de los federales, fue votada la gran medida de la conscripción en masa. La idea fue lanzada por un agitador que actuaba en la sección de la Unidad, Sebastián Lacroix, el 28 de julio: «¡ Que la hora en que se tocaba a rebato para asaltar el palacio del tirano y su trono se rompía en pedazos, sea aquella en que la generala batirá en toda la República! ¡ Que los amigos de la patria se armen, que formen nuevos batallones, que los que no tengan armas conduzcan las municiones, que las mujeres lleven los víveres o hagan el pan, que la señal del combate sea dada por el canto de la patria, porque ocho días de entusiasmo pueden hacer más por la patria que ocho años de combate! » La idea obtuvo gran éxito. El Ayuntamiento,

después de las secciones, se la apropió. El 5 de agosto pidió que se decretara la movilización inmediata de todos los ciudadanos entre los 16 y los 25 años. Los federalistas fueron arrastrados en esa corriente dos días después; pero Robespierre, instruido del lamentable resultado de los reclutamientos tumultuosos de aldeanos en los departamentos próximos a la Vendée, hizo observar que la conscripción en masa era inútil: «No son hombres lo que faltan, sino más bien los generales y su patriotismo.» Los federales se obstinaron. Su orador Royer, declaró el 12 de agosto en la Convención: «Es preciso, en fin, dar un gran ejemplo a la tierra, una terrible lección a los tiranos coligados. ¡Haced un llamamiento al pueblo, que el pueblo se levante en masa, puesto que sólo él puede aniquilar a tantos enemigos!» Esta vez Danton y Robespierre apoyaron la medida. Danton hizo observar que el reclutamiento de los soldados debía ser acompañado por la movilización económica correspondiente. Pidió que los federalistas fuesen encargados en sus cantones de presidir el inventario de las armas, subsistencias y municiones al mismo tiempo que la conscripción de los hombres. Robespierre propuso que, además, fuesen encargados de designar a los patriotas activos, enérgicos y seguros, que deberían reemplazar a los miembros sospechosos de las administraciones. Como el Comité de Salud pública no se apresuraba a provocar la votación de lo que se le había pedido, los federalistas reaparecieron en la barra, acompañados, esta vez, por los diputados de las 48 secciones, el 16 de agosto. El Comité cedió, y el 23 de agosto votó la Convención el célebre decreto redactado por Barère con la colaboración de Carnot: «Desde este momento hasta aquel en que los enemigos hayan sido arrojados del territorio de la República, todos los franceses pertenecen de un modo permanente al servicio de los ejércitos. Los jóvenes irán al combate;

los casados forjarán las armas y transportarán las subsistencias; las mujeres harán tiendas, trajes y servirán en los hospitales; los ancianos se congregarán en las plazas públicas para excitar el valor de los guerreros, predicar el odio contra los reyes y la unidad de la República. Los edificios nacionales serán convertidos en cuarteles; las plazas públicas, en talleres de armas, etc.» Todos los jóvenes de 18 a 25 años, solteros o viudos sin hijos, figurarán en la primera clase de la conscripción. Se reunirán inmediatamente en la capital del distrito, donde se formarán en batallones bajo una bandera que ostentará las siguientes palabras: *¡El pueblo francés en pie contra los tiranos!*

Por primera vez en los tiempos modernos, todos los recursos de una nación en guerra, hombres, alimentos, mercancías, eran colocados bajo la autoridad del Gobierno. La República — según la frase de Barère — no era más que una gran ciudad sitiada, un vasto campo atrincherado.

Los acontecimientos habían ampliado de un modo singular el papel del Comité de Salud pública. Ya no podía limitarse a la vigilancia que hasta entonces le había sido atribuida. Ahora gobierna y aun administra por encima de los ministros, que no son más que delegados; y esto es tan cierto que el mismo Comité siente la necesidad de ser reforzado, llamando a los técnicos de que hasta entonces carecía. Después de la dimisión de Gasparin no figuraba en él ningún militar profesional. Cuando, en principio, fué votado el reclutamiento en masa, se apresuró a llamar al capitán de ingenieros Carnot, que se hallaba desempeñando una misión en el ejército del Norte, invitándole a tomar la dirección de las operaciones militares y, asimismo, ofreció la dirección de las industrias de guerra a otro ingeniero amigo de Carnot, Prieur de la Côte-d'Or, que fueron nombrados miembros del Comité el 14 de agosto.

Danton hubiera querido dar estado de derecho a una situación de hecho, erigiendo el Comité de Salud pública en Gobierno provisional. Hizo esa proposición el 1.º de agosto, y pidió que fuese puesta a disposición del Comité la suma de 50 millones, con el carácter de fondos secretos. Pero Robespierre hizo observar que destruyendo la actividad de los ministros no marcharía mejor el Gobierno: ¡al contrario! quedaría desorganizado. Héroult de Séchelles demostró al siguiente día que la moción de Danton era inútil y peligrosa. « Si hemos de descender a detalles administrativos, aun aumentándonos en número se nos destruye. » El Comité aceptó únicamente los 50 millones de fondos secretos, a condición de que sólo existiría la autorización, permaneciendo los fondos en tesorería. Es visible que, aun guardando consideraciones a Danton, el Comité le suponía pensamientos no muy claros. ¿Acaso no habían sido los amigos de Danton y, a veces, Danton mismo, quienes en aquella terrible crisis de agosto de 1793 habían producido las mayores dificultades?

El Comité sólo había podido desenmascarar las intrigas de los moderados con la ayuda del Ayuntamiento y los jacobinos. Se había aproximado cada vez más a los más fervidos elementos revolucionarios. ¿Llegaría siempre a refrenarlos? ¡Cuántos obstáculos tendría aún que salvar antes de llegar a una situación estable!

CAPÍTULO IV

La oleada hebertista y el comienzo del Terror

Apoyado por las oficinas de Guerra y los agentes que Bouchotte envió a los ejércitos para vigilar a los generales y a veces a los representantes, reforzado por su clientela de refugiados políticos, a quienes una paz prematura entregaría a sus antiguos amos, Hébert es partidario, ante todo, de una guerra a ultranza, hasta conseguir la completa victoria. No puede concebir una política de paz que no sea, al mismo tiempo, una política de restauración monárquica. Cloots, que pretende llevar los límites de Francia hasta el Rhin, le secunda con todas sus fuerzas, y el *Balave* hace coro al *Père Duchesne*.

Hérault de Séchelles, que dirige con Barère la parte diplomática en el Comité de Salud pública, piensa como su amigo Cloots. El 18 de agosto envía a Mulhouse a un agente secreto, Catus, para preparar la unión a Francia de esa pequeña República manufacturera, aliada de la Confederación los Trece Cantones. Se interesa especialmente por la Saboya, de cuya organización ha sido encargado después de la anexión, y de donde ha traído a su amante, la morena Adela de Bellegarde. Saboya es invadida nuevamente por los piemonteses. Hérault propone, el 25 de agosto, que se envíen dos representantes, Dumas y Simond, para

rechazar al enemigo y tranquilizar a los habitantes sobre la lealtad de Francia. Pero los moderados de la Convención, todos los que habían aplaudido las tentativas de Danton para transigir con los tiranos, pusieron mala cara a la proposición. Duhem, que acaba de ser llamado de su misión en el Norte, la combate arrojando sospechas sobre el civismo de los saboyanos, y después de Duhem hace lo mismo Gossuin. En vano Simond, que es saboyano, recuerda que sus compatriotas han formado seis batallones de voluntarios que se baten admirablemente. En vano Tallien exclama que Francia se deshonraría si abandonase a los saboyanos que se han entregado a ella. La Asamblea le escucha con extrema frialdad. Es preciso que Prieur de la Marne y Barère intervengan para que la Convención consienta en acudir en socorro del Mont-Blanc.

Después de este debate, los hebertistas ya no dudan de que existe en la Convención un fuerte partido de pacifistas, o sea de realistas disfrazados. Les imputan la lentitud del proceso de Custine, la absolución de Reubell y Merlin de Thionville que capitularon en Maguncia, las persecuciones sufridas en la Vendée por Rossignol — momentáneamente destituido por Bourdon de l'Oise — y Goupilleau de Fontenay, las malevolencias de ciertos representantes respecto de los agentes de Bouchotte.

Ciertamente Robespierre toma la defensa de Rossignol y hace el elogio de los servicios prestados por los comisarios del Consejo ejecutivo enviados a los ejércitos (23 de agosto); pero los hebertistas se creen bastante fuertes para tomar la ofensiva contra sus adversarios. El *Père Duchesne* no se limita a atacar a Danton y sus amigos, « esos traidores que se sientan en la Montaña », que es como los designa. Quiere restaurar el poder de los ministros y hacer que éstos y sus agentes sean independientes de la Asamblea, de los

representantes en misión y de los Comités. « Hombres de la Montaña — escribe en su número 275 —, en tanto que los Comités usurpen todos los poderes, no tendremos jamás Gobierno o éste será detestable. Si los reyes han hecho tanto daño en la tierra es porque nada se oponía a su voluntad, que es más o menos lo que ocurre con vuestros Comités... Nunca tendremos libertad, y nuestra Constitución será únicamente una quimera en tanto que los ministros sólo sean monigotes a las órdenes de los más ínfimos barrenderos de la Convención. » Audazmente, propone Hébert que se ponga inmediatamente en vigor la parte de la Constitución que prescribe la elección de los ministros. Le dolía el fracaso experimentado el 20 de agosto, cuando la Convención designó a Paré, antiguo pasante de Danton, para el Ministerio del Interior. ¡ Tomaría el desquite cuando el pueblo eligiera a los ministros ! Robespierre tuvo que hacer inauditos esfuerzos para impedir que los jacobinos siguieran a Hébert y con él pidieran la renovación del Consejo ejecutivo por votación popular.

Los hebertistas extremaron su campaña. Se quejaron del mantenimiento de los nobles en sus empleos, de las persecuciones de los patriotas en ciertas regiones, como en Nancy (asunto Mauger), de la protección que el Comité de Seguridad general concedía a los aristócratas, del retraso de dicho Comité en juzgar a los girondinos y María Antonieta ; mostraron al realismo como dominante en los espectáculos de París, donde se representaban, entre aplausos, obras como *Pamela*, donde se hacía el elogio de la nobleza y del Gobierno inglés, y como *Adela de Sacy*, donde podía verse a una reina y su hijo retenidos cobardemente en una prisión hasta ser al fin libertados y restablecidos en sus derechos y honores. El Comité prohibió las dos obras sospechosas.

A causa de la sequía que paralizó los molinos, reapareció la penuria a últimos de agosto. Se gruñía coléri-

camente. Hébert no atacaba solamente a los acaparadores, sino a toda clase de negociantes en un artículo capaz de dar celos a sus rivales los Exaltados.

« ¡ La patria ! ¡ Qué diantre ! ¡ Los negociantes no tienen patria ! Han sostenido la Revolución mientras creyeron que les sería útil : han dado la mano a los descamisados para destruir la nobleza y los Parlamentos, pero sólo querían suplantar a los aristócratas. Mas desde que no existen ciudadanos activos, desde que el pobre descamisado goza de los mismos derechos que los ricachones, estos canallas nos han vuelto la espalda y han recurrido a todas las argucias imaginables para derrumbar la República. Han acaparado todas las subsistencias para revenderlas a peso de oro y para traer nos el hambre... » (núm. 279).

Por añadidura llegaban malas noticias de las provincias. Los realistas y los tibios se agitaban para dificultar el reclutamiento en masa : desórdenes en Sena y Marne a fines de agosto, fermentación en Rennes, revuelta en el distrito de Saint-Pol (27 de agosto), tumulto en Abbeville para librar a los sospechosos (27 de agosto), complots en Ruán, insubordinación del 5.º regimiento de dragones en Laon (28 de agosto), reuniones de insumisos y desertores en el Alto Garona y el Ariège (30 de agosto), etc.

Los hebertistas no se limitan ya a influir sobre la Convención y el Gobierno. Preparan una nueva jornada. Según ellos, ha llegado la hora de asumir a su vez el poder.

Hébert propone a los jacobinos, el 28 de agosto, dirigirse a la Convención para reclamar la depuración de los Estados Mayores, la destitución de los nobles y otras medidas de Salud pública. A esa petición se asocian las 48 secciones y las sociedades populares de París. Hébert es muy aplaudido. El federal Boy prorrumpe en amenazas contra la Convención. Es llamado al orden, pero las tribunas le aplauden. El antiguo orador de los federalistas, Royer, apoya la petición que, en principio, es resuelta favorablemente.



Al día siguiente, Billaud-Varenne — que regresa del ejército del Norte — denuncia el desorden que ha seguido a la pérdida del campo de Famars. Ante la Convención critica la inacción gubernamental. Propone el nombramiento de una Comisión encargada de velar por la ejecución de las leyes y de enviar al cadalso a los que resulten culpables. En vano intenta Robespierre detener el golpe asestado por Billaud al Comité de Salud pública. La Comisión propuesta ha de rivalizar con el Comité, paralizándolo y siendo un manantial de disturbios y conflictos. « Es de temer que esa Comisión no se ocupe más que de las enemistades personales, en vez de prestar una leal vigilancia, convirtiéndose así en un verdadero Comité de delación. ¡ No es de hoy que me doy cuenta de que existe un pérfido sistema de paralizar el Comité de Salud pública, haciendo ver que se le ayuda en sus trabajos ! » La Asamblea permanece fría e incluso murmura. Danton acude en socorro de Robespierre, que le ha defendido tres días antes en los Jacobinos. « Ya el Comité de Salud pública presiona al Consejo ejecutivo. Si creáis una Comisión, presionará al Comité, y quizá en vez de un nuevo modo de accionar sólo habréis creado una inquisición nueva. » Pero una vez dicho esto, Danton, fiel a su táctica habitual, ofrece una transacción. Propone que se agreguen al Comité tres nuevos miembros. Su moción es enviada al Comité; pero éste no se apresura a presentar la lista de los tres nuevos miembros que quieren agregarle, porque tendría que incluir entre ellos a Billaud. Prefiere hacerse el sordo.

Pero los hebertistas se apoderan de los jacobinos y, para recobrar la popularidad, que se le va escapando, Danton aúlla con ellos. El 30 de agosto proclama, ante el club, que la Convención hará, junto con el pueblo, una tercera Revolución, si es preciso, « para terminar, en fin, esa regeneración de la que se espera la felici-

dad, retardada hasta ahora por los monstruos que la han traicionado ». Después Royer evoca el ejemplo de Marat. ¿ Por qué no se han seguido sus consejos ? « Ya no se escucha a los que hablan hoy. ¡ Es preciso estar muerto para tener razón ! ¡ *Que el Terror esté en el orden del día !* ¡ Es el único medio de despertar al pueblo y obligarle a que se salve a sí mismo ! » Royer quedó encargado de proponer una nueva redacción (era la cuarta) de la petición debida a la iniciativa de Hébert.

Robespierre hizo esfuerzos desesperados para evitar la jornada que se preparaba. Pero los acontecimientos trabajaban en pro de los hebertistas. El 2 de septiembre un comisario del Consejo ejecutivo que regresaba del Mediodía, Soulès, trajo la noticia de que los ingleses habían entrado en Tolón el 26 de agosto. En seguida Billaud-Varenne sube a la tribuna para poner en descubierto al Comité de Salud pública, que había ocultado la noticia. La misma tarde en los Jacobinos, los hebertistas acordaron la afiliación a la sociedad de los republicanos revolucionarios, no obstante los lazos que unían a su presidente, Claire Lacombe, con Teófilo Leclerc. Además, Hébert provocó la resolución de que el club se reuniera al día siguiente a las nueve de la mañana, para ir a la Convención con las secciones y las sociedades populares.

Robespierre ganó aún dos días. Los jacobinos no comparecieron ante la Convención ni el 3 ni el 4 de septiembre. Pero el 4 la noticia de la entrada de los ingleses en Tolón tuvo carácter oficial. A la mañana, los hebertistas pusieron sus fuerzas en movimiento. Cerrajeros y obreros de la construcción se reúnen en las calles del Temple y Sainte-Avoye y van al Ayuntamiento para solicitar un aumento de salario. Su orador interroga a Pache : « ¿ Hay víveres en París ? Si los hay mostradlos, y caso de no haberlos, decid las causas. El pueblo está en pie, los « descamisados » que han hecho

la Revolución, os ofrecen sus brazos, su tiempo y su vida ! » Para calmar a los manifestantes o salvar su responsabilidad, Chaumette corre a la Convención. Lleva el decreto en el que acaba de comprometerse a establecer en el plazo de ocho días la tasa de todos los artículos y mercancías de primera necesidad, o, dicho en otros términos, el máximo general. El efecto que produce es nulo. « ¡ No necesitamos promesas, sino el pan que nos falta y ahora mismo ! » — grita la multitud que ha ido aumentando —. Entonces Chaumette sube sobre una mesa : « ¡ Yo también he sido pobre y, por lo tanto, sé lo que es la pobreza ! ¡ Esto es la guerra declarada de los ricos contra los pobres ! ¡ Quieren aplastarnos: pues bien, hay que estar en guardia y aplastarlos nosotros mismos, puesto que tenemos la fuerza en las manos ! » Y Chaumette invita al Ayuntamiento a que reclame de la Convención la organización inmediata de un ejército revolucionario « con el fin de acudir a los campos donde se ha requisado el trigo, asegurar los reclutamientos, favorecer las llegadas de víveres, detener las maniobras de los ricos egoístas y entregarlos a la venganza de las leyes ». Hébert invita a los obreros a que cesen en su trabajo al siguiente día, para ir en masa con el pueblo a la Asamblea : « Que la rodee como hizo el 10 de agosto, el 2 de septiembre y el 31 de mayo, y no abandone su puesto hasta que la representación nacional haya tomado las medidas adecuadas para nuestra salvación. Que el ejército revolucionario parta en el mismo instante en que aparezca el decreto; pero, sobre todo, que la guillotina siga a cada sector y cada columna de ese ejército ! » La mayor parte de las secciones se presentaron ya muy tarde, durante la noche, y una de ellas, la de los « descamisados », se declaró en insurrección contra los ricos.

Para obtener el 10 de agosto el nuevo 31 de mayo que se preparaba, era preciso arrastrar a los jacobinos

como había sucedido en visperas de las grandes jornadas. En vano Robespierre, secundado por Renaudin, puso al club en guardia contra un tumulto que hubiera regocijado a los aristócratas. En vano denunció « un complot para llevar el hambre a París e inundarle en sangre ». En vano se comprometió, en nombre del Comité de Salud pública, a satisfacer las necesidades del pueblo y reprimir la acaparación. Su apelación a la calma no fué escuchada. Royer atacó al Comité, que contenía hombres perversos. Según él, Barère « había tenido una marcha tortuosa en la Revolución ». Fueron inútiles los esfuerzos de Robespierre para defender a Barère, hombre débil, pero activo y útil. Royer continuó sus ataques y avergonzó a los jacobinos por su timidez : « ¿ Qué habéis hecho desde hace ocho días ? Nada. ¡ Mostraos tal como erais en los días difíciles en que salvasteis la libertad ! ¡ Os conjuro a cambiar de táctica ! ¡ Obrad y no habléis más ! » Fué aplaudido frenéticamente. Robespierre se calló. Era imposible detener el movimiento. Al día siguiente, 5 de septiembre, un largo cortejo precedido por Pache y Chaumette se trasladó desde el Ayuntamiento a la Convención. Los manifestantes llevaban carteles donde se leía : *¡ Guerra a los tiranos ! ¡ Guerra a los aristócratas ! ¡ Guerra a los acaparadores !*

La Asamblea, que esperaba esa visita, acababa de votar sin debate, y a propuesta de Merlin de Douai, la división del Tribunal revolucionario en cuatro secciones que funcionarían simultáneamente. Pache explicó, en nombre del Ayuntamiento y las secciones, que el pueblo estaba cansado de la penuria ocasionada por el egoísmo de las clases poseedoras y las maniobras de los acaparadores. Chaumette leyó la proposición. Reclamaba la formación del ejército revolucionario, ya decretada después del 2 de junio, y que la intriga y el miedo de los culpables había ido retrasando. La gui-

lloquina debería acompañar al Ejército. Robespierre, que presidía, respondió a Chaumette que el pueblo podía contar con la solicitud de la Convención. « ¡ Que los buenos ciudadanos se agrupen alrededor de ella ! » acabó, como si estuviera amenazada.

Billaud-Varenne insistió sobre las peticiones. Reclamó el arresto de los sospechosos. Volvió sobre su anterior moción de crear una Comisión de vigilancia para la ejecución de las leyes. « Si las revoluciones van arrastrándose, es porque las medidas se toman a medias ! » Inútilmente Saint-André, para ganar tiempo, anuncia que el Comité va a deliberar sobre las medidas propuestas. Billaud-Varenne le interrumpe con rudeza : « ¡ Sería asombroso que nos divirtiéramos en deliberar ! ¡ Es preciso obrar ! » En vano Basire procuró acudir en socorro del Comité, tratando de poner en guardia contra los jefes de las secciones que podrían no ser más que agentes perturbadores en manos de la aristocracia, como en Lyon, Marsella y Tolón. Fué interrumpido por murmullos, y Danton, deseoso de recuperar su popularidad, subió a la tribuna. Es preciso aprovechar — dijo — el impulso sublime del pueblo, cuyos deseos están dictados por el genio nacional. Es preciso decretar en el acto la formación del ejército revolucionario, sin esperar ningún informe. Para desbaratar los manejos aristocráticos de que hablaba Basire, proponía pagar una indemnización de 40 sueldos por sesión a los « descamisados » que acudieran a las asambleas de sección que serían reducidas a dos por semana. Además, proponía la concesión de un crédito de 100 millones para las fábricas de armas y que se imprimiera un movimiento acelerado al Tribunal revolucionario. Todas estas medidas fueron votadas.

Billaud-Varenne, infatigable, insistió en el arresto de los sospechosos, e hizo votar que los miembros de los Comités revolucionarios, encargados de su vigilancia,

recibirían desde entonces un subsidio. También hizo votar la acusación de los antiguos ministros Clavière y Lebrun ante el Tribunal revolucionario, y, al fin, la larga y tumultuosa sesión fué levantada después de elevar a Billaud a la presidencia de la Asamblea, en reemplazo de Robespierre, cuyo mandato había expirado.

A la mañana siguiente, el Comité de Salud pública, que se había resignado, pidió a la Convención que le fueran agregados tres nuevos miembros: Billaud-Varenne, Collot d'Herbois y Granet. Gaston se lamentó de que el Comité no obrase con bastante energía en el sitio de Lyon. Danton le reprochó el reservar demasiado el dinero: « Debéis adaptar una manivela a la gran rueda, imprimiendo así un amplio movimiento a la máquina política. Para conseguirlo, emplead los grandes medios que sugiere el amor a la patria: de otro modo no sois dignos de las funciones que se os han confiado. » Gaston, entusiasmado, propuso que Danton, que tenía nervio revolucionario, fuese adjunto también al Comité. Y así lo decidió la Convención. Pero únicamente Billaud-Varenne y Collot aceptaron su designación. Danton y Granet la rehusaron. El hecho de que Danton no aceptara, tomando como pretexto el deseo de probar su desinterés a sus acusadores, era cosa grave, porque Danton era entonces « lo que hoy sería un poderoso ministrable que rechazase el poder. Aun sin quererlo, se convertía en un centro de oposición. Incluso cuando parecía apoyar al Comité de Salud pública, su concurso despertaba desconfianzas » (Jaurès). Pero es posible que Danton rehusase por otro motivo. Como había tomado una parte tan importante como Billaud en las graves resoluciones votadas el 5 de septiembre —porque el Comité de Salud pública no había propuesto su nombre a la Convención como propuso el de Billaud— Danton debió decirse que el Comité no deseaba su concurso.

Por medio de Collot d'Herbois y Billaud-Varenne, el hebertismo se hallaba ahora representado en el Gobierno. Lo que no dejaba de ofrecer sus ventajas. El Comité tenía ahora contacto con los capuchinos y los pequeños clubs que gravitaban dentro de su influencia. No tendría, pues, tanto temor de verse desbordado y sumergido por la marea popular, a la que debe esforzarse en canalizar y poner un dique.

El primer artículo del programa hebertista, del que se derivaba todo el resto, era la guerra hasta el fin. El 6 de septiembre, el inglés Matthews, a quien Danton había empleado durante secretas negociaciones con Grenville, fué detenido a su regreso de Londres. El periodista oficioso Ducher, protegido de Barère, hizo en el *Moniteur* una campaña contra los pacifistas, y el Comité decidió, el 24 de septiembre, no mantener embajadores oficiales más que cerca de los dos pueblos libres: americanos y suizos, conservando agentes secretos en las demás potencias. Para demostrar que estaba decidido a terminar con toda clase de comunicaciones — incluso oficiosas — con el enemigo, decidió no tratar con ningún agente o ministro extranjero que no tuviera « un carácter positivo cerca de la República francesa ».

Al adoptar el programa de guerra a ultranza del hebertismo, el Comité se veía obligado a procurar también los medios para realizarlo. Hasta entonces el Terror había sido intermitente, y los sospechosos, detenidos con cualquier pretexto, eran puestos en libertad casi en seguida. A partir de ese momento el Terror fué permanente. Merlin de Douai le dió su Código mediante la Ley de sospechosos que hizo votar el 17 de septiembre.

Hasta entonces no estaban definidos los sospechosos. Dicha Ley llena esa laguna. « Son reputadas personas sospechosas: 1.º, aquellos que por su conducta, relaciones, palabras o escritos, se hayan

mostrado partidarios de la tiranía o el federalismo y enemigos de la libertad; 2.º, aquellos que no puedan justificar en la forma prescrita por el decreto del 21 de marzo, sus medios de existencia y el cumplimiento de sus deberes cívicos; 3.º, aquellos a quienes se haya rehusado los certificados de civismo; 4.º, los funcionarios públicos suspendidos o destituidos de sus funciones por la Convención nacional o sus comisarios, y que no hayan sido reintegrados a sus puestos; 5.º, los anteriormente miembros de la nobleza: maridos, mujeres, padres, madres, hijos o hijas, hermanos o hermanas y agentes de los emigrados, que no hayan manifestado constantemente su afecto a la Revolución; 6.º, los que hayan emigrado en el intervalo entre el 1.º de julio de 1789 y la publicación del decreto del 30 de marzo de 1792, aunque hayan vuelto a Francia en el plazo señalado en ese decreto o anteriormente. » Ese texto, tan elástico, contenía una terrible amenaza, no sólo para los verdaderos sospechosos, sino para todos los que podían molestar al Gobierno, incluso los indiferentes y los tímidos, puesto que englobaba hasta los ciudadanos cuya única falta era no cumplir sus deberes electorales. Comprendía en la medida a los funcionarios, puesto que a la destitución de los infieles o tibios seguiría instantáneamente su reclusión.

Los Comités revolucionarios iban a tener faena. Pero el Comité de Seguridad general, que, en el plano más elevado, dirigía su acción, era sospechoso a los jacobinos, que le reprochaban sus complacencias con los abastecedores, las lindas solicitantes, los aristocratas y los banqueros extranjeros. El 13 de septiembre, después de un vivo debate, la Convención decretó la renovación del Comité de Seguridad general, y que en adelante fuese el Comité de Salud pública quien presentara la lista de sus miembros. Además, quedó acordado que todos los demás Comités serían renovados igualmente por mediación del Comité de Salud pública. Medida decisiva. El Comité de Salud pública es investido de una preeminencia, de un derecho de inquisición y vigilancia sobre todos los demás Comités que hasta entonces eran sus iguales. En la actualidad posee la realidad del poder, puesto que puede formar los otros Comités a su gusto, depurarlos y dominarlos.

Así la oleada hebertista no tuvo como único resultado poner el Terror en boga, organizar la vigi-

lancia y la represión de un modo permanente por medio de la Ley de sospechosos, obtener el voto de las tasas (máximo) reclamadas por los «descamisados» y organizar el ejército revolucionario para arrancar las subsistencias a los cultivadores, sino que dió al ejército revolucionario un vigoroso impulso.

El Comité de Salud pública, que venía chocando con la desconfianza, los celos y la oposición sorda o franca de una parte de la Convención, vió sus poderes singularmente fortificados. El 11 de septiembre, Barrère hizo restablecer el derecho de los ministros para enviar agentes a los departamentos y ejércitos. Además, el 13 de septiembre un decreto confió a las sociedades populares la misión de señalar al Comité a todos los agentes desleales o sospechosos de falta de civismo, «particularmente los empleados en la venta o abastecimiento de los ejércitos, a fin de que semejantes agentes no usurpen por más tiempo las indemnizaciones y puestos que sólo pertenecen a los verdaderos republicanos». Los clubs por ahí se convierten en un engranaje gubernamental. Puede decirse que se inicia la dictadura del Comité; pero se engañará seriamente quien crea que esa dictadura va a establecerse sin nuevas conmociones. La oposición moderada, rechazada por el hebertismo, ha tenido que retroceder; pero no está vencida.

CAPÍTULO V

Hondschoote y Wattignies

El gran Comité de Salud pública, a pesar de estar protegido por la elocuencia de Robespierre, no hubiera podido resistir contra los peligrosos ataques de los extremistas de la izquierda y los derrotistas de la derecha si no hubiera obtenido rápidas victorias contra el enemigo.

Aunque poco numeroso —nueve y después doce miembros—, para informarse no vaciló en delegar, en los momentos críticos, algunos de sus miembros para que fuesen al campo de operaciones. Al día siguiente de la toma de Valenciennes, encargó a Saint-André y Prieur de la Marne, acompañados por Lebas, del Comité de Seguridad general, para que a toda prisa inspeccionasen el frente del Nordeste, concertando con los generales las medidas a tomar con mayor urgencia. Reunidos en Bitche en conferencia con los generales del Mosela y el Rhin, obtuvieron el inmediato envío de un refuerzo de 11 000 hombres al ejército del Norte, al que debía seguir otro nuevo refuerzo de 20 000 hombres. Esos refuerzos fueron sustituidos por fuerzas procedentes de las guarniciones del interior. Los representantes fueron en seguida al ejército del Norte, reorganizando, de paso, la manufactura de armas de Charleville, y visitaron la fortaleza de Péronne, que encontraron en lamentable estado. A su regreso a

París, el 3 de agosto, expusieron al Comité que era preciso cambiar de táctica, dar mayor movilidad a los ejércitos, operar rápidamente y en masas, destituir a los estados mayores y vigilar estrechamente a los abastecedores. Estos hombres civiles trazaban, desde el primer momento, el programa que Carnot iba a poner en realización.

Carnot y Prieur de la Côte d'Or, que entraron en el Comité el 14 de agosto, aun sin la Revolución hubieran sido considerados como hombres de ciencia e ingenieros muy distinguidos. Carnot, conocido por su célebre *Ensayo sobre las máquinas*, aparecido en 1783, defestaba el ruido y trabajaba en silencio. Encargado de algunas misiones en los ejércitos desde los tiempos de la Asamblea legislativa, había visitado las fronteras y conocía a los jefes y al soldado. Muy trabajador, de una firmeza poco común y concentrada reflexión, heredó el gabinete militar que ya había sido creado por Saint-Just antes de su llegada. Aumentó ese gabinete llevando a él a varios especialistas, sin fijarse mucho en sus opiniones y exigiéndoles sólo que sirvieran bien; entre ellos, Clarke, a quien fué confiado el servicio de los mapas y la topografía; Montalembert, que se ocupó especialmente de la artillería, y Michaud d'Arçon, particularmente experto en el ataque y defensa de plazas. Carnot mantenía correspondencia de su puño y letra con los generales. Los planes de campaña y los nombramientos estaban sujetos a las deliberaciones del Comité. Hombres civiles como un Saint-Just, un Saint-André, un Prieur de la Marne, un Robespierre, parecían conocer y discutir las razones de las medidas propuestas por el especialista Carnot, y sólo se adherían a ellas con pleno conocimiento. Carnot ponía toda su confianza en Bouchotte, que realmente la merecía. Bouchotte «poseía grandes cualidades de administrador, una actividad infatigable y una dedicación continua y razonada» (A. Chuquet). Tampoco carecía de iniciativa. Fué el primero en emplear las postas para el transporte de tropas y el primero en utilizar el telégrafo en la correspondencia militar. Era honrado, reprimía las prodigalidades y supo seleccionar con acierto. Es bastante difícil, por otra parte, distinguir en la obra común lo que pertenece a Bouchotte y lo que pertenece a Carnot; pero éste tuvo el mérito de defender a su colaborador contra apasionados ataques que se renovaron constantemente.

En cuanto a Prieur de la Côte d'Or, fué encargado, desde el comienzo, de todo lo referente a material, o sea fabricaciones de guerra, cañones, fusiles, armas blancas, municiones, y también los hospitales y ambulancias.

Faltaba todo: materias primas, fábricas, ingenieros, contramaestres, obreros. Los arsenales, dejados intencionadamente en la inacción por los últimos mi-

nistros de Luis XVI, estaban vacíos. El 15 de julio estaban sobre las armas 479 000 hombres. Iban a ser llamados 500 000 reclutas; pero no había fusiles ni equipos que suministrarles. Incluso no había suficientes para las tropas que se hallaban en el frente. Los cruceros ingleses bloqueaban las costas. Era preciso arrancar del suelo de Francia lo que hasta entonces se compraba en el extranjero, como el cobre que provenía de España, Inglaterra y Rusia, el acero de Suecia, Alemania e Inglaterra, etc. Felizmente, los hombres del Comité amaban la ciencia no sólo por sus servicios inmediatos y utilitarios, sino por su propia grandeza y hermosura. Carnot y Prieur de la Côte d'Or se dirigieron en seguida a los sabios. Pidieron su auxilio a los primeros químicos e ingenieros de su tiempo: Monge, Berthollet, Fourcroy, Chaptal, Périer, Hassenfratz, Vandermonde, etcétera. Pero no sólo les pidieron consejo, sino que fueron asociados estrechamente a su obra, confiándoles misiones y responsabilidades. Vandermonde fué encargado de dirigir la fabricación de armas blancas; Hassenfratz fué nombrado, el 27 de brumario, comisario de las manufacturas de armas. Chaptal, protegido de Robespierre, entró en la administración de pólvoras y salitres; Fourcroy, discípulo de Lavoisier, descubrió un procedimiento para obtener el cobre separándolo del bronce de las campanas, y éstas se convirtieron en la mina de cobre de Francia; Monge redactó un luminoso tratado sobre el *Arte de fabricar los cañones*, que sirvió de memento a los metalurgistas, etc. El Comité puso a disposición de los sabios el castillo de Petit-Meudon y su vecino parque para que sirvieran de campo de experiencias. Con gran sigilo se realizaron experimentos de pólvoras, granadas huecas, granadas incendiarias, el telégrafo de señales inventado por Chappe y los primeros aeróstatos militares. Monge organizó en París una gran manufactura de fusiles y

cañones, y también fueron creadas otras fábricas en los departamentos.

Pero eran necesarios varios meses para poner en marcha esta sorprendente improvisación. Sólo a fines de 1793 comenzaron a dar resultado las diversas fabricaciones. Los seis primeros fusiles que salieron de la manufactura de París fueron presentados a la Convención el 3 de noviembre. Mientras, había sido preciso acudir a lo más urgente, incluso vencer al enemigo para reanimar la quebrantada moral de las tropas y sus jefes.

El Comité estaba convencido de que la victoria era imposible si el Ejército entero no estaba animado de un espíritu republicano. No se limitó a repartir entre los soldados diarios patrióticos, sino que procuró borrar en los soldados de línea todos los rasgos del antiguo régimen. Ordenó que, para el 15 de agosto a más tardar, sustituirían su antiguo uniforme blanco por el azul que habían adoptado los voluntarios. El nuevo ejército, compuesto en su mayor parte de soldados bisoños, carecía de cohesión. A veces sufría el pánico. La ofensiva por masas supliría lo que le faltaba de seguridad y sangre fría. Los generales recibieron orden de atacar.

Kilmaine, un irlandés que mandaba el ejército del Norte después de la destitución de Lamorlière, no tenía confianza. El 7 de agosto abandonó el campo de César y se retiró hacia Arras, dejando libre el camino de París. La emoción fué profunda. El yerno de Pache, Javier Audouin, confesó a los jacobinos que el enemigo, si quería, en cuatro días podría entrar en la capital. Destacamentos de caballería austríaca recorrieron los departamentos del Aisne y el Somme y llegaron hasta Noyon. Fersen y Mercy-Argenteau instaban a Coburgo para que lanzase toda su caballería sobre París, con objeto de libertar a la reina, que había sido trasladada

a la Conserjería el día 1.º de agosto. Pero Coburgo no disponía ya de todas las fuerzas coligadas. Obedeciendo a las órdenes de Pitt, que le prescribían apoderarse de Dunkerque, útil como cabeza de puente sobre tierra firme, el duque de York partió, el 10 de agosto, hacia el mar, al frente de 37 000 hombres: ingleses, hannoverianos y holandeses. Esa separación de York y de Coburgo producida por el egoísmo, fué la salvación de la República.

El Comité de Salud pública destituyó a Kilmaine y le reemplazó por Houchard, un viejo soldado de fortuna cubierto de heridas, que parecía seguro por ser de origen plebeyo y deber su carrera a la Revolución. Carnot instaló a Houchard, le animó y orientó. Cuando supo el 18 de agosto la marcha de los ingleses hacia Dunkerque, lanzó a Jourdan en su persecución. Jourdan ensayó, sin éxito, el acorralar al duque en Linselles, al día siguiente. York se desprendió, pasó el Yser por sorpresa el 21 de agosto, se apoderó en Ostcapelle de 11 cañones, y el 23 de agosto intimó a Dunkerque para que se rindiera. Pero ya el comandante de Bergues, Carion, había hecho abrir las esclusas e inundado los campos ante la plaza, que no pudo ser totalmente bloqueada. Recibió refuerzos conducidos por Jourdan y fué defendida valientemente por Souham y Hoche. El 25 de agosto, recibió Houchard la orden de aprovechar el alejamiento de Coburgo, entretenido en el sitio de Quesnoy, y de York, ocupado en el asedio de Dunkerque, para cortar sus comunicaciones, arrojándose sobre los holandeses que custodiaban el Lys. Houchard no obedeció estrictamente a estas instrucciones. Dispersó sus fuerzas en vez de concentrarlas y cuando, después de apoderarse de Turcoing, el 28 de agosto, debía dirigirse sobre Ypres y Nieuport para cortar a los ingleses su retirada sobre Bélgica, prefirió marchar en socorro de Dunkerque por el camino más

corto, o sea por Cassel. Así se arrojó sobre el cuerpo de observación de Freytag, situado en las cercanías del Gran Moëre para proteger a York contra un ataque que procediera del Sur. Empujado el 6 de septiembre en Ostcapelle y Rexpoëde, Freytag se retiró sobre Hondschoote en la noche del 6 al 7 de septiembre. Una batalla de dos días, desordenada y confusa, se entabló alrededor del pueblo, que fué tomado y vuelto a perder por ambas partes. A las diez de la mañana del 8 de septiembre, Houchard creyó la batalla perdida. A no ser por el representante Delbrel, hubiera ordenado la retirada. Volvió a iniciarse el ataque, y los representantes Delbrel y Levasseur (del Sarthe) fueron al lado de los generales en las columnas de asalto. El caballo que montaba Levasseur fué muerto. Pero a la una de la tarde Freytag se batió en retirada hacia Furnes. Houchard debió emprender su persecución con energía. Tenía en sus manos una división intacta que aun no había entrado en fuego : la división Hédouville. Y así perdió la ocasión de destruir el ejército de Hesse y Hannóver, que retrocedía en desorden. No tomó Furnes ni cortó la retirada al ejército inglés que sitiaba a Dunkerque. York se apresuró a escapar por el camino de las dunas, abandonando una parte de su artillería pesada.

La victoria era incompleta, pero era la primera que obtenían las tropas republicanas desde hacía mucho tiempo. Borraba el recuerdo de Aldenhoven, Neervinden, Raimes y Famars. Los « carmañolas » mostraban de nuevo su orgullo y su fe en la Revolución.

Por desgracia, Houchard continuó en sus errores y no llegó a tiempo para socorrer a Quesnoy, que capituló el 12 de septiembre. Delbrel salvó a Bouchain y Cambrai conduciendo por su propia autoridad víveres y refuerzos. Houchard, desalentado, en vez de reunir todas sus fuerzas para caer sobre Coburgo, todavía

separado de York, retrocedió sobre Arras y concentró sus tropas en el campo de Gavrelle. Eso era desobedecer a la orden de ofensiva que había recibido. Los representantes lo denunciaron a París y el Comité lo destituyó el 20 de septiembre. Una pesquisa hecha en sus papeles descubrió cartas de generales enemigos donde se hablaba de canje de prisioneros y asuntos triviales. Como esas cartas estaban concebidas en términos corteses, no hizo falta más para establecer la acusación de inteligencia con el enemigo y traición. El pobre Houchard fué enviado al Tribunal revolucionario.

El Comité no se limitó a la destitución del Estado Mayor del ejército del Norte. A los pocos días la emprendió con el mando de los ejércitos del Rhin y el Mosela, el primero, Landremont, porque había escrito el 12 de septiembre que a duras penas podría defender las líneas de Wiseembourg, y si éstas eran forzadas, Estrasburgo no podría resistir más de tres días; el segundo, Schahuenbourg, porque fué derrotado el 14 de septiembre en Pirmasens, abandonando al enemigo 20 cañones y 2000 prisioneros. Esas repetidas destituciones, esa completa renovación del Estado Mayor de los tres principales ejércitos, valió al Comité un furioso ataque en la Convención, que duró dos días: el 24 y 25 de septiembre. Ya el 20 de septiembre había dimitido Thuriot, antes que aceptar la destitución de Houchard. A su alrededor se agruparon los representantes destituidos: Duhem, Briez, Bourdon de l'Oise y Goupilleau de Fontenay, y Duroy y los antiguos miembros del Comité de Seguridad general excluidos de sus puestos el 14 de septiembre. La oposición estuvo a punto de triunfar. La Convención agregó a uno de ellos, Briez, al Comité de Salud pública. Pero Barère, Billaud, Saint-André y Prieur de la Marne hicieron una gran defensa y después Robespierre subió a la tribuna. Por encima de la Convención se dirigió al país entero. Mostró la

inmensidad de la labor que pesaba sobre las espaldas del Comité: «Dirigir once ejércitos, soportar el peso de toda Europa, desenmascarar traidores en todas partes, castigar emisarios sobornados por el oro de las potencias extranjeras, vigilar administraciones desleales y perseguirlas, suprimir en todas partes obstáculos y trabas a la ejecución de las más sabias medidas, combatir a todos los tiranos e intimidar a todos los conspiradores.» Después tomó la ofensiva: «Los que nos denuncian están denunciados al Comité; de acusadores que son hoy, van a convertirse en acusados.» De un modo implacable va desnudándoles: «El primero (Duhem) se declaró partidario de Custine y de Lamorlière, fué el perseguidor de los patriotas en una ciudad importante (Lille) y, últimamente, tuvo el atrevimiento de proponer el abandono de un territorio unido a la República (la Saboya)... El segundo (Briez) no se ha rehecho aún de la vergüenza de que se ha cubierto al regresar de una ciudad confiada a su defensa después de haberla entregado a los austríacos (Valenciennes). Sin duda si tales hombres consiguen probar que el Comité no está compuesto de buenos ciudadanos, la libertad está perdida, pues no será precisamente a ellos a quienes la opinión inteligente dará su confianza y entregará las riendas del Gobierno.»

Esa virulenta improvisación de Robespierre, tan desdeñosa para sus acusadores, derrotó a éstos. Briez, aterrado, rehusó el nombramiento que le elevaba al Comité de Salud pública. Éste obtuvo un voto unánime de confianza y la aprobación de todos sus actos.

Las consecuencias de esta gran batalla parlamentaria fueron considerables. Queda admitido que los representantes en misión, que antes se comunicaban directamente con la Convención, deben subordinarse al Comité, y que éste, que desde el 14 de septiembre ya elegía a los miembros de los otros Comités, podrá llamar

con toda libertad a los representantes. La oposición está domada, al menos por algún tiempo. Danton, que había permanecido callado durante ese gran debate, el 10 de octubre solicitó un permiso para ir a cuidar su salud en Arcis-sur-Aube.

Los últimos obstáculos que los moderados habían acumulado para retardar las medidas revolucionarias, son destruidos. El ejército revolucionario, decretado en principio el 5 de septiembre, va a organizarse. Las persecuciones contra los jefes girondinos, siempre aplazadas, van a entrar en acción. Amar presenta su acusación el 3 de octubre. Pero sobre todo la tasa de las mercancías, prometida en principio el 4 de septiembre, entra por fin en aplicación por la gran ley del 29 de septiembre. El Terror económico camina al mismo paso que el Terror político.

Las consecuencias de la victoria parlamentaria del 25 de septiembre se hacen sentir también en el terreno militar. El Comité tiene ahora carta blanca para democratizar a los Estados Mayores. Aprovecha la libertad que ha conquistado para confiar el mando de los tres principales ejércitos a tres jóvenes generales de fortuna, salidos de las filas, que justificarán esa designación: Jourdan, en el ejército del Norte, el 24 de septiembre; Pichegru, el 28 de septiembre, en el ejército del Rin, y, por último, Hoche, el 22 de octubre, en el ejército del Mosela. Elección aun más audaz que la de Houchard. Éste era un viejo soldado profesional que había hecho todas las campañas durante el antiguo régimen después de la guerra de los Siete Años. Los nuevos jefes eran jóvenes que no habían pasado nunca por las escuelas; autodidactos que no habían pasado del grado de suboficial en 1789 (Jourdan nació en 1762; Pichegru, en 1761; Hoche, en 1768). El Comité obtuvo la recompensa de su audacia. Esos jóvenes generales, que lo debían todo a la República, se identificaron con

ella y procuraron, con toda su alma, conseguir la victoria. Estaban en la edad en que son vivas las pasiones y se marcha adelante sin mirar hacia atrás. Sin ellos, la táctica ofensiva de Carnot hubiera sido impracticable. En su impulso no eran detenidos por el paso de las teorías de escuela y lo debían todo a la experiencia y la práctica. Con su audacia y sus improvisaciones, desconcertaron a los viejos generales, lentos y rutinarios, de la coalición. En un nuevo género de guerra eran necesarios esos hombres nuevos; en una guerra nacional, jefes que pertenecieran en cuerpo y alma a la nación.

La incompleta victoria de Hondshoote fué seguida en breve plazo por otra victoria, la de Wattignies, obra de Jourdan y Carnot.

Después de la toma de Quesnoy, Coburgo vaciló, según su costumbre, sobre el partido que debía tomar. Perdió quince días en reagrupar sus fuerzas entre el Sambre y el Escalda. Feliz respiro que aprovechó Carnot para poner en seguridad a Péronne y Guisa. Por último, Coburgo se decide, el 28 de septiembre, a marchar sobre Maubeuge con los hannoverianos y holandeses que se le habían incorporado. Empuja fácilmente a la división Desjardins, pasa al día siguiente el Sambre en Hautmont, corta las comunicaciones de Maubeuge con Avesnes y cerca a Maubeuge, donde los representantes Hentz, Drouet y Bar se han encerrado con una fuerte guarnición de 22 000 hombres.

Con admirable rapidez, Carnot se dirige al ejército de Jourdan, y del 6 al 10 de octubre concentra en Guisa 45 000 hombres. En tres días llegan 4000 de Sedán habiendo recorrido 65 millas, y 8 000 de Arras, habiendo cubierto la misma distancia en igual tiempo. La concentración está terminada el 11 de octubre. El general Merenvüe, jefe de la artillería, es destituido porque no ha conducido con bastante rapidez las mu-

niciones. Jourdan y Carnot marchan en seguida sobre Maubeuge. Ordenan el ataque el 15 de octubre, un ataque envolvente por las alas, en tanto que el centro francés cañonea al enemigo. Los imperiales resisten el primer día. Durante la noche, Carnot trasladada 7000 hombres de su izquierda a su derecha, y a la mañana, al rayar el alba, vuelven a comenzar el ataque al pueblo de Wattignies, por esa derecha que ha sido reforzada. Carnot con Jourdan condujo las columnas de asalto. Wattignies pasó de mano en mano hasta quedar, por fin, en poder de los franceses. Coburgo, el 16 por la tarde, ordenó la retirada después de haber perdido 2000 hombres. Maubeuge fué libertada, y su comandante Chancel, que no había hecho ninguna salida durante la batalla, fué destituido.

La victoria no era, sin duda, decisiva. Coburgo no fué perseguido. Pudo llamar en su auxilio a los ingleses que se hallaban en Furnes y situarse tranquilamente en la orilla izquierda del Sambre para cubrir a Bruselas. Pero Wattignies era la segunda victoria señalada que obtenían los «descamisados» después de las derrotas de la primavera. Maubeuge era la segunda plaza que libertaban. Se acrecentó su confianza y Carnot, que había demostrado su pericia, consolidó su crédito. El acontecimiento justificaba la política audaz del Comité de Salud pública. Ya no podría ser tildado de desorganizar al Ejército, persiguiendo a los viejos generales y colocando en su puesto a galopines sin experiencia.

Al éxito de Wattignies podía agregar el Comité la toma de Lyon a los rebeldes. El sitio fué llevado vigorosamente porque corría prisa de emplear contra Tolón el ejército que en él participaba. El Comité estaba impaciente por la lentitud que empleaba Dubois-Crancé en el bombardeo. Dubois-Crancé era aristócrata, y el Comité se imaginó que traicionaba. El 6 de octubre fué llamado, lo mismo que su colega Gauthier, porque en

su última carta declaraban que no podrían impedir una salida de Précý, en tanto que de los precedentes informes del ayudante general Sandoz se desprendía que si los sitiados intentaban una salida, sólo tendrían éxito realizándola en globo... Tres días después de la orden llamando a Dubois-Crancé, el 9 de octubre, las tropas republicanas entraron en la vencida Lyon. Pero Précý consiguió escapar con un millar de hombres. El Comité quedó convencido de que esa fuga, anunciada por Dubois-Crancé, era una prueba más de que éste era cómplice de los rebeldes.

A París iban afluyendo buenas noticias. El 17 de octubre, al siguiente día de la jornada de Wattignies, los vandeños sufrieron un grave revés en Cholet y pasaron a la orilla derecha del Loire, en Saint-Florent. También a fines de septiembre los piemonteses habían sido arrojados del Maurienne y el valle del Arve, y los españoles habían tenido que evacuar el Rosellón y el país vasco.

El Comité podía volver la vista atrás y contemplar la obra realizada en dos meses. El 23 de octubre dirigió una proclama a las tropas donde ya sonaba un acento triunfal: «Los cobardes satélites de la tiranía han huido ante vosotros... Han abandonado Dunkerque y su artillería, apresurándose a escapar de su completa ruina poniendo el Sambre entre ellos y vuestras victoriosas columnas. El federalismo ha sido destruido en Lyon. El ejército republicano ha entrado en Burdeos para darle el último golpe. Los piemonteses y los españoles han sido arrojados de nuestro suelo. Los defensores de la República acaban de aniquilar a los rebeldes de la Vendée.»

Sin duda no estaban vencidas todas las dificultades y aun quedaban temibles puntos negros. Tolón resistía siempre. Wurmser amenazaba la Alsacia. Los vandeños, que habían pasado al norte del Loire para

formar la vanguardia de las tropas inglesas, no estaban aniquilados y Coburgo en el Sambre y el Escalda no estaba fuera de combate.

Pero, en conjunto, el Comité, a fines de octubre de 1793 no erraba mirando al porvenir con confianza. Había pedido la dictadura, en la gran sesión del 25 de septiembre, para salvar a la patria. No estaba aún salvada ésta, pero sí en vías de curación. El enfermo había recobrado la moral.

CAPÍTULO VI

El establecimiento del Gobierno revolucionario

Después del 20 de septiembre, fecha de la dimisión de Thuriot, el Comité, desembarazado del último dantonista que aun tenía, quedó más homogéneo. Desde el 3 de octubre, fecha de la Memoria de Amar contra los girondinos, la Convención había experimentado la amputación de 136 de sus miembros (41 llevados al Tribunal revolucionario, 19 en fuga y puestos fuera de la ley, y los otros 76 firmantes de las protestas contra el 2 de junio, presos y salvados del cadalso por Robespierre). Era una seria depuración que debía tener por inmediata consecuencia debilitar proporcionalmente a la oposición, que no había cesado de combatir al Comité desde su nacimiento. Ya seguro, el Comité pudo delegar a la mitad de sus miembros en diversas misiones (Prieur de la Marne y Saint-André, para reorganizar la flota en Brest y Lorient; Couthon en Lyon; Saint-Just en Estrasburgo, y después, al regreso de Roberto Lindet, que estaba en Normandía, Collot d'Herbois en Lyon). Pero si el Comité aumentó su autoridad en París, le quedaba mucho por hacer para extenderla y asegurarla en toda Francia.

El establecimiento del Gobierno revolucionario, es decir, la coordinación de las medidas de excepción bajo la dirección única del Comité, se realizó en dos épocas y por dos especies de razones: primero, en septiembre

y octubre de 1793, por causas particularmente políticas; luego en noviembre y diciembre del mismo año, por razones de orden económico. En el primer período fué preciso, ante todo, asegurar la conscripción en masa, impulsando a las autoridades locales y reprimiendo las últimas resistencias federalistas. En el segundo, se intentó hacer posible la aplicación del máximo general votado el 29 de septiembre, pero que no se realizó hasta mediados de octubre.

Encerrada en un arca de madera de cedro, ante la mesa del presidente de la Convención, la Constitución hecha por la Montaña había sido aplazada hasta que se obtuviera la paz. La antigua Constitución de 1791 permanecía en vigor en todas sus partes, salvo las modificadas por nuevas leyes. Era una Constitución descentralizadora, muy mal adaptada al estado de guerra. En todas partes las autoridades administrativas y judiciales provenían de la elección. Las mismas autoridades revolucionarias, como también los Comités encargados de vigilar a los sospechosos, tenían en sus comienzos el mismo origen. Autoridades por elección en período de guerra extranjera y guerra civil, no son seguras. Y de hecho, aun cuando la elección fué suprimida, hubo en pleno Terror Comités revolucionarios compuestos por aristócratas disfrazados.

Para remediar el peligro, la Convención generalizó el uso de representantes en misión, provistos de ilimitados poderes. Esos procónsules, tan poderosos como los intendentes de Richelieu, no habían vacilado en ir contra las autoridades recalcitrantes. Como no podían estar en todas partes a la vez, para la leva de la primera conscripción se ayudaron por los federales del 10 de agosto, en quienes delegaron una parte de sus poderes.

Por ejemplo, Maure, que actuaba en el Yonne, confió a sus delegados, por orden del 17 de septiembre, el derecho de formar la lista de los jóvenes conscriptos, de proceder al censo de los cereales

y requisarlos, de levantar el inventario de las armas de calibre y hacerlo depositar en las cabezas de distrito, y de tomar informes sobre las personas sospechosas. Poderes singularmente amplios y que reducían a las autoridades oficiales a un papel casi meramente consultivo.

Pero Laplanche, encargado del reclutamiento en masa en el Cher, va mucho más lejos que Maure. Por orden del 27 de septiembre, no sólo entrega a sus delegados los poderes necesarios para efectuar la requisición de los hombres, armas y subsistencias, sino que les autoriza a realizar visitas domiciliarias, a desarmar a los descontentos y sospechosos, a confiscar las « provisiones excesivas » que encontrarán en sus casas y distribuirlas a los pobres, y asimismo los autorizó a detener a los sospechosos, multarlos revolucionariamente y, con el producto de esas multas, socorrer a los necesitados. Por encima de los delegados de cantón, instituyó comisarios de distrito con poderes aun más extensos. Podrían « destituir a los administradores civiles y militares débiles, negligentes o previcadores » y reemplazarlos provisionalmente sin recurrir a la elección. Los comisarios de Laplanche usaron, efectivamente, de los poderes conferidos. Pronunciaron destituciones incluso de eclesiásticos juramentados, ordenaron traslados, impusieron multas a los ricos (249 000 libras en el distrito de Vierzon, 313 000 en el de Sancerre, etc.) y con el producto de esas multas aliviaron la situación de los pobres, especialmente de los que tenían hijos en el ejército, e hicieron donativos a los hospitales y a las sociedades de carácter popular. Uno de ellos, Labouvie, despojó a las iglesias de los vasos sagrados. Aun no se atrevió a prohibir el culto; pero predicó ya contra el catolicismo, suprimió parroquias y enseñó desde comienzos de octubre que el culto de la Libertad y la Igualdad era suficiente.

Los demás representantes en misión practicaron tan pronto el método violento de Laplanche como el prudente de Maure.

Fouché fué de los que creyeron que la Revolución no podía salvarse más que con una enérgica política de clase al servicio de los « descamisados ». En cada cabeza de distrito del Nièvre estableció un Comité de vigilancia y filantropía, que fué autorizado a imponer a los ricos un impuesto proporcional al número de los menesterosos (orden del 19 de septiembre). Ordenó en Moulins, el 26 de septiembre, que los panaderos sólo fabricasen una clase de pan; el pan de la Igualdad, que se vendería al precio uniforme de 3 sueldos por libra, concediendo a los panaderos una indemnización

compensadora a costa de los ricos. El precio corriente anterior era de 10 sueldos la libra. Habiendo suprimido la miseria, prohibió la mendicidad y la ociosidad: «Todo mendigo o vago será encarcelado» (24 de brumario). Los cosecheros que rehusaban aceptar las requisiciones, eran expuestos en la plaza pública con el siguiente cartel: «*¡Enemigo del pueblo, traidor a la patria!*». De reincidir, serían encarcelados hasta la conclusión de la paz, y sus bienes secuestrados, salvo lo estrictamente necesario para ellos y sus familias (2 de octubre). Fouché ordenó también el cambio forzoso del numerario contra los asignados. Amenazó a los fabricantes que cerrasen sus talleres con incautarse de ellos y explotarlos por cuenta y riesgo de los mismos fabricantes. «Aquí ruboriza el ser rico» — escribía el 13 de octubre —. Como Laplanche, que era un antiguo vicario episcopal, Fouché, que había pertenecido a la congregación del Oratorio, se distinguió por sus medidas anticlericales. Se incautó de los vasos sagrados y los envió a París. Secularizó los cementerios por medio de su famosa orden de colocar sobre la puerta de ellos la inscripción naturalista: «La muerte es un sueño eterno». Cuando fué creado el calendario revolucionario por el decreto de 5 de octubre, organizó las fiestas cívicas de la década para que reemplazaran a la misa. Y organizó un pequeño ejército revolucionario para que fueran ejecutadas sus órdenes.

Dubouchet en Sena y Marne, Le Carpentier en la Mancha, Baudot en el Alto Garona, Taillefer en el Lot, Roux-Fazillac en Charente, Lequinio y Laignelot en el Charente Inferior, y Andrés Dumont en el Somme imitaron, más o menos, a Laplanche y Fouché. Pero otros representantes se limitaron, como Maure, a la tarea puramente administrativa de la conscripción en masa, y aun repudiaron las innovaciones de sus colegas. Había, en fin, departamentos que no habían recibido aún la

visita de los representantes y en los cuales la aplicación de las leyes revolucionarias sobre acaparamientos, confiscaciones, sospechosos, etc., era dejada a las antiguas autoridades por elección. De ahí resultaba el más sorprendente abigarramiento administrativo. En un lado el Terror y el régimen de clubs apoyados en los «descamisados». Un poco más allá, todo, en apariencia, igual que antes: los ricos permanecían tranquilos, no se encarcelaba a nadie y los sacerdotes gozaban de un perfecto reposo.

El Comité de Salud pública trató de dirigir y encauzar la actividad de los representantes, sin conseguirlo siempre. Su actuación era lejos de París. Por la lentitud de las comunicaciones carecían de tiempo para esperar las instrucciones del centro. Sólo rara vez le presentaban alguna dificultad importante. Obraban bruscamente, dejándose llevar por su inspiración, fuese buena o mala.

Por lo demás el Comité aplaudió la política de clase de los Laplanche y Fouché. Felicitó a Fouché por haber multado a los ricos: «Ese medio de salud pública es también una medida de seguridad personal contra la justa indignación del pueblo, que no puede tolerar más tiempo el exceso de su miseria» (29 de agosto). Roberto Lindet pensaba como sus colegas que permanecían en París, y desde Caen les escribía, el 29 de agosto, que era peligroso armar a los pobres si antes los ricos no eran puestos en razón.

El Comité aprobó también las prisiones y destituciones (véase cartas a Le Carpentier, 7 de septiembre, y a Carrier, 8 de septiembre). Pero bien pronto se inquietó por la política anticlerical o, más bien, anticristiana de ciertos prócsules. «Nos parece — escribía a Andrés Dumont el 6 de brumario — que en vuestras últimas operaciones habéis procedido con demasiada violencia contra los objetos del culto católico... Es pre-

ciso que no se proporcione a los contrarrevolucionarios hipócritas, que procuran encender la guerra civil, ningún pretexto que parezca justificar sus calumnias. No hay que ofrecerles la ocasión de decir que se viola la libertad de cultos y que se hace la guerra a la religión en sí misma.» Ya Robespierre se había alarmado por el decreto del 5 de octubre, que instituía el nuevo calendario y había escrito, en su cuaderno de notas: «Aplazamiento indefinido del decreto sobre el calendario», frase que demuestra que tuvo la intención de oponerse a la ley que debía servir de pretexto para la descristianización. ¿Cómo realizar una política de clase en provecho de los «descamisados» si se hería a éstos en sus convicciones?

Aun aprobando las enérgicas medidas de los próconsules, el Comité vió muy pronto sus peligros. Maure fué felicitado por su represión de los arbitrarios actos cometidos por los federales del 10 de agosto, delegados suyos, y por los Comités revolucionarios (14 de brumario). Invitó a Laurent, enviado en misión al Norte, para que disolviera la fuerza revolucionaria que había reclutado: «Una táctica contrarrevolucionaria, apoderándose de ese pretexto del terror, puede reproducir, de pronto, el sistema de fuerza departamental que amenazó un día a la libertad. Depurad la Guardia Nacional; prestará los mismos servicios y no hará concebir semejantes alarmas» (2 de frimario). Dos días después escribió a Maure para que disolviera su ejército revolucionario en cuanto abandonase el Yonne.

Una vez terminada la conscripción en masa y que el Comité hubo llamado a los representantes que la habían organizado, tuvo buen cuidado de hacer constar en el decreto que los poderes delegados en los representantes cesarían inmediatamente (13 de brumario). Un decreto del 19 de brumario encargó al Comité

de que se hiciera rendir cuentas del uso que esos delegados habían hecho de sus poderes.

Puesto que eran llamados los representantes y suprimidos sus delegados, las antiguas autoridades por elección quedaban únicamente encargadas de la ejecución de las leyes. El Comité no podía abandonar la preocupación de establecer una armonía entre las diferentes autoridades, tanto las de origen electivo como las nacidas de la dictadura revolucionaria. Era preciso delimitar su respectivo campo y subordinarlas todas al poder central o, dicho en otros términos, sustituir a la caótica centralización intermitente que se había formado al azar — por imperiosas necesidades — con una centralización ordenada y permanente. Esto era tanto más imprescindible cuanto que la situación económica lo exigía.

La ley del 29 de septiembre sobre el máximo general comprendía a todos los géneros ya sometidos a la ley del 27 de julio sobre el acaparamiento. A excepción de los cereales, harinas y forrajes, tabaco, sal y jabón, cuya tasa era uniforme para toda Francia, los otros géneros y mercaderías de primera necesidad debían ser tasados por los distritos al precio medio de 1790, aumentado en un tercio, de forma que lo que valiese 3 libras en 1790 no pudiera exceder de 4 libras en 1793. Los contraventores, tanto comprador como vendedor, serían castigados con una multa solidaria del doble del valor del objeto vendido fraudulentamente, que sería aplicada al denunciante. Además, serían inscritos en la lista de los sospechosos. Hubiera sido ilógico tasar los géneros sin hacerlo al mismo tiempo con los jornales de los obreros. La ley fijó el máximo de los salarios en el tipo de 1790 con un aumento de la mitad, de modo que el obrero que ganaba 20 sueldos en 1790 ganase 30 en 1793. La tasa de los salarios debía establecerse por las municipalidades, en tanto que

la tasa de los géneros era de la competencia de los distritos. Los obreros que rehusaran trabajar al precio oficial, serían requisados por las municipalidades y castigados con tres días de prisión.

El Comité no se forjó ninguna ilusión sobre las dificultades de aplicar semejante ley, que obligaba a los poseedores a vender con pérdida, sin indemnización, mercaderías que vendían anteriormente a un precio tres o cuatro veces más elevado. La precedente ley del 24 de mayo sobre el máximo de los cereales, tuvo como resultado instantáneo el dejar vacíos los mercados. ¿Cómo aprovisionar las ciudades y ejércitos, si el abastecimiento dependía de autoridades locales por elección, secretamente hostiles a la legislación revolucionaria? La entrada en vigor del máximo general iba a exigir una recrudescencia del miedo, es decir, del Terror, y, al mismo tiempo, un progreso decisivo hacia la organización de una centralización más estrecha, más orgánica, más dictatorial.

Dos días antes de que las tablas del máximo fuesen colocadas en París, el 10 de octubre, en un discurso amargo y sombrío lleno de tajantes sentencias, Saint-Just expuso a la Asamblea el plan de una nueva organización de la República, de una especie de Constitución provisional que le parecía necesaria para remontar los terribles obstáculos que preveía. «Las leyes son revolucionarias, pero no los que las ejecutan... La República no quedará fundada hasta que la voluntad soberana comprima a la minoría monárquica reinando sobre ella por derecho de conquista. No debéis descuidar nada contra los enemigos del nuevo orden de cosas, y la libertad debe vencer a cualquier precio. Tenéis que castigar no sólo a los traidores, sino también a los indiferentes; tenéis que castigar a quien muestre pasividad en la República y no haga nada por ella.... ¡Es preciso gobernar férreamente a los que no pueden serlo

de un modo justo ! ; Es preciso oprimir a los tiranos ! ». Saint-Just justificaba ese programa de desesperado terrorismo, presentando un cuadro espantoso de la burocracia civil y militar y de la situación económica y moral del país. Mostraba a los administradores de los hospitales proporcionando harinas a los rebeldes de la Vendée, a los funcionarios encargados de la ejecución de las leyes sobre acaparamiento, acaparando por sí mismos, a los adquirentes de bienes nacionales cubriéndose con un papel depreciado, a los ricos haciéndose más ricos gracias a la baja de los asignados y la carestía de la vida. « El patriotismo es un comercio de palabras ; cada uno sacrifica a los demás y no sacrifica nada de su propio interés. » Preveía que la ley del máximo general iba a provocar nuevas especulaciones. Sólo veía una salida : dar al Gobierno el nervio que le faltaba. En todas las escalas, la responsabilidad estaría al lado del poder de ejecución : « Es preciso colocar en todas el hacha al lado del abuso. » El apoyo se buscaría en la clase pobre y los soldados rasos, atenuando sus padecimientos. « Un soldado desgraciado lo es más que cualquier otro hombre, porque ¿ para qué combate si ha de defender a un Gobierno que lo abandona ? » En los ejércitos, los representantes deberían ser como padres y amigos de los soldados, acostándose en la misma tienda que ellos y participando de su vida. Para hacer ejecutar las órdenes del Comité, estarían bajo su inspección inmediata, no ya únicamente el Consejo ejecutivo, como antes, sino los generales y los cuerpos constituidos. Se proclamaría que el Gobierno era revolucionario hasta obtener la paz, o sea que la Constitución votada en junio sería dejada definitivamente de lado, legalizando la dictadura y subordinando provisionalmente el principio electivo al principio autoritario. El Comité podría vigilar, esto es, destruir, los cuerpos constituidos por elección. Para hacer ejecutar

rápidamente las leyes revolucionarias, el Comité se entendería directamente no con las administraciones departamentales, como anteriormente, sino con los distritos, que se convertirían en clave de la nueva organización.

Para asegurar la aplicación del máximo, debería hacerse un censo con todos los cereales de la República, lo que permitiría establecer el derecho de requisa de un modo seguro. El territorio sería dividido en zonas de aprovisionamiento, y París abastecido para un año en su distrito particular. Las resistencias serían dominadas por el ejército central revolucionario, cuyos destacamentos se instalarían en aquellos Ayuntamientos que se mostraran rascitrantes, corriendo los gastos a cuenta de los ricos. Saint-Just preveía también la creación de un tribunal especial, una especie de Cámara Ardiente, que ahorcara a todos los abastecedores y a cuantos habían manejado fondos públicos a partir de 1789.

Todas las medidas propuestas fueron votadas sin debate. Los temores que había emitido sobre la eficacia del máximo se realizaron bien pronto. En París, y en todas las ciudades de Francia, en cuanto fué fijada la tasa, los almacenes se vaciaron instantáneamente por el impulso de una multitud ávida. Los comerciantes, no teniendo ya nada que vender, comenzaron a cerrar sus establecimientos. En París, Chaumette los amenazó con una expropiación y, por inspiración suya, el Ayuntamiento pidió a la Convención « que fijase su atención sobre las materias primas y las fábricas, a fin de requisarlas, dictando penas contra los dueños o fabricantes que las dejasen inactivas, o bien poniéndolas a disposición de la República, que no carece de brazos para poner todo en actividad ». Al final de la expropiación existía ya el colectivismo, haciendo valer la República, por sí misma, toda la producción agrícola

e industrial. Pero ni la Convención ni el Comité querían llegar hasta ese extremo, haciendo una Revolución social para asegurar la aplicación del máximo, que ya habían sufrido de mala gana.

El Ayuntamiento acudió a lo más urgente. Fiscalizó el reparto de los géneros existentes por medio del derecho de requisa, estableciendo tarjetas para el pan, la carne, el azúcar, el jabón, o sea creando el racionamiento. Reprimió los fraudes en las bebidas, que se habían multiplicado, con la institución de comisarios degustadores. Autorizó a los comisarios de abastecimientos para que realizaran visitas domiciliarias, incluso en las casas particulares. Procuró hacer respetar las tasas por medio de medidas policíacas, amenazando a los delincuentes con la aplicación de la ley de sospechosos. La mayor parte de las ciudades imitaron y aun se adelantaron al ejemplo de París.

Pero si el reparto de los géneros existentes iba realizándose mejor o peor, el reabastecimiento era cada vez más difícil, porque los negociantes no tenían ningún interés en renovar sus depósitos. Para restablecer la circulación de mercancías e impedir la paralización de la producción y con ella el hambre, era preciso dar un paso más en el camino de la centralización. El Comité creó, el 22 de octubre, una Comisión de tres miembros, llamada Comisión de subsistencias, dotada de los más extensos poderes. Por el derecho de confiscación podría apoderarse de todos los géneros al precio de la tasa. Repartiría esos géneros entre los distritos y tendría plena jurisdicción sobre toda la producción agrícola e industrial: transportes, manufacturas, minas, carbonés, maderas, la importación y la exportación. Podría requerir el auxilio de la fuerza armada. Prepararía la revisión de la tasa, que ya no sería dejada a la arbitrariedad de las autoridades locales, sino sometida a principios fijos expuestos por Barère el 11 de bruma-

rio. Inicialmente serían tasados: « 1.º, los almacenes de materias primas; 2.º, las fábricas; 3.º, el comercio mayorista; 4.º, el comercio minorista » y, en fin, serían acordadas indemnizaciones por el transporte, según la distancia. Para preparar esta nueva tasa gradual y uniforme, respetando los beneficios del fabricante, el negociante y el minorista con objeto de restablecer la circulación, la Comisión de subsistencias se entregó a una inmensa investigación confiada a una oficina especial: la oficina del máximo. La investigación duró varios meses, y las nuevas tasas del máximo no estuvieron preparadas hasta la primavera de 1794. Entretanto, hubo que vivir provisionalmente, o sea por medio de requisiciones y racionamientos.

Roberto Lindet, llamado de su misión en Calvados, tomó la dirección de la Comisión de subsistencias, el 2 de noviembre. Se opuso — según dice él mismo — a que el ejército revolucionario fuera empleado en las requisiciones. Quedó de guarnición en las ciudades de Île-de-France. Como permaneció inactivo, el Tribunal revolucionario especial que debía acompañarle en sus desplazamientos no llegó nunca a ser constituido.

Antes que emplear la fuerza militar en la ejecución de las requisiciones y tasas, el Comité prefirió reforzar la centralización administrativa. Billaud-Varenne renovó, el 28 de brumario, las críticas de Saint-Just sobre la mala voluntad de las autoridades subalternas, las que dejaban sin aplicación los decretos de carácter popular, como el que concedía socorros a los padres de los voluntarios y como los referentes a las subsistencias. Propuso que se obligara a todas las autoridades a dar cuenta de sus actos cada diez días, a publicar las leyes en un boletín especial, someter a todos los funcionarios a responsabilidades pecuniarias y penales y, por último, autorizar a los representantes y al Comité para que pudieran reemplazar sin elección a todas las

autoridades débiles o sospechosas. Además propuso, el 9 de frimario, que se prohibiera a los representantes delegar sus poderes, para que ya no hubiese intermediarios entre el Comité y los distritos, disolver todas las fuerzas armadas departamentales y suprimir todas las Comisiones departamentales de vigilancia infectadas de federalismo. Este proyecto fué votado definitivamente el 14 de frimario, con una enmienda que le dió más fuerza. Danton hizo ver que la ejecución de las leyes no debía ser confiada ya a magistrados por elección : « Pido que en cada departamento haya un procurador nacional y que, para destruir la influencia del parentesco, la fortuna y la riqueza, sea el Comité de Salud pública quien designe a esos funcionarios, esos agentes del pueblo, que ya no serán, como ahora, hombres de la localidad, sino de la República » (3 de frimario). Después de alguna vacilación, el Comité aceptó la designación de estos agentes nacionales, nombrados por el Gobierno y no electivamente, que anunciaban ya a los futuros prefectos de Napoleón. Como Fayau y Merlin de Thionville defendieran el principio electivo, Couthon respondió : « En este momento no sólo hay que evitar el que los funcionarios públicos sean peligrosos, sino incluso el que sean dudosos. »

Por esta ley del 14 de frimario, que, con algunos cambios, fué la Constitución provisional de la República durante toda la guerra, toda la administración de Francia se concentró en París, como antes de 1789. Las autoridades por elección que aun existían quedan vigiladas por el agente nacional nombrado por el Comité y dotado del derecho de requisita como del poder de denunciar los magistrados y funcionarios. Éstos saben que serán destituidos y, por lo tanto, incluidos en la lista de sospechosos, y detenidos a la menor falta. Para reemplazarlos ya no se procederá a elecciones, como aun se había hecho en la época de la conscrip-

ción en masa ; los representantes en misión o los agentes nacionales se limitarán a consultar a la sociedad popular antes de formar la lista de los posibles reemplazantes. Un decreto de 5 de brumario suspendió la elección de las municipalidades. Prácticamente, la soberanía del pueblo, el poder electoral, se concentra en los clubs, o sea en el partido que gobierna. Los mismos clubs se depuran. El Gobierno revolucionario se convierte en la dictadura de un partido ejercida en provecho de una clase, la de los consumidores, la de los artesanos, pequeños propietarios y pobres, conducida por hombres de la clase burguesa que han ligado invenciblemente su suerte a la de la Revolución, y sobre todo por aquellos a quienes dentro de esa clase enriquece la fabricación de guerra.

La dictadura de un partido o de una clase, lo más frecuente es que se establezca por la fuerza, y es de una absoluta necesidad en tiempo de guerra. El Gobierno revolucionario tuvo que ser acompañado fatalmente por el Terror.

CAPÍTULO VII

La justicia revolucionaria

Casi no hay ejemplo de que en un país en estado de guerra con el extranjero, con la complicación de una guerra civil, los gobernantes no hayan acudido a una justicia sumaria y expeditiva para reprimir las inteligencias con el enemigo, los complots y las rebeldías.

Para juzgar a los crímenes contra la seguridad del Estado, la Constituyente había creado un Alto Tribunal elegido por los colegios electorales de los departamentos. La nueva jurisdicción, que había absuelto o procurado no juzgar a los acusados que la Legislativa le había sometido, no había respondido a lo que de ella esperaban los revolucionarios. Después de la insurrección del 10 de agosto, el victorioso Ayuntamiento exigió la formación de un tribunal de lo criminal extraordinario, especie de tribunal militar en que los jueces y jurados fueran elegidos por las secciones de la capital. Ese tribunal del 17 de agosto pronunció algunas sentencias de muerte mitigadas con indultos, pero no impidió las matanzas de septiembre. Los girondinos, a quienes no agradaba, por tener su origen en la Montaña, lo suprimieron el 29 de noviembre de 1792, en tanto que el Alto Tribunal había desaparecido desde el 25 de septiembre. La Revolución ya no poseía jurisdicción política. Los acusados de complot contra la seguridad del

Estado — como los agentes de la lista civil Sainte-Foy y Dufresne-Saint-Léon, como la señora de Rohan-Rochefort, acusada de inteligencias con el emigrado Bertrand de Moleville; como el antiguo alcalde de Estrasburgo, Dietrich, cómplice de la rebelión de Lafayette, y otros muchos — eran conducidos ante los tribunales ordinarios, que, por regla general, los ponían en libertad. Gobernaban los girondinos; los ejércitos victoriosos ocupaban Bélgica. La República creía poder mostrarse generosa sin ningún riesgo.

Pero, a comienzos de marzo, llegaron las noticias de Aldenhoven, de la pérdida de Lieja y, después, del levantamiento vandeano. Lo mismo que al ocurrir la toma de Longwy, se procedió precipitadamente al reclutamiento de hombres. Los miembros de las secciones parisienses piden, desde el 8 de marzo, « que sea establecido un tribunal sin apelación, para concluir con la audacia de los grandes culpables y de todos los enemigos de la cosa pública ». Los comisarios nombrados por la Convención para proceder al reclutamiento de 300 000 hombres en los departamentos, declaran que no partirán hasta que el Tribunal revolucionario sea decretado. Día y noche la Asamblea delibera en tumulto. Decide establecer un tribunal extraordinario de lo criminal, cuyos jueces y jurados serán designados por la misma Convención y no por el pueblo. « El tribunal entenderá en toda empresa contrarrevolucionaria, en todo atentado contra la libertad, igualdad, unidad e indivisibilidad de la República, en la seguridad interior y exterior del Estado y en todos los complots que tiendan a restablecer la monarquía o crear cualquier otra autoridad atentatoria a la libertad, la igualdad y la soberanía del pueblo, tanto sean los acusados funcionarios civiles y militares como simples ciudadanos. » Juzgará sin apelación ni recurso de casación. Los bienes de los condenados a muerte pasarán a la

República, con la condición de mantener a los padres del reo si carecieran de recursos. Como se tiene prisa en que funcione el nuevo tribunal, queda decidido que los jueces y jurados provisionales comiencen a funcionar en París y los vecinos departamentos, y la Asamblea los designa a partir del 13 de marzo.

Pero los girondinos toman bien pronto su desquite eligiendo una Comisión de seis miembros que es la única que tendrá el derecho de llevar a los acusados ante el tribunal político. La Comisión, formada por cinco girondinos y sólo uno de la Montaña : Prieur de la Marne, no formuló ninguna acusación. El tribunal quedó paralizado.

Mas el 2 de abril se conoce la traición de Dumouriez. En seguida los jueces y jurados del tribunal van a quejarse a la Convención de la inacción a que se hallan sometidos. «¡El pueblo, que conoce a los conspiradores, quiere su castigo ! » A propuesta de Albitte es suprimida la Comisión de los seis. Tres días después, Charlier propone que el acusador público sea autorizado para conducir ante el Tribunal revolucionario, sin previo decreto de la Convención, a todos los sospechosos de participar en una conspiración. Danton hace ver que los criminales de ese género son tan numerosos que la Convención no tendría tiempo material de examinar sus papeles y perdería un tiempo precioso en votar contra ellos actas de acusación. « Si el despotismo triunfase — agregó —, veríais bien pronto un tribunal prebostal en todos los departamentos, para hacer caer las cabezas de los patriotas, incluso de aquellos que no hayan demostrado un patriotismo enérgico. » Esos tribunales prebostales funcionaron, en efecto, en 1815. Danton hizo estipular, sin embargo, que ningún general, ministro o diputado podría ser llevado al tribuna sin un previo decreto de la Convención. Esas proposiciones fueron votadas, no obstante la oposición del

Barbaroux, que protestó contra la dictadura judicial encarnada en un solo hombre : el acusador público.

El tribunal celebró su primera sesión desde el siguiente día, 6 de abril. Juzgó a un emigrado que había sido sorprendido en Bourg-la-Reine con dos pasaportes y una escarapela blanca. El emigrado fué condenado a muerte. Los jueces y jurados lloraban. No eran crueles aquellos hombres justicieros. Al cumplir un penoso deber creían firmemente que salvaban a la Revolución y la Francia.

Los girondinos cometieron la imprudencia de enviar a Marat ante el tribunal, acusándole de provocación al saqueo, la matanza y la disolución de la Convención. El proceso de Marat terminó por un triunfal sobreseimiento, el 24 de abril. El tribunal libertó, uno tras otro, a numerosos generales, como d'Harambure, el 23 de abril, acusado de haber repartido a la municipalidad de Neufbrisach proclamas realistas; d'Esparbès, que había sucedido en el gobierno de Santo Domingo a Blanchelande, ya condenado a muerte por haber encarcelado a los patriotas y fomentado la revuelta de los aristócratas, y luego, en mayo, Miranda, Stengel y Lanoue, comprometidos en los desastres de Bélgica. Sólo dos generales, cómplices de Dumouriez, fueron condenados a muerte : Miaczynski y Lescuyer, sobre los que pesaban cargos abrumadores. Las audiencias se celebraban entonces tranquilamente; se guardaban las formas. Defensores y acusados podían expresarse libremente.

No obstante la insurrección federalista, el tribunal no aceleró su marcha. Dedicó largas audiencias, del 4 al 18 de junio, al proceso de la conjuración de Bretaña, y en este asunto pronunció 12 condenas de muerte por complicidad con La Rouarie, acordando también 13 sobreseimientos. Los 12 condenados gritaron : ¡ Viva el rey !, y se abrazaron sobre el cadalso. El policía filó-

sofo Dutard, al dar cuenta de esa ejecución, escribía : «Debo deciros que en política esas ejecuciones producen los más grandes efectos, siendo los más considerables, el calmar el resentimiento del pueblo por los males que experimenta, y ejercitar allí su venganza. La esposa que ha perdido a su marido, el padre que vió morir a su hijo, el comerciante desposeído, el obrero que paga todo tan caro que su salario se reduce a casi nada, sólo transigen con los males que experimentan, al ver a hombres más desgraciados que ellos y en quienes creen ver sus enemigos. »

El presidente del tribunal, Montané, había intentado salvar a Carlota Corday. La tercera pregunta dirigida a los jurados estaba redactada en estos términos : « ¿ Lo ha realizado con premeditación e intenciones criminales y contrarrevolucionarias »? Montané borró en la minuta las palabras « premeditación » y « contrarrevolucionarias », con la esperanza de que fuera considerado el crimen como un acto de locura o un vulgar asesinato. En el precedente proceso de los asesinos de Leonardo Bourdon, un convencional molestado y herido cuando se hallaba de misión en Orleans, Montané había ya borrado de la minuta del juicio la frase consagrada : « Los bienes de los condenados pertenecen a la República », con tal habilidad que no podía efectuarse, aunque entre los condenados había — según Prieur de la Marne — muchos millonarios. Las dos falsificaciones de Montané fueron descubiertas en seguida. Hubiera perecido en el cadalso, si, de intento, Fouquier-Tinville no le hubiera olvidado intencionadamente en su prisión.

El proceso de Custine ocupó casi toda la segunda mitad del mes de agosto. El general « bigotudo » se defendió bravamente : respondió a cada testigo, citó a numerosos generales en activo, cuya declaración le fué rehusada. El público le era manifiestamente favora-

ble. Los jurados estaban quebrantados. Los jacobinos se conmovieron: «No conviene que un tribunal establecido para impulsar la Revolución — dijo Robespierre en el club, el 25 de agosto — la haga retroceder por su criminal lentitud; es preciso que cumpla su misión de ser tan activo como el crimen; es necesario que esté siempre a nivel de los delitos». Custine, condenado dos días después, murió con firmeza el 28 de agosto. No era culpable más que de insubordinación a las órdenes de Bouchotte, de palabras imprudentes, de desacertadas disposiciones militares. Fué la víctima propiciatoria ofrecida a las capitulaciones de Maguncia y Valenciennes.

El hebertismo triunfa en la jornada del 5 de septiembre. Un nuevo período se abre en la historia del tribunal, cuyos miembros son aumentados en virtud de un informe de Merlin de Douai, y divididos en cuatro secciones, con objeto de que dos funcionen simultáneamente. El Comité de Salud pública, junto con el Comité de Seguridad general, es quien propone la lista de nuevos jueces y jurados.

Unos y otros pertenecen, por regla general, a la burguesía o a las profesiones liberales. Hay exsacerdotes, como Lefetz o Royer; pintores y grabadores: Châtelet, Topino-Lebrun, Sambat, Prieur, Girard; un banquero: Víctor Aigoín; médicos y cirujanos: Souberbielle, Bécu, Martin; comerciantes e industriales: Duplay, Billon; orfebres y joyeros: Klipsis, Girard, Compagne; sastres: Aubry, Grimont, Presselin; cerrajeros: Didier; zapateros: Servière; impresores: Nicolas; un sombrerero, Baron; un especiero, Lohier; un tabernero, Gravier, etc. Los verdaderos «descamisados» no figuran entre ellos, a menos que califiquemos de tal algún burócrata, como Clemence, empleado en la fabricación de asignados. Entre esa lista figuran dos auténticos marqueses: Antonelle y Leroy de Montflabert, que se hacía llamar *Diez de Agosto*. Todos o casi todos eran instruidos.

Una vez perfeccionado y puesto a punto el instrumento de represión, se trató de aumentar su rendimiento. La contrarrevolución no ataca solamente al

régimen con revueltas, conspiraciones, complots, traición y espionaje; también emplea el arma, tal vez más temible, del hambre, del fraude sobre los géneros y provisiones. El 29 de septiembre, el mismo día en que la Convención vota el gran decreto sobre el máximo general, ésta decide que los proveedores infieles serán tratados como conspiradores, dignos de comparecer ante el Tribunal revolucionario. El terrible decreto había sido redactado a causa de la queja de unos jóvenes reclutas que habían presentado a la Convención un par de zapatos con suelas de madera y cartón. La Comisión de Mercados desplegó gran actividad. Los abastecedores, acusados ante el tribunal de fraude, alza ilícita, violación del máximo y acaparamiento, fueron muy numerosos.

Con el mes de octubre comienzan los grandes procesos políticos. Primeramente el de la reina, que dura desde el 14 al 16 de octubre; en seguida el de los girondinos, que duró una semana, del 24 al 30 de octubre.

La reina, la austriaca, estaba condenada de antemano. Murió valerosamente, en tanto que la inmensa multitud gritaba: ¡ Viva la República !

Los 21 girondinos quisieron defenderse. Tan sólo uno careció de firmeza, Boileau, quien se declaró equivocado, arrepentido y francamente partidario de la Montaña, lo que, por otra parte, no consiguió salvarle. Los demás se mantuvieron firmes. Vergniaud, Brissot, Gensonné, pronunciaron discursos contestando a los testigos que les demostraban hostilidad. Los jacobinos se irritaron y pidieron a la Convención una ley que desembarazase al tribunal « de las formas que ahogan la conciencia e impiden la convicción »; una ley que « diese a los jurados la facultad de declarar que ya estaban suficientemente instruidos ». Osselin propuso un texto que Robespierre encontró demasiado vago: « Propongo — dijo Robespierre — se decrete que después de

tres días de debate, el presidente del tribunal pregunte a los jurados si su conciencia se halla suficientemente iluminada. Si responden negativamente, se continuará la instrucción del proceso hasta que declaren que se hallan en estado de resolver.» El decreto así votado, fué trasladado inmediatamente a la audiencia del Tribunal revolucionario. Una vez hecha la consulta a los jurados, éstos respondieron, primeramente, que su conciencia no se hallaba aún lo bastante iluminada. Los debates duraban ya seis días. Pero la misma tarde los jurados declararon que ya tenían formada su convicción. Los 21 girondinos condenados a muerte por un veredicto unánime, acogieron la sentencia con gritos e invectivas. Valazé se clavó un puñal al salir de la audiencia. El tribunal ordenó que el cadáver fuera conducido en un carro al lugar del suplicio. Una inmensa multitud que gritaba ¡Abajo los traidores! acudió a ver la muerte de los girondinos.

La ley sobre aceleración de los juicios debía tener como fatal consecuencia un aumento en el número de las condenas. Desde el 6 de agosto al 1.º de octubre se habían pronunciado 29 sentencias de muerte, 9 reos de deportación y 24 en libertad, sin contar 130 sobreseñamientos. En los meses siguientes, hasta el 1.º de enero de 1794, de 395 acusados, 194 fueron puestos en libertad, 24 castigados con deportación, prisión o trabajos forzados, y 177 condenados a muerte, de los cuales 51 lo fueron en octubre, 58 en noviembre y 68 en diciembre.

Los procesos políticos siguieron uno tras otro. Felipe Igualdad, que tanto se había comprometido con la Revolución, fué condenado como cómplice de los girondinos y de Dumouriez, con el pretexto de que su hijo mayor — el futuro Luis Felipe — había seguido al general en su traición. Los de la Montaña, al llevarle al suplicio, esperaban lavarse de la acusación de orleanismo tantas veces lanzada contra ellos por sus adversarios. Después la señora Roland paga por su marido desaparecido, aunque, por otra parte, la comprometiera

su correspondencia con Barbaroux y Duprat. Al saber su muerte se suicidó el señor Roland, menos quizá por la pena que por impedir la confiscación de sus bienes, puesto que tenía una hija. Después, el antiguo alcalde de París, Bailly, es quien paga por los republicanos asesinados en el Campo de Marte. Bailly fué ejecutado en el mismo Campo de Marte, teatro de su « crimen », entre los insultos de los espectadores. La trágica serie continúa con el girondino Pedro Manuel, Barnave y Duport-Dutertre; luego los generales Brunet, Houchard, Lamorlière y Biron. Este último proclamó sobre el cadalso sus sentimientos monárquicos, justificando así, en cierto modo, la sentencia que le condenaba. Esos ilustres sentenciados no deben hacer olvidar a los oscuros condenados por las diferentes leyes sobre la emigración, acaparamientos, inteligencias con el enemigo y gritos sediciosos. Fueron infinitamente más numerosos.

El tribunal revolucionario, instituido en un momento en que la noticia de la insurrección vandeana no había llegado aún a París, fué primitivamente único para toda Francia. Después se levantaron otras regiones de Francia. El tribunal de París no era suficiente para la represión. En los países entregados a la guerra civil se recurrió a los métodos militares. La ley del 19 de marzo de 1793 dictada contra los vandeanos, creó comisiones militares de cinco miembros, que condenaron a muerte a los rebeldes cogidos con las armas en la mano, sólo con la comprobación de su identidad. En cuanto a los rebeldes detenidos sin armas, fueron llevados, en principio, ante los tribunales ordinarios de lo criminal, donde se les juzgaba revolucionariamente, o sea sin apelación ni recurso de casación.

En provincias la represión estuvo en razón directa de los peligros de la rebeldía. El levantamiento de Normandía, deshecho tras la incruenta batalla de Vernon,

sólo provocó algunas destituciones y arrestos. Durante todo el Terror no hubo una sola sentencia de muerte en el Calvados. La Convención se contentó con un gesto simbólico. Adoptando la proposición de Delacroix y Thuriot, decretó, el 17 de julio, « que la casa que Buzot posee en Évreux sea arrasada, plantando en sus ruinas un poste con la siguiente inscripción : « Éste fué el asilo del malvado Buzot, que, siendo representante del pueblo, conspiró contra la República. »

La revuelta de Lyon, más tardía, fué infinitamente más seria. Los rebeldes aprisionaron o ejecutaron a numerosos miembros de la Montaña. Aquí fueron severas las represalias y tomaron un carácter no sólo político, sino también social. Según informe de Barère, la Convención votó el 12 de octubre que : « La ciudad de Lyon será destruída. La parte habitada por los ricos será demolida. Sólo quedarán en pie las casas de los pobres, las viviendas de los patriotas muertos o proscritos, los edificios dedicados especialmente a la industria y los monumentos consagrados a la humanidad y a la instrucción pública. »

Mientras Couthon y Mignet residieron en Lyon, convertida en Ciudad Libertada, la represión no fué excesiva. Couthon acudió a la plaza Bellecour e indicó algunas casas cuyo derribo se inició con lentitud. Pero a comienzos de noviembre llegaron Collot d'Herbois y Fouché con un destacamento del ejército revolucionario mandado por Ronsin. Collot organiza una gran fiesta expiatoria en la plaza Terreaux, dedicada a los manes de Chalier. Comienzan las atrocidades. La antigua Comisión de justicia popular, creada por Couthon, es suprimida por demasiado indulgente y reemplazada por una Comisión revolucionaria presidida por Parein. Los fusilamientos y ametrallamientos suplen a la guillotina, considerada como demasiado lenta. El 14 de frimario (4 de diciembre) 60 jóvenes sentenciados fue-

ron blanco de los cañones en la llanura de Brotteaux. Fueron agarrotados de dos en dos y colocados entre dos fosos paralelos cavados para recibir sus cuerpos. La descarga de los cañones sólo mató a la tercera parte, y el resto tuvo que ser rematado a tiros. Al día siguiente, 208 sentenciados fueron fusilados en el mismo lugar ; 67 el 18 de frimario y 32 el 23 del mismo mes. No cesaron los fusilamientos hasta el 22 de pluvioso (10 de febrero). La Comisión Parein pronunció 1667 sentencias de muerte. Esas carnicerías eran tanto más odiosas cuanto que carecían de la excusa de la fiebre que ocasiona el combate. El sitio había terminado dos meses antes de iniciarse. Tampoco eran útiles por su ejemplaridad, puesto que el mismo Collot escribía al Comité el 17 de brumario : « Aun las ejecuciones no producen todo el efecto que era de esperar. La prolongación del sitio y los peligros diarios que ha corrido cada uno, inspiran una especie de indiferencia por la vida, si es que acaso no es desprecio de la muerte. Ayer, un espectador, al regreso de una ejecución, decía : « La » cosa no es tan dura. ¿Qué haría yo para ser guillotinado ? ¿ Insultar a los representantes ? » Un hombre de sangre fría hubiera deducido que no era conveniente prodigar la pena capital. Collot, que era un hombre teatral, sacó la conclusión inversa: que era preciso reforzar la guillotina. Incluso propuso a Robespierre, sin éxito, la dispersión a través de Francia de los 60 000 obreros lioneses que no serían nunca, según él, verdaderos republicanos.

La guerra civil del Oeste tenía un carácter feroz. La represión fué allí especialmente rigurosa. En las principales ciudades : Angers, Rennes, Laval, Tours, Nantes, etc., funcionaron comisiones militares encargadas de juzgar a los vandeanos cogidos con las armas en la mano. La de Angers hizo fusilar en Doué a 69 rebeldes, el 3 de nivoso ; 64 al siguiente día ; 203 el 6 de nivoso ;

100 en Angers el 23 del mismo mes, etc. En Angers, los condenados eran llevados al lugar de la ejecución, La Haie-aux-Bonshommes — llamado hoy Campo de los Mártires —, entre filas de soldados y acompañados por bandas de música y las autoridades en traje de gran gala. En Nantes, las represiones de Carrier excedieron en horror a los fusilamientos de Lyon. Carrier, un auvernés de carácter violento aficionado a la bebida, llegó al día siguiente de la derrota de los de Maguncia en Torfou y de la toma de Noirmoutiers, entregada a Charette por sus habitantes. Se creyó rodeado de traidores y tal vez temió por su vida. Para poner en ejecución sus órdenes y proteger su persona se rodea de una guardia roja: la compañía Marat, cuyos 40 miembros reciben 15 libras diarias. Al mismo tiempo organiza una policía secreta en manos de verdaderos ganapanes, Fouquet y Lambertye, que más tarde debían ser condenados a muerte por sus malversaciones. Los prisioneros vandeanos aflúan a Nantes por centenares y millares. En las prisiones donde son amontonados se declaran el tifus y el cólera. La epidemia amenaza con alcanzar a los mismos nanteses que prestan el servicio de guardia. Entonces, para acelerar la descongestión de las prisiones, Carrier organiza « la muerte por el agua ». En gabarras cuyos fondos han sido preparados de antemano, los Marat amontonan primeramente clérigos y después vandeanos, conducen su cargamento humano al centro del Loire y luego desfondan las gabarras y las sumergen. Carrier, por medio de un papel firmado por su mano, ordena los días 27 y 29 de frimario que se dé muerte sin juicio ni formalidad de ninguna clase, la primera vez a 24 « bandidos » — entre ellos dos de 13 y dos de 14 años — y la segunda vez a 27 víctimas de ambos sexos. Es necesario tener demasiada prevención e ignorancia para negar su responsabilidad personal. Pero lo exacto es que esos horrores no produjeron,

de inmediato, entre los nanteses víctimas de la escasez, ninguna sensación. Carrier dejó a un lado la población burguesa. Se limitó a enviar al Tribunal revolucionario de París a 132 acaparadores y federalistas, que fueron puestos en libertad después de termidor. La reprobación contra él solo comenzó a manifestarse al fin de su misión, cuando las ejecuciones en masa amenazaron la salvación de la ciudad. Se calcula que perecieron ahogadas más de 2 000 víctimas. Una Comisión militar presidida por Bignon, hizo fusilar a 4000 vandeanos escapados de las batallas de Mans y Savenay. Éstos fueron enterrados en Miseri, bajo una débil capa de tierra, y el olor de su descomposición llegó hasta la ciudad, aterrándola. Entonces se produjo la tardía reacción compasiva.

En la época a que nos referimos, a fines de 1793, el Terror sangriento queda circunscrito a las regiones devastadas por la guerra civil y a las situadas tras el frente de los ejércitos. En el centro de Francia, la mayor parte de los departamentos no conocieron del Terror más que las destituciones y arrestos y, a veces, las multas y la descristianización. La guillotina no funcionó más que rara vez en esas comarcas apacibles. Si accidentalmente se pronuncian algunas sentencias de última pena, es contra los emigrados, sacerdotes vueltos del destierro, acaparadores o monederos falsos, y el juicio es visto por los tribunales ordinarios.

El Terror era de tan fatal necesidad en aquella hora, que los realistas lo hubieran aplicado contra los republicanos en caso de ser los más fuertes, como hicieron, por otra parte, a partir del año III y en 1815. La correspondencia de los emigrados no deja lugar a ninguna duda. «Creo necesario aplastar a los habitantes de París por medio del Terror», escribía al conde de La Marche, a partir del 13 de julio de 1792, el antiguo ministro Montmorin, confidente de la reina. «Nada

de consideraciones, nada de paliativos — exclamaba el duque de Castries en su Memoria de abril de 1793 —. Es preciso que los bandidos que han saqueado la Francia, que los facciosos que han turbado a Europa, que los monstruos que han asesinado al rey desaparezcan de la superficie de la tierra. » El conde de Flachslanden agregaba : « Creo que mientras no se dé muerte a la Convención durará la resistencia. » Tal era la opinión general de los emigrados. « Sus palabras son tremendas — decía el secretario del rey de Prusia, Lombard, que los acompañó durante la campaña del Argonne —. Si sus conciudadanos quedaran abandonados a su venganza, Francia no sería bien pronto más que un monstruoso cementerio » (23 de julio de 1792). Por regla general, los revolucionarios hirieron para no ser heridos. En la misma Francia, en aquellos lugares donde no contaban con la fuerza, en Vendée, en Marsella, en Lyon en Tolón, habían sido ejecutados despiadadamente. Se hallaban en estado de legítima defensa. Pero no defendían solamente sus ideas, sus personas y sus bienes. Al mismo tiempo defendían la patria. José de Maistre ha pronunciado este juicio definitivo : « ¿ Qué querían los realistas cuando pedían una Contrarrevolución realizada bruscamente y por la fuerza ? Pedían la conquista de Francia y, por lo tanto, su división y el aniquilamiento de su influencia y de su rey. » Y José de Maistre dirigía en 1793 el servicio de espionaje del rey de Cerdeña, su señor.

CAPÍTULO VIII

El complot del extranjero

El Comité de Salud pública no temía menos a los enemigos encubiertos de la Revolución que a sus enemigos declarados. Sentíase rodeado de espías. De Veronne, el antiguo constituyente de Antraigues, que desempeñaba cerca del pretendiente Luis XVIII el papel de una especie de ministro de policía, sostenía en París agentes que le informaban con regularidad por medio de cartas escritas con tinta simpática. Esos agentes penetraban, bajo un disfraz demagógico, hasta las oficinas de las administraciones. Para engañar a los espías, Robespierre escribió en su carnet: «Tener dos planes, de los que uno será entregado por los empleados.»

Desde bien pronto se sospechó que el oro extranjero había contribuido no sólo a sorprender nuestros secretos militares, sino también a suscitar disturbios y crear toda clase de dificultades al Gobierno. El 11 de julio de 1793, en un gran informe que presentó en nombre del primer Comité de Salud pública — que acababa de ser derribado —, Cambon afirmó que la crisis económica y financiera era agravada, si no desencadenada, por las maniobras del enemigo. «Desde que veo a Pit— dijo — disponer de 5 millones de libras esterlinas para gastos secretos, no me asombro de que con ese dinero se fomenten disturbios en toda la extensión de la República. Con un fondo de 120 millones en asignados

se ha conseguido hacer bajar nuestros cambios. Y Pitt con 5 millones de libras esterlinas se ha procurado 500 millones en asignados, con los cuales nos hace una guerra terrible. Ciertos administradores de departamento lo secundan. ¿Cómo destruir a la República? — dicen —. Desacreditando a los asignados.» Cambon había formulado una mera hipótesis. Pero a fines de julio fué entregada al Comité de Salud pública la cartera que un espía inglés había perdido en los baluartes de Lille. De los documentos que contenía resultaba, con certeza y precisión, que desde el mes de enero el espía había distribuido a sus agentes, diseminados en toda Francia, importantes sumas. A un francés llamado Duplain le había pagado una mensualidad de 2500 libras. Había distribuido dinero en Lille, Nantes, Dunkerque, Ruán, Arras, Saint-Omer, Boulogne, Thouars, Tours, Caen, precisamente ciudades donde habían estallado disturbios. Daba a sus corresponsales instrucciones para preparar mechas fosfóricas con objeto de incendiar los arsenales y los almacenes de forraje. Y algunos incendios habían producido ya pérdidas importantes en Douai, Valenciennes, en la fabricación de velas del puerto de Lorient, en la cartuchería de Bayona y en el parque de artillería de Chemillé.

«Haced que el cambio se eleve hasta 200 libras por una esterlina — escribía al mismo corresponsal —. Haced que Hunter esté bien pagado y aseguradle de parte de milord que todas sus pérdidas le serán reembolsadas por más del doble de su comisión... Es preciso desacreditar los asignados todo lo posible y rehusar los que no lleven la efigie del rey. Haced que se eleve el precio de todos los géneros. Dad órdenes a vuestros mercaderes para que acaparen todos los artículos de primera necesidad. Si podéis persuadir a Cott... para que compre el sebo y la candela a cualquier precio, haced que el público tenga que pagarlos a 5 libras por libra.»

Al leer esos documentos en la gran sesión del 1.º de agosto, Barère dedujo que era conveniente la expulsión de todos los súbditos ingleses que se hubieran ins-

talado en Francia después del 14 de julio de 1789. Cambon encontró la medida demasiado indulgente, puesto que sólo se aplicaba a los súbditos ingleses. Propuso que se arrestase, provisionalmente y como medida de seguridad general, a todos los extranjeros sospechosos, sin distinción alguna: « ¿ Creéis que los austríacos que hay en Francia no son, como los ingleses, agentes de Pitt? Basta con respetar a los americanos y los suizos. » Couthon recordó que el Gobierno inglés había declarado traidores a la patria a sus compatriotas que colocaran bienes en Francia.

« Por reciprocidad os pido que decretéis: 1.º, que todos los franceses que coloquen fondos en los Bancos de Londres sean condenados a una multa igual a la suma colocada, cuya mitad será destinada al denunciante; 2.º, que los que ya hubieran colocado fondos en Londres antes de publicarse este decreto, estén obligados a declararlo en el plazo de un mes, bajo pena de la misma multa y, además, de ser considerados como sospechosos y, por lo tanto, encarcelados. »

Todas esas proposiciones fueron votadas.

Hasta entonces la Revolución había multiplicado los actos de benevolencia respecto a los súbditos enemigos residentes en Francia. Muchos incluso habían obtenido empleos en las administraciones. Los había hasta en los Comités revolucionarios. Algunos se sentaban en la Convención, como Anacarsis Cloots, Dentzel o Tomás Paine. Nada más fácil para los espías que presentarse como patriotas extranjeros perseguidos por sus ideas. Semejantes mártires de la libertad fueron recibidos con entusiasmo. Se buscaban poderosos protectores no sólo en los clubs, sino hasta en los Comités de la Convención, hasta en el Gobierno.

El banquero inglés Walter Boyd, que era el banquero de Pitt y del *Foreign Office*, estableció en París — con su socio Ker — una sucursal de su casa de Londres. Supo atraerse el apoyo de los diputados Delaunay d'Angers y Chabot, quienes le protegieron cuando estuvo en peligro. Mediante un desembolso de 200 000 libras, Cha-

bot, que era miembro del Comité de Seguridad general, consiguió que se levantaran los sellos que se habían puesto en aquella Banca en la noche del 7 al 8 de septiembre. Y cuando Boyd, un mes más tarde, estuvo amenazado de prisión, Chabot le procuró un pasaporte, con el cual pudo escaparse y regresar a Inglaterra.

Cuando Danton fué detenido, se encontró en sus papeles una carta que el *Foreign Office* había dirigido al banquero Perregaux, de Neufchatel, súbdito prusiano establecido en París, invitándole a que entregase a diferentes personas, designadas por las iniciales C. D., W. T. y De M., sumas importantes — 3000, 12000 y 1000 libras — para recompensar « los importantes servicios que nos han hecho, atizando el fuego y arrastrando a los jacobinos al paroxismo del furor ». Esta carta no podía estar entre los papeles de Danton más que por habérsela enviado Perregaux como interesándole directamente. Todo hace creer que Perregaux tenía frecuentes relaciones con el Gobierno inglés.

El banquero belga, súbdito austríaco, Berchtold Proli, que se decía hijo natural del canciller Kaunitz, fué encargado por el Gobierno de Viena de comprar a los belgas del partido vonckista. Establecido en París, fundó un periódico, *Le Cosmopolite*, para defender la política austríaca. Ese periódico desapareció al ser declarada la guerra, no siendo ya de ninguna utilidad. Proli se relacionó con periodistas, como Camilo Desmoulins. Vivía con gran lujo en su estancia del *Palais Royal*. Llegó a captarse la confianza de Hérault de Séchelles, que era, como él, un hombre aficionado a los placeres. Hérault lo empleó como secretario, incluso después de su ingreso en el Comité de Salud pública. El ministro Lebrun y Danton le confiaron misiones diplomáticas de carácter secreto. Se convirtió en íntimo de Desfieux, que era el principal personaje del Comité de correspondencia de los jacobinos, del que había sido también tesorero. Por Desfieux, personaje muy sospechoso, conoció todos los secretos del club. Desfieux era casi iletrado, y Proli redactaba sus discursos. Proli también tenía vínculos con numerosos diputados de la Montaña, como Bentabole, Jeanbon Saint-André y Jay de Sainte-Foy. Desfieux estaba protegido por Collot d'Herbois, no obstante hallarse comprometido en el asunto de un documento del armario de hierro y considerado como culpable de soborno en el asunto de la señora de Sainte-Amaranthe.

Otro banquero belga, súbdito austríaco, Wlakers, que había desempeñado, como Proli, un papel equívoco en la revolución de su país, se estableció en París después de la traición de Dumouriez. Como era muy rico, se sospechaba que repartía dinero entre los periodistas y miembros de los clubs, para servir a los intereses austríacos.

Un grande de España descalificado, Guzmán, entregado también a la banca y la intriga, se hizo por su generosidad una clientela en la sección de Piques. Llegó a introducirse en el Comité de insurrección que preparó la revolución del 31 de mayo; pero era ya tan sospechoso que no tardó en ser arrojado. Más tarde, Saint-Just reprochó a Danton el haber comido con Guzmán gastando 100 escudos por cabeza.

Dos judíos moravos, Sigmundo Gotlob y Manuel Dobruska, que habían sido proveedores del emperador José II en su guerra contra los turcos y que por esta razón fueron ennoblecidos con el nombre de Schoenfeld, llegaron a Francia al día siguiente de la declaración de guerra. Se presentaron al club de Estrasburgo como patriotas perseguidos, cambiando su nombre por el de Frey (libres) y por medio de oportunas munificencias obtuvieron la protección del clubista Carlos Laveaux, redactor del *Courrier de Strasbourg* en lucha entonces contra el alcalde de la ciudad, Dietrich. Acompañaron a Laveaux y los federales del Bajo Rin a París, la víspera del 10 de agosto, y no tardaron en crearse en París las mejores relaciones entre influyentes diputados, como Luis du Bas-Rhin, Bentabole, Simond, Richard, Gaston, Piorry y Chabot. Sometieron proyectos al ministro de Asuntos extranjeros, Lebrun, y con frecuencia recibían letras de cambio procedentes del extranjero. Se interesaron por los corsarios de la República, prestaron dinero, compraron bienes nacionales y tenían mesa puesta en el hermoso hotel de un emigrado, donde se habían instalado. Para escapar a las leyes de represión contra los súbditos extranjeros, intentaron obtener la nacionalidad francesa adoptando a un anciano. Pudieron frecuentar los Jacobinos gracias a Chabot, que respondió de ellos. Denunciados bien pronto como espías, escaparon durante mucho tiempo a todas las pesquisas. No fueron inquietados incluso después de la salida de Chabot del Comité de Seguridad general. El mismo Chabot se encontró presente en el registro que se verificó en su domicilio el 26 de septiembre y pocos días después, el 6 de octubre, contrajo matrimonio con la joven hermana de los Schoenfeld, recibiendo una dote de 200 000 libras y estableciéndose en su hotel. Tuvo el descaro de anunciar ese matrimonio a los jacobinos, presentándolo como una prueba de que renunciaba a su vida disipada. Pero los jacobinos le silbaron y entre ellos corrió el rumor de que la dote de 200 000 libras aportada a Chabot por Leopoldina Frey, había sido proporcionada por el mismo Chabot, que por ese medio trataba de disimular el producto de sus rapiñas.

Todos esos extranjeros de vida equívoca — muchos de ellos agentes del enemigo — desempeñaban en el movimiento político un papel considerable que no tardó en inquietar al Comité de Salud pública. Incluso aquellos agregados por un momento a la suerte de Lafayette y de Dumouriez, como Proli y su inseparable Desfieux, demostraron luego un patriotismo muy rojo, inclinándose hacia las medidas más extremas y constituyendo un serio apoyo del partido hebertista. El « Père Duchesne » era un familiar del banquero holandés Kock, quien le daba buenas comidas en su casa de

Passy. Anacarsis Cloots, « el orador del género humano », miembro de la Convención, inspiraba un gran periódico, *Le Batave*, que era órgano de los refugiados extranjeros y desarrollaba una campaña paralela a la del « Père Duchesne ». Pues bien, Cloots, fiel a la propaganda girondina, no cesaba de predicar la necesidad de revolucionar los países vecinos. En un manifiesto que lanzó el 5 de octubre, desde la tribuna de los jacobinos, reclamaba para Francia los límites naturales, o sea la frontera del Rin. Su amigo Héroult de Séchelles, antiguo girondino como él, y que dirigía con Barrère la política extranjera del Comité de Salud pública, enviaba a Suiza agentes secretos, cuya propaganda alarmaba a esa nación vecina. Pero Robespierre y los demás miembros del Comité, muy preocupados entonces de procurar abastecimientos y materias primas para las fabricaciones de guerra, comprendieron el peligro de la imprudente política de Héroult, que podía cerrar a Francia el mercado suizo. Desaprobaron el proyecto de anexionar a Mulhouse y llamaron a los agentes secretos enviados más allá del Jura. Al mismo tiempo llamaban a Genet, ministro en los Estados Unidos, que había inquietado a Washington por sus intrigas políticas e incluso ordenaron su prisión el 11 de octubre. En un gran discurso pronunciado el 27 de Brumario ante la Convención, Robespierre se esforzó en asegurar a los neutrales: americanos, daneses, turcos, como también a los suizos, sobre las intenciones de la Francia revolucionaria. Ésta no deseaba reducir el mundo a servidumbre. Sólo quería defender, con su libertad, la independencia de los pequeños pueblos. ¡Únicamente los coligados estaban animados por un espíritu de conquista! Semejante discurso, saludado por los aplausos de la Convención, debió parecer alarmante a los refugiados extranjeros y sus protectores

hebertistas, que sólo veían la salvación en la guerra a ultranza para llegar a una República universal.

Pero los refugiados extranjeros causaban también otras preocupaciones al Comité de Salud pública. Cuando el 5 de septiembre puso fin la Convención a la permanencia de las secciones, limitando las reuniones a dos por semana y después decenalmente, los hebertistas burlaron la ley, creando en cada sección sociedades populares que se reunían todas las noches. El ingenioso Proli, ayudado por sus amigos Desfieux, el judío bordelés Pereira y el autor dramático Dubuisson, encontró el medio de federar esas sociedades populares en un Comité central en el que ejercía papel preponderante. Esa poderosa organización, en contacto directo con los «descamisados» de las secciones, era un poder rival no sólo de los jacobinos, sino también del Ayuntamiento y de la misma Convención. De esas sociedades populares federadas, que pretendían representar al pueblo entero, podía surgir una jornada seccional análoga a las producidas en Lyon, Marsella y Tolón; un 31 de mayo en sentido contrario, que de nuevo pondría a la Convención en peligro y entregaría Francia a la anarquía, como prefacio de la derrota y la restauración de la monarquía. Proli, Pereira y sus amigos no ocultaban su desprecio por la Convención ni, en general, su desconfianza en los diputados. Mediando brumario, el Comité central de las sociedades populares hizo circular por las secciones una petición para solicitar de la Convención que se suprimiera el sueldo de los sacerdotes y desapareciera el culto constitucional.

Ya después de la institución del calendario republicano se habían celebrado numerosas fiestas cívicas en las ciudades del día de la década, que se convertía en una especie de domingo republicano, como por ejemplo, en El Havre el 21 de octubre (30 del primer mes) y en Clermont de l'Oise el 10 de brumario. Pero si las fies-

tas decadarias hacían la competencia a las religiosas, no habían conseguido suprimirlas. El obispo de Nièvre, Tollet, incluso había participado en las primeras ceremonias cívicas organizadas por Fouché. Algunos sacerdotes habían contraído matrimonio y renunciado a sus funciones, cerrándose algunas iglesias; pero, en conjunto, el clero constitucional había permanecido en su puesto. Cambon había hecho admitir por la Convención que los sacerdotes ya no eran funcionarios y que sus salarios debían considerarse como una simple pensión. El mismo día fué reducido el sueldo de los obispos a 6000 libras, y el de sus vicarios episcopales a 1200 libras (18 de septiembre de 1793). Después del 5 de septiembre, los sacerdotes no casados eran excluido de los Comités de vigilancia, y después del 7 de brumario, los clérigos no podían ser nombrados maestros públicos. Por último, el 13 de brumario, los edificios y fondos de las fundaciones fueron confiscados, de modo que el sostenimiento del culto quedaba entregado a la generosidad de los fieles. Algunos representantes en misión habían convertido en laicos los cementerios, favorecido el matrimonio de los sacerdotes y presidido ceremonias cívicas, pero no habían cerrado las iglesias. Los sacerdotes casados por Fouché en Nièvre no habían cesado de decir misa. Laignelot y Lequinio transformaron la iglesia de Rochefort en templo de la Verdad, pero dejaron a los sacerdotes en sus funciones. Andrés Dumont, en el Somme, insultaba a los clérigos y les obligaba a trasladar los oficios religiosos al día de la década, pero sin llegar a suprimir esos oficios.

A pesar de todo, el culto continuaba. La petición del Comité central de las sociedades populares, le amenazaba hasta en su existencia al privarle de sus últimos recursos. Sus autores no ocultaban la intención de dar, mediante la supresión del sueldo de los clérigos,

un golpe supremo al « despotismo sacerdotal ». El 16 de brumario por la noche fueron acompañados por los diputados Cloots, Leonardo Bourdon y el judío Pereira a casa del obispo de París, Gobel, y le despertaron, expresándole que debía sacrificarse por el bien público cesando en sus funciones y determinando a su clerecía para que cerrase las iglesias. Gobel consultó a su Consejo Episcopal, que decidió someterse por 14 votos contra 3, y al día siguiente, 17 de brumario, fué a declarar, primero al departamento de París y después a la Convención, que sus vicarios y él renunciaban a ejercer las funciones del culto católico. Dejó sobre la mesa su cruz y su anillo pastoral, y después se encasquetó un gorro frigio en medio de grandes aplausos. En el acto, numerosos diputados que eran obispos o sacerdotes le imitaron, y su ejemplo fué seguido en toda Francia. Tres días después, el 20 de brumario, el Ayuntamiento de París celebró en Nuestra Señora, convertida en templo de la Razón, una gran fiesta cívica en la que figuró una artista vestida con el traje tricolor, en símbolo de la Libertad. La Convención, invitada por el Ayuntamiento, asistió corporativamente. Se había desencadenado la desercristianización. Las iglesias, despojadas, se cerraron a miles y se convirtieron en templos republicanos.

El Comité de Salud pública, que se debatía entre la miseria, que tenía que aplicar leyes de tan difícil ejecución como la del máximo y las requisiciones, que tenía que asegurar a toda costa el orden público, se asustó de un movimiento tan grave y súbito que podía reanimar la guerra civil y que provocó, en efecto numerosos tumultos; un movimiento cuyos autores irresponsables eran extranjeros, súbditos enemigos, como Prolí y Cloots, ya sospechosos para el Comité.

La misma noche del 17 de brumario, habiendo ido Cloots al Comité de Salud pública después de la abdi-

cación de Gobel, Robespierre le dirigió los más vivos reproches : « Nos habéis dicho últimamente — le dijo — que era preciso entrar en los Países Bajos, darles la independencia y tratar a sus habitantes como hermanos... ¿ Por qué pretendéis, pues, indisponernos con los belgas, chocando con prejuicios que tienen fuertemente arraigados ? — ¡ Oh ! ¡ Oh ! — respondió Cloots — el mal ya está hecho. Se nos ha tratado mil veces de impíos. — Si — respondió Robespierre —, pero no había ningún hecho concreto. » Cloots se puso pálido, no encontró nada que contestar y salió. Dos días después se hizo designar presidente de los Jacobinos.

Robespierre quedó convencido de que la Revolución religiosa, que no podía aprovechar más que a los coligados, había sido el resultado de una intriga de sus agentes, como todas las medidas extremas e impolíticas que la demagogia había impuesto a la Convención, tales como la creación del ejército revolucionario y el máximo. En su gran discurso del 27 de brumario demostró ampliamente que la mano de Pitt intervenía en los disturbios interiores a partir de 1789 e insinuó con claridad que los que abatían los altares podían ser muy bien contrarrevolucionarios disfrazados de demagogos.

Si la Convención, en su conjunto, era pura, había en sus filas hombres venales y bribones. Ya el 14 de septiembre hubo que arrojar del Comité de Seguridad general a los diputados Chabot, Julien de Toulouse, Basire y Osselin, que la murmuración pública acusaba de proteger a los abastecedores, los aristócratas y los banqueros sospechosos. Una pesquisa hecha en casa de Julien de Toulouse, el 18 de septiembre, confirmó las sospechas. Chabot tuvo tanto miedo que quemó numerosos papeles en su chimenea.

Los Comités ponían el ojo en los abastecedores y los que los protegían. A partir del 20 de julio, el infor-

mador del Comité de Salud pública y del Comité de mercados. Dornier, había denunciado el escándalo consentido por el exministro Servan al contratista D'Espagnac, que encontraba medios de percibir en numerario 5 443 503 libras mensuales por un servicio en el que sólo podía gastar 1 502 050 libras en asignados desvalorizados en un 50 %. No obstante la protección de Delacroix, Chabot y Julien De Toulouse, fué preso D'Espagnac. El 29 de julio hizo Villetard un aplastante informe contra Servan, que a su vez fué destituido y arrestado. Bien pronto apareció en septiembre el asunto del diputado Robert. Este amigo de Danton, antiguo periodista, tenía en su bodega toneles de ron con los que comerciaba. A pretexto de que el ron no era un aguardiente, no hizo declaración de ese artículo, como exigía la ley sobre acaparamientos. Tuvo un conflicto con la sección de Marat, que lo denunció a la Convención. Después de violentos debates en los que salió condenado moralmente, no pudo escapar al castigo más que entregando el ron a su sección. Después se produjo el asunto del diputado Perrin de l'Aube, que había comerciado en telas con el ejército por más de 5 millones y al mismo tiempo era miembro del Comité de esos géneros, o sea que estaba encargado de vigilar sus propios intereses. Denunciado por Charlier y Cambon el 23 de septiembre, Perrin confesó los hechos, fué conducido ante el Tribunal revolucionario y condenado a 12 años de presidio.

De todos esos escándalos el más grave fué el de la Compañía de Indias, que estalló en el mismo instante en que los extranjeros desencadenaban la descristianización. Por la calidad de los personajes comprometidos y por la emoción que provocó, tuvo más importancia que un simple negocio sucio. Produjo considerables consecuencias políticas, constituyendo la raíz de las disensiones de la Montaña y dió al complot extranjero, sos-

pechado por el Comité de Salud pública, consistencia y realidad. Acentuó la lucha partidista, presentando el espectro de la patria traicionada y vendida.

Durante los grandes peligros de los meses de julio y agosto de 1793, cuando reinaba el hambre, cuando los cambios bajaban en enormes proporciones, los diputados venales ya citados concibieron la idea — a fin de popularizarse con facilidad y enriquecerse — de denunciar a las Compañías financieras cuyas acciones tenían prima en la Bolsa sobre los efectos públicos. Delaunay d'Angers, sostenido por Delacroix, denunció los fraudes imaginados por esas Compañías para escapar a los impuestos. Fabre d'Englantine las acusó de llevar a países enemigos el dinero francés y envilecer los asignados convirtiéndolos en valores reales que pasaban la frontera. Julien de Toulouse insistió. Acusó a la Compañía de Indias de haber adelantado dinero al difunto tirano. Las cajas y papeles de la Compañía de Indias fueron sellados. Fabre amenazó a las Compañías aseguradoras de vida e incendios, a las del Agua, a la Caja de Descuento, y un decreto votado el 24 de agosto suprimió las Compañías por acciones. La Caja de Descuento fué sellada.

Delaunay y sus cómplices: Chabot, Basire, Julien de Toulouse y Fabre d'Englantine, en tanto que asustaban a las sociedades financieras, jugaban a la baja de sus acciones mediante los fondos que les proporcionaba d'Espagnac.

Ninguno tenía la suficiente competencia en finanzas para escribir los discursos que pronunciaban en la tribuna. Delaunay, Chabot, Basire y Julien de Toulouse no eran más que las pantallas de un aventurero muy versado en los negocios, el célebre barón de Batz.

Este segundón de Gascuña, que parece ser que se procuró falsos pergaminos para entrar en el Ejército antes de 1789, se hizo muy rico mediante felices especulaciones. Poseía la mayor parte de las

acciones de la Compañía de Aguas de París y de la Compañía de seguros de vida que los hermanos Perier habían fundado algunos años antes de la Revolución. Hacía vida de gran señor y tenía por amantes a las actrices más en boga. Elegido diputado de la Constituyente, sus conocimientos financieros le designaron para miembro del Comité de liquidación, del que fué presidente. Retardó todo lo que pudo la liquidación de las pensiones del antiguo régimen, porque era realista. Se hizo sospechoso de consentir a la Corte secretos anticipos. Cuando se declaró la guerra, emigró y sirvió un momento en el ejército de los príncipes como ayudante de campo del príncipe de Nassau-Siegen. Pero al día siguiente del 20 de junio, regresó a Francia para ofrecer al rey sus servicios. Luis XVI escribió en su libro de notas: «Regreso y perfecta conducta de Mr. de Batz, a quien vuelvo a deber 512 000 libras». Cosa curiosa y que provoca la reflexión: por muy realista que fuese Batz, tenía toda la confianza del ministro girondino Clavière, que le protegió en varias ocasiones. Al ocurrir el 10 de agosto pasó a Inglaterra, volvió a Francia a comienzos de enero de 1793 y, en unión del marqués de Guiche, intentó libertar al rey, el mismo 21 de enero. Con increíble audacia atravesó la calzada del bulevar en el momento en que pasaba el carruaje que conducía al cadalso a Luis XVI, gritando: ¡Viva el rey! Y consiguió escapar a todas las pesquisas. El procurador general síndico del departamento de París, Lullier, le era adicto y, además, se había procurado protectores en la policía y el Ayuntamiento. En el mes de mayo de 1793, Clavière, que aun era ministro de Contribuciones públicas, le facilitó un certificado de civismo... Tenía entonces como confidente y secretario, a un antiguo agente de Danton, Benoist, compatriota y amigo íntimo de Delaunay d'Angers. Ese Benoist había estado encargado por Dumouriez de misiones secretas en Alemania, cerca de Brunswick, en vísperas de la declaración de guerra, y luego por Danton en Londres al ocurrir el 10 de agosto, y otra vez cerca de Brunswick, después de Valmy. Sirvió de intermediario entre Batz y los diputados negociantes, el ejecutor del chantaje contra las Compañías financieras y de las operaciones bursátiles que de él se derivaron. A mediados del mes de agosto, Batz dió una comida, en su casa de Charonne, a sus amigos y cómplices: Chabot, Basire, Delaunay y Julien de Toulouse, a los que se agregaron el literato Laharpe, el banquero Duroy y algunas damas, como la exmarquesa de Janson, que procuraba salvar a la reina; la señora de Beaufort, querida de Julien; la actriz Grandmaison, amante del barón, y una ciudadana de Beaucaire, querida de Laharpe. Es probable que no se ocupasen únicamente de negocios. El barón tenía poderes de los príncipes. Intentó interesar a sus cómplices convencionales para salvar a la reina y los girondinos. Chabot reveló más tarde que ofreció un millón a los que le ayudaran en la evasión de la reina y que estaba secundado por la marquesa de Janson. Por un momento la mecha estuvo a punto de arder. El 9 de septiembre, el cerrajero Zingrelet reveló, en una declaración al comisario de policía de la sección del Luxemburgo, que encontrándose la víspera en la casa

del marqués de Guiche, donde fué a ver a un criado amigo suyo, oyó que Guiche decía a Batz: «Amigo Batz, si no se sostiene a la federación de los departamentos, Francia está perdida; la Montaña y los descamisados nos degollarán a todos.» Entonces Batz respondió: «Sacrificaré hasta mi última moneda. Es preciso salvar a cualquier precio a Guadet, Brissot, Vergniaud y todos nuestros amigos. Muchos departamentos están dispuestos a sostenernos; mi plan hará desaparecer a la Montaña y esos pícaros de descamisados.» Y la señora Fontanges dijo: «Si Batz realiza nuestros proyectos habremos salvado a Francia.» Ante esta denuncia, se hizo un registro por fórmula en casa de Batz, en Charonne, y claro es que no se encontró nada. Batz salió del asunto con un simple cambio de domicilio. Sólo se detuvo a unos cuantos comparsas. En cuanto al barón, continuó viendo asiduamente a los diputados sus cómplices. El mismo Chabot dice que recibió su visita el 19 de Brumario.

Digamos que el asunto de agiotaje se complicaba con una intriga monárquica. Después de trabajar durante dos meses la Compañía de Indias, Delaunay presentó el 8 de octubre un decreto que reglamentaba su liquidación. El decreto estaba redactado de tal forma, que permitía a la Compañía eludir el pago del impuesto del cuarto de sus dividendos, lo mismo que las multas en que había incurrido por sus anteriores fraudes. Además, el decreto autorizaba a la Compañía a liquidarse por sí misma bajo la simple vigilancia de unos comisarios nombrados por el ministro de Contribuciones públicas. Fabre d'Eglantine, que hasta entonces había combatido a la Compañía con vigor, se asombró de las consideraciones del informador Delaunay, e hizo votar una enmienda que estipulaba que la liquidación sería hecha por los agentes del Estado y no por la misma Compañía. El texto definitivo del decreto fué devuelto a la Comisión para ser redactado de nuevo. Veintidós días después, Fabre d'Eglantine y Delaunay remitían a Luis du Bas-Rhin, secretario de la Asamblea, un texto definitivo que apareció en el *Bulletin* sin que nadie observase de momento que había experimentado dos graves alteraciones en provecho de la Compañía. En formal contradicción con la enmienda de Fabre

d'Eglantine, la liquidación sería hecha por la Compañía. Además, sólo tendría que pagar las multas correspondientes a los fraudes en que no pudiera probar su buena fe.

¿Por qué Fabre había dado media vuelta? Fabre tenía muy mala reputación. Había obtenido del rey, en 1789, una salvaguardia para escapar a sus acreedores. En el momento de la invasión, en 1792, cuando era secretario de Danton en el ministerio de Justicia, realizó con el ministro de la Guerra, Servan, un contrato de zapatos cuya ejecución motivó serios reproches de su sucesor Pache. Tenía queridas y suntuosos trenes. Frecuentaba los banqueros de todas las nacionalidades. Para explicar su firma debajo del falso decreto no encontró, más tarde, en el momento de su proceso, más que el ridículo argumento de que ¡había firmado sin leer!

Resulta por las confesiones de Chabot y las piezas del sumario, que Delaunay y sus asociados, Chabot, Basire y Julien de Toulouse, habían obtenido de la Compañía de Indias una suma de 500 000 libras como precio del decreto que le confiaba su propia liquidación y que frustraba al fisco de las formidables multas e impuestos que hubiera tenido que pagar. Al comienzo, Fabre d'Englantine no formaba parte de la banda. No asistió a la comida del mes de agosto en casa del barón de Batz, en Charonne. Chabot dice que especulaba aparte y Proli agrega que su consejero era un banquero de origen lionés llamado Levrat. Si tomó primeramente partido contra el decreto presentado por Delaunay, nadie duda de que se vió obligado a entrar en componendas con él. Si por fin dió su firma, es porque Delaunay consintió en entregarle una parte de las 500 000 libras.

Fabre era un hombre hábil que poseía más de un recurso. Veía que Hébert y los jacobinos denunciaban con aspereza a los bribones de la Convención. Su mismo amigo Danton era atacado. Se dijo que los hebertistas que le molestaban eran vulnerables, puesto que contaban en sus filas con sospechosos súbditos extranjeros. Fabre, secundado por sus amigos del departa-

mento de París, Dufourny y Lullier, tomó atrevidamente la ofensiva contra esa vanguardia hebertista formada por extranjeros. Dufourny lanzó, a fines de septiembre, un decreto de prisión contra Prolí y su íntimo Desfieux, que no fueron libertados hasta el 12 de octubre, gracias a la intervención de Collot d'Herbois y Héroult de Séchelles. Para desviar las sospechas, Fabre secundaba con todas sus fuerzas al Comité de Salud pública en su lucha contra los súbditos enemigos. En tanto que Chabot y Delaunay d'Angers se esforzaban en impedir el secuestro de sus bienes, él insistía sobre Robespierre, que juzgaba la medida indispensable y acabó por obtenerla el 10 de octubre. ¿Cómo después de esto sospechar que Fabre se entendía con los banqueros, cuando procuraba que fuesen sellados sus papeles y cajas? Al mismo tiempo que negociaba con Delaunay el abandono de su oposición al decreto de liquidación de la Compañía de Indias, tramaba una audaz maniobra que debía asegurarle la confianza de los gobernantes y que al principio tuvo completo éxito. Hacia el 12 de octubre solicitó ser oído por una decena de miembros de los dos Comités del Gobierno especialmente escogidos: Robespierre, Saint-Just, Lebas, Panis, Vadier, Amar, David, Moyse-Bayle y Guffoy, y les denunció un gran complot contra la República, constituido por los revolucionarios a ultranza, que no eran, a fin de cuentas, más que agentes del enemigo. Designó a Prolí y sus amigos Desfieux, Pereira y Dubuisson, que sorprendían — según él — los secretos del Gobierno y que eran inseparables de los banqueros más peligrosos, como Walckiers, Simon y De Monts, todos de Bruselas, y agentes del emperador, como Grenus, de Ginebra, y Greffuelhe. Mostró a Prolí y Desfieux como inspiradores de periódicos « que tenían un aire de ser patriotas, pero que para unos ojos expertos no tenían nada de eso, como, por ejemplo, *Le Batave* ». Después

la emprendió contra los protectores de los agentes extranjeros que había denunciado; Julien de Toulouse, Chabot y, por último, Hérault de Séchelles. Los dos primeros no eran más que instrumentos en manos de Desfieux y Proli, que habían llevado a Chabot a casa del banquero Simon, de Bruselas, y de sus mujeres. Habían casado a Chabot « con la hermana de un cierto Junius Frey, que no se llamaba de ese modo, sino más bien el barón de Schoenfeld, austriaco y con parientes en el mando del ejército prusiano ». ¿Qué era aquella dote de 200 000 libras, confesada por Chabot, sino el precio de su corrupción ?

Según Fabre, Hérault de Séchelles no era, igualmente, más que un instrumento entre las manos de Proli, que sabía por él cuanto pasaba en el Comité de Salud pública. Hérault de Séchelles empleaba para misiones en países extranjeros un puñado de hombres sospechosos, como Pereira, Dubuisson, Coindre y Lafaye. Insinuó que incluso podría formar parte él mismo del complot extranjero. Cosa significativa y curiosa, en la cual no repararon los miembros de los Comités, es que mientras Fabre denunciaba tan duramente a Chabot y Julien de Toulouse, no decía una palabra de Delaunay d'Angers, que era su amigo y cómplice. Éste acababa de entregarle su parte de las 500 000 libras de la Compañía de Indias.

Los miembros de los Comités estaban muy dispuestos a recibir las confidencias de Fabre d'Eglantine.

* Hay facciones en la República — había dicho Saint-Just en el gran discurso del 10 de octubre, en que había pedido el secuestro de los bienes de los ingleses —: facción de sus enemigos exteriores, facción de los ladrones que no la sirven más que para mamar en sus ubres, pero que la arrastran a su pérdida por consunción. Hay también hombres impacientes por llegar a los empleos, para que se hable de ellos y aprovecharse de la guerra. » Y en la misma sesión, respondiendo a Chabot, que se había pronunciado contra el secuestro, agregó Robespierre. « Desde el comienzo de la Revolución, se debe observar que existen en Francia dos facciones bien distintas: la

facción angloprusiana y la facción austríaca, ambas reunidas contra la República, pero divididas por sus intereses particulares. Ya habéis dado un gran golpe a la facción angloprusiana; pero la otra no está muerta y es preciso aniquilarla.» La facción angloprusiana era la de Brissot, que había tenido la veleidad de pretender que el trono de Francia fuera ocupado por el duque de York o el duque de Brunswick. La facción austríaca — que era preciso aplastar, a su vez — era la de Proli, Guzmán, Simon y Frey, protegidos por Chabot. Y Robespierre precisaba su pensamiento: «Desconfío indistintamente de todos esos extranjeros cuyo rostro está cubierto con la máscara del patriotismo y que se esfuerzan en parecer más republicanos y enérgicos que nosotros. Son agentes de las potencias extranjeras; porque sé bien que nuestros enemigos no han dejado de pensar: es preciso que nuestros emisarios afecten el más cálido y exagerado patriotismo, a fin de poder insinuarse más fácilmente en los Comités y asambleas. Son ellos quienes siembran la discordia, giran alrededor de los más estimables ciudadanos y aun los más incorruptibles legisladores; emplean el veneno del moderantismo y el arte de la exageración, para sugerir ideas más o menos favorables a sus secretos puntos de vista...»

Fabre d'Eglantine sabía que encontraría complacientes oídos cuando fuera a revelar a Robespierre, Saint-Just y ocho de sus colegas del Comité de Seguridad general el complot extranjero. Quedaron tan convencidos de que decía la verdad, que se apresuraron a detener el mismo día y los siguientes a muchos jefes hebertistas o agentes de Hérault de Séchelles que les parecieran sospechosos por la misma exageración de su patriotismo. En ese número figuraban Luis Comte, antiguo agente del Comité de Salud pública, que había denunciado a Danton como sospechoso de inteligencias con los federalistas y monárquicos del Calvados; Mailard, que dirigía desde el 10 de agosto una policía secreta extraordinaria y del que sin duda temía Fabre d'Eglantine la vigilancia; el agitador Rutledge, de origen inglés, que había desempeñado un papel importante en el club de los Franciscanos y que conocía el pasado de Fabre d'Englantine, a quien denunció en otro tiempo como amigo de Necker y Delessart; el banquero holandés Van der Yver, que fué banquero de la Dubarry y era amigo de Anacarsis Cloots. Todos

ellos fueron arrestados el 11 y 12 de octubre ante las denuncias de Fabre.

Robespierre escribía en su carnet: «Destitución de Hesse, en Orleans». Y el expríncipe alemán Carlos de Hesse, que había dado, sin embargo, tales pruebas de entusiasmo por la Revolución que se le llamaba el general Marat, fué relevado de su mando el 13 de octubre.

En ese momento el complot extranjero está en el orden del día de las preocupaciones gubernamentales.

Robespierre no tenía ya confianza en Héault de Sécheltes, que había sido de diversos partidos y últimamente hebertista. Conocía el elegante escepticismo de ese exrico libertino, encanallado luego en aullar con los demagogos. Héault no sólo había cometido la imprudencia de admitir a Prouli en su intimidad, alojarle en su casa y tomarle como secretario. Había traído de su misión en Saboya a la morena Adela de Bellegarde, mujer de un coronel que servía en el ejército del rey de Cerdeña. Favorecía la política de guerra a ultranza, tan grata a Anacarsis Cloots. Robespierre y sus colegas del Comité de Salud pública quedaron convencidos de que su celo era sospechoso. Robespierre escribió en su carnet: «Infame violación de los secretos del Comité, sea por parte de los empleados o de otras personas... Hay que arrojar, sobre todo, al traidor que anide en el seno.» Héault de Sécheltes fué alejado de las deliberaciones del Gobierno por una orden firmada por Carnot, que le confirió una misión en el Alto Rin. Cuando llegó a Belfort, el 14 de brumario, Héault quiso entrar en relación con sus colegas Saint-Just y Lebas que acababan de ser enviados a Estrasburgo en misión extraordinaria. Lebas escribió a Robespierre el 15 de brumario: «Héault acaba de comunicarnos que ha sido enviado al departamento del Alto Rin. Nos propone una correspondencia. Nuestra sorpresa es extraordinaria...» Saint-Just agrega en la misma carta: «La confianza no tiene ningún valor cuando hay que compartirla con hombres corrompidos.» Héault no debía volver a sentarse en el Comité de Salud pública. La denuncia de Fabre d'Englantine lo había muerto en el espíritu de sus colegas.

Menos dichosos que Fabre d'Englantine, sus cómplices en la falsificación del decreto de liquidación de la Compañía de Indias, Basire, Chabot y Julien de Toulouse, eran atacados casi diariamente en los Jacobinos y en la Prensa, especialmente Chabot, que se destacaba por su matrimonio con una austríaca. El ca-

puchino vivía en continua angustia. El 14 de octubre (23 del primer mes) el Comité de Seguridad general le hizo sufrir un largo interrogatorio sobre la denuncia hecha contra él por un empleado de la empresa D'Espagnac, un tal Rocin, que le acusaba de haber favorecido en detrimento suyo las bribonadas de aquel abastecedor ya detenido. También fué interrogado sobre la quema de sus papeles, la libertad de los realistas Dillon y Castellane, que había ordenado cuando aun se sentaba en el Comité de Seguridad general, sus relaciones con los agentes de cambio y el aumento de su fortuna. Chabot se vió al borde del abismo. Comprendiendo que el Gobierno le era irremediabilmente hostil, se esforzó en crear un partido en la Convención, denunciando las tendencias dictatoriales e inquisitoriales de los dos Comités de Salud pública y Seguridad general. Obtuvo primeramente algunos éxitos.

El 17 de brumario, el mismo día de la abdicación de Gobel, Amar, en nombre del Comité de Seguridad general, pidió a la Asamblea la detención del diputado Lecointe-Puyraveau, quien por una carta anónima dirigida a él e interceptada por la sección de la Halle au Blé, era sospechoso de inteligencias con los vandeanos. Basire, el amigo de Chabot, tomó la defensa del acusado, haciendo ver hábilmente que si se enviaba a un diputado al Tribunal revolucionario por una tal frágil prueba, no habría en adelante un solo convencional que pudiera considerarse en seguridad. La Asamblea rehusó el voto que le pedía Amar.

Dos días después, Dubarran, en nombre del Comité de Seguridad general, pidió que fuese acusado el diputado Osselin, sobre el que pesaban cargos abrumadores. No obstante haber redactado la ley contra los emigrados, Osselin había evitado la aplicación de dicha ley a una emigrada, la marquesa de Charry, de la que hizo su querida. Había facilitado su fianza personal

en el tiempo en que aun era miembro del Comité de Seguridad general; después le había procurado un asilo, primero en casa de Danton y luego en la de su hermano, que era un sacerdote casado que vivía en los alrededores de Versalles. Los hechos eran tan patentes y tan mala la reputación de Osselin, que esta vez la acusación fué votada.

Pero al día siguiente, Chabot, Basire, Thuriot y todos los que eran amigos de Osselin y se sentían tan culpables como él, recobraron el valor. Philippeaux, apoyado por Romme, había propuesto que la Asamblea obligase a todos sus miembros a dar a conocer el estado de sus fortunas antes de la Revolución.

Basire combatió la proposición como «muy propia para favorecer los proyectos de los aristócratas y dividir a los patriotas». «Los patriotas — dijo — no deben ser molestados con persecuciones judiciales... No hay uno solo que no se regocije de ver subir al cadalso a los que han comenzado la Revolución, a los primeros que han hecho los cimientos de la libertad.» Se pronunció contra «el sistema de terror» que amenazaba a los patriotas. Después de una intervención de Thuriot, la moción de Philippeaux fué desechada.

Enardecido por ese primer éxito, que desembarazaba a los diputados venales de una investigación sobre sus fortunas, Chabot intentó más. Volvió a ocuparse de la acusación de Osselin, votada la víspera, y pidió que ningún diputado pudiera ir al tribunal revolucionario sin ser oído previamente por la Asamblea. En términos más vehementes y claros que Basire, hizo el proceso de la tiranía que los Comités ejercían sobre los diputados. «¡La muerte no me espanta; si mi cabeza es necesaria para la salvación de la República, que caiga! Pero lo que me importa es que triunfe la libertad, que el terror no devaste todos los departamentos; lo que me importa es que la Convención discuta y no decrete sencillamente por un informe; lo que me importa es que no haya siempre una unanimidad en los decretos. Porque si no hay una derecha, formaré una yo solo aunque me cueste la cabeza, para que haya una oposición y no se diga que hacemos decretos de confianza y sin discutirlos.» Thuriot no se limitó a apoyar a Chabot. Atacó, sin nombrarlos, a Hébert y sus partidarios, a los que predicaban «máximas que

tienden a aniquilar el genio y todo lo referente al comercio y la industria » a esos hombres « que quieren bañarse en la sangre de sus semejantes ». Después de un vivo debate, la proposición de Chabot fué votada.

De ese modo, los bribones de la Convención esperaban escapar de la vigilancia de los Comités, que no se atreverían a detener a ninguno de ellos si cada vez era preciso afrontar un debate público y contradictorio ante una Asamblea que ya les manifestaba su desconfianza.

Pero no habían contado con los jacobinos, que al día siguiente protestaron con vehemencia por boca de Dufourny, Montaut, Renaudin y el mismo Hébert, contra un voto que iba a asegurar la impunidad de los bribones y excitar la audacia de los contrarrevolucionarios. Chabot, Basire y Thuriot fueron objeto de violentos ataques. Hébert decidió que fueran sometidos a una Comisión investigadora nombrada por los jacobinos.

Cuando Dubarran y Barère pidieron a la Convención, el 21 y 22 de brumario, que Osselin no fuese oído y se aplicase el decreto votado el 20 de brumario, ya no encontraron más contradictores. Thuriot, Chabot y Basire se retractaron plenamente. Luego Thuriot fué expulsado de los jacobinos al siguiente día, 23 de brumario.

Chabot, pálido de miedo, temió — él mismo lo ha confesado — que se realizara en su casa una pesquisa. Un paquete de asignados de 100 000 libras que le había remitido Benoist, procedente de las 500 000 libras de la Compañía de Indias, le estorbaba mucho. ¡ Sería preciso explicar su procedencia! Entonces Chabot adoptó un partido desesperado. Para salvarse imitó, pero torpemente, a Fabre d'Eglantine y corrió a denunciar a sus cómplices, primeramente a Robespierre y después al Comité de Seguridad general. Refirió que

el barón de Batz y su agente Benoist habían sobornado a Delaunay y Julien de Toulouse para obligar a la Compañía de Indias; que éstos le habían remitido a él, Chabot, 100 000 libras para que comprase a Fabre d'Eglantine, pero que no había hecho nada en ese sentido; que el barón de Batz subvencionaba también a los hebertistas para denunciar a los diputados que trataba de corromper. Insinuó que Hébert, Dufourny y Lullier, sus propios acusadores, eran agentes de Batz. Éste — según él — no procuraba únicamente enriquecerse. Quería derribar a la República deshonorando a los diputados que de antemano había corrompido. Su conspiración tenía dos ramas: una rama corruptora, representada por Delaunay, Benoist y Julien de Toulouse, y una rama difamadora, representada por los hebertistas. Batz había intentado salvar a la reina y los girondinos. Si Chabot había parecido acoger sus proposiciones, era para conocer mejor sus proyectos y denunciarlos seguidamente. ¡Había expuesto su reputación para salvar a la República! Basire, a su vez, confirmó el relato de Chabot en lo concerniente al chantaje realizado por Delaunay y Julien de Toulouse sobre la Compañía de Indias, bajo la inspiración del barón de Batz. Se refirió a Danton en diversas ocasiones, repitiendo que Delaunay contaba con su apoyo. Pero Basire se abstuvo de denunciar a los hebertistas. Chabot había acusado a Hébert de haber trasladado a María Antonieta al Temple, a petición de la exduquesa de Rochecouart. Había hecho notar que todas las medidas revolucionarias exigidas por los hebertistas y obtenidas por ellos, como el máximo, eran un medio de hastiar al pueblo de la Revolución y empujarle a la rebeldía. Basire se limitó al asunto de agiotaje.

Los miembros de los Comités quedaron convencidos de que había un gran fondo de verdad en los relatos de Basire y Chabot. Pero tampoco dudaron de

que los dos denunciantes, que ya venían siendo vigilados, fueran tan culpables como sus colegas Delaunay y Julien de Toulouse y ordenaron la prisión de los cuatro. Agregaron a la orden de detención la de los banqueros Batz, Benoist, Simon, Duroy y Boyd, y el famoso Proli con su adlátere Dubuisson. Delaunay fué encerrado en el Luxemburgo al mismo tiempo que Chabot y Basire. Julien consiguió escapar a las pesquisas y encontró un asilo en la misma sede del Comité de Seguridad general, en casa de un empleado de ese Comité — lo que arroja una luz extraña sobre el modo de estar servido el Gobierno revolucionario por sus más directos agentes —. Boyd ya se había fugado. Batz consiguió despistar a la policía, según su costumbre, y marchó hacia el Mediodía de Francia. Simon, que se hallaba en Dunkerque, partió para Hamburgo. En su lugar fué detenido Saint-Simon, el famoso y futuro teorizante socialista, que especulaba con los bienes nacionales en unión de su amigo el conde de Redern, súbdito prusiano. No pudo encontrarse a Benoist, y Proli se mantuvo oculto en los alrededores de París, no siendo descubierto hasta más tarde.

Es curioso que los dos Comités, contrariamente a lo que esperaban Chabot y Basire, no inquietaran ni a Hébert, Dufourny y Lullier, ni al inspirador y amigo de los dos últimos, Fabre d'Eglantine. Al contrario, quedaron convencidos de que Fabre — quien, sin embargo, había firmado el falso decreto con Delaunay — era del todo inocente. Y su convicción se fundaba menos en el examen de los documentos, que sólo miraron distraidamente, que en la denuncia formulada un mes antes por Fabre contra Chabot, Hérault de Séchelles y los banqueros y agentes del extranjero. Creyeron ingenuamente que ese justiciero había sido un profeta, y en las revelaciones de Chabot y Basire sólo vieron una confirmación de sus sospechas. En su candor, con-

fiaron a Fabre el cuidado de instruir, en unión de Amar, el sumario del asunto en que se hallaba tan directamente complicado. En cuanto a Danton, puesto en tela de juicio especialmente por Basire, no quisieron inquietarle. Al contrario, rogaron a Basire que suprimiera lo que le concernía al ratificarse en su denuncia.

Menos les preocupó el lado financiero del asunto, que descuidaron, que su aspecto político y patriótico. Creyeron verdaderamente en la realidad del complot extranjero. Billaud-Varenne, en su discurso del 28 de brumario en la Convención, puso en guardia contra « la mal entendida exaltación », o « el celo astutamente exagerado » de los que sembraban la calumnia y la sospecha, mientras recibían el oro de Pitt para dividir y difamar a los patriotas.

Por un momento, Hébert y sus amigos no pensaron defender a los Proli, Desfieux y Dubuisson, que el infame Chabot había denunciado como agentes de Pitt. Hébert temblaba por sí mismo, y Collot d'Herbois, en misión en Lyon, no estaba allí para defender a sus amigos y protegerles contra los ataques de Chabot. Cloots, que se había callado cuando detuvieron a su amigo el banquero Van den Yver, no rompió el silencio. Nadie dudó de la realidad del complot. El 1.º de frimario, Hébert agradeció aduladoramente a Robespierre y los jacobinos el haberle protegido contra las denuncias. Hizo más : se retractó de sus precedentes ataques contra Danton y disfrazó su retirada solicitando, imperiosamente, que los cómplices de Brissot que aun vivían, y con ellos madame Isabel, fueran entregados a Fouquier-Tinville. Tras él, Momoro desmintió que los Capuchinos hubieran pensado agitarse, insurreccionándose en favor de Proli y Dubuisson. Y lo mismo que Hébert, Momoro terminó arremetiendo contra los sacerdotes : « En tanto quede uno de esos hombres, antes tan mentirosos, que no haya abjurado

solemnemente de sus imposturas, será preciso temblar siempre mientras quede un solo sacerdote, porque ahora, cambiando de táctica, para sostenerse, quieren comprometer al pueblo a seguirles en sus farsas. Será preciso castigarlos y cesará todo el mal.» Hébert y Momoro regalaban la partida a Robespierre. Éste rechazó desdeñosamente su política de violencias: «¿Será verdad que nuestros más peligrosos enemigos sean los impuros restos de la raza de los tiranos?... ¿A quién se podrá persuadir de que el castigo de la despreciable hermana de Capeto impondrá más a nuestros enemigos que la del mismo Capeto y su despreciable compañera? ¡Luego nada de nuevas guillotinas inútiles!»—respondió Robespierre a Hébert—. Y en seguida replicó a Momoro, por su requisitoria antirreligiosa: «¡Teméis mucho a los sacerdotes! Más temen ellos los progresos de la luz. ¡Tenéis miedo de los clérigos! Y ellos se apresuran en abdicar sus títulos para cambiarlos por los de municipales, administradores e incluso presidentes de sociedades populares. Creed solamente en su amor a la patria, bajo la fe de su súbita abjuración, y estarán contentos de vosotros... No veo más que un medio de despertar el fanatismo, y es la afectación de creer en su fuerza. El fanatismo es un animal feroz y caprichoso; huye ante la razón; ¡perseguidle con grandes voces y volverá sobre sus pasos!» Y con valor, Robespierre arremetió contra los descristianizadores, atravesándose en sus cálculos demagógicos. No quería que con pretexto de abatir el fanatismo se levantase un fanatismo nuevo. Desaprobaba las mascaradas anticlericales. Hacía ver los grandes peligros de la revolución religiosa y afirmaba que la Convención haría respetar la libertad de cultos. Demostraba que la descristianización era un golpe astutamente combinado por «los cobardes emisarios de los tiranos extranjeros», que querían incendiar a Francia y hacerla odiosa

a todos los pueblos. Nombró, en apasionada filípica, a los que creía culpables : Proli, Dubuisson, Desfieux, Pereira, y los hizo excluir del club sin que Cloots, que presidía, abriese la boca para defenderlos.

El efecto de su discurso fué inmenso. Hacia diez días que la descristianización se realizaba sin obstáculos. Entonces la Prensa dió media vuelta. La Convención encontró fuerzas para resistir a la demagogia. Y bien pronto debía confirmar expresamente, el 18 de frimario, la libertad de cultos.

Los hebertistas se postraron. La víspera aun acusaban a Chabot y Basire. Y cuando éstos se convierten en acusadores, tiemblan y se refugian bajo la égida de Robespierre, que los protege, pero humillándolos y desacreditando su política.

Como la denuncia de Chabot sucedió a la de Fabre d'Eglantine, tomó por ese hecho enorme importancia. Dominó la lucha de los partidos y exasperó los odios de todas las inquietudes patrióticas. El « Complot del extranjero » ha tomado cuerpo. Será el cáncer maligno que ha de devorar a la Montaña.

CAPÍTULO IX

Los indulgentes

Hasta la gran denuncia de Chabot y Basire, la oposición contra el Gobierno revolucionario había sido esporádica e intermitente. Carecía de forma sistemática y criticaba la aplicación de las medidas revolucionarias y no su mismo principio. Era una oposición disfrazada e indirecta, una oposición de astucias y emboscadas.

Sólo Jacobo Roux había arriesgado en su diario, hacia mediados de septiembre, una protesta franca y directa. « No se hace amar y querer un Gobierno dominando a los hombres por el Terror — escribía en el número 265... — No es trastornando, derribando, incendiando y ensangrentándolo todo, convirtiendo a Francia en una gran Bastilla, cómo nuestra Revolución realizará la conquista del mundo... Imputar a un hombre el crimen de haber nacido aristócrata es resucitar el fanatismo. Hay encarcelados más inocentes que culpables... » Jacobo Roux escribía esto desde la prisión de Santa Pelagia, donde estaba encerrado. ¿ Pero qué crédito podía obtener esa tardía prudencia de parte de un hombre que había incitado a todos los excesos, y sólo le horrorizaban desde que era una víctima de ellos ? Las protestas análogas formuladas por Leclerc no encontraron mayor eco. Sus diarios desaparecieron.

La oposición de los Indulgentes era mucho más peligrosa. Sus jefes eran oradores de talento que en su mayor parte habían participado en los asuntos públicos, ya en los Comités o en las misiones. Forzosamente debían agrupar tras ellos a todos los inquietos por el Terror, que eran legión.

Necesitaban un jefe. Desde el primer momento Chabot pensó en Danton. Al salir del Comité de Seguridad general, el 26 de brumario, fué en busca de Courtois y lo puso al corriente. Courtois se apresuró a advertir a Danton. Comprendiendo que podía ser envuelto en el sumario de la Compañía de Indias, el tribuno, cansado, se dió prisa en regresar a París, adonde llegó el 3 de brumario por la noche. Volvía lleno de odio contra los hebertistas, de quienes había sufrido furiosos ataques y lleno de aprensiones respecto al Comité de Salud pública, que había escuchado las denuncias formuladas contra él por Luis Comte. Desde hacía mucho tiempo condenaba la política del Comité. Había censurado el proceso de Custine, la destitución de los generales aristócratas y el proceso de la reina « que destruía la esperanza — decía a Duplain — de tratar con las potencias extranjeras », porque sólo veía la salvación en una paz rápida, aunque hubiera que comprarla a un precio muy elevado. Su impotencia para salvar a los girondinos le hizo llorar.

Garat cuenta que a su retorno de Arcis, Danton le hizo confidencias de su plan de acción, que califica justamente de conspiración, puesto que ese plan tendía nada menos que a la ruina del Gobierno revolucionario y un completo cambio de régimen. Se trataba, en efecto, de sembrar la división en los Comités, atraerse a Robespierre y Barère, y luego, una vez los Comités divididos y envueltos, procurar su renovación en un día, caso de ser necesario, y una vez obtenido esto inclinarse resueltamente a la derecha para hacer la paz,

abrir las prisiones, revisar la Constitución, devolver su influencia a los ricos, permitir la vuelta de los emigrados y liquidar la Revolución mediante una transacción con todos sus enemigos.

Pues las cosas pasaron exactamente como dijo Garat. Danton asumió la continuación de la política ya esbozada por Basire, Chabot, Thuriot, Fabre d'Englantine, etc., pero con más prudencia y habilidad. Para ablandar a Robespierre y atraerle a su celada, Danton se apresuró, el 2 de frimario, a condenar el empleo de la violencia contra el catolicismo, y lanzó hábilmente la idea de que había llegado el momento de poner fin al Terror: « ¡ Pido que se ahorre la sangre de los hombres ! ». Solicitó, el 6 de frimario, un rápido informe sobre la conspiración denunciada por Chabot y Basire, expresándose de tal forma que englobó en la conspiración a todos los que habían pedido leyes terroristas. Al defender a Chabot y Basire, no sólo se defendía a si mismo sino, que al mismo tiempo defendía a todos los diputados de dudosa moralidad: los Guffroy, Courtois, Reubell, Merlin de Thionville, Thuriot, Boursaut, Fréron, Barras, Tallien, Bentabole, Rovère y tantos otros. Animados, éstos clamaron contra Bouchotte, la figura de los hebertistas. Danton se atrevió, el 11 de Frimario, a combatir una medida tan popular como el cambio forzoso del numerario contra los asignados, medida preconizada por los Capuchinos y por Cambon, y que ya habían puesto en vigor varios representantes en misión. « Ahora que el federalismo está quebrantado — dijo —, las medidas revolucionarias deben ser una consecuencia necesaria de vuestras leyes positivas... Desde este momento, todo hombre que se haga ultrarrevolucionario será tan peligroso como podría serlo el más decidido contrarrevolucionario... Recordemos a aquellos comisarios que, con buena intención sin duda, han tomado las medidas que nos

relatan, y de aquí en adelante que ningún representante tome medidas más que de acuerdo con nuestros decretos revolucionarios... Recordemos que si se derriba con la piqueta, es con el compás de la razón y el genio cómo puede elevarse y consolidarse el edificio de la sociedad. » Los ricos no fueron obligados a cambiar su oro contra el papel republicano. Las órdenes contrarias de los representantes fueron revocadas. Y los poseedores respiraron libremente.

La ola de reacción era tan fuerte que el voluble Chaumette, abandonando las banderas de Hébert, se dejó arrastrar por ella. Al mismo tiempo que Danton combatía con éxito el cambio de numerario contra los asignados, él denunciaba al Ayuntamiento a los Comités revolucionarios que se entregaban — según él — a los más arbitrarios actos de toda especie y que, a veces, daban la sensación de que si detenían aristócratas era para « procurarse el derecho de atacar a los más acrisolados patriotas ». Pretendió convocar en la Casa de la Ciudad a los miembros de esos Comités para darles cuenta de su conducta e instrucciones. Pero Billaud-Varenne se conmovió con su moderado lenguaje, hizo el elogio de la ley de sospechosos, que había procurado las victorias en las fronteras poniendo en claro las traiciones, y reprochó a Chaumette que buscara popularidad « dejando para la Convención lo odioso de las medidas rigurosas ». La orden de Chaumette fué anulada (14 de frimario), y Chaumette borrado de la lista de los Capuchinos (27 de frimario).

Los Indulgentes realizaron un gran esfuerzo para apoderarse de los jacobinos. Danton, que hacía tiempo que no frecuentaba las sesiones, reapareció con asiduidad. El 13 de frimario se opuso con violencia a que la iglesia del Havre fuese puesta a disposición del club de aquella ciudad para celebrar sus sesiones. « Pido que se desconfie de aquellos que quieren llevar

al pueblo más allá de los límites de la Revolución y que proponen medidas ultrarrevolucionarias.» Un ex-sacerdote, Coupé de l'Oise, le respondió secamente «que las iglesias pertenecían al pueblo, y que éste podía disponer voluntariamente de sus bienes para reunirse en los locales que le parecieran más cómodos». Danton quiso replicar, pero fué interrumpido por violentos murmullos. No sólo tuvo que protestar de que no había tenido intención de «romper el nervio revolucionario», sino que debió realizar una apología tanto de su vida privada como de su vida política: «¿Es que no soy ya el mismo hombre que se ha encontrado al lado vuestro en los momentos de crisis? ¿No soy aquel que habéis abrazado con frecuencia como amigo vuestro y que debe morir con vosotros?» En vano quiso situarse bajo la égida del nombre de Marat; los oyentes de las tribunas silbaban y los miembros del club «sacudían la cabeza y sonreían de lástima — según dice Camilo Desmoulins — como si fuera el discurso de un hombre condenado por todos los votos». Al fin y al cabo tuvo que humillarse a solicitar una Comisión investigadora que examinase las acusaciones formuladas contra él. Sin Robespierre estaba perdido. Robespierre impidió la Comisión investigadora, aunque recalcando cuidadosamente que no siempre había estado de acuerdo con Danton y que incluso le había hecho algunos reproches, como en los casos de Dumouriez y Brissot. Robespierre quería evitar las divisiones entre los revolucionarios: «¡La causa de los patriotas es sólo una!» como la de la tiranía, en donde todos son solidarios. Su intervención era tanto más meritoria cuanto que en el punto preciso que había suscitado el debate, estaba de acuerdo con Coupé de l'Oise, hasta tal punto que el día siguiente firmó con Billaud la orden que concedía a los jacobinos del Havre la iglesia de los Capuchinos.

Los Indulgentes no habían tenido hasta entonces más que un solo diario, el *Rougyff* o el *Frank en vedette* del diputado Guffroy, que intentaba laboriosamente imitar el punzante estilo del *Père Duchesne*. Camilo Desmoulins volvió a tomar la pluma, y el 15 de frimario lanzó el *Vieux Cordelier*. También él tenía que mirar por su propia defensa. Estaba comprometido por sus deplorables relaciones con D'Espagnac, a quien ayudó en la persona de su hermano, inquietado desde la Constituyente por el escandaloso cambio del condado de Sancerre con el capitalista Dithurbide, del que había sostenido los intereses contra Brissot; con el periodista monárquico Richer de Seriey, su compañero de holgorios; con el general Arturo Dillon, preso por un complot, y con tantos otros, en fin. Camilo era sospechoso, desde hacía tiempo, a los jacobinos. Ese antiguo franciscano no era más que un franciscano envejecido. Su táctica es sencilla. La toma, sencillamente, de Chabot y Basire. Sus adversarios son agentes de Pitt. « ¡ Oh, Pitt ! ¡ Rindo homenaje a tu genio ! » Ésta es la primera palabra de su diario. Todos los que son atacados por los hebertistas pasan a ser víctimas de Pitt. Chabot había dicho : « Hay entre los hombres de la Montaña corruptores y corrompidos. » Desmoulins rectifica : no hay corruptores ni corrompidos : todos están por encima de cualquier sospecha. Son víctimas inocentes de esos hebertistas pagados por Pitt para difamar a la representación nacional. Desmoulins reivindica la completa libertad de Prensa. Sobraba que dijera que haría un uso moderado de ella, puesto que ofrecía una tribuna a los monárquicos en la mortal crisis que el país atravesaba. Su número fué leído con avidez por todos los aristócratas que estaban en París más o menos escondidos.

Los Indulgentes redoblaron en su ataque. Merlin de Thionville reclamó, el 15 de frimario, el levantamien-

to de la incomunicación a que se hallaban sometidos Basire y Chabot. No obtuvo satisfacción; pero dos días después Thuriot pretende que se busque el medio de poner en libertad a los patriotas detenidos en virtud de la ley de sospechosos. Después, el 19 de frimario, Simond, un íntimo de Chabot y de los Frey, propone a los jacobinos que las sociedades tengan el derecho de reclamar a los patriotas detenidos. De admitirse su proposición, ya no había necesidad de Comités revolucionarios. Los miembros de los clubs se convertían en sagrados. Sus tarjetas de jacobinos los colocaban al abrigo de toda investigación. Robespierre denunció la trampa: « Se os quiere detener en vuestro rápido avance, como si ya hubierais llegado al término de vuestros esfuerzos... No sabéis, pues, que en los ejércitos pulula la traición; no sabéis que con la excepción de algunos fieles generales, lo único bueno es el soldado. Por lo demás, la aristocracia es más peligrosa que nunca, porque jamás fué más pérfida. Antes atacaba en compactas filas y ahora está en medio de vosotros, en vuestro seno, y disfrazada bajo el velo del patriotismo os da, en secreto, puñaladas de las que no desconfiáis. » Los Indulgentes comprendieron que Robespierre era más difícil de envolver de lo que habían creído.

Redoblaron en sus golpes contra los hebertistas. En el número 2 de su diario, Desmoulins inició una violenta agresión contra Cloots, responsable de la descristianización, obra maestra de Pitt. « Cloots es prusiano, primo hermano de ese Proli tan denunciado. Ha trabajado en la *Gazette Universelle* (periódico monárquico) donde ha guerreado contra los patriotas... Guadet y Vergniaud, que han sido sus padrinos, le han hecho naturalizar ciudadano francés por decreto de la Asamblea legislativa... Nunca ¡ha dejado de fechar sus cartas, desde hace cinco años, en París, capital del mundo, y no es culpa suya si los reyes de Dinamarca y Suecia

guardan la neutralidad y no se indignan cuando París se llama, orgullosamente, la metrópoli de Estocolmo y Copenhague... »

Al día siguiente le tocó a Hébert el turno de sentarse en el banquillo de los acusados ante los jacobinos. Bentabole, comensal de Chabot y de los Frey, le reprochó haber puesto demasiado ardor en sus denuncias : « ¿ He de preguntarle si tiene el secreto de las conspiraciones ? ¿ He de preguntarle por qué ha dicho, hablando de un diputado, que no cambiaría a Chabot por Roland ? ¿ Por qué parece que condena a Chabot y lo considera culpable antes de que sea juzgado ? ¿ Por qué ha dirigido ataques a Laveaux por el hecho de haber hablado éste en favor de un Ser Supremo ? Yo, aunque enemigo de toda práctica supersticiosa, declaro que siempre creeré en un Ser Supremo. » Era la primera vez que alguien se atrevía a tomar la defensa de Chabot en los Jacobinos. Hébert negó, afrentosamente, que él hubiera predicado el ateísmo : « Declaro que yo incito a los campesinos a leer el Evangelio ». El incidente demuestra hasta qué punto llevaban en ese momento su audacia los Indulgentes.

Llegaron a creerse con bastante fuerza para renovar de improviso el Comité de Salud pública, cuyos poderes expiraban en la mañana siguiente al 22 de febrero. El brusco asalto había sido cuidadosamente preparado, por medio de repetidos ataques contra Bouchotte y sus agentes. Philippeaux, un simple orgulloso a quien el Comité había herido desdeñando sus denuncias contra Rossignol y Ronsin, envió, el 16 de febrero, una carta abierta al Comité de extremada violencia : « Si los hombres que protegéis — decía — no fuesen culpables (la Comisión investigadora que he reclamado), yo hubiera manifestado su inocencia. En caso de ser culpables los hubierais convertido en cómplices suyos, al asegurar su impunidad, y la sangre de 20 000 pa-

triotas degollados a consecuencia de esa arbitraria medida, grita venganza contra vosotros mismos.»

Bourdon de l'Oise pidió la renovación del Comité el 22 de frimario : « Si la mayoría tiene entera confianza en la Convención y el pueblo, hay ciertos miembros que encontraría muy de su gusto no volver a ver. » Merlin de Thionville propuso que el Comité fuese renovado en una tercera parte cada vez. No obstante la oposición de Cambacérès, la mayoría decidió que a la siguiente mañana se celebrase un escrutinio.

La misma noche, Fabre d'Eglantine hacía arrojar de los Jacobinos a Coupé de l'Oise, por la única razón de haber censurado el matrimonio de los clérigos; pero, en realidad, por haberse atrevido a enfrentarse con Danton en los días precedentes. Uno de los Indulgentes reprochaba a Cloots sus relaciones con los Van den Yver, banqueros holandeses comprometidos con la Dubarry. Robespierre aplastaba a Cloots en una terrible requisitoria, cuyo fondo y hasta los términos estaban tomados del *Vieux Cordelier* de la antevíspera. Cloots, aniquilado, no supo qué responder, y fué expulsado.

Si el Comité hubiera sido renovado, es indudable que los Indulgentes hubieran conservado en él a Robespierre, limitándose a excluir a los miembros relacionados con los hebertistas, o sea Héroult, Collot, Billaud y Saint-André, quienes, lo mismo que Cloots, habían mantenido constantes relaciones con Proli, Desfieux y Hébert. Pero la renovación fué aplazada, el 23 de frimario, por la intervención de un amigo de Saint-André, Tay de Sainte-Foy, quien demostró lo impolítico de cambiar el Comité en el momento en que la aristocracia realizaba sus últimos esfuerzos y las potencias extranjeras situaban a la Convención « entre dos aspectos igualmente peligrosos : el patriotismo exagerado y el moderantismo ».

Esto permitió a Robespierre hacer reflexiones. Si aun no había visto adonde tendía la maniobra de los Indulgentes, el número 3 del *Vieux Cordelier* debía abrirle los ojos. Esta vez Desmoulins ya no se limitaba a un ataque contra los hebertistas, sino que tras ellos procuraba herir a todo el régimen. Comenzaba con un astuto paralelo entre la monarquía y la república, en el cual, con pretexto de condenar los crímenes de los Césares romanos, censuraba los de la República. El procedimiento no era nuevo. Era el de los enciclopedistas: la disimulada alusión, la ironía pérfida. El verdadero pensamiento del autor se refugiaba en la misma negación de ese pensamiento. No quería —dice— regocijarse a los monárquicos, y puso ante los ojos, abrigándose tras de Tácito, una espantosa pintura de la República. Por otra parte, dejaba a un lado a Tácito bien pronto y designaba a los contrarrevolucionarios tan culpables como los libertos de los Césares. Por ejemplo, Montaut que pedía a la Convención 500 cabezas, que deseaba que el ejército del Rhin fuese diezmado en lucha con el ejército de Maguncia, que se proponía embastillar a la mitad del pueblo francés colocando barriles de pólvora bajo esas Bastillas. Desmoulins atacaba, directamente, en fin, a toda la institución revolucionaria: « Hoy no hay en Francia más que 1 200 000 soldados de nuestros ejércitos, los cuales no hacen, afortunadamente, leyes; porque los comisarios de la Convención hacen leyes; los departamentos, los distritos, las municipalidades, las secciones y los Comités revolucionarios hacen leyes, y hasta ¡Dios me perdone!, creo que las sociedades fraternales también. » Agredía a los Comités de la Convención como culpables de estupidez y orgullo.

Su ignorancia patriota había hecho más daño que la habilidad contrarrevolucionaria de los Lafayette y Dumouriez.

Ese audaz número 3 tuvo enorme resonancia. Era la condenación del régimen por uno de los que lo habían creado. El Terror deshecho por el que había excitado al pueblo a destruir los reverberos. ¡Qué alegría para los aristócratas y qué tristeza para los sinceros revolucionarios! Esa campaña se producía justamente en el momento en que Chabot, Basire y Delaunay eran interrogados sobre sus crímenes. ¿Cómo no creer que el Terror que los Indulgentes quieren suprimir es el Terror que temen para sí mismos, y el cadalso que quieren destruir es el cadalso que les espera?

El ataque es tan vivo, que al comienzo ceden los gobernantes. Fabre denuncia, atrevidamente, el 27 de frimario, ante la Convención, al secretario general de Bouchotte, llamado Vincent, uno de los prohombres de los franciscanos; al jefe del ejército revolucionario Ronsin, ya acusado por Philippeaux; a Maillard, encarcelado por la influencia de Fabre en el mes de brumario, pero puesto en libertad por falta de pruebas. Reprocha vagamente a Vincent, sin precisar nada, el pagar agentes para dificultar las operaciones de los representantes y distribuir subsidios a sus amigos. Contra Ronsin invoca una proclama sobre la represión de los rebeldes de Lyon, «horrible cartel que no es posible leer sin estremecerse». Sin más, la Convención ordena el arresto de los tres denunciados que ocupan, sin embargo, altos puestos. Si Vadier no hubiera defendido a Héron, su agente en el Comité de Seguridad general, hubiera corrido la misma suerte. Otros tres agentes del Comité ejecutivo, fueron arrestados sin más formas. Insólito procedimiento. La Convención hería a los más conceptuados agentes del Gobierno revolucionario, sin ninguna investigación, sin conocer la opinión de los Comités responsables que los habían elegido.

La misma noche, en los Jacobinos, los hebertistas no se atrevieron a protestar más que débilmente. La

voz de Raisson, que se levantaba en favor de Ronsin, fué ahogada por Laveaux, Dufourny y Fabre, que cayeron sobre los vencidos. Bourdon de l'Oise exclamaba alegremente el 29 de frimario, que « la facción contrarrevolucionaria de las oficinas de Guerra sería aplastada bien pronto ». Pero no había contado con Robespierre y Collot.

Habiendo defendido a Proli y Desfieux, Collot, que estaba tras de ellos, se veía directamente amenazado después del arresto de su agente Ronsin. Una diputación lionesa había salido para París con la intención de denunciar los horrores de los fusilamientos por él ordenados. Por lo tanto, se apresuró a llegar a París para prevenirse de esa denuncia. Como nota sentimental y conmovedora llevó consigo la cabeza de Chalier y ofreció, con gran pompa, esta reliquia al Ayuntamiento. Todos los patriotas ardientes de París figuraron en el cortejo el 1.º de nivoso, desde la plaza de la Bastilla hasta la Convención. Uno de ellos pidió los honores del Panteón para el mártir Chalier, cuyos restos fueron presentados a la Convención. Couthon apoyó la propuesta y aun hizo más. Propuso excluir del Panteón al general Dampierre, el amigo de Danton muerto por el enemigo, un traidor—según dijo Couthon—. Como el golpe iba directamente contra Danton, éste protestó, defendió a Dampierre y consiguió que volvieran al Comité las proposiciones de Couthon.

Entonces Collot tomó la palabra para justificarse. Invocó los decretos de la Asamblea y las órdenes del Comité. Confesó los fusilamientos, pero atenuando sus horrores, y elogió a las dos comisiones militares que habían condenado a los rebeldes. Los dantonistas no se atrevieron a responder. Fueron aprobados sus actos. Pero Fabre d'Eglantine se encarnizó contra un teniente de Ronsin, Mazuel, para el que obtuvo una orden de prisión.

La misma noche Collot avergonzó a los jacobinos por su debilidad: «Hace dos meses que os dejé y estabais ardiendo por la sed de venganza contra los infames conspiradores de la ciudad de Lyon... ¡A poco más, si tardo tres días en llegar a París, me encuentro bajo el peso de una acusación!» Se hizo solidario de Ronsin, haciendo de éste un vivo elogio, y describió la alegría de los aristócratas al saber la noticia de su prisión: «¡Vuestros colegas, vuestros amigos, vuestros hermanos, van a caer bajo el puñal!» Terminó con un ataque contra los Indulgentes. El valor es contagioso, y los hebertistas, que desde hacía un mes cedían y reculaban, dieron la cara siguiendo el ejemplo de Collot.

Momoro denunció a Goupilleau y a Nicolás Desmoulin, que rondaba desde hacía tiempo la guillotina; a Hébert, a Bourdon de l'Oise, que había sido el enemigo de Marat; a Philippeau y su odioso panfleto, y a Fabre d'Eglantine relacionado con todos los aristócratas. Los jacobinos se sintieron solidarios de Ronsin y Vincent, de quienes reclamaron la libertad.

Pero si Collot había podido restablecerse de ese modo, es porque el Comité lo había sostenido. Robespierre había evolucionado. No porque aprobase los actos de Collot en Lyon, sino al contrario. No había respondido a ninguna de las apremiantes cartas que Collot le había escrito durante su misión. Pero Robespierre, que había seguido primeramente con simpatía la campaña de los Indulgentes, satisfecho por la eliminación de los agentes de desorden y violencia, desconfió cuando los vió entregarse a una obra de rencores y venganzas personales, preparar la reacción por medio del número 3 del *Vieux Cordelier*, atacar a buenos servidores, como Héron y Bouchotte, que tenían toda su confianza, y a su colega Saint-André, del que estimaba el carácter y el talento.

Después, el 29 de frimario, el asunto confiado a Amar por la denuncia de Chabot dió un paso adelante. Amar y Jagot examinaron el original del falso decreto de liquidación de la Compañía de Indias. Pudieron comprobar que llevaba la firma de Fabre d'Eglantine y que éste había aceptado un texto que era lo contrario de su enmienda. Su asombro es tal que deciden, el 6 de nivoso, excluir a Fabre de la instrucción. Robespierre se pregunta entonces si no ha sido la víctima de Fabre, de un diestro truhán incluso más culpable que los que denunciaba, para taparse.

Robespierre no ve más que el interés de la Revolución. ¿Es el momento de abrir las prisiones a los sospechosos, para meter en ellas a los mejores patriotas, de atenuar o destruir las leyes revolucionariae cuando los vandeanos que han pasado al norte del Loire infligen derrota tras derrota a las tropas republicanas lanzadas en su persecución, cuando Wurmser, después de haber forzado las líneas de Wissemburgo, acampa en las puertas de Estrasburgo, cuando los ingleses y españoles poseen siempre el primer puerto francés del Mediterráneo? ¿Es el momento de desorganizar el Gobierno revolucionario, cuando la Comisión de subsistencias apenas si inicia su obra, cuando comienza la aplicación de la gran ley del 14 de frimario?

El 3 de nivoso, en los Jacobinos, Robespierre tomó una posición por encima de los partidos. Una concurrencia desacostumbrada llenaba la sala. Hubo quien ofreció 25 libras por ocupar un puesto en las tribunas. Los Indulgentes quisieron impedir la decisión en virtud de la cual la sociedad había tomado la defensa de Ronsin y Vincent. Sufrieron una primera derrota. Collot, de un modo trágico, anunció la muerte de un patriota lionés amigo de Chalier, Gaillard, que por desesperación se había suicidado. Tales eran las consecuencias del moderantismo. Levasseur de la Sarthe

pronunció una requisitoria contra su paisano Philippeaux, a quien calificó de frívolo y embustero. Philippeaux replicó en el mismo tono. Mantuvo todas sus acusaciones contra los generales «descamisados» que mandaban en la Vendée, acusándoles de dilapidar el tesoro, de no pensar más que en la buena vida, de ser ineptos, cobardes y traidores. La sala tomó aspecto tumultuoso. Danton, afectando imparcialidad, intervino para reclamar silencio en favor de Philippeaux: «Tal vez no hay aquí más culpable que los acontecimientos; en todo caso pido que cuantos tengan algo que hablar sobre este asunto sean escuchados.» Robespierre, después de haber reprochado a Philippeaux sus desconsiderados ataques contra el Comité de Salud pública, no quiso ver en la querrela más que rencillas personales. Comprometió a Philippeaux para que sacrificase su amor propio, y al contrario de Danton, que solicitaba una investigación — sin duda para prolongar el incidente —, Robespierre se esforzó en cortar por lo sano, haciendo un llamamiento a la unión. Y volviéndose hacia los hebertistas, como se había vuelto hacia Philippeaux, les pidió que aguardasen con calma el juicio de los Comités sobre Ronsin, Vincent y Maillard. «¿No fué Marat tranquilamente ante el tribunal revolucionario? ¿No salió triunfante? ¿Acaso Chabot, que ha prestado grandes servicios al Estado, no está detenido?»

Pero Philippeaux, rehusando la rama de olivo que le tendía Robespierre, dirigió contra el Comité un más directo ataque, y Danton insistió en su proposición de una Comisión investigadora. «Pregunto a Philippeaux — dijo Couthon — si cree en su alma y conciencia que hay traición en la guerra de la Vendée.» Philippeaux respondió: ¡Sí! «Entonces — prosiguió Couthon — yo también pido que se nombre una Comisión.» Quedaban cortados los puentes entre los Indulgentes y el Comité.

El hebertista Momoro, aprovechando la ocasión, ofreció al Comité el concurso de sus amigos, pero de un modo condicional: « Que se sostenga el patriotismo; que no sean oprimidos los patriotas, y todos los republicanos, reunidos en los Comités de Salud pública y Seguridad general, la Convención y la Montaña, defenderán la República hasta la última gota de su sangre; » Robespierre, siempre valeroso, contestó vivamente a la oculta amenaza que se desprendía de esas frases: « ¿ Querrán hacerme creer que la Convención oprime a los patriotas? ¿ Han olvidado que ya no existen los brissotinos; pero existe la Montaña, que siempre hará justicia a los republicanos? » Agregó que la Convención cumpliría con su deber hasta el fin, sin temor a las insurrecciones. Era advertir a los hebertistas que si pensaban emplear la intimidación, se equivocaban.

De este modo, Robespierre se mantenía equidistante de Philippeaux y Momoro, posición muy fuerte que le valió en el pueblo una popularidad inmensa, porque el pueblo comprendía que la salvación de la Revolución consistía en unirse. Pues justamente al siguiente día de la gran sesión del 3 de nivoso en los Jacobinos, llegó a París la noticia de la reconquista de Tolón por las tropas republicanas de Dugommier. El Comité quedó consolidado y Robespierre lo aprovechó para pronunciar el 5 de nivoso, ante la Convención, una vigorosa apología del Gobierno republicano, oportuna réplica al *Vieux Cordelier*. De la distinción fundamental entre Gobierno constitucional y Gobierno revolucionario, entre estado de guerra y estado de paz, dedujo con mucha lógica la justificación del Terror. Instalándose sobre la roca del interés público, fulminaba a los dos extremos: « El moderantismo, que es a la moderación lo que la impotencia a la castidad, y el exceso que se parece a la energía como la hidropesía a

la salud... Los barones demócratas son hermanos de los marqueses de Coblenza y, a veces, los gorros frigos están más cerca de los tacones rojos de lo que muchos piensan.» Barère denunció al día siguiente el *Vieux Cordelier*, y Billaud-Varenne hizo votar un decreto votado unos días antes a propuesta de Robespierre, para organizar un Comité de justicia que tendría por misión seleccionar los detenidos y libertar a los que hubiesen sido detenidos por error.

Desde que los vandeanos habían sido aplastados en Mans y Savenay; desde que Hoche había puesto en fuga a los austroprusianos en Geisberg y reconquistado a Landau, el Comité se afirmaba y hacía más audaz. Los Indulgentes perdían terreno cada día.

El 15 de nivoso, el descubrimiento, entre los papeles sellados de Delaunay, de la minuta del primer proyecto de decreto sobre la liquidación de la Compañía de Indias, proporcionaba la definitiva prueba de la culpabilidad de Fabre d'Englantine. El 19 de nivoso, Robespierre descubrió en los Jacobinos al bribón que le había engañado y Fabre fué detenido cuatro días después. Cuando, al siguiente día, Danton cometió la suprema imprudencia de intervenir en favor de su amigo, se atrajo la terrible réplica de Billaud-Varenne: « ¡ Desgracia para los que se han sentado al lado suyo y aun serán sus víctimas! »

No sólo los Indulgentes han fracasado en su tentativa de detener el Terror, sino que se hallan amenazados ellos mismos. Pueden verse arrastrados en el proceso de los bribones que han defendido. Al reclamar clemencia para hombres indignos, la han desacreditado.

CAPÍTULO X

De los «citra» a los «ultra»

Los Indulgentes contaban con la secreta simpatía de la mayoría de los diputados, a quienes la revolución del 2 de junio no había convertido más que en apariencia a las doctrinas de la Montaña, o sea de la Salud pública. Sin el resplandor de los servicios prestados, el Comité hubiera sido derribado más de una vez. Sólo se sostenía probando que era indispensable. Pero no podía obrar, no podía poner en marcha la enorme máquina del Gobierno revolucionario, más que con la confianza y apoyo de los jefes «descamisados», que no sólo peroraban en los clubs, sino que llenaban los cuadros de la nueva burocracia. Esos hombres nuevos, nacidos de la guerra, jóvenes en su mayor parte, habituados desde la escuela a tomar como ejemplo los héroes de Grecia y Roma, defendían con la Revolución una carrera y un ideal. Invadían las oficinas de Guerra, vigilaban, en calidad de comisarios del Consejo ejecutivo o del Comité de Salud pública, a los generales y los mismos representantes; eran numerosos en los Comités revolucionarios y los tribunales de represión, y por medio de ellos se ejecutaban las órdenes de París, y París sabía lo que sucedía. El régimen descansaba sobre su lealtad y buena voluntad.

La campaña de los Indulgentes les afectaba directamente. Estaban amenazados no sólo en su posición,

sino en sus personas. Muchos fueron englobados en la temible denominación de «agentes del extranjero o ultrarrevolucionarios». Con frecuencia, los representantes a quienes vigilaban o inquietaban los hacían arrestar. Las luchas intestinas de los revolucionarios no quedaron, pues, limitadas al campo hermético de los jacobinos de París o la Convención, sino que se extendieron a toda Francia. Como estallaron precisamente en el momento de la aplicación de la gran ley del 14 de frimario, cuando en todas partes se realizaba la depuración de las autoridades y clubs, cuando se organizaba la Comisión de subsistencias, era grande el peligro de que el nuevo régimen quedara paralizado antes de haber tomado una forma regular. Se juzgaría equivocadamente de la gravedad de la crisis, de no salir de la capital para examinar el país.

Existen conflictos en todas partes. En Alsacia, Saint-Just y Lebas, encargados de una misión extraordinaria, después de la toma de las líneas de Wissemburgo, no se relacionan con los representantes en los ejércitos del Rin y el Mosela, J. B. Lacoste y Baudot, los cuales muestran su disgusto. Saint-Just hace detener al jefe de los refugiados extranjeros Eulogio Schneider, exvicario episcopal del obispo constitucional Brendel, y convertido en fiscal. Schneider acababa de casarse. Había hecho en Estrasburgo una entrada pomposa al lado de su joven esposa, en una calesa escoltada por soldados de caballería con el sable desenvainado. Saint-Just lo hizo exponer durante unas horas sobre la plataforma de la guillotina antes de enviarlo al Tribunal revolucionario: «Este castigo —escribía Lebas a Robespierre el 24 de frimario—, que se ha merecido por su insolente conducta, ha sido impuesto también por la necesidad de reprimir a los extranjeros. No creamos en los charlatanes cosmopolitas, fiándonos sólo de nosotros mismos.» Saint-Just suprimió, al mismo tiempo, la

« Propaganda », especie de club ambulante que los representantes en el ejército del Rhin habían organizado con el propósito de republicanizar a la gente campesina.

Lacoste y Baudot protestaron enérgicamente. Escribieron a la Convención, el 28 y 29 de frimario, que el infame suplicio sufrido por Schneider había conternado a los patriotas y convertido a los aristócratas en más peligrosos e insolentes que nunca. Elogian a los oradores de la « Propaganda », « forjados en la fragua del *Père Duchesne* ». Al mismo tiempo solicitan su regreso.

Conflicto en Lorena. Baltasar Faure, después de meter en prisión al jefe de los hebertistas locales, Marat Manger, que envió al Tribunal revolucionario, depuró el club de Nancy, deteniendo a los más destacados miembros de la Revolución. Pero J. B. Lacoste y Baudot acusan a su colega de haberse convertido en ídolo de los aristócratas, corren a Nancy, depuran el club en sentido contrario y destituyen y encarcelan a los partidarios de Faure, que sustituyen en las prisiones a los patriotas libertados. Faure solicita una investigación (3 de pluvioso).

Conflicto en Sedán, donde Perrin (de los Vosgos) hace detener, en nivoso, al jefe del club Vassan, alcalde de la ciudad, considerándole como « ultra ». Sus colegas Massieu y Elie Lacoste protestan y toman la defensa de Vassan.

Conflicto en Lille. Hentz y Florent Guiot, que suceden a Isoré y Châles, hacen detener a Lavalette y Dufresse, que sus antecesores habían colocado al frente del ejército revolucionario departamental. Libertan a un gran número de sospechosos. Châles, que ha permanecido en Lille para curarse de una herida recibida frente al enemigo, protesta y los acusa de proteger a los aristócratas.

Conflicto en el Alto Saona, donde el joven Robespierre pone en libertad a centenares de sospechosos de fanatismo y federalismo. Su colega Bernard de Saintes, que se encarniza contra el culto y hace llenar las prisiones, entabla con él una violenta lucha.

Conflicto en el Loire. El fogoso Javogues levanta un acta de acusación contra Couthon y el Comité de Salud pública. Denuncia el decreto sobre la libertad de cultos, la institución de los agentes nacionales, muestra la persecución de los patriotas y termina diciendo: « La contrarrevolución existe en el Comité de Salud pública, que ha enviado al infame Gouly para que realice la contrarrevolución en el Ain » (carta del 16 de pluvioso a Collot). Couthon protesta en la tribuna el 20 de pluvioso. Javogues es llamado y censurado. Fouché hace detener a su agente Lapallu, que es enviado al Tribunal revolucionario.

Gouly, ya denunciado por Javogues, lo es a su vez por Albitte, su sucesor en el Ain, como protector de los aristócratas. Había encarcelado a los mejores patriotas, puesto en libertad a los clérigos, los nobles, las religiosas y descuidado la aplicación de las leyes revolucionarias (carta del 11 de pluvioso).

Pero ese mismo Albitte, que tachaba a Gouly de moderantismo en el Ain, había sido denunciado, a su vez, unas semanas antes por Barras y Fréron, acusándole de ser débil con los rebeldes de Marsella (carta del 20 de octubre). No había puesto contribuciones a los ricos y sólo estaba rodeado de caballeros.

Barras y Fréron pasaban por Indulgentes por haber sido amigos de Danton. Esos Indulgentes, después de la toma de Tolón, se entregaron a sangrientas represalias: « En los primeros días de nuestra entrada, los patriotas encerrados en el navío *Le Thémistocle* (es decir, encarcelados durante el sitio) nos designaban a los más culpables entre los rebeldes y los hacíamos

fusilar inmediatamente... Ahora hemos establecido una Comisión de bravos descamisados parisienses, comisarios del Poder ejecutivo... Ha entrado en actividad hace dos días, y todo marcha perfectamente... 800 traidores tolonenses han sufrido ya la muerte » (carta del 16 de nivoso). En Marsella aplicaron los mismos métodos que en Tolón. Ordenaron el desarme de todos los habitantes sin excepción alguna. Organizaron una Comisión revolucionaria compuesta enteramente de parisienses, como la de Tolón, y esa Comisión condenó a muerte a 120 personas en diez días. Quisieron derribar los más hermosos edificios y quitar a la ciudad su glorioso nombre para llamarla *Sin nombre*. Los patriotas marseleses protestaron, reclamaron sus armas, recordaron que habían facilitado la victoria de Carreaux y quisieron organizar en Marsella un Congreso de todos los clubs del Mediodía. Barras y Fréron dispersaron el Congreso, cerraron los locales de las secciones y arrestaron y enviaron al Tribunal revolucionario a los dos patriotas Maillet, presidente, y Giraud, fiscal, del tribunal de lo criminal. Los patriotas marseleses respondieron acusando, con verosimilitud, a Barras y Fréron de enriquecerse con los despojos de los negociantes, que eran encarcelados para ser puestos en libertad mediante la entrega de moneda contante y sonante. Ya el joven Robespierre y Ricord, sus colegas de misión, los habían denunciado al Comité de Salud pública. El Comité confirmó su nombre a Marsella y llamó a Barras y Fréron (4 de pluvioso). Éstos se hicieron pasar por víctimas de los «ultra», y a su regreso a París fueron a engrosar las filas de los Indulgentes. Pero es visible que se trataba menos de una querrela política que de una cuestión personal y una lucha de influencias entre las autoridades locales y los delegados del Poder central. Las palabras «ultra» y «citra» encubrían con frecuencia muy distintas especies.

En Lyon, como en Marsella, la querrela de los «citra» y los «ultra», ocultaba el conflicto entre los patriotas locales, amigos de Chalier, y los funcionarios llegados de París. Marino acusó a los primeros (el 14 de pluvioso, en los Jacobinos) de haber sembrado la discordia entre el destacamento del ejército revolucionario conducido por Collot d'Herbois y las tropas de línea de guarnición en la ciudad. Los de línea reprochaban a los soldados de Ronsin el tener mayor sueldo. « Durante tres días y tres noches — dijo Marino — los cañones han estado preparados, las casas iluminadas y nuestros hermanos dispuestos a degollarse entre sí. » Fouché, que había asistido primeramente a las matanzas, cambió de actitud después del arresto de Ronsin. El 18 de pluvioso ordenó que cesasen las ejecuciones, y el 24 del mismo mes prohibió que se realizaran nuevas prisiones. Era la amnistía para el pasado. Al mismo tiempo aseguraba a los aristócratas, por mediación de un exfraile del Oratorio, Mollet. El sanguinario Fouché, ahora hería a los amigos de Chalier, como «ultra», y esos llamados «ultra» estaban, sin embargo, en lucha con los Marino y los Tolède, es decir, los partidarios de Ronsin y Hébert, que Fouché continuaba empleando y protegiendo.

En Burdeos, donde Tallien e Ysabeau comenzaron bien pronto a denunciar a los «ultra», se trataba, sobre todo, de tapar la boca a molestos vigilantes que estropeaban las combinaciones personales de los representantes. La Comisión militar que habían instituido bajo la presidencia de un hombre mal reputado, Lacombe, mostró primeramente una gran severidad. El exalcalde Saige, diez veces millonario, y el convencional Biroteau subieron al cadalso. Pero bien pronto los representantes y su comisión se humanizaron. Los cuatro hermanos Raba, ricos negociantes, fueron puestos en libertad mediante una multa de 500 000 libras; el ban-

quero Peixoto fué tasado en 1 200 000 libras; los acaudalados Lafond y Lajard, en 300 000 libras cada uno, etcétera. Esas liberaciones no escaparon a los agentes del Consejo ejecutivo, que denunciaron a París el lujo de los representantes y señalaron que Tallien vivía maritalmente con la hermosa Teresa Cabarrús, hija del director del Banco Español de San Carlos, una «Dubarry moderna» que Tallien había sacado de la cárcel y exhibía, tocada con el gorro frigio, en las fiestas cívicas. Ysabeau y Tallien denunciaron a sus denunciadores, como agentes de Pitt, intrigantes bordados y galoneados que surgen por enjambres de las oficinas de Guerra. Sobre Teresa Cabarrús agregaron con desenvoltura: «Se dice que Tallien debe casarse con una extranjera. Sobre la falsedad de ese pretendido matrimonio pueden consultar con el general Brune, más relacionado que Tallien con la mencionada ciudadana. Debe conocer la honradez de una casa a la cual va todos los días» (carta del 2 de nivoso). Para hacer callar a sus denunciadores, hicieron arrestar, el 12 de pluvioso, a los miembros del Comité de vigilancia de Burdeos, culpables —según ellos— de actos arbitrarios: «Perseguimos a los intrigantes, a los falsos patriotas, a los ultrarrevolucionarios con el mismo valor que hemos empleado en perseguir a todos los enemigos de la libertad» (17 de pluvioso.) A partir de esto, el moderantismo se impuso en Burdeos, como en Lyon.

En el Gard, el representante Boisset expulsaba de las plazas a todos los patriotas exaltados, destituía a su jefe Courbis, alcalde de Nimes, llamado el Marat del Mediodía; ponía en libertad a centenares de sospechosos y, sin embargo, cerraba las iglesias y censuraba el decreto del 18 de frimario sobre libertad de cultos, lo que confirma que la destrucción del catolicismo no fué tendencia exclusiva de lo que se ha llamado el hebertismo.

En Aviñon, el revolucionario Agrícola Moureau, juez del tribunal, era enviado al Tribunal revolucionario por Rovère y Poultier, de quienes había revelado especulaciones sobre bienes nacionales. En Orleans, el patriota Taboureau; en Soissons, el patriota Lherbon; en Amboise, los hermanos Gerboin; en Blois, el comisario del Consejo ejecutivo Mogue, y otros muchos, fueron encarcelados como «ultra».

No debe causar sorpresa que, en pleno Terror, aristócratas y aun monárquicos disfrazados consiguieran apoderarse de órganos del Gobierno revolucionario. En una época en que las masas eran analfabetas, la instrucción un lujo y las jerarquías sociales continuaban fuertemente acusadas, la minoría cultivada ejercía — quisieran o no — una acción considerable. Los ricos conservaban su clientela y prestigio. Les era fácil, por medio de algunos donativos patrióticos, tomar los colores del día. El club de Besançon, en pluvioso, estaba presidido por el hermano de un emigrado, el exconde de Viennot-Vaublanc, el cual alardeaba de opiniones maratistas, y su caso no era una excepción.

En el Creuse, el representante Vernerey consiguió arrancar al Tribunal revolucionario y al cadalso a un buen republicano, Gravelois, alcalde de un Ayuntamiento rural del distrito de La Souterraine, a quien los jueces aristócratas del tribunal de Guéret habían hecho pasar por un peligroso anarquista.

Es preciso recordar siempre estos hechos para darse cuenta de la profunda perturbación causada en toda Francia por la lucha entre «citras» y «ultras». En todas partes se producían conflictos que amenazaban al régimen hasta en su existencia. Los representantes, en vez de limitarse al papel de árbitros, se arrojaban muy frecuentemente a la batalla y se acusaban mutuamente de los peores desafueros. Denuncias, destituciones, arrestos, depuraciones, todo se sucedía a gran

velocidad y en contrarios sentidos. Y, sin embargo, era preciso administrar, gobernar, reprimir los complots, alimentar las ciudades y ejércitos, vencer a Europa. Los Comités avanzaban a tientas en medio de una infinidad de intrigas. Es milagroso que no se engañaran con más frecuencia y consiguieran evitar las celadas que se abrían ante sus pasos. Si se hubieran dividido estaban perdidos, y con ellos la República.

Los Comités no comprenden que con el pretexto de atacar a los verdaderos « ultra » sean perseguidos sinceros patriotas, culpables solamente de una exaltación desinteresada. Temen perder contacto con las masas republicanas. En los golpes que amenazan a los agentes del Consejo ejecutivo, presienten oblicuas maniobras dirigidas contra ellos mismos. Los « citra » les parecen aun más peligrosos que los « ultra ».

Si llaman a Châles por decreto del 27 de nivoso, intentan alejar, un mes después, a su acusador Florent Guiot, enviándole a Finistère (30 de pluvioso). Dan la razón a los patriotas marseleses, llamando a Barras y Fréron (4 de pluvioso). Carrier, a quien denuncia su agente el joven Julien, por su lujo de sátrapa, por su despotismo sobre las autoridades locales y, en fin, por sus crímenes, es llamado el 18 de pluvioso, a pesar de Carnot. Baltasar Faure es llamado el 5 de pluvioso, y los patriotas del Nordeste, repuestos en sus funciones. Boisset es llamado, a su vez, el 3 de ventoso, y su víctima Courbis, reintegrada a la alcaldía de Nimes, etc.

Los Comités protegen a los patriotas, pero no quieren permitir las represalias indefinidas y torpes contra los antiguos federalistas unidos a la Montaña. Delacroix y Legendre, dos Indulgentes, durante su misión en Normandía enviaron al Tribunal revolucionario a los funcionarios municipales de Conches, como federalistas. Roberto Lindet escribió a Fouquier-Tinville que él declararía como testigo en su proceso. Pidió al

tribunal el aplazamiento del asunto, y éste lo acordó el 15 de nivoso. La misma noche, en la reunión de los dos Comités, Lindet declaró que dimitiría si el proceso seguía adelante. La mayoría le dió la razón. Voulland hizo dar un decreto el 24 de pluvioso, para sustraer a las administraciones federalistas de los departamentos próximos a Lyon de la jurisdicción de la Comisión extraordinaria de Fouché y Collot d'Herbois. El proceso de los 132 nanteses enviados por Carrier a Fouquier fué aplazado, etc.

Procurando poner fin a las represalias, los Comités no pensaban, por eso, debilitar el Terror. Lo creían más necesario que nunca porque se sentían envueltos en complots y traiciones. « Nada de paz, nada de tregua con los déspotas, nada de amnistía para los conspiradores y los traidores : ¡ He aquí el grito de la nación ! » (carta de Couthon del 4 de pluvioso).

En tanto que Hébert y sus amigos se suavizaban para el Comité, y el « Père Duchesne » ponía sordina a sus cóleras, los Indulgentes, al contrario, redoblaban sus golpes. Bourdon de l'Oise denunciaba al adjunto de Bouchotte, Daubigni, el 12 de nivoso. El 18 de nivoso, a pretexto de que los ministros despilfarraban los fondos públicos en subvencionar a la Prensa hebertista, obtuvo de la Convención un decreto retirándoles el derecho de ordenar ningún gasto sin autorización expreas y previa de un Comité. Medida muy grave y que amenazaba la paralización de los servicios públicos en tiempo de guerra. El Comité de Salud pública no vaciló en violar el decreto y ordenar a los comisarios de la Tesorería que pagasen, como antes, con sólo la orden de los ministros.

Habiendo sido destituido Westermann por el Comité por haber distribuido a los habitantes de la Vendée 30 000 fusiles con los que habían recommenzado la guerra civil, Lecointre elogió al general, que compare-

ció oportunamente en la barra y obtuvo que por una excepción formal al decreto que encarcelaba a los funcionarios destituidos, Westermann gozaría de completa libertad. Robespierre tronó la misma noche, en los Jacobinos, contra « los nuevos brissotistas, más peligrosos y pérfidos que los antiguos ».

Todavía el 3 de pluvioso, Bourdon de l'Oise se indignó de que la vispera, cuando la Convención se reunió en la plaza de la Revolución para celebrar el aniversario de la muerte del tirano, fueran ejecutados cuatro condenados en su presencia : « Es un sistema urdido por los malévolos para que se diga que la representación nacional está compuesta por caníbales. » Hizo decretar que el Comité de Seguridad general diese explicaciones sobre este incidente, como si hubiese sido premeditado.

No pasaba día sin que los Comités se vieran en semejantes casos. (El 5 de pluvioso con motivo de la detención del suegro de Camilo Desmoulins, Danton obtiene la decisión de que los Comités deberán presentar un profundo informe sobre las liberaciones ; el 9 de pluvioso, Rühl obtiene un decreto invitando al Comité de Salud pública a examinar la conducta de Bouchotte, en lo concerniente a un francés detenido como rehén en Maguncia ; el 10 de pluvioso, por la queja de un capitán de la marina mercante que no ha conseguido en la marina de guerra el ascenso que la Convención le había prometido por sus servicios, el ministro de Marina, Dalbarade, es conducido a la barra y es preciso una triple intervención de Barère, Saint-André y Couthon para salvarle del Tribunal revolucionario, etc.)

Nada demuestra tanto como esos continuos ataques, a menudo coronados por el éxito, cuán precaria era la situación del Gobierno.

Forzosamente los Comités eran arrojados hacia los « ultra », hacia los clubs. Ya el Comité de Seguridad general había concedido la libertad a una víctima de Fabre d'Eglantine, Mazuel, el 23 de nivoso, y a la que sustituyó el mismo Fabre al siguiente día. Ronsin y Vincent fueron al fin libertados el 14 de pluvioso, no

obstante la viva oposición de Bourdon de l'Oise, Philippeaux, Legendre, Dornier, Loiseau, Clauzel, Charlier y Lecointre. Danton apoyó su liberación, pero proclamando bien alto que pediría también la excarcelación de Fabre d'Eglantine cuando llegase la vista de su asunto. Era una especie de convenio de doble amnistía recíproca que proponía indirectamente a los Comités. Éstos se hicieron el sordo. Si Danton quería la conciliación, el olvido del pasado, el acuerdo, ¿por qué no comenzaba por exigirlo a sus partidarios? ¿Por qué éstos atacaban sin tregua al Gobierno y sus agentes?

Robespierre expresó el 17 de pluvioso el pensamiento gubernamental: « Nos hemos de defender menos de excesos de energía que de excesos de debilidad. El mayor escollo, tal vez, que debemos evitar, no es el fervor del celo, sino el cansancio del bien obrar y el miedo a nuestro propio valor. » El Gobierno revolucionario sería mantenido hasta la paz. Y Robespierre amenazaba a la « conjura » que había intentado « la división de los representantes enviados a los departamentos y el Comité de Salud pública » y procurado « azuzarlos a su regreso ».

El Terror — según Robespierre — debía durar tanto como la guerra. Pero los Indulgentes estimaban que había sonado la hora de hacer la paz. Desde el 29 de frimario, Bourdon de l'Oise había declarado que los ingleses no estaban lejos de ofrecernos la paz. Danton tendrá bien pronto entre sus manos las cartas que un agente de Pitt, Miles, le escribió por intermedio del ministro francés en Venecia, Noël, proponiendo celebrar en Suiza una conferencia que facilitase la suspensión de las hostilidades. Otras gestiones indirectas habían sido hechas por Holanda y España a los agentes Caillard y Grouvelle. La misma Austria sondeaba a Bacher, agente de Basilea. Es indudable que si Danton

hubiese estado en el poder, no dejara de adherirse ávidamente a esas primeras tentativas. En el número 7 del *Vieux Cordelier*, que no apareció hasta después de su muerte, Desmoulins se pronuncia vivamente en favor de la política de paz.

Pero el Comité de Salud pública, en dos resonantes discursos pronunciados por Barère el 3 y el 13 de pluvioso, trató con desprecio las secretas proposiciones de los tiranos que le parecían encerrar una trampa, y tener como objeto alentar en Francia a todos los enemigos declarados o secretos del Gobierno revolucionario y detener los progresos de los ejércitos. «¿Quién se atreve a hablar de paz? Los que esperan aplazar la contrarrevolución por unos meses o unos años, dando a los extranjeros y los tiranos tiempo para reponerse, explotar a los pueblos, rehacer sus aprovisionamientos y sus ejércitos... La paz conviene a las monarquías; pero a la República, la energía guerrera; la paz, a los esclavos; la fermentación de la libertad, a los republicanos.» La guerra era necesaria no sólo para liberar el territorio aun invadido, sino para consolidar la República en el interior. Nada de paz sin una victoria aplastante, y sobre todo contra los ingleses. Robespierre introducía en el orden del día de los Jacobinos los crímenes del Gobierno inglés, menos por buscar una distracción a la lucha de los partidos que para hacer comprender al público que la paz con Pitt era imposible.

Pero para continuar la guerra que iba a prolongar los sufrimientos de los descamisados, el Comité se veía obligado a practicar una política social cada vez más atrevida, que había de alejarle aun más de los Indulgentes, protectores habituales de las clases privilegiadas. Los Indulgentes habían paralizado desde su principio la ley sobre acaparamientos, rehusando votar las enmiendas necesarias para su aplicación. Habían ob-

tenido, el 2 de nivoso, herirla en el punto sensible, haciendo decretar, con ocasión del proceso del comerciante en vinos Gaudon, salvado por ellos del cadalso, que la única pena prevista, la de muerte, no fuese aplicada ya por los jueces. No es dudoso que esperaban que la ley del máximo, apresuradamente redactada y perpetuamente abandonada, no tardaría en ser abrogada como la ley sobre acaparamientos. Pero el Comité no quería volver atrás. Estimuló a la Comisión de subsistencias, y Barère pudo presentar a la Convención, el 3 de ventoso, el cuadro del máximo general que regiría los precios en toda Francia, remediando los defectos de la primitiva ley. Los descamisados recibieron la impresión de que se defendían sus intereses.

La campaña iba a comenzar. Los Comités resolvieron dar un gran golpe que aterrara a sus adversarios y exaltara a las masas. Saint-Just pronunció en su nombre, el 8 de ventoso, un fulgurante discurso, que era el programa de una nueva Revolución.

El Terror había sido considerado hasta entonces, incluso por sus más fervientes autores, como un recurso pasajero que desaparecería al llegar la paz. Saint-Just lo presentaba en otro aspecto, como condición necesaria para el establecimiento de la República democrática.

La República — sentaba como principio — no puede vivir segura más que estando provista de instituciones civiles que depuren las costumbres de los ciudadanos y los hagan naturalmente virtuosos. «Un Estado sin esas instituciones no es más que una República ilusoria. Y como cada uno entiende por su libertad la independencia de sus pasiones y avaricia, el espíritu de conquista y el egoísmo se establecen entre los ciudadanos y la idea particular que cada uno se forma de su libertad, según su interés, produce la esclavitud de todos.» Hasta que esas instituciones, de las que pronto ha de trazar el plan, hayan podido ser creadas y extirpado el egoísmo del corazón de los ciudadanos, Saint-Just declara que debe mantenerse el Terror. «Lo que constituye una República es la destrucción de lo que le es opuesto.» Después de una apasionada apología de las ejecuciones del Tribunal revolucionario, que no son

más que una réplica débil a las barbaries de los tiempos monárquicos, el que Michelet llama arcángel de la muerte, hace oscilar su guadaña sobre las cabezas de todos los que hablen de indulgencia, y designa a los principales por alusiones apenas veladas: «Hay alguno que en su corazón lleva el intento de hacernos retroceder y oprimirnos.» Todos los ojos debieron posarse en Danton y tanto más cuanto que Saint-Just continuó: «Hay quien ha engordado con los despojos del pueblo, injuria y marcha en triunfo arrastrado por el crimen para el que quiere excitar nuestra compasión, porque, en fin, no es posible guardar silencio sobre la impunidad de los más grandes culpables, que quieren destruir el cadalso por miedo a subir a él.» Excitada, la Asamblea espera la conclusión de la requisitoria que continúa. ¿Va a pedir que se entreguen a Fouquier las cabezas ya señaladas? Saint-Just cambia bruscamente. No pide cabezas, sino una revolución en la propiedad: «La fuerza de las cosas nos conduce, quizá, a resultados en los que no pensábamos. La opulencia está en las manos de un bastante considerable número de enemigos de la Revolución; las necesidades ponen al pueblo que trabaja bajo la dependencia de sus enemigos. ¿Concebís que pueda vivir un Imperio si los cargos corresponden a los que son opuestos a la forma de Gobierno? Los que hacen las revoluciones a medias no hacen más que cavar una tumba. La Revolución nos conduce a reconocer el principio de que quien se ha mostrado enemigo de su país no puede ser propietario. Aun faltan unos cuantos esfuerzos geniales para salvarnos... Las propiedades de los patriotas son sagradas; pero los bienes de los conspiradores son para los menesterosos. Los humildes son las fuerzas de la tierra. Tienen derecho a hablar como dueños a los Gobiernos que los menosprecien».

Y Saint-Just hizo votar un decreto según el cual las propiedades de las personas reconocidas como enemigas de la República serían confiscadas. No era en su pensamiento un decreto teórico, sino una medida definitiva que sería aplicada, porque hizo votar el 13 de ventoso un nuevo decreto que obligaba a todos los Ayuntamientos a formar la lista de los patriotas indigentes y a todos los Comités de vigilancia la lista de todos los detenidos por razones políticas a partir del 1.º de mayo de 1789, con notas sobre cada uno de ellos. Los dos Comités, provistos de este vasto informe, decidirían en última instancia sobre la confiscación de los bienes de los enemigos de la República y paralelamente el Comité de Salud pública establecería el cuadro de

los patriotas indigentes a quienes serían distribuidos los bienes confiscados.

Después de los bienes del clero, después de los bienes de los emigrados, la Revolución se apoderaba de todo lo que pertenecía aún a sus enemigos. Había puesto en venta los bienes de las dos primeras categorías, y esas ventas no habían aprovechado más que a los que tenían algo disponible para comprar. Ahora iba a distribuir gratuitamente los bienes de la nueva categoría al proletariado revolucionario.

Nunca los hebertistas, ni aun los exaltados, habían ideado una medida tan radical, de tan amplia transferencia de propiedad de una clase a otra. Había quizá 300 000 sospechosos en las nuevas Bastillas, o sea 300 000 familias amenazadas de expropiación. El Terror tomaba un carácter imprevisto y grandioso. No se trataba de comprimir momentáneamente por la fuerza un partido hostil. Se trataba de desposeerle para siempre de todo, de aniquilarle en sus medios de existencia y elevar a la vida social, por medio de sus despojos, a la clase de los eternos desheredados. Se trataba también, como había dicho Saint-Just después que Robespierre, de hacer durar la dictadura revolucionaria todo el tiempo que fuese preciso para fundar la República en los hechos, por esa inmensa expropiación nueva, y en las almas, por medio de las instituciones civiles. El Terror no se avergonzaba de sí mismo. Se convertía en un régimen, la roja oquedad donde se elaboraría la futura democracia sobre las ruinas acumuladas de todo lo que constituyó el viejo régimen.

Parece que el Comité, que desde hacía dos meses buscaba su camino entre los «citra» y los «ultra», había tomado esta vez definitivamente su partido. Se ponía resueltamente al lado de los «ultra», e incluso iba más allá. Todo el esfuerzo de Saint-Just había sido dirigido contra los Indulgentes. Sus conclusiones eran

una formidable tentativa, para extraer de las confusas aspiraciones del hebertismo un programa social.

Cosa extraña y que le dejó estupefacto: no fué comprendido ni seguido, ni aun por los mismos que deseaba contentar.

CAPÍTULO XI

La caída de las facciones

El Comité esperaba que su programa social encontrase resistencia a la derecha, pero no a la izquierda. Danton parecía querer salir de su sopor. El 4 de ventoso, Elie Lacoste, en nombre del Comité de Seguridad general, propuso enviar ante Fouquier-Tinville a los jueces del tribunal militar de los Ardennes, sospechosos de aristocracia, y Danton se pronunció contra la medida, y la hizo aplazar: « Decretamos sin suficiente conocimiento, por confianza y por simples informes. Declaro que no puedo concebir lo que aquí se ha dicho, que no puedo ejercer mis funciones de jurado político. Ya es hora de que la Convención ocupe el lugar que le conviene y no se pronuncie sin pleno conocimiento de los hechos. La nación no debe perderse porque nosotros seamos cobardes, débiles o mudos. Esto no es más que el prólogo de mi opinión política. Ya la diré algún día ». Esto es un prólogo preñado de amenazas.

Cuando Saint-Just hizo votar el decreto expropiando a los sospechosos, Danton intentó evitar el golpe pidiendo que los Comités revolucionarios fueran previamente depurados por el Comité de Seguridad general, quien debía expulsar a « los falsos patriotas de gorro frigio ». Su proposición fué devuelta a los Comités, que la sepultaron.

Si los hebertistas hubieran estado dotados del menor sentido político, se hubieran aglomerado alrededor de los Comités, que multiplicaban sus invitaciones, hasta el punto de que Collot d'Herbois elogiaba a Carrier en los Jacobinos el 3 de ventoso. Pero la mayor parte de ellos sentía menos deseos de realizar un programa social que impaciencia por satisfacer sus ambiciones y rencores. Para decir verdad nada tenían en política social. Hébert era, en esa materia, de una extrema indigencia. Todos los males — según él — provenían de los acaparadores y su remedio único era la guillotina. Sus últimos artículos estaban llenos de furibundos ataques contra los comerciantes: « No exceptuaré ni al más humilde ni al más fuerte de los negociantes... porque (interjección intraducible) veo alineados a todos los que venden contra los que compran y encuentro tanta mala fe entre los minoristas que en los grandes almacenes » (n.º 345). ¡ Grave imprudencia acometer a los minoristas de esa manera que no han de olvidar! Jacobo Roux había entrevistado por unos momentos la cuestión social. Hébert no veía más allá del problema alimenticio que esperaba resolver por medios infantiles, pero violentos.

Ronsin y Vincent, almas orgullosas, caracteres indomables, quisieron vengarse de Fabre d'Eglantine y Philippeaux, que los habían denunciado. No tenían confianza ni en la Convención ni en sus Comités. Robespierre, que había impedido la expulsión de Desmoulins en los Jacobinos, les parecía un moderado hipócrita y peligroso. No perdonaban la expulsión de su amigo Bricbet, que Robespierre había hecho arrojar del club el 19 de pluvioso, porque Bricbet había propuesto excluir de la Convención a los del Marais y enviar al tribunal revolucionario a los 76 girondinos detenidos. En unión de Momoro, se habían indignado por la negativa de los jacobinos de admitir a Vincent

en su seno (23 y 26 de pluvioso). Momoro había visto en el rechazo de la candidatura de Vincent la prueba de una maquinación que denunció a los capuchinos. El 24 de pluvioso embistió contra « los hombres gastados, los inválidos » que trataban a los capuchinos de exaltados porque eran patriotas y ellos ya no querían serlo.

Desde entonces los capuchinos entran en la oposición. Hébert, el 4 de ventoso, les denuncia la nueva facción de los « narcotizadores », es decir, de los robespierristas. « Se nos ha descrito a Camilo como un niño; a Philippeaux, como un loco; a Fabre d'Eglantine, como un hombre honrado. Ciudadanos: desconfiad de los narcotizadores... Se nos dice que los brissotistas están aniquilados, y aun quedan 61 culpables por castigar... » Los capuchinos decidieron reanudar la publicación del diario de Marat. Invocar a Marat, de quien se conservaba el corazón en el club como una reliquia, era no solamente ampararse tras un gran nombre popular, sino anunciar una determinada política. El Marat glorificado, era el Marat de las matanzas de septiembre, el Marat que había aconsejado al pueblo que eligiese un dictador.

Hébert y sus amigos creyeron poder explotar para sus designios la agravación de miseria que el invierno había traído a la capital.

Se luchaba de nuevo en los mercados y en las puertas de las panaderías. « El cuadro de París comienza a ser alarmante — escribía el observador Latour la Montagne el 4 de ventoso —. No se ve en los mercados y las calles más que una inmensa multitud de ciudadanos que corren, se precipitan unos sobre otros, lanzando gritos, vertiendo lágrimas y ofreciendo, en todas partes, la imagen de la desesperación; se diría ver en todos esos movimientos que París es víctima ya de los horrores del hambre. » « El mal es extremo — comprobaba al día siguiente el observador Siret —. El barrio de San Antonio se ha dispersado en el camino de Vincennes y saqueado todo lo que venía a París. Unos pagaban; otros se llevaban las cosas sin pagar. Los campesinos, desolados, juraban no traer nada más a París. Es muy urgente poner orden en esos latrocinios, que acabarán por imponer el hambre en la capital. » Los comisarios

de acaparamientos multiplicaban las visitas domiciliarias, apoderándose de los escasos víveres que circulaban por las calles y repartiéndolos. Un día, Ducroquet, comisario de la sección de Marat, se apoderó de 36 huevos en casa de un ciudadano que tenía que alimentar a 7 personas y repartió esos 36 huevos entre 36 personas diferentes.

Los capuchinos solicitaron el aumento del ejército revolucionario para castigar a los acaparadores (4 de ventoso). El Ayuntamiento y las secciones pidieron la aplicación estricta y sin reservas de la ley sobre acaparamientos (5 de ventoso). Por falta de mercaderías, los obreros de los talleres de confecciones militares se hallaban en paro forzoso. Los obreros de las fundiciones y talleres de armas se declaraban en huelga, reclamando un aumento de salarios. La agitación tomó un aspecto amenazador. El 10 de ventoso, en la asamblea de la sección de los mercados, Bot, miembro del Comité revolucionario, declaró que si la escasez continuaba, era preciso entrar en las prisiones, degollar a los detenidos, asarlos y comérselos. Se hablaba de un nuevo 2 de septiembre como de cosa natural. Carteles anónimos aconsejaban disolver a la incapaz Convención y reemplazarla por un dictador que supiera devolver la abundancia.

Los capuchinos creyeron que les sería fácil conseguir una nueva jornada que les diera el poder. El 14 de ventoso dió Carrier la señal: «La insurrección, una santa insurrección: ¡he ahí lo que debéis oponer a los malvados!» Hébert volvió a denunciar extensamente a los narcotizadores de los Comités, los ambiciosos que protegían a Chabot, Fabre y los 75 girondinos. Animado por Boulanger, segundo comandante de la Guardia Nacional de París, que le gritó: «¡Père Duchesne, no temas nada! ¡Seremos nosotros los que golpearemos!»; estimulado por Momoro y Vincent, que le avergonzaron por su debilidad, se arriesgó a citar nombres: Amar, un noble extesorero del rey de Francia, que había compra-

do su nobleza en 200 000 libras ; los ministros Parè y Desforgues ; Carnot, que quería arrojar a Bouchotte para sustituirlo por su hermano « imbécil y poco bondadoso ». No se atrevió, sin embargo, a citar a Robespierre ; pero lo designó claramente y terminó como Carrier : « ¡ Sí, la insurrección ; y los capuchinos no serán los últimos en dar la señal que deba herir de muerte a los opresores ! » Los capuchinos velaron de negro la Declaración de Derechos para materializar la opresión de que se decían víctimas.

Su llamamiento cayó en el vacío. Las masas no tenían confianza en la virtud de la guillotina para traer la abundancia y los comisarios de acaparamientos eran francamente impopulares por sus procedimientos vejatorios. Momoro consiguió arrastrar la sección de Marat, que a su vez ensayó hacerlo con el Ayuntamiento el 15 de ventoso. Pero el Ayuntamiento permaneció frío y hostil. Su presidente Lubin hizo el elogio de los Comités. Chaumette predicó la tranquilidad. Hanriot desaprobó a los agitadores. El Comité de vigilancia del departamento de París, compuesto, sin embargo, por ardientes revolucionarios — hombres del 2 de junio — multiplicó los carteles para poner en guardia al pueblo.

La brusca agresión de los hebertistas sorprendió al Comité de Salud pública, pero no le cogió desprevenido. Resolvió desencadenar en el acto la acción judicial ; pero, previendo que los « citra » tratarían de sacar provecho de las persecuciones ejercidas contra los « ultra », anunció claramente, desde el primer momento, que combatiría sin vacilaciones a los dos bandos.

Barère demostró, en el informe que presentó el 16 de ventoso, que la miseria era obra de los mismos que se quejaban de ella. Pidió que se iniciara una acción judicial. El fiscal tendría que informar sin dilación contra los autores y repartidores de carteles incendiarios y también contra los provocadores de la desconfianza

inspirada a los comerciantes y labriegos que aprovisionaban a París. « ¡ Que tiembren los conspiradores de cualquier género !... Es preciso vigilar la facción de los Indulgentes y Pacificos, tanto, por lo menos, como a los pretendidos Insurgentes ! » Y anunció que Amar iba, por fin, a depositar su informe sobre Chabot y sus cómplices.

Si el Comité no había hecho detener en una redada a los que predicaban la insurrección, se debió a que Collot d'Herbois intentó un supremo esfuerzo de conciliación. El nombre que ametralló en Lyon no podía entregar al que ahogó en Nantes sin exponerse él mismo. La misma noche en los Jacobinos propuso enviar a los capuchinos, como en tiempos de Jacobo Roux, una diputación para « comprometerlos a que se hiciera justicia con los intrigantes que los habían extraviado ». Los intrigantes que Collot había desdeñado nombrar estaban presentes en la sesión. Dos días antes habían predicado la insurrección y sólo supieron humillarse con sus retractaciones. « No se ha hablado de insurrecciones, salvo en el caso — dijo Carrier — de ser forzados por las circunstancias. ¡ Si se hace una moción contra el Comité entrego mi cabeza ! »

Una delegación de jacobinos, conducida por Collot, fué a los Capuchinos el 17 de ventoso. Sucesivamente Momoro, Hébert y el mismo Ronsin, hicieron decorosa enmienda de su actitud. El crespón negro que cubría el cuadro de los Derechos del Hombre fué desgarrado y remitido a los Jacobinos en signo de fraternidad. Los dos clubs se juraron « indisoluble unión ». Parecía que Collot había ganado la partida.

Pero no todos los capuchinos habían aprobado la retirada de los jefes. Vincent declamó, el 19 de ventoso, contra los cromwellistas, los diestros oradores y sus grandes discursos, o sea contra Collot. Hubo en el club borrascosas explicaciones. Ciertas secciones en que

dominaban los amigos de Vincent continuaron la agitación, como, por ejemplo, la de Brutus, que declaró el 21 de ventoso a la Convención que se mantendría en pie hasta que fuesen exterminados todos los realistas ocultos, los federalistas, los moderados, los indulgentes; y el mismo día la sección de Finistère, compuesta por obreros, reclamaba por medio de la palabra de Boulland un decreto para « quitar la parálisis » al ejército revolucionario y juzgar sumariamente a los acaparadores.

Los Comités supieron el 21 de ventoso, por diversos conductos, especialmente por un oficial de la legión germánica, Haindel, que los hebertistas preparaban realmente esa insurrección que habían desautorizado. Se trataba de entrar en las prisiones, degollar a los aristócratas, apoderarse en seguida del Pont-Neuf y el Arsenal, asesinando a Hanriot y su Estado Mayor, y terminando, en fin, su misión después de incendiar los Comités de la Convención y designar un juez supremo, especie de dictador, que presidiera las ejecuciones y distribuyera al pueblo el dinero encontrado en la Casa de la Moneda y el Tesoro. Haindel citaba los nombres de los que habían intentado atraerle al complot, como el alumno de cirugía Armand, el médico Beysser, etc. Un general en situación de disponible, Laumur, confiaba a Westermann, del que reclamaba el concurso, que llegaban secretamente a París hombres del ejército revolucionario y que el juez supremo designado sería Pache.

En posesión de esos indicios, los Comités resolvieron obrar sin tardanza, para ahogar el complot en el huevo. Billaud-Varenne, que había regresado de su misión en Port-Malo, Couthon y Robespierre — que salían de una enfermedad — asistieron a la sesión del 22 de ventoso, en la que fueron aprobadas las conclusiones del informe de acusación que Saint-Just presen-

tó al día siguiente contra las dos facciones que hacían el juego al enemigo. La misma noche Fouquier-Tinville fué llamado al Comité y en seguida, en la noche del 23 al 24 de ventoso, fueron arrestados los principales jefes hebertistas en medio de la indiferencia general. La mayor parte de las secciones acudieron a felicitar a la Convención en los siguientes días, y el mismo Ayuntamiento, si bien con algún retraso, mezcló sus felicitaciones a las demás.

El proceso de los hebertistas, que duró del 1.º al 4 de germinal, fué, ante todo, un proceso político. El cargo primeramente invocado contra ellos de ser responsables del hambre, se borró ante el de mucha mayor gravedad de haber preparado la insurrección. Para apoyar el primero de esos cargos, se mezcló a Hébert con el comisario de abastecimientos Ducroquet, amigo suyo, y con un agente de subsistencias llamado Antonio Descombes. Para demostrar la inteligencia con el enemigo — porque no podía existir complot sin Pitt y Coburgo —, se colocó entre los acusados a Proli, Anacarsis Cloots, Kock y los agentes secretos del Ministerio de Asuntos extranjeros Desfieux, Pereira y Dubuisson. Los otros acusados: Ronsin, Mazuel, Vincent, Leclerc y Bourgeois, jefes de oficina en Guerra, Momoro, etc., eran los jefes que preparaban el golpe de mano.

Todos fueron condenados a muerte, con excepción del comerciante Laboureau, que fué absuelto. La ejecución tuvo lugar en medio de una inmensa multitud que injuriaba a los vencidos. Murieron con valor, salvo Hébert, que dió muestras de debilidad.

Los Comités no se habían decidido a herir a los «ultra» más que en su propia defensa. Por eso prohibieron a Fouquier que persiguiera a Boulanger, Hanriot y Pache, comprometidos por ciertas declaraciones. Y dejaron fuera del asunto a Carrier. Temían una reacción,

que sería aprovechada por los Indulgentes, a quienes continuaban considerando como sus más peligrosos adversarios. « El mayor peligro — decía Robespierre en los Jacobinos el 25 de ventoso — sería mezclar a los patriotas con la causa de los conspiradores. » El decreto del 23 de ventoso que condujo a los hebertistas ante el Tribunal revolucionario, contenía disposiciones de doble filo, hábilmente preparadas por Saint-Just, como, por ejemplo, la que declaraba traidores a la patria a los que hubieran dado asilo a los emigrados y la que daba la misma categoría a los que hubiesen intentado que se abrieran las prisiones. La primera podía aplicarse a Danton, que había acogido en su casa a la emigrada marquesa de Charry; la segunda podía englobar a todos los que habían solicitado clemencia.

Amar presentó al fin, el 26 de ventoso, su acusación contra los bribones, o sea Chabot, Basire, Delaunay, Fabre, etc. Su informe, que se limitaba casi al aspecto financiero del asunto, no satisfizo ni a Billaud ni a Robespierre, que lamentaron que no hubiera concentrado su esfuerzo en el objeto político de ese corrompido complot. En el momento en que los hebertistas iban a responder ante Fouquier del crimen de haber querido envilecer y disolver la Convención, Billaud y Robespierre lanzaban sobre los bribones y los Indulgentes la misma acusación.

A menos de suponer que Danton se había vuelto, repentinamente, ciego y sordo, debía estar advertido de lo que se preparaba. El 4 y el 8 de ventoso había manifestado su intención, en términos amenazadores, de pedir cuentas al Comité. Pero se calló bruscamente. ¿ Debe suponerse que vió con placer la insurrección de los capuchinos y que intentó aliarse con Ronsin para derribar al Gobierno? Numerosos y coincidentes indicios hacen creer que la secreta inteligencia entre las dos ramas de la conspiración denunciada por los Co-

mités no era una fantasía. El general Laumur era íntimo de Westermann, que recibía sus confidencias. Algunos testigos dijeron que Westermann había designado a Danton como juez supremo. Desde que Danton había apoyado un mes antes la liberación de Ronsin y Vincent, los hebertistas se le mostraban benévolos. Había entre ellos clientes de Danton, y Carrier había hecho el elogio de Westermann.

Sea como fuere, sólo después de las persecuciones contra los hebertistas parecieron despertarse los Indulgentes. El complot había abortado. Se aproximaba el peligro. Camilo Desmoulins volvió a tomar la pluma. En tanto que en los números 5 y 6 del *Vieux Cordelier* había abundado en retractaciones, compuso con muy distinto espíritu el número 7. Avergonzaba a la Convención de su bajeza ante los Comités; se entregaba a una entusiasta apología de las instituciones británicas, en el mismo momento en que Robespierre las zahería; recordaba que el jurado inglés acababa de absolver al ciudadano Bennet, que había deseado la victoria de los franceses, mientras que en Francia, por simples conversaciones derrotistas, se subía al cadalso. Por último, terminaba con una violenta carga contra Barère, que había rehusado escuchar las proposiciones de paz de las potencias. En pasajes manuscritos encontrados en sus papeles iba más lejos aún. Acusaba al Comité de Salud pública de no haber elegido más que generales ineptos y haber destituido sistemáticamente y conducido a la guillotina a todos los que tenían algún valor, como Dillon, Custine, Dubayet, Harville y Lamorlière. Llamaba de nuevo a la lucha a todos los que estuvieran cansados del Terror y la guerra. Su número 7 tenía el valor de un acta de acusación contra los Comités, que tanto adulaba la víspera. El impresor de Desmoulins, Derenne, fué sujeto a pesquisa y detenido el 24 de ventoso. Los Comités estaban advertidos y armados.

Los Indulgentes intentaron insistir en su eterno ataque contra Bouchotte y los agentes del Comité (28 y 30 de ventoso). Incluso llegaron a conseguir momentáneamente el decreto de prisión contra Héron, uno de los principales agentes del Comité de Seguridad general. Pero sucesivamente Couthon, Moyse Bayle y Robespierre hicieron frente al ataque. Couthon declara que « los moderados en querella con su conciencia y que, por consiguiente, temen las medidas vigorosas y revolucionarias... quieren matar al Gobierno » privándole de sus mejores agentes. Robespierre, en tono de amenaza, declara que los patriotas no sufrirán que el hacha de la tiranía roce a ningún patriota. Denuncia a los que quieren perder a los más ardientes patriotas englobándolos en el hebertismo : « Todavía ayer, un miembro irrumpió en el Comité de Salud pública y con furor indescriptible pidió tres cabezas. » Robespierre no tuvo necesidad de nombrar a ese sanguinario Indulgente, pero Héron fué salvado.

¿ Acaso, como consecuencia de ese alerta, pidió Billaud a sus compañeros de los Comités el arresto de Danton, que era — según dijo — el punto de enlace de todos los contrarrevolucionarios ? Sólo la resistencia de Robespierre, a quien repugnaba entregar a sus antiguos compañeros de armas, retrasó por unos días la inevitable medida. Para demostrar a la masa de los patriotas que el proceso de los hebertistas no aprovecharía a la reacción, era preciso ejecutar la amenaza largo tiempo suspendida sobre los campeones de la clemencia.

Parece que éstos, enloquecidos después del decreto acusatorio contra Basire, Chabot y Fabre, buscaron su supremo recurso en Robespierre. Danton lo encontró dos o tres veces en casa de Lainetot y de Humbert. Según Courtois, Danton lloró y protestó contra las calumnias vertidas sobre su misión en Bélgica y el aumento de su fortuna : « Créeme, Robespierre ; apártate de la intriga y reúnete con los patriotas » (tomado de Daubigni). Robespierre permaneció impasible.

Westermann parece que aconsejó a Danton que se adelantase: «— Os matarán. — No se atreverán a atacarme — replicó Dantón. — Westermann insistió y propuso un golpe de mano contra los Comités. Danton rehusó: — Mejor cien veces ser guillotinado que guillotinado. » ¿Era presunción, cansancio o convicción de que después del fracaso de la insurrección hebertista, toda tentativa carcería de éxito? El audaz Danton, aunque prevenido, esperó tranquilamente.

Billaud logró triunfar, finalmente, de las últimas vacilaciones de Robespierre. Reunidos en la noche del 10 de germinal, los dos Comités, después de haber escuchado una requisitoria de Saint-Just, seguidamente corregida por Robespierre, ordenaron la detención de Danton, Delacroix, Philippeaux y Camilo Desmoulins, considerados como cómplices de Chabot, Fabre d'Eglantine y otros malvados que habían sido defendidos por ellos. Todos los miembros presentes suscribieron el acuerdo, excepto Rühl y Lindet.

Los Comités habían emprendido una partida decisiva que no estaban seguros de ganar. Desde la ejecución de los hebertistas, los « citra » habían hecho grandes progresos. Legendre presidía los Jacobinos, y Tallien, la Convención.

Desde los comienzos de la sesión del 11 de germinal, Delmas reclamó la presencia de los Comités. Así lo ordenó la Asamblea, y a continuación Legendre, instigado por una carta de Delacroix recibida aquella misma mañana, pronunció un caluroso elogio de Danton: « Creo que Danton es tan puro como yo mismo. » Habiendo escuchado que alguien murmuraba, Clauzel exclamó: « Presidente, mantén la libertad de las opiniones », a lo que Tallien, con un gesto teatral, replicó: « ¡ Si, mantendré la libertad de las opiniones: cada uno podrá decir libremente lo que piense, y todos permaneceremos aquí para salvar la libertad! » Grandes aplausos acogieron estas amenazadoras palabras, y Legendre reclamó que los diputados detenidos comparecieran ante

el tribunal y fueran escuchados antes de que se concediera la palabra a sus acusadores. Fayau se molestó al escuchar aquella moción que creaba un privilegio. No se había escuchado a los girondinos, ni a Chabot ni a Fabre, antes de llevarlos al Tribunal revolucionario. ¿Por qué había de existir ahora un criterio, una medida distinta? La Asamblea, agitada, mostrábase vacilante. Juan Debry, Courtois y Delmas exclamaron, designando a los miembros de los Comités: «¡Abajo los dictadores, abajo los tiranos! (Courtois). Pero Robespierre subió a la tribuna y pronunció una vibrante arenga, cuya profunda sinceridad conmovió y subyugó a la Asamblea:

«... Pretenden hacernos temer los abusos del poder, de este poder nacional que habéis ejercido y que no reside en algunos hombres, solamente... Se teme que los detenidos sufran opresión, se pone en duda la justicia nacional, y, por ende, los hombres que han obtenido la confianza de la Convención nacional; se duda, también, de la Convención, que les ha dado esta confianza, y de la opinión pública que la ha sancionado. Yo afirmo que todo aquel que tiemble en este momento es culpable, porque la inocencia nunca teme el control del pueblo... También a mí se ha pretendido inspirarme terror; han querido hacerme creer que acercándome a Danton, el peligro podía llegar hasta mí; me lo han presentado como un hombre al cual yo debería adherirme, como un escudo que pudiera defenderme, como una muralla que, una vez derribada, me dejaría expuesto a los dardos de mis enemigos. Los amigos de Danton me han hecho llegar cartas, me han asediado con sus discursos. Han creído que el recuerdo de una vieja amistad y de una antigua fe en falsas virtudes me determinarían a suavizar mi celo y mi pasión por la libertad... ¡Qué me importan los peligros! Mi vida es de la patria, mi corazón está exento de temor y si yo muriera, moriría sin reproche y sin ignominia.» Ante la ovación que subrayó estas palabras, Legendre retrocedió abiertamente: «Mal me conoce Robespierre si me cree capaz de sacrificar un individuo a la libertad.»

Saint-Just leyó, en medio de un profundo silencio, su informe de acusación que relataba el pasado turbio de los acusados, sus intrigas con Mirabeau, sus tratos secretos con la Corte, sus relaciones con Dumouriez, sus compromisos con los girondinos, su conducta equívoca

en todas las grandes crisis, en 10 de agosto, en 31 de mayo, sus esfuerzos para salvar la familia real, su insidiosa campaña en pro de la clemencia y de la paz, su oposición sorda a todas las medidas revolucionarias, su complicidad con los malvados, sus debilidades con extranjeros sospechosos, sus pérfidos ataques contra el Gobierno. En casi todos sus puntos, la historia verídica ha confirmado el juicio de Saint-Just. La Convención sancionó su informe con un voto unánime.

Pero la partida suprema había de desarrollarse en el Tribunal revolucionario. El proceso duró cuatro días, como el de los hebertistas, del 13 al 16 de germinal, pero fué muchísimo más movido. La amalgama que reunía a los 14 acusados no estaba compuesta al azar. No faltaron buenas razones para unir Delacroix, Danton y Desmoulin a Chabot, a Basire, a Fabre. Héroult de Séchelles hubiera podido encontrar un sitio en la hornada de los hebertistas, puesto que había sido amigo y protector de Proudhon y de Cloots; pero había sido citado en las denuncias de Basire y de Chabot, y los Comités, uniéndole a Fabre, su primer denunciante, habían querido poner en evidencia con este ejemplo manifiesto el secreto e íntimo enlace de los « ultra » y de los « citra », su complicidad común en la obra de destrucción del Gobierno revolucionario. En cuanto a Philippeaux, pagaba ahora su acusación de traición contra el Comité y sus alabanzas hiperbólicas de Desmoulin. A estos protagonistas se había agregado todo un lote de comparsas, de agentes del extranjero. La presencia de Frey al lado de Chabot, su cuñado, era naturalísima. El proveedor d'Espagnac, protegido de Chabot, de Julien de Toulouse y de Danton, no estaba fuera de sitio en el juicio de aquellos bribones. El aventurero Gusman, que Danton había admitido en su intimidad, estaba allí para acabar de perderle. Westermann, finalmente, mezclado a todas las intrigas de Dumouriez y de Danton,

reputado como ladrón manifiesto, denunciado por Marat, completaba aquella colección.

El primer día se examinó el asunto financiero. Se escuchó a Cambon, testigo de cargo, y el presidente Herman dió lectura a cartas de d'Espagnac que eran enormemente comprometedoras. Los acusados negaron con energía y arrojaron toda la responsabilidad sobre Julien de Toulouse, que se había sustraído a la persecución por medio de la fuga.

El segundo día fué casi totalmente ocupado por el interrogatorio de Danton. El tribuno había recuperado toda su arrogancia. No contento con defenderse con atrevidas falsedades, atacó a sus acusadores, se burló, amenazó, dió prueba de su audacia. « ¡ Viles impostores, compareced y os arrancaré la máscara que os sustrae a la vindicta pública ! » Los clamores de su voz se escuchaban desde la calle. La muchedumbre, impresionada, se reunió en tropel. Jurados y jueces estaban conturbados. El Comité de Salud pública, inquieto, dió a Hanriot la orden de detener al presidente y al acusador público, que le parecían culpables de debilidad.

Fouquier, pariente lejano de Desmoullins, ¿ no debía a éste su nombramiento ? Pero el Comité lo pensó mejor y revocó, finalmente, la orden ya transmitida a Hanriot. En cambio, varios miembros del Comité de Seguridad general se trasladaron al lugar de la audiencia para sostener con la presencia suya a los jueces y jurados que desfallecían.

El tercer día fué consagrado al interrogatorio de los otros acusados, que imitaron la táctica de Danton, reclamando que fueran oídos algunos testigos citados por ellos en la Convención, y provocando violentos incidentes. Fouquier, desbordado, mal sostenido por Herman, escribió a la Convención una carta desesperada, consultándole acerca de la citación de los testigos que los acusados reclamaban. Cuando los Comités reci-

bieron su carta, hallábanse ya en posesión de una denuncia, en virtud de la cual Laflotte, antiguo ministro de la República en Florencia, y detenido en la prisión del Luxemburgo, les advertía de que la víspera, dos de sus camaradas de antaño, el general Arturo Dillon y el convencional Simond, habían intentado arrastrarle a un complot para libertar a Danton y a sus amigos. Dillon se comunicó por carta con la mujer de Desmoullins, la cual había suministrado 1000 escudos para reunir gente alrededor del tribunal. Dillon, Simond y sus auxiliares tenían que apoderarse de las llaves del Luxemburgo, trasladándose en seguida al Comité de Seguridad general para degollar a sus miembros. Hoy sabemos que el general Sahuguet, primo de d'Espagnac, a la sazón con permiso en el Lemusín, había recibido de Dillon y de d'Espagnac una tarjeta invitándole a regresar a París, con toda urgencia, para cooperar a su liberación. Barras nos informa que varios amigos de Danton, entre ellos el general Brune, le habían prometido presentarse al tribunal con fuerzas armadas para libertarlos. Pero faltaron a la cita.

Providos de la carta de Fouquier y de la denuncia de Laflotte, los Comités delegaron a Saint-Just en la tribuna para describir a la Convención los manejos de los inculcados y obtener la votación de un decreto que permitiese al tribunal separar de los debates a los que resistieran o insultaran a la justicia nacional. El decreto, votado por unanimidad y sin debate, fué llevado la misma noche al tribunal por Vadier en persona.

Al día siguiente, 16 de germinal, Fouquier dió a conocer a los acusados el decreto de la víspera y la denuncia de Laflotte. Se interrogó a los últimos inculcados, o sea los comparsas, y después Fouquier preguntó a los jurados si se creían suficientemente iluminados. Danton y Delacroix protestaron con vehemencia: «¡Vamos a ser juzgados sin ser oídos! ¡Sin deliberación!

¡ Hemos vivido bastante para que sea hora de dormir en el seno de la gloria ! ¡ Que se nos conduzca al cadalso ! » Después se mostraron irrespetuosos con los jueces, quienes, aplicando el decreto, los excluyeron de los debates. Todos fueron condenados a muerte, excepto Lullier, que se suicidó algunos días después en su prisión utilizando un puñal. A creer en las declaraciones hechas en el proceso de Fouquier por los jurados Renaudin y Topino-Lebrun y por el escribano Pâris, Herman y Fouquier entraron en la sala de los jurados durante su deliberación y les comunicaron un documento secreto que determinó la convicción de los que aún vacilaban.

La condena de los Indulgentes y de los bribones no causó en el pueblo ninguna emoción aparente. Fueron conducidos al suplicio en medio de una total indiferencia. ¿ Cómo los franceses, de cualquier opinión que fuesen, podían interesarse por aventureros, que sirviendo o traicionando por turno a todos los partidos no habían trabajado más que para incrementar su fortuna personal ? La misma Convención termidoriana, rehusó rehabilitar a Danton, Delacroix, Fabre d'Eglantine, Chabot, Basire y Delaunay.

CAPÍTULO XII

La reorganización del Gobierno revolucionario

Una vez abatidas las facciones, los Comités quedan desembarazados por unos meses de toda molesta oposición. La Convención, tan murmuradora antes, presta ahora su asentimiento a todo lo que le proponen. Los más importantes decretos son votados casi sin discusión. Los diputados se callan y no toman iniciativas. El vacío de las sesiones es tal, que ha de llenarlo un secretario analizando con extensión la correspondencia. Entonces comienza verdaderamente la dictadura gubernamental.

Se depuran las autoridades parisienses, que se constituyen a base de hombres fieles (Payan, Moine y Lubin en sustitución de Chaumette, Hébert y Réal; después Lescot-Fleuriot en sustitución de Pache). Las nuevas autoridades son dóciles, pero por su carácter de funcionarios ya no representan al pueblo. Las sociedades populares de las secciones, que se habían multiplicado en el verano de 1793, incurrían en hacerse sospechosas de contener buen número de aristócratas frígidos y desaparecen en floreal, por la presión de los jacobinos, que les retiran la afiliación. Fuera de las tribunas de las secciones, abiertas dos veces por década, sólo subsiste una tribuna libre: la de los jacobinos. Pero ésta, vigilada estrechamente, es ocupada generalmente

por funcionarios del Tribunal revolucionario o de las administraciones. La nueva burocracia terrorista lo invade todo. El abuso es tan notorio que Dubois-Crancé propone excluirla de los clubs. Pero su carta, leída en los Jacobinos el 13 de germinal, provoca un serio alboroto. Su autor es denunciado inmediatamente al Comité de Salud pública como Indulgente y desorganizador. Los Comités y, sobre todo, Saint-Just, comprenden el mal, pero son sus prisioneros. ¿Qué quedaría en los clubs si se arrojase de ellos a los funcionarios? La base del régimen se estrecha a medida que va concentrándose.

La Prensa, aun tan viva y apasionada antes de germinal, pierde toda su independencia. No hay más que hojas oficiales y oficiosas, y, éstas, más o menos subvencionadas. Han muerto tantos periodistas por delitos de opinión que los que quedan conocen el valor de la prudencia. En cuanto a los espectáculos, sólo se representan obras patrióticas debidamente autorizadas.

Los Comités gobiernan, pues, sin aparente obstáculo. Pero no se forjan ilusiones. Saben lo que se oculta bajo aquel silencio. « La Revolución se ha helado — escribe Saint-Just en sus *Instituciones* —, todos sus principios se han debilitado y ya no quedan más que los gorros fríos llevados por la intriga. El Terror ha herido al crimen, como los licores fuertes castigan al paladar. »

¿Qué harán los gobernantes con su omnipotencia tan caramamente conquistada? Acuden, ante todo, a lo más urgente. El ejército revolucionario de Cromwell-Ronsin les asusta. Y el 7 de germinal lo suprimen. Tres ministros han resultado comprometidos con las facciones: Bouchotte con los « ultra » y Deforgues y Paré con los « citra ». Carnot hace suprimir los ministros, que han de ser reemplazados por 12 Comisiones ejecutivas compuestas, cada una, de dos a tres miembros y concebidas según el tipo de las dos Comisiones ya existen-

tes : la de subsistencias y la de armas y pólvoras. Mientras los dantonistas reclamaron esa medida, el Comité se opuso con insistencia. Una vez los dantonistas ante el tribunal, el Comité la hace suya y no hay nadie que señale sus contradicciones.

Los representantes habían seguido en los departamentos políticas muy diferentes, a menudo, e incluso opuestas. El 30 de germinal, el Comité llama a 21 de una vez. Querría administrar solamente por medio de los agentes nacionales, que están en su mano. Saint-Just, apasionado por la unidad, escribía en sus *Instituciones*: « Es preciso examinar el sistema de las magistraturas colectivas, como municipios, administraciones, comités de vigilancia, etc., y ver si la atribución a un magistrado único de las funciones de esos cuerpos no sería el secreto del sólido establecimiento de la Revolución. » Pero los tiempos no habían madurado para Bonaparte, con sus prefectos y alcaldes. Saint-Just confió solamente a sí mismo su íntimo pensamiento.

El Comité quiso, por lo menos, quitar a los representantes la principal de las atribuciones de su poder revolucionario: la que les permitía instituir tribunales excepcionales. El decreto del 27 de germinal, dado según informe de Saint-Just, ordenó que los inculcados de conspiración sólo serían juzgados en París por medio del Tribunal revolucionario. El decreto del 19 de floreal propuesto por Couthon, suprimió expresamente los tribunales y comisiones revolucionarias creadas por los representantes. El Comité se reservó, sin embargo, conservar excepcionalmente algunos de ellos, como el tribunal organizado por José Lebon en Cambrai, detrás del frente Norte, la comisión que funcionaba en Noirmoutiers, etc.

El Comité no trata de atenuar el Terror, sino concentrarlo bajo su inmediata vigilancia. Se indigna y amenaza cuando circula en París el rumor, después del

arresto de Hébert, de que iban a desaparecer los bustos de Marat y Chalier. Para tranquilizar a los terroristas, hiere con vigor a sus perseguidores. Fouché es llamado para castigarle por haber incluido en la represión del hebertismo a los amigos de Chalier (7 de germinal). El Comité ordenó la reapertura del club de Lyon, cerrado por Fouché. Una orden de puño y letra de Robespierre suspende todas las persecuciones contra los patriotas lioneses acosados durante el sitio. Cuando Fouché vuelve a París y se justifica ante los Jacobinos, Robespierre se pone en guardia contra su exposición (19 de germinal).

Lo mismo ocurre en otras partes, como Sedán, Lons-le-Saunier, Lille, etc. Los patriotas son protegidos y se intensifica la represión contra los enemigos del régimen. El decreto del 27 de germinal aleja de París, las plazas fuertes y las ciudades marítimas a todos los exnobles y los súbditos de las potencias enemigas que no tuvieran un permiso especial para permanecer allí. Para juzgar a los contrarrevolucionarios de Vaucluse, el Comité organiza, el 21 de floreal, la terrible Comisión de Orange, que juzga sin jurados y condena a muerte en 42 sesiones a 332 personas de 521 acusados. Aprueba el acto de Maignet de incendiar el pueblo contrarrevolucionario de Bédoin, donde ha sido cortado el Árbol de la Libertad y no ha podido encontrarse ningún testigo republicano.

El Comité ha implantado el Terror, pero también la Virtud, su correctivo. Procede duramente contra los revolucionarios prevaricadores. Maignet, en Vaucluse, descubre una inmensa banda negra, emboscada en las administraciones para saquear los bienes nacionales. Sabe que sus predecesores Rovère y Poulitier han protegido a esos ladrones ocultos bajo el gorro frigio. No vacila en atacar a su jefe Jourdan Coupe-Tête, en favor del cual Tallien intenta inútilmente conmover a los jacobinos (16 de floreal). Jourdan sube al cadalso. Ysa-

beau, que continúa en Burdeos los procedimientos del concusionario Tallien, es llamado el 25 de floreal. Bernardo de Saintes, de dudosa reputación en Montbéliard y Dijon, sufre la misma suerte el 15 de germinal. ¡ Un aviso para los restos impuros de la facción dantonista ! El Comité honra la virtud con algo más que palabras.

Espera conciliarse así a la opinión pública. No quiere que sus agentes hagan temblar a las masas. « Es preciso — dice Saint-Just el 26 de germinal — que restablezcáis la confianza civil. Es preciso que hagáis comprender que el Gobierno revolucionario no significa la guerra o el estado de conquista, sino el tránsito del mal al bien, de la corrupción a la probidad. » Los ciudadanos inofensivos deben ser protegidos contra los abusos de poder e incluso contra los excesos de celos. En el Oeste, los representantes han prolongado la *chuanería*, por medio de sus infernales columnas que sin distinción quemaban las propiedades de los rebeldes y las de las gentes pacíficas ; el Comité los llama. Rossignol, que era invulnerable mientras fué atacado por los Indulgentes, es destituido el 8 de floreal. Turreau, que ha ejecutado las devastaciones, y todos sus lugartenientes son retirados del ejército del Oeste el 24 de floreal, y el 4 de pradiel una nueva orden pone fin al sistema de exterminio para sustituirle por un método de declaración y censo de los habitantes y las cosechas.

Foussedoire, en el Alto Rhin, quiere forzar a los alsacianos a cambiar su numerario por asignados. Pide permiso para instituir un tribunal revolucionario y multar a los ricos. Como respuesta es llamado el 12 de pradiel. Foussedoire no ha comprendido que el Terror se reserva ahora únicamente para los conspiradores, pero debe desaparecer para todos los que no conspiran.

Los procedimientos hebertistas han agravado la miseria. El Comité los desaprueba y reprime. Procura tranquilizar a los comerciantes. El decreto del 12 de

germinal suprime a los tan detestados comisarios de acaparamientos y dulcifica la ley de acaparamiento en sus penalidades y exigencias. Únicamente los mayoristas quedan sujetos a la declaración y control. Las zonas de abastecimiento son suprimidas el 6 de pradiel, salvo para los cereales y forrajes. La Comisión de subsistencias anima la exportación de mercaderías de lujo, asocia los negociantes a su acción, les garantiza contra las denuncias, les confía misiones en el extranjero y se esfuerza en constituir créditos de cambio para pagar sus adquisiciones. Sin duda el Comité mantiene la reglamentación y las tasas. Controla todo el comercio exterior por medio de sus agencias y la flota comercial requisada. Pero adquiere más elasticidad legislativa e inaugura una política de producción. Anima a los industriales por medio de indemnizaciones y recompensas, y a los comerciantes, con créditos. La miseria se atenúa.

La mano de obra es la que causa más graves preocupaciones. El llamamiento de la primera conscripción ha disminuído los brazos disponibles, justamente en el momento en que la multiplicación de los talleres y fábricas que trabajan para el Ejército hace que la demanda sea diez veces mayor. Los obreros se aprovecharon para elevar sus salarios generalmente en mayor proporción que el coste de la vida. El establecimiento del máximo de los salarios descontentó, ciertamente, al conjunto de la clase obrera. Pero sobre todo a los numerosos trabajadores de las fabricaciones de guerra, que estaban sometidos a una disciplina rigurosa y que no podían desfigurar la ley tan fácilmente como los trabajadores libres. Para ellos era demasiado fuerte la tentación de igualar el salario oficial al salario libre. En París los simples peones, recaderos, cocheros y aguadores se hacían pagar de 20 a 24 libras por día, en tanto que el obrero especialista de primera clase de las manufacturas de armas ganaba escasamente

16 libras; el de segunda clase, 8 libras y 5 sueldos, y el más inferior, 3 libras. Por lo tanto, no es sorprendente que los obreros de las fabricaciones de guerra, muy numerosos en París, vivieran en una agitación, por decirlo así, permanente. El Comité, que tenía necesidad apremiante de sus servicios, mejoró sus salarios, y les permitió nombrar delegados para discutir con sus agentes; pero nunca quedaron satisfechos, porque había una distancia muy grande entre sus exigencias y las prescripciones legales. El Comité comprendía que en caso de ceder en el máximo de los salarios, se vería obligado también a ceder en el máximo de los géneros, y todo el edificio económico y financiero que levantó tan penosamente se vendría abajo. Tomó, pues, respecto a la clase obrera, una actitud de resistencia. Si a veces cedió, fué de mala gana, y el nuevo Ayuntamiento le imitó. Payan, en su nombre, sermoneó a los obreros libres que se coligaban (v. sesiones del Ayuntamiento del 2, 13, 16 de floreal, etc.). Fué preciso suspender los trabajos iniciados por el departamento de París, porque los peones, a quienes sólo se quería pagar 48 sueldos, reclamaban 3 libras y 15 sueldos, y los carpinteros, de 8 a 10 libras (9 mesidor, Arch. nac. F.¹⁰ 451).

☞ Parece ser que el levantamiento obrero fué general en todo el país. Las negativas a trabajar fueron tan frecuentes que Barère tuvo que hacer votar, el 15 de floreal, un decreto por el cual se requisaba a cuantos contribuyeran a la manipulación y transporte de las mercancías de primera necesidad, y amenazar con el Tribunal revolucionario a los que hicieran una coalición criminal contra las subsistencias del pueblo.

« El régimen del máximo — observa bien M. G. Le-febvre — era propio para desarrollar en el proletariado el espíritu de clase y de solidaridad. Oponía los propietarios a los asalariados. » Aun hacía más. Tendía a la ruina de los pequeños comerciantes y artesanos, em-

pujándoles hacia el proletariado. Los panaderos, por ejemplo, que recibían la harina oficial, no eran más que empleados municipales. Saint-Just, que quería entregar los bienes de los sospechosos a los pobres, se daba cuenta de que el problema financiero dominaba al problema social. Hubiera querido retirar de la circulación al asignado, llaga mortal de la República, de donde provenían la vida cara, el agiotaje, las tasas que llevaban el hambre a las ciudades, las confiscaciones que amotinaban a los que algo poseían. ¿Pero cómo prescindir del asignado cuando era, por así decirlo, el único recurso del Tesoro? En floreal se elevaban los gastos a 283 419 073 libras contra 44 255 048 libras de ingresos; en mesidor, a 265 millones contra 39 millones. La circulación se inflaba sin cesar. El 26 de floreal era de 5 534 160 385 libras, y no obstante las tasas que mantenían el curso forzoso, no obstante el cierre de la Bolsa y el decreto del 21 de pluvioso, que fijaba los cambios a un tipo uniforme, la moneda republicana se depreciaba lentamente. Cambon se esforzaba en economizar sobre la Deuda. Lo mismo que el año anterior había creado el libro de la Deuda pública, para cambiarla por títulos nuevos y republicanizar así la Deuda perpetua del antiguo régimen; ahora liquidaba, por la ley del 23 de floreal, la Deuda flotante, la unificaba y reducía, aun a riesgo de que chillaran sus poseedores, ya sumamente perjudicados por la depreciación de los asignados que recibían en pago de sus rentas. Robespierre pensaba que Cambon aumentaba el número de los enemigos de la República.

Campe sinos agotados por las confiscaciones, obreros extenuados por la crónica falta de alimentación y obsesos por la conquista de un salario que la ley les rehusaba, comerciantes semiarruinados por las tasas, rentistas despojados por el asignado, todos estos elementos, bajo aparente calma, dejaban fermentar un profundo

descontento. Sólo se aprovechaban del régimen el numeroso rebaño de agentes de la nueva burocracia y los fabricantes de guerra.

Los gobernantes no se forjaban ninguna ilusión. Intentaron un supremo esfuerzo. De todos modos fundarían esa República en la que habían puesto su fe y que amaban tanto más cuanto más insegura la sentían en el mañana. Recordaban que la monarquía había sido quebrantada por el levantamiento de los humildes impulsados por el hambre.

La aplicación de las leyes de ventoso, que distribuían la fortuna de los sospechosos a los pobres descamisados, exigía una amplia investigación que duraría varios meses. Barère anunció, el 22 de floreal, que los Comités revolucionarios habían remitido ya 40 000 decisiones sobre los detenidos. Pero aun había que formar 300 000 expedientes. Barère se prometía que en menos de seis semanas estuviera hecho el cuadro de la población menesterosa. Jamás lo estuvo, y eso que el Comité creó con ese objeto una oficina de indigentes. Barère, a pesar de su optimismo, señalaba la mala voluntad de ciertos Ayuntamientos para ejecutar la ley. Se hizo circular el rumor de que el Comité deportaría a la Vendée a los indigentes inscritos. Mientras llegaba el fin de la investigación, el Comité instituyó, el 22 de floreal, el Libro de la Beneficencia Nacional, donde figuraron los indigentes enfermos e inválidos, para obtener graduales socorros y asistencia en caso de enfermedad. Una orden del Comité, de fecha del 5 de pradiar, distribuyó a los mendigos enfermos e inválidos de la ciudad de París un socorro de 15 a 20 sueldos diarios. Pero en el resto del país, las páginas de ese benéfico libro se abrieron muy lentamente y sobrevino el 9 de termidor antes de que la ley hubiese sido ejecutada. Esas medidas parciales no eran más que un prólogo en el espíritu de los gobernantes. « Ni ricos ni pobres — es-

cribia, Saint-Just —... La opulencia es una infamia.» Tenía en proyecto que el Estado fuese heredero de todos los que muriesen sin parientes directos; la supresión del derecho de testar, y la obligación de todos los ciudadanos de dar cuenta anualmente del uso de su fortuna. También quería, para retirar los asignados de la circulación, que pesara un impuesto especial «sobre todos los que hayan regido los negocios y trabajado a sueldo del tesoro público». Proyectos que no pasaron de sueños y que chocaron no sólo con el espíritu individualista de su tiempo, sino con las necesidades creadas por la guerra. ¿Cómo hubiera podido el Comité practicar resueltamente una política de clase, cuando después de germinal procuraba tranquilizar a todos los intereses? Las masas analfabetas y miserables hacia quienes inclinaba su solicitud, eran para él más bien una carga que un apoyo. Eran meras espectadoras de unos acontecimientos que no comprendían. Toda la política gubernamental, en el fondo, basábase en el Terror, que sólo la guerra hacía soportar. Pues bien, el Terror arruinaba en las almas el respeto al régimen.

El Comité concentra su principal esfuerzo en la joven generación. Barère declara, el 13 de pradiar, que es preciso revolucionar a la juventud como se ha revolucionado a los ejércitos. Inspirándose en la feliz experiencia de la «Escuela de Armas», que, en ventoso, ha formado en tres décadas por medio de cursos apropiados a la fabricación de pólvoras, cañones, etc., jóvenes venidos de toda Francia y distribuidos luego como contramaestres en los diversos talleres, instituye la Escuela de Marte destinada a dar una preparación a la vez militar y cívica a 3000 adolescentes elegidos por mitades entre los hijos de los pequeños cultivadores y artesanos y entre los hijos de los voluntarios heridos en los combates, a razón de seis por distrito. La

Escuela de Marte debería funcionar bajo tiendas de campaña, en la llanura de Sablons.

Se proyecta crear una Escuela Normal del mismo tipo, para formar profesores y preceptores animados de la nueva fe; pero esa escuela no tendrá realización hasta después de termidor. Entretanto, se hace un sincero esfuerzo para aplicar la ley del 5 de nivoso que hace obligatoria la escuela primaria y paga a los maestros por cuenta del Estado. Pero falta personal y las escuelas se abren con lentitud. A fines de 1794 no existen, en mayor o menor número, más que en 180 distritos. Saint-Just quería dotar a las escuelas con los bienes nacionales. Sostenía, en principio, que el niño, antes que a su padre, pertenece a la patria, y trazaba el plan de una educación en común al modo espartano.

Las regiones que opusieron más resistencia a la Revolución fueron aquellas en que el pueblo no hablaba francés: Alsacia, país vasco, Córcega, condado de Niza, Bretaña, Flandes. Barère hizo crear para esos países maestros de lengua francesa designados por los clubs y que no sólo enseñarían la lengua de la libertad, sino que, al mismo tiempo, serían predicadores de civismo. También en este punto y por falta de personal, el decreto recibió una restringida aplicación. Gregoire quiere arrancar los « patois » (dialectos) al mismo tiempo que las lenguas extranjeras, porque « la unidad de idioma es una parte integrante de la Revolución ». En nombre de la Convención, redacta el 16 de pradiel un hermoso manifiesto a los franceses: « Puesto que detestáis el federalismo político, haced abjuración del de lenguaje. »

De este modo se trabaja para el porvenir, pero el presente requiere toda la atención. La cuestión religiosa no está resuelta. Teóricamente subsiste la libertad de cultos; pero de hecho está suprimida en muchas regiones. Muchos representantes han considerado que todos los sacerdotes son sospechosos, los han recluso

cuando no abjuraban y, a veces, incluso han ordenado la demolición de los campanarios. Otros, más tolerantes, han permitido la continuación del culto. El *décadi* trata en todas partes de suplantar al domingo, pero no tiene ganada la causa. Los pueblos que han permanecido piadosos, echan de menos a sus sacerdotes y son hostiles a las fiestas patrióticas. Incluso en los talleres nacionales es difícil hacer trabajar en domingo. Si el cierre de las iglesias hubiese sido simultáneo, es indudable que hubiera estallado una gran sublevación popular, porque en las semanas que precedieron al decreto del 18 de frimario, por lo demás tardíamente promulgado, se multiplicaron los movimientos fanáticos (en Coulommiers, Amiens, Lozère, Alto Loire, Loire, Corrèze, Hérault, Cher, Nièvre, Mosa, Ardennes, etcétera). La efervescencia duró todo el invierno y aun no se había calmado en la primavera. Si no tomó mayores proporciones, fué debido a la misma incoherencia de la conducta de los representantes. No habiendo sido nunca general la persecución, los fieles no tuvieron la idea de ponerse de acuerdo. Cuando les quitaron sus sacerdotes, en numerosas parroquias celebraron « misas ciegas », presididas por el sacristán o el maestro de escuela. En el mismo París el culto no estuvo nunca completamente interrumpido.

El Comité, que al comienzo no había querido ver en la descristianización más que una maniobra del extranjero, no pensó en volver atrás cuando ya la vió casi realizada. Pero quiso depurarla, perfeccionarla, hacerla aceptable a las masas dándole un contenido positivo. Las fiestas decadarias se engrandecieron casualmente. En ellas se celebraba la libertad, la patria y la razón. Había que darles una organización uniforme y una doctrina común. Los hombres de esta época, incluso los más apartados de los dogmas cristianos, incluso ateos como Silvain Maréchal, no creían que el

Estado pudiera prescindir de un credo y un culto. El Estado, como la antigua Iglesia, está encargado de las almas. Faltaría a su deber primordial si se desentendiera de las conciencias. Era preciso ligar la moral política enseñada en las ceremonias cívicas, con una moral filosófica generatriz de las virtudes privadas. Era una convicción general que la fe en Dios era el fundamento de la sociedad.

Al día siguiente de la ejecución de Chaumette, la Convención decretó, el 25 de germinal, que los restos del autor de « La profesión de fe del Vicario Saboyano », fueran conducidos al Panteón. Robespierre fué encargado de presentar el esperado decreto sobre las fiestas decadarias. Lo hizo preceder, el 18 de floreal, de un emocionante discurso que entusiasmó a la Asamblea y al país. Afirmaba que la Revolución, en posesión ahora de una doctrina filosófica y moral, no tendría ya que temer un retorno ofensivo de las viejas religiones positivas. Predijo la próxima desaparición de todos los sacerdotes y la reconciliación de todos los franceses alrededor del culto sencillo y puro del Ser Supremo y la Naturaleza, puesto que, para él, la Naturaleza y Dios se confundían. En adelante, cada *décadi* estaría consagrado a la glorificación de una virtud cívica o social, y la República celebraría, además, los cuatro grandes aniversarios del 14 de julio, 10 de agosto, 21 de enero y 31 de mayo.

Elegido presidente de la Convención, el 16 de pradiel, por unanimidad de votos que jamás fueron tan numerosos (485), Robespierre presidió, con un ramo y una espiga de trigo en la mano, la magnífica fiesta dedicada al Ser Supremo y la Naturaleza, que tuvo lugar el 20 de pradiel, día de Pentecostés, en medio de una inmensa multitud. En toda Francia se celebraron el mismo día análogas fiestas con igual éxito. En todas partes los templos republicanos inscribieron en sus

frontones : « El pueblo francés reconoce al Ser Supremo y la inmortalidad del alma. » Parecía que el Comité había conseguido su fin y había unido a todos los franceses en un común sentimiento de tregua y fraternidad. Los hombres de todos los partidos enviaron a Robespierre su entusiasta felicitación. Boissy d'Anglas le comparó públicamente con « Orfeo enseñando a los hombres los principios de la civilización y de la moral ». Laharpe, el literato en boga, lo aduló en una carta particular. Ateos como Lequinio y Maréchal no fueron los últimos en aplaudir. Por otra parte, muchos católicos se mostraban satisfechos porque se les devolvía a Dios, a falta de sacerdotes. Veían en la cosecha abundante y precoz un signo de que la Providencia protegía a la República. Los últimos oficios celebrados por los sacerdotes desaparecían sin ruido, para dejar su puesto a las misas cívicas. Los sacerdotes sexagenarios o enfermos que hasta entonces disfrutaban de libertad, fueron a su vez recluidos por el decreto del 22 de floreal. En el extranjero la impresión fué extraordinaria. Se creyó verdaderamente — dice Mallet du Pan — que Robespierre iba a cerrar el abismo de la Revolución. Se le creyó tanto más cuanto que en todas partes triunfaban los ejércitos franceses. No se habían oído los sarcasmos y amenazas que algunos diputados habían lanzado al presidente de la Convención durante la misma fiesta del Ser Supremo. No se veía que bajo la brillante decoración de las guirnaldas, flores, himnos, saluciones y discursos, se ocultaban el odio y la envidia, y que los « intereses », siempre amenazados por el Terror y obligados a practicar la « virtud », sólo esperaban una ocasión para tomar su desquite.

CAPÍTULO XIII

Fleurus

La Francia revolucionaria no hubiera aceptado el Terror, de no estar convencida de que era imposible la victoria sin la suspensión de las libertades. Se resignó a la dictadura de la Convención y después a la de los Comités, con la esperanza de que su sacrificio no sería inútil, y no fué engañada, por cierto.

En la primavera de 1794 puede enorgullecerse con el ejército que le ha sido preparado. Es un ejército homogéneo. Ha desaparecido toda diferencia — incluso de uniforme — entre las tropas de línea y los voluntarios. Se inicia la agrupación por brigadas, progresando rápidamente. La media brigada, compuesta por dos batallones de voluntarios y uno de línea, es una unidad fuerte de 3000 hombres, provista de artillería ligera y más móvil que los antiguos regimientos. Una vez depurados los Estados Mayores, la confianza reina a la sazón entre jefes y soldados. Los jefes, muchos de los cuales han surgido de las filas, dan el ejemplo de las privaciones. Duermen en tiendas de campaña y viven como los descamisados. Los antiguos rozamientos entre generales y representantes han desaparecido. Los representantes, elegidos con cuidado, saben, sin brusquedades, hacerse obedecer. Se preocupan del bienestar de las tropas y las inflaman con su ardor cívico. Se co-

locan a la cabeza de las columnas de asalto. La disciplina se restablece de un modo ejemplar en todas partes. Las mujeres que obstruían los campamentos y devoraban las provisiones, son arrojadas, y los proveedores vigilados estrechamente. Todo va reglamentándose, y los inspectores generales, que actúan de dos en dos, acaban con las dilapidaciones. Una vez depurado el Ejército y animado de un ardiente patriotismo, se convierte en un instrumento flexible y dócil entre las manos de Carnot. Sus efectivos han sido duplicados por la primera conscripción, cuyos reclutas, instruidos durante el invierno, se han incorporado en la primavera a los antiguos batallones. Se preparan a actuar 800 000 hombres, adiestrados, encuadrados, aguerridos, llenos de desprecio hacia los mercenarios de la coalición. Ya no temen ser detenidos después de sus éxitos, como Hoche tras Kaiserslautern, por la falta de armas y municiones. Las manufacturas de guerra, febril, pero científicamente organizadas, comienzan a dar su pleno resultado. Sólo la de París fabrica 2699 fusiles nuevos desde el 21 al 30 de ventoso, y repara 1497. Las otras siete manufacturas provinciales producen, más o menos, lo mismo. Gracias a la fabricación revolucionaria del salitre, la inmensa fábrica de pólvora de Grenelle, la más importante de Europa, suministra en promedio de 6 a 8 toneladas de pólvora por día y 20 millares en mesidor.

El Comité siente que la victoria está próxima. Su diplomacia no permanece inactiva; pero sólo se propone fines definidos y accesibles. Primeramente se halla puesta al servicio de las necesidades económicas. La Francia está amenazada por un hermético bloqueo. No puede hacer que vivan sus ejércitos y sus industrias se alimenten más que manteniendo comunicaciones con el resto del mundo. Por consiguiente, procura cultivar la amistad de los suizos, escandinavos, ciudades han-

seáticas, americanos, bereberes, genoveses y turcos. Los agentes del Comité recorren incesantemente Suiza, como Perregaux, Schweizer y Humbert, que arramblan con caballos, ganado, forrajes, telas, hierros, cobres, etcétera. Pasando por Suiza, los géneros de Suabia y la misma Austria toman la dirección de Belfort. Los ingleses, cuya flota domina el Mediterráneo y que acaban de apoderarse de Córcega, se esfuerzan en impedir a los genoveses el abastecimiento de los puertos del Mediodía de Francia y el ejército de los Alpes. El Comité mantiene a Génova en la neutralidad, amenazándola con el ejército que avanza por el Apenino. Para atraer a los hanseáticos, americanos y escandinavos a los puertos franceses del Océano, el Comité pone en libertad a sus navíos embargados o declarados buena presa, paga sus entregas por encima del máximo y les facilita la exportación de mercaderías francesas, como vinos, aguardientes, sederías, café, etc. Envía a los Estados Unidos una importante misión para que compre trigo, pagado por medio de los créditos franceses sobre aquel país desde la guerra de la Independencia. Washington, tranquilizado desde la destitución de Genêt, es invitado a que llame a su embajador en Paris, Morris, de quien el Comité conoce la hostilidad. Accede y designa a Monroe, que no llega hasta el día siguiente del 9 de termidor.

Los navíos neutrales que se dirigen hacia las costas francesas son inquietados por los cruceros ingleses. El Comité alienta al ministro danés Bernstorff a constituir con Suecia y Estados Unidos una liga de neutralidad armada que haga respetar la libertad de los mares. Bernstorff firma un convenio con Suecia. Pero el agente francés en Copenhague, Grouvelle, comete la imprudencia de confiar al correo ordinario los despachos no cifrados que dirige a Paris. Los cruceros ingleses se apoderan de ellos, y Pitt, puesto al corriente de las ne-

gociaciones ya muy adelantadas, usa de amenazas y consigue alejar el peligro. Por otra parte, se halla secundado por el americano Hamilton, amigo de Washington, que teme comprometer a su país con los jacobinos.

Inglaterra, con sus aliados España y Holanda, posee una enorme superioridad naval. Pero el Comité, incluso después de la catástrofe de Tolón, no desespera. Por el vigoroso impulso de Saint-André y Prieur de la Marne, que se instalan en Brest, las nuevas construcciones se prosiguen con ardor, llenando las bajas dejadas por los oficiales de la nobleza, con los de la marina mercante y aumentando la paga de los marineros y obreros de los arsenales para que trabajen noche y día, reprimiendo con severidad la indisciplina, que había hecho grandes estragos, y requisando en Francia todas las materias primas para el sostenimiento de la flota. Al llegar la primavera, la flota concentrada en Brest no sólo es capaz de proteger las costas contra un desembarco que incendiaría de nuevo la Vendée, sino de escoltar los convoyes e incluso de tomar la ofensiva. Entretanto, los corsarios franceses han hecho sufrir al comercio enemigo pérdidas considerables.

Los progresos realizados por el Ejército y Marina franceses admiran y asombran a los observadores neutrales o enemigos. El agente americano William Jackson los describe detalladamente a su amigo Pinckney en un extenso informe fechado en el mes de abril de 1794. Después de pintar los « esplendores » de la Francia revolucionaria, emite ya su temor de que sugestionada por las victorias que predice no se deje arrastrar por una política de conquistas. Por ese tiempo, el perspicaz Mercy-Argenteau dirige a su señor, el Emperador, una profética advertencia (9 de marzo de 1794). Ya no ve modo de salvarse la Coalición más que empleando los procedimientos que han dado éxito a los franceses, y aconseja un llamamiento a la nación alemana.

El Emperador había propuesto a la Dieta, el 20 de enero de 1794, un armamento general de los pueblos alemanes. Pero su proposición no tuvo éxito. Por pasivos que fuesen, los pueblos de la Europa central intuían confusamente que la causa de los reyes no era la suya. No obstante los rigores de la censura, el jacobinismo había encontrado eco. En Hungría, un sacerdote demócrata, Martinovicz, afiliado a los Iluminados de Weishaupt, y un exoficial, Lazcovicz, que detesta el yugo alemán, fundan una sociedad secreta, reclutada entre la burguesía e incluso entre la aristocracia, que aplaude las victorias francesas. El reclutamiento para el Ejército se hace cada día más difícil, y los empréstitos no tienen mejor éxito. Los burgueses cierran sus bolsas. En Prusia, donde la industria es una creación reciente de Federico el Grande, la guerra provoca un intenso paro forzoso. Se agitan los tejedores de Silesia (motín de Breslau de abril de 1794). En ciertos lugares los campesinos rehusan pagar sus rentas señoriales. Esa agitación es un pretexto que utiliza Federico Guillermo para no sumarse al movimiento popular que propone Austria. Los belgas manifiestan tibieza. Las ricas abadías responden débilmente a la petición de subsidios. La guerra contra Francia no es nacional más que en la Gran Bretaña, e incluso allí, sobre todo en Escocia, se sostiene una tenaz oposición, que Pitt sólo puede romper mediante leyes excepcionales y una severa represión.

La Coalición, cuya fuerza reside en el ejército de mercenarios, no ha estado nunca muy unida. En ese momento se halla en vísperas de dislocarse.

Aunque Federico Guillermo parece odiar a los «descamisados», presta atención a los consejeros que le indican que su verdadero enemigo es Austria y no Francia. Exige que sus aliados le reembolsen los gastos militares y amenaza con retirar sus tropas, si no

lo hacen inmediatamente. Thugut rehusa, « hablando físicamente, no tenemos dinero » (1.º de abril de 1794, dirigiéndose a Mercy); pero Pitt, para evitar la defeción prusiana, se compromete a entregar las fuertes sumas exigidas. Holanda imita a Prusia y, sostenida por Inglaterra, reclama de Austria una rectificación de fronteras en los Países Bajos. España vacila. Sus almirantes y generales tienen violentas querellas en Tolón con sus colegas ingleses. Godoy rehusa acordar con Pitt el tratado de comercio que le ha sido sometido. Aranda aconseja la paz y se le destierra de la corte acusado de complot. El dinero inglés es el único cimiento de una coalición que se deshace.

Un golpe inesperado aumenta aún las complicaciones. El 24 de marzo, con una pequeña tropa equipada en Sajonia, Kosciuzsko entra en Polonia y llama a las armas a sus compatriotas. En la sorpresa de Raslovicé derrota a los rusos el 4 de abril y los arroja de Varsovia el 19 y de Vilna el 23. Pero el pueblo polaco no responde. Kosciuzsko, que no se ha atrevido a suprimir la esclavitud y que adula a los nobles porque son los únicos que han respondido a su llamamiento, no consigue reunir más de 17 000 hombres, deficientemente armados. Su arriesgado golpe de mano no obligó ni a prusianos ni a austriacos a retirar un solo soldado del frente francés. En algunas semanas se dispersan las bandas polacas. Pero la cuestión de Polonia, elevándose de improviso entre los dos aliados de Berlín y Viena, acentuó sus latentes desacuerdos.

Las discordias de los Coligados se notan en su plan de campaña y sus operaciones. Hay continuos rozamientos entre los generales, cada uno de los cuales sólo obedece a las órdenes de su corte (Cfs. despacho de Trautmansdorf a Kaunitz, del 19 de mayo de 1794). Los ingleses que tomaron a sueldo al ejército prusiano, querían servirse de él para proteger los Países Bajos

y Holanda. El Emperador se opone porque desconfía de las intenciones de la corte de Berlín, que quiere impedir un desmembramiento demasiado considerable del territorio francés y privar al Austria del fruto de su victoria: «Llamando al ejército prusiano al Mosa, estableciendo con él una estrecha conexión de operaciones recíprocas, es evidente que el Rey permanecería siempre como dueño de suspender los progresos que considerara demasiado rápidos, y detenernos en el momento en que un feliz azar de los acontecimientos nos ofreciera alguna esperanza de llegar a la gran finalidad de debilitar a Francia» (Thugut a Stahrenberg, 1.º de mayo). El ejército prusiano permaneció en el Palatinado frente al Sarre. Coburgo tuvo que contentarse con el pequeño cuerpo de Blankenstein, para defender a Tréveris y asegurar el enlace con los Países Bajos.

Sin embargo, Coburgo recibe la orden de marchar sobre París con todos sus fuerzas. Tiene en su poder a Condé, Valenciennes, Le Quesnoy y la selva de Mormal, o sea las proximidades de la brecha del Oise. Su frente penetra como una cuña en territorio francés entre el Sambre y el Escalda, entre los dos ejércitos republicanos del Norte y los Ardennes. Puede maniobrar por líneas interiores, pero no tiene sus fuerzas en la mano. Ha de contar con el duque de York y el príncipe de Orange, que le han sido agregados. Además, los «descamisados» tienen una superioridad numérica sobre él, que aumenta continuamente. Desde fines de mayo pide refuerzos; pero Pitt los rehusa y aconseja a los austriacos que utilicen a los prusianos, que no les eran gratos. A falta de refuerzos que jamás llegaron, Coburgo recibió la visita del joven Emperador, que vino a procurar dar ánimos a sus tropas con su presencia. Desde mediados de mayo, Mack, como jefe del Estado Mayor de Coburgo, aconsejó a Francisco II que hiciera la paz.

Después de los primeros fracasos, ingleses, holandeses y hannoverianos quieren dejar el gran ejército para acudir en socorro de las amenazadas ciudades de la costa (Waldeck a Thugut, 14 de junio). Decididamente los Carmañolas tenían bien la partida.

Carnot prescribe que los golpes decisivos sean contra Coburgo. Jourdan se ha detenido después de su victoria de Wattignies, como Hoche después de la toma de Worms, y Carnot, cansado de ordenarle en vano la ofensiva sobre Flandes, lo destituye el 20 de nivoso, como dos meses más tarde destituirá a Hoche para castigarle por no haber realizado su ofensiva sobre Tréveris. Pero en tanto que Hoche, que pasa por hebertista, es metido en prisiones, Jourdan es designado el 20 de ventoso para el mando del ejército del Mosa. Pichegru, más flexible, pero más cazurro, fué puesto al frente del ejército del Norte el 17 de pluvioso, siéndole subordinado el ejército de los Ardennes. Tiene en sus manos la tenaza que ha de estrechar a Coburgo entre el Lys y el Escalda. Carnot refuerza sus efectivos. En germinal dispone de más de 250 000 hombres, mandados por lugartenientes que se llaman Marceau, Kléber, Vandamme, Souham, Macdonald. Para estimularlos, son enviados al frente Saint-Just y Lebas, quienes los inflaman con su ardor. Carnot ha recordado a todos los generales sus instrucciones el 11 de pluvioso. « Llevar los grandes esfuerzos al Norte y mediante la ofensiva. Entablar, siempre que sea posible, el combate a la bayoneta. Dar grandes batallas y perseguir al enemigo hasta su completa destrucción. » La ofensiva prevalece no sólo por razones de estrategia. La escasez reina en el interior del país. El 11 de germinal escribe a los representantes del ejército del Norte : « No debo ocultaros que estamos perdidos si no entráis bien pronto en país enemigo para tener subsistencias y efectos de todas clases, porque Francia no puede sostener

por largo tiempo el estado en que se encuentra en este momento... Es preciso vivir a costa del enemigo o perecer. La defensiva nos deshonra y nos mata.» Carnot apremia a Pichegru para que se adelante a los imperiales; pero Pichegru pierde un mes en inspecciones. No ataca hasta el 9 de germinal en dirección a Le Cateau, y es rechazado con pérdidas. Coburgo asedia Landrecies. Todos los movimientos intentados para levantar el sitio de esta plaza fracasan, y Landrecies capitula el 11 de floreal después de cuatro días de bombardeo. Los imperiales poseen una nueva cabeza de puente sobre el Sambre.

Saint-Just y Lebas organizan sin tardanza un campo atrincherado en Guisa, para cerrar el camino de París. Cambrai, estrechado de cerca, cuenta con numerosos monárquicos y Carnot sospecha su traición. Un mes antes Vandamme le ha entregado dos cartas en que le prometían 240 000 libras como precio de su concurso. Saint-Just y Lebas delegan en Cambrai a su colega José Lebon, para poner en movimiento la guillotina contra los enemigos del interior. Luego Carnot ordena a Jourdan que marche en auxilio del ejército de los Ardennes, con todas las fuerzas que pueda sacar de su ejército del Mosela, que ha de quedar a la defensiva tras el Sarre, mientras le llegan refuerzos del Oeste. Carnot prescribe al mismo tiempo a Pichegru una vigorosa ofensiva por sus dos alas; de un lado sobre Courtrai e Ypres y de otro sobre Charleroi. Los republicanos entran en Courtrai el 7 de floreal, el 10 en Furnes y el 29 baten a los imperiales ante Tourcoing, haciendo un botín de 60 cañones y 2000 prisioneros. Por cinco veces el ejército de los Ardennes, arrastrado por Saint-Just, pasa y repasa el Sambre en furiosos combates. Charleroi es, alternativamente, sitiada y puesta en libertad. Pero Jourdan llega. Arroja a los imperiales de Dinant el 10 de pradiel y tres días

después realiza su unión con el ejército de los Ardenues. Los republicanos pasan el Sambre por sexta vez. Charleroi capitula el 7 de mesidor. Coburgo, que acude en socorro de la plaza con el gran ejército, intenta al día siguiente arrojar a los republicanos de las posiciones fortificadas que han preparado en un frente de 30 kilómetros en un arco de círculo del Sambre al Mosa. Sus cinco columnas de asalto son rechazadas a la izquierda por Kléber, a la derecha por Marceau y Lefebvre, en el centro por Championnet y acuchilladas en seguida entre los reductos por la caballería de d'Hautpoul. Los franceses duermen en el campo de batalla de Fleurus y conservan Charleroi.

Ya el ejército del Norte ha tomado Ypres el 29 de pradiar, con 80 cañones y 5800 prisioneros. El 15 de mesidor entra en Ostende. Los dos ejércitos victoriosos de Pichegru y Jourdan comienzan su marcha convergente hacia Bruselas, en la que entran el 20 de mesidor. Amberes y Lieja caen el 6 de termidor.

No transcurre semana sin que una Carmañola de Barère celebre ante la Convención nuevos éxitos en todas las fronteras: El 5 de floreal Badelanne recobra el San Bernardo a los piamonteses; el 9 de floreal el ejército de los Aleps toma a Saorgio; el 15 de pradiar el ejército de los Pirineos Occidentales arroja a los españoles del campo de los Aldudes; el 1.º de pradiar es la toma del Mont-Cenis, y el 9 del mismo mes se recobran Colliure, Saint-Elne, y Port-Vendres por el ejército de los Pirineos Orientales, etc.

Saint-André y Prieur anuncian el 25 de pradiar que el gran convoy de trigo que se espera de América ha llegado a Brest. La flota francesa de Villaret-Joyeuse, para proteger el paso, ha librado con la escuadra inglesa de Howe, el 9 de pradiar, un violento combate, en el que se ha hundido el *Vengador del Pueblo*, al grito de: ¡ Viva la República! Los ingleses han experimenta-

do tales pérdidas que no han perseguido a los franceses, teniendo que volver a sus puertos.

Sin duda, los dos ejércitos del Rin y el Mosela sufrieron un rudo asalto a comienzos de pradial. Moellendorf con sus prusianos arrojó a los franceses de Kaiserslautern. Pero Hentz y Goujon, enviados a toda prisa, piden a toda costa la victoria o la muerte. El 14 y el 15 de mesidor, los dos ejércitos franceses vuelven a emprender simultáneamente la ofensiva, bajo el alto mando de Moreaux. Los prusianos, aunque protegidos por las trincheras, son arrojados de Trippstadt por medio de furiosas cargas el 25 de mesidor. Los franceses recobran a Pirmasens y Kaiserslautern.

Al terminar mesidor, la guerra se extiende por el territorio enemigo, al otro lado de los Alpes y de los Pirineos. Augereau invade el Ampurdán, y, entretanto, Muller marcha sobre Fuenterrabía, donde penetra el 14 de termidor. El ejército de Italia, reforzado, se apresta a invadir el Piamonte.

La guerra ha cambiado de carácter. Ya no se trata, como en 1792, de revolucionar los pueblos y de convertirlos en aliados de la República. « Debemos vivir a expensas del enemigo, no entramos en su casa para llevarle nuestros tesoros », escribe Carnot a los representantes el 8 de pradial. El propagandismo ha terminado. J. B. Lacoste y Baudot organizan la explotación metódica del Palatinado. « Agencias de evacuación » expiden a Francia 2000 sacos de grano, 4000 bueyes, un millón de litros de vino, 120 000 raciones de heno, 600 000 raciones de paja, etc.; 80 000 hombres han vivido durante dos meses a expensas de los habitantes, sin perjuicio de las contribuciones de guerra que les son impuestas: 3 millones al ducado de Zweibrücken, 2 millones a Bliescastel, 4 a la bailía de Neustadt, todo en numerario, por supuesto. Las mismas reglas se aplican en Bélgica. « Es preciso despojar

el país — escribe Carnot en 15 de mesidor — y situarlo en la impotencia de suministrar a los enemigos medios para volver... Acordaos que el infame Dumouriez nos hizo dejar allí 1000 millones de nuestra moneda. » Jourdan, jefe del ejército de Sambre y Mosa, nueva denominación del ejército de los Ardennes, recibe en 26 de mesidor la orden de imponer una contribución en numerario de 50 millones sobre Bruselas. Tournai paga 10 millones, etc.

Sin embargo, el Comité no está animado por un espíritu de conquista. Quiere que la guerra alimente la guerra, pero no piensa en anexionarse los países ocupados.

« Marchamos no para conquistar, sino para vencer—había dicho Billaud el 1.º de floreal—; no para dejarnos arrastrar por la embriaguez del triunfo, sino para cesar de atacar en el instante mismo en que la muerte de un soldado enemigo sea inútil a la libertad. » El Comité no quiere perder la República en el militarismo. Cuando Milhaud y Soubrany le proponen conquistar Cataluña y anexionarla a Francia, Couton les responde, en 7 de pradiar: « Nos parece más conforme a nuestros intereses y a nuestros principios tratar de hacer de Cataluña una pequeña república independiente que, bajo la protección de Francia, nos serviría de barrera en la zona donde terminan los Pirineos. Este sistema halagaría, sin duda, a los catalanes, quienes lo adoptarían todavía con mayor entusiasmo que su anexión a Francia... En las montañas debéis llevar nuestros límites hasta el extremo y, por consiguiente, estableceros sólidamente en toda la Cerdaña, tomar el valle de Arán, en una palabra, todo lo que está aquende los montes... Pero Cataluña, convertida en un departamento francés, sería tan difícil de conservar como lo es, actualmente, el antiguo Rosellón. » El Comité, que hace la guerra a los idiomas extranjeros en las provincias conquistadas por la antigua monarquía, no se preocupa de anexionar poblaciones que serían difíciles de asimilar, tanto por el idioma como por las costumbres. Quiere que Francia sea una e indivisible.

En Bélgica, Carnot explica a los representantes de los ejércitos del Norte y del Sambre y Mosa, el 2 de termidor: « No queremos guardar más que aquello que puede asegurar nuestra propia frontera, es decir, a la izquierda toda Flandes occidental y el Flandes holandés, a la derecha el país entre Sambre y Mosa, y en medio solamente lo que se extiende al lado de acá del Escalda y del Aisne, de manera que Amberes y Namur sean los dos puntos de apoyo y que la frontera haga un círculo entrante bien cubierto por los ríos y en el cual no pueda penetrar el enemigo sin encontrarse materialmente envuelto.

Se ve sobre qué bases hubiera negociado el Comité la paz de haber permanecido en el poder cuando fué acordada. Inglaterra hubiera puesto, sin duda, un veto a que Amberes fuera atribuída a Francia. Pero Austria, que no tenía interés en Bélgica, hubiera podido ser indemnizada cómodamente en Alemania mediante las ligeras cesiones que exigía Carnot. Manteniendo invariable la frontera de Alsacia y Lorena, Austria hubiera podido firmar la paz continental al mismo tiempo que Prusia y España, que manifestaban una repugnancia cada vez mayor a continuar la guerra por los intereses británicos.

El 9 de termidor no fué fatal solamente para la consolidación de la democracia en el interior. Prolongó la lucha en el exterior y precipitó a Francia en una política conquistadora que la haría aborrecible para los demás pueblos y, finalmente, la agotaría.

El Comité de Salud pública venció por el Terror. Pero si al probar ese Terror se había mostrado eficaz, es porque los que lo utilizaban permanecían unidos en el común sentimiento de las necesidades nacionales. El día en que, por desgracia, cesase su unión y las pasiones individuales prevaleciesen sobre el bien público, el Terror, deshonado, no sería más que un vulgar puñal utilizado por los indignos para herir a los mejores ciudadanos.

CAPÍTULO XIV

Termidor

El Gobierno revolucionario era una hidra de dos cabezas, puesto que los dos Comités, de Salud pública y de Seguridad general, que lo constituían, tenían en principio iguales poderes y debían unirse para resolver sobre los más graves asuntos. Pero, poco a poco, el equilibrio se rompió en favor del Comité de Salud pública. Billaud y Robespierre no vacilaron en reprochar públicamente al informador del Comité de Seguridad general, Amar, lo insuficiente de su informe sobre el asunto Chabot, e incluso hicieron decretar por la Convención que su Memoria sólo sería impresa después de una necesaria revisión y corrección. Amar, tratado como si fuera un escolar, debió guardar en su corazón un vivo resentimiento, tanto más, puesto que no podía ignorar las no expresadas críticas que sus censores formulaban entre ellos, sobre el modo singular de instruir el grave asunto confiado a él (véase sobre este asunto mi libro *El Asunto de la Compañía de las Indias*). La desconfianza de que era objeto Amar recaía sobre el Comité que lo había elegido como órgano suyo. Desde entonces fueron los miembros del Comité de Salud pública quienes se apoderaron del derecho de hacer las Memorias importantes, incluso cuando se trataba de asuntos propios del Comité de Seguridad

general. Saint-Just aplastó las conspiraciones heberdistas y dantonistas. El mismo Saint-Just informó la trascendental ley del 27 de germinal sobre « la represión de los conspiradores, el alejamiento de los nobles y la policía general », y dicha ley consagraba nuevas ventajas del Comité de Salud pública. Reducido hasta entonces a la administración, obtenía, por el artículo 1.º de la ley, los mismos derechos que el Comité de Seguridad general para buscar a los cómplices de los conjurados y llevarlos ante el Tribunal revolucionario. El artículo 5.º le confiaba, además, « la inspección de las autoridades y agentes del poder público encargados de cooperar en la administración », y el artículo 19 le imponía « exigir severa cuenta a todos los agentes y perseguir a los que sirvieran a las conjuras y volvieran contra la libertad el poder que les había sido confiado ». De este modo, el Comité de Seguridad general perdía la policía del numeroso ejército de funcionarios. El Comité de Salud pública organizó en seguida una oficina de vigilancia administrativa y policía general, cuya dirección fué confiada a Saint-Just, quien fué reemplazado en sus cometidos a veces por Couthon, a veces por Robespierre. Amar y sus amigos de la Seguridad general se quejaron amargamente del « triunvirato », que los había desalojado. Pretendían, faltando a la verdad, por otra parte, que la policía del triunvirato chocaba con la suya. Y comenzó la discordia.

Si en Salud pública se hubiera mantenido la unión, podía haber menospreciado el mal humor del Comité de Seguridad general. Pero los once miembros que lo componían eran personalidades demasiado relevantes, demasiado poseídos del sentimiento de los servicios prestados, para no sufrir con impaciencia que uno de ellos se destacase de las filas y pareciera eclipsar a los demás. Buscándolo o no, Robespierre se había convertido para toda la Francia revolucionaria en el verda-

dero jefe del Gobierno. Su popularidad, que siempre había sido considerable, creció desmesuradamente desde la caída de las facciones, a quienes había atacado frente a frente. Pues Robespierre, carácter de apasionada sinceridad, no siempre cultivaba el amor propio de sus colegas de Gobierno. Severo para él mismo, lo era para los otros. En sus labios eran más frecuentes las reservas y las críticas que los cumplidos. Desde que fué tan cruelmente engañado por sus amistades, no se ligaba a nadie incondicionalmente, y para la mayoría observaba una reserva fría y aislante que podía parecer cálculo y ambición. Veíase incomprendido y sufría. Por una debilidad que descubre bien que no tenía un carácter dominador, hacíase con frecuencia la apología, respondiendo a los secretos reproches que sospechaba, y al hablar así de sí mismo, se prestaba a la acusación de ser ambicioso, lo que constituía su tormento.

Esta fácil y terrible acusación de ambición, desde que fué formulada por los girondinos y repetida por los hebertistas, no dejó nunca de circular entre aquellos que tenían, o creían tener, alguna queja del hombre influyente de quien se exageraba el poder. En tan pesada atmósfera cundía la desconfianza. El áspero Carnot escribía en su informe del 12 de germinal: « ¡ Desgracia para una República en que el mérito de un hombre y una su misma virtud se hagan indispensables ! » Y el rectilíneo Billaud, repetía como un eco el 1.º de floreal: « Todo pueblo celoso de su libertad debe estar en guardia incluso contra las virtudes de los hombres que ocupan puestos destacados. » Carnot no insistió. Billaud, como si estuviese próximo el peligro, se ocupó extensamente de los tiranos de la antigua Grecia: « El perverso Pericles se sirvió de los colores populares para ocultar las cadenas que forjó para los atenienses; hizo creer, durante mucho tiempo, que no subía a la tribuna sin decirse a sí mismo; « Piensa que

«vas a hablar a hombres libres»; y ese mismo Pericles, cuando consiguió apoderarse de una autoridad absoluta, se convirtió en el más sanguinario de los déspotas. » Más de un oyente entendió que Billaud aludía a Robespierre.

En apariencia, la Convención estaba muda, pero se fraguaban las intrigas. Los procónsules sustituidos por sus exacciones se inquietaban por el decreto que ponía en discusión su virtud y probidad. Como aliados tenían a todos los colegas que habían tenido concomitancias con los complots hebertista y dantonista, y que también tenían miedo de ser enviados a Fouquier-Tinville. Poco a poco se iba formando una oposición subterránea que tenía por móvil y cimienta el miedo. Si Robespierre hubiese sido ambicioso, tenía magnífica ocasión para crearse adictos entre esos temerosos que buscaban su protección. Fréron, Barras, Tallien, Fouché, los que habían de ser sus más temibles enemigos, le visitaban y escribían cartas suplicantes. Dándoles seguridad, podía tenerlos a sus pies y ligarlos a su suerte. Pero los rechazó con desprecio. Es más: no ocultó que procuraría su castigo. Con sus crímenes habían manchado el Terror y dado odiosa fisonomía a la República. Y Robespierre, que deseaba con toda su alma fundar una verdadera democracia, estaba convencido de que no lograría reunir a la dispersa opinión más que por medio de grandes ejemplos. Los miserables que habían abusado de los poderes ilimitados que les fueron confiados para defender la Salud pública, no debían ser situados por encima de la justicia revolucionaria. Ésta no tenía derecho a ser terrible más que siendo una justicia distributiva e imparcial, hiriendo por igual a todos los culpables, lo mismo a los más poderosos que a los más humildes.

Los procónsules destituidos pedían la aprobación de sus actos. La Convención los envió a los dos Comités.

Robespierre no sólo rehusó absolver a los más comprometidos, sino que quiso llevar a cuatro o cinco de ellos ante el Tribunal revolucionario.

De creer a las apologías presentadas después de termidor por los miembros sobrevivientes de los Comités, éstos habrían accedido primeramente al arresto de Alquier; pero volviendo en seguida de su acuerdo acordaron en principio no consentir el arresto de ningún diputado. Por el contrario, Barras pretende, en una página autógrafa de sus Memorias, que Robespierre rehusó firmar una lista de 32 diputados que debían ser detenidos y que esa lista había sido preparada por el Comité de Seguridad general. Robespierre declaró al mismo tiempo, en los Jacobinos, que por malevolencia se le imputaban listas de proscripción en las que no tenía arte ni parte. De esas contradicciones entre los testimonios cabe inferir que las desavenencias tenían una causa específica. No se detuvo a nadie porque no hubo acuerdo sobre los nombres de las personas que era preciso detener.

Pero lo cierto es que los convencionales amenazados creyeron, con razón o sin ella, que Robespierre era su más peligroso adversario. Éste recibió numerosas cartas anónimas en que era amenazado de muerte. Legendre y Bourdon de l'Oise declararon, después del proceso de los dantonistas, que habían sido invitados para herir a Robespierre en plena Asamblea. Esos proyectos de asesinato no eran una simple maniobra para intimidar. Barras y Merlin de Thionville salían siempre armados. Con los más atrevidos se reunían en el café Corazza o en casa de Doyen, en los Campos Elíseos, donde iba a reunirse con ellos Courtois. Tallien, muy exaltado, ocultaba un puñal bajo sus vestiduras.

El 3 de pradiar, una orden del Comité de Salud pública, de puño y letra de Robespierre, ordenó la detención de Teresa Cabarrús. El mismo día Robespierre fué acechado a la salida del Comité, durante varias horas, por un tal Admiral, expleado de la lotería real, que había participado en la defensa del castillo el 10 de agosto, formando parte del batallón de Filles Saint-Thomas. Como Admiral no consiguiera encontrar

a Robespierre, a quien quería matar, descargó la misma tarde su pistola contra Collot d'Herbois, al que falló, pero alcanzando a un cerrajero, Geoffroy, que se había precipitado en socorro del representante. Cuando aun no se había calmado la emoción producida por esa tentativa de asesinato, se supo que el 4 de pradiar, por la noche, una joven de 20 años, llamada Cecilia Renault, se había presentado en casa Duplay pidiendo con insistencia ver a Robespierre. Detenida, y como se le hallara un cuchillo y un cortaplumas, respondió que derramaría toda su sangre por tener un rey y que había ido a casa de Robespierre « para ver cómo era un tirano ».

Mientras se dirigían millares de felicitaciones a Collot y Robespierre por haber salido indemnes de las maquinaciones de Pitt, Tallien, con Fouché y sus amigos, trabajaba hábilmente a la Prensa y la opinión.

En su informe sobre el atentado, Barère citó una frase de una carta interceptada a un inglés, donde se decía: « Tememos mucho la influencia de Robespierre. Cuanto más concentrado sea el Gobierno republicano francés — dice el ministro (Pitt) —, será más fuerte y más difícil de derribar. » El *Monitor* y el *Bulletin* de la Convención dijeron que esa frase había sido escrita por un agente del Comité. Barère tuvo que rectificar al día siguiente: « Se ha aislado a un miembro del Comité, se ha querido centralizar el Gobierno en la cabeza de uno solo de sus miembros, cuando se ejerce por todos los miembros del Comité. De ahí podrían deducirse los más peligrosos errores, pudiendo creer que la Convención ya no existe ni es nada, y que los ejércitos sólo se baten por un hombre a quien debemos más justicia. Ese hombre es puro. » Esa rectificación atrajo la atención enojosamente sobre el lugar preponderante de Robespierre, prestándose a toda clase de comentarios, tanto más cuanto que el mismo Barère leía a continuación extractos de los periódicos ingleses, en los que se llamaba a los soldados franceses « los soldados de Robespierre ». Tallien no debía estar descontento de Barère.

La intriga se desarrollaba tanto en los Jacobinos como en la Convención. El 6 de pradiar, un antiguo agente de Danton, llamado Rousselin, más tarde secretario de Barras, proponía insidiosamente que para

garantizar la vida de los miembros del Comité de Salud pública se rodeasen de una guardia personal, y que al valiente Geoffroy se le concedieran honores cívicos en el curso de la anunciada fiesta al Ser Supremo. Robespierre atisbó la celada y se indignó de que se quisiera atraer sobre él la envidia y la calumnia colmándole de honores superfluos, aislándole para hacerle perder la estimación. Hizo borrar a Rousselin de los Jacobinos.

Rousselin no era más que un instrumento manejado por otros. La víspera de la sesión de los Jacobinos, el 5 de pradiar, un diputado que se había comprometido a fondo con Bourdon de l'Oise por sus ataques contra el Comité, Lecointre, negociante de profesión y sobre el que pesaba la acusación de un acaparamiento de carbón y de sosa, redactaba y hacía firmar a ocho de sus colegas una acta de acusación contra Robespierre, que no se hizo pública hasta el día siguiente de la jornada de temidor, pero que Lecointre hizo circular tapadamente. Los nueve bravos se habían comprometido a inmolar a Robespierre « en pleno Senado ». El dantonista Baudot nos dice que uno de los firmantes, Thiron, le dió cuenta del documento y trató, por otra parte en vano, de hacerle entrar en el complot.

Encuentro probable que Robespierre conociese al instante los manejos de Lacoingt y Tallien y que sospechase que habían armado el brazo de los asesinos. El 7 de pradiar, en ardiente improvisación, respondió desde la tribuna de la Convención a las acusaciones que se murmuraban contra él: « ¿Queréis saber — dijo — quiénes son los ambiciosos? ¡Examinad quiénes son los que protegen a los bribones, alientan a los contrarrevolucionarios, excusan todos los atentados, desprecian la virtud y corrompen la moral pública! » « Mientras exista esa impura raza, la República será desgraciada y precaria. Debéis libertarla por medio de una imponente energía y un concierto inalterable... Los que procuran dividirnos, los que detienen la marcha del Gobierno, los que lo calumnian cada día con discursos e insinuaciones péfidas, los que buscan formar contra él una peligrosa coalición de todas las pasiones funestas y de todos los intereses opuestos al interés público, son enemigos nuestros y de la patria. Son agentes del extranjero. » Inútiles llamamientos. El Comité de Seguridad general se había

inclinado ya hacia Lecointre, Tallien y Fouché, que así se informaban en seguida de cuanto se discutía en el seno del Gobierno. Fouché consiguió ser designado presidente de los Jacobinos el 13 de pradial.

Robespierre no tardó en proporcionar a sus adversarios un arma de las más peligrosas por su participación en la preparación y voto de la ley del 22 de pradial sobre el Tribunal revolucionario. Sin duda la ley estaba latente desde hacía dos meses, cuando el decreto del 27 de germinal, confirmado el 19 de floreal, había suprimido los Tribunales revolucionarios de los departamentos, concentrado en París a todos los acusados políticos y viendo ya inscritas sus principales disposiciones en el decreto que instituía la Comisión de Orange. Pero el Comité de Seguridad general, a quien ya le había sido arrebatado el informe sobre los dos decretos del 27 de germinal y el 19 de floreal, pudo ofuscarse legítimamente de que ni aun se le consultara sobre el nuevo decreto que fué presentado por Couthon. Para apartar de semejante deliberación al Comité de Seguridad general, que tenía la inmediata vigilancia del Tribunal revolucionario, es indudable que Robespierre y Couthon tuvieron graves razones. Su máxima idea, expresada en los decretos del 8 y el 13 de ventoso, era que el Terror sirviese para desposeer a los aristócratas, cuyos bienes serían distribuidos a los pobres. Saint-Just hizo inscribir en el decreto del 27 de germinal un artículo que ordenaba para el 15 de floreal el establecimiento de « comisiones populares » encargadas de hacer una selección entre los detenidos y formar la lista de aquellos a quienes les debían ser confiscados los bienes después de la deportación o condena a muerte por el Tribunal revolucionario. Pues bien, ninguno de los dos Comités se apresuraron a constituir esas Comisiones de las que iba a depender la nueva revolución social. El decreto del 23 de ventoso había

previsto seis Comisiones. Las dos primeras no fueron creadas, por una orden de Billaud-Varenne, hasta el 25 de floreal, para actuar en las prisiones de París. Los miembros de los antiguos Comités, cuando responden a Lecointre después de termidor, considerarán un timbre de honor el haber retrasado cuanto pudieron la constitución de las Comisiones populares. Explican que las del 25 de floreal fueron instituidas a instancias de Saint-Just y se jactan de haber paralizado la acción, rehusando sistemáticamente sus firmas a las decisiones. Gracchus Vilate, que fué el hombre de Barère, ha dicho con bastante exactitud que una de las causas profundas de la oposición contra el triunvirato fué su programa social. Le parece claro — dice — que si el triunvirato quería proscribir a ciertos diputados, es porque los consideraba « como obstáculos al sistema agrario, a la continuación del terrorismo que era el instrumento ». ¿ Debemos suponer que Couthon y Robespierre, irritados por las lentitudes del Comité de Seguridad general en la aplicación de las leyes de ventoso, e imputándoselo como un crimen, resolvieron forzar las cosas y situarle frente al hecho consumado, sustrayendo a su previo examen la ley de 22 de pradiel? Robespierre reprochará más tarde a ese Comité el reclutar sus agentes entre individuos muy sospechosos; y Dumas precisará en los Jacobinos, el 26 de mesidor, que cuatro aristócratas de su departamento, de los que da el nombre, habían encontrado empleo. Se descubrió, al mismo tiempo aproximadamente, que un individuo que había emigrado cinco veces, desempeñaba un puesto en el Tribunal revolucionario. ¡Había sido colocado por su tío Naulin, uno de los jueces del Tribunal!

Couthon informó, pues, la nueva ley en nombre únicamente del Comité de Salud pública. Se suprimían los defensores, porque dar un defensor al acusado era

procurar una tribuna al realismo y al enemigo, y favorecer al rico a expensas del pobre. « Los defensores naturales y los necesarios amigos de los patriotas acusados son los jurados patriotas; los conspiradores no deben encontrar ninguno. También se suprimía el interrogatorio previo de los acusados. A falta de pruebas escritas o testificales, los jurados podían contentarse con pruebas de indole moral. La definición de enemigo de la Revolución se había ampliado hasta comprender « a los que hubieran procurado extraviar a la opinión e impedir la instrucción del pueblo, a depravar las costumbres y a corromper la conciencia pública... » En fin, se reconstituía el tribunal revolucionario y se aumentaba su personal. Couthon no había ocultado que la ley que proponía era menos una ley de justicia que una ley de exterminio. « El plazo para castigar a los enemigos de la patria no debe ser más que el tiempo que se tarde en reconocerlos; menos se trata de castigarlos que de aniquilarlos. »

Cuando Couthon terminó su lectura, escuchada en absoluto silencio, Ruamps exclamó: « Ese decreto es importante; yo pido que se imprima y se aplace. Si se adopta sin aplazamiento, me saltaré la tapa de los sesos. » Lecointre pidió un aplazamiento indefinido; pero Barère protestó, aun consintiendo en un aplazamiento no mayor de tres días. Robespierre, menos conciliador, reclamó la discusión inmediata: « Desde hace dos meses — dijo — la Convención se halla bajo el hacha de los asesinos y el momento en que la libertad parecía obtener un triunfo ruidoso es aquel en que los enemigos de la patria conspiran con más audacia. » Robespierre tenía aún en sus oídos las amenazas de muerte que Lecointre, Thirion y Bourdon de l'Oise habian proferido contra él la antevíspera, en medio de su triunfo de la fiesta del Ser Supremo. Hizo ver que el aplazamiento parecería el signo de un desacuer-

do entre la Convención y su Comité. « ¡ Ciudadanos ! ¡ Quieren dividiros ! ¡ Quieren espantaros ! » ; y recordó diestramente que había defendido a los 76 girondinos contra los hebertistas. « Nos exponemos a los asesinos aislados para perseguir a los asesinos públicos. ¡ No nos importa morir, pero que la Convención y la patria se salven ! » Los aplausos estallaron y la ley fué votada inmediatamente, casi sin observación.

Pero al día siguiente, Bourdon de l'Oise pidió explicaciones sobre el artículo que daba derecho al acusador público y a los Comités de conducir directamente a los ciudadanos ante el Tribunal revolucionario. « La Convención no ha entendido que el poder de los Comités se extendería sobre los miembros de la Convención sin un previo decreto. » — ¡ No ! ¡ No ! — gritaron de todos lados — y Bourdon prosiguió : « Esperaba esos murmullos aprobatorios. Anuncian que la libertad es imperecedera ». Bernardo de Saintes apoyó a Bourdon, y Merlin de Douai hizo adoptar un texto que mantenía el derecho de la Convención. Los diputados amenazados respiraron. Sólo veían en la odiosa ley lo que les concernía personalmente.

Desesperando de obtener el consentimiento de la Convención para acusar a los procónsules corrompidos que pretendían castigar, Robespierre y Couthon habían incluido deliberadamente en su texto la equívoca disposición que Bourdon de l'Oise había hecho anular. Al día siguiente protestaron con indignación, durante la segunda lectura, del cálculo insidioso que se les atribuía. Reclamaron en términos altivos la supresión de la enmienda que reservaba los privilegios de la Asamblea, como si fuera injuriosa para ellos. Acusaron a Bourdon de intenciones malévolas. Estallaron violentos incidentes. « ¡ Que sepan — exclamó Bourdon — los miembros de los dos Comités, que, si son patriotas, nosotros lo somos como ellos ! » Robespierre denunció a ciertos intrigan-

tes que se esforzaban en excitar a los representantes sustituidos y arrastrar una parte de la Montaña para hacerse un partido. Bourdon le interrumpe: «¡Pido que se prueben esas palabras; se me acaba de decir con bastante claridad que soy un malvado!» Robespierre contestó: «No he nombrado a Bourdon; ¡desgracia para el que se nombre a sí mismo! Si se reconoce en el retrato que el deber me ha obligado a trazar, no está en mi poder impedirlo». Después, volviéndose hacia Tallien, sin nombrarlo, recordó que la antevíspera un diputado, al salir de la Convención, había golpeado, tratándolos de espías, a unos empleados del Comité de Salud pública. «Si los patriotas atacados se hubieran defendido, ya comprenderéis que se hubiera intentado envenenar este asunto y al día siguiente hubieran venido a decirnos que representantes del pueblo habían sido insultados por hombres agregados al Comité de Salud pública.» Robespierre veía en el incidente la prueba de una intriga contra el Comité: «¿Quién ha dicho a los que yo señalo que el Comité de Salud pública tenía intención de atacarlos? ¿Los amenazó siquiera el Comité...? ¡Si conociérais todo, ciudadanos, sabríais que más bien se nos podría acusar de debilidad!» Tallien quiso negar. Robespierre y Billaud lo acosaron. Robespierre dijo: «Trescientos testigos lo han oído. Ciudadanos podéis juzgar de lo que son capaces los que apoyan el crimen con la mentira. Es fácil pronunciarse entre los asesinos y las víctimas.» Billaud afirmó: «La imprudencia de Tallien es extrema. Miente a la Asamblea con increíble audacia.» Couthon y Robespierre obtuvieron el voto que solicitaban. Pero semejante sesión dejó en los corazones huellas indelebles.

No es dudoso que los adversarios de Robespierre realizaron un gran esfuerzo para derribarlo. Un antiguo espía policíaco, Roch Marcandier, que había sido secretario de redacción de Camilo Desmoulin, había

redactado en ese momento un llamamiento a las 48 secciones de París para invitarles a rebelarse contra la dictadura de Robespierre. « Si no existiese ese astuto demagogo, si hubiese pagado con su cabeza sus ambiciosas maniobras, la nación sería libre, cada uno podría publicar sus pensamientos. París no hubiera visto nunca en su seno esa multitud de asesinatos, conocidos vulgarmente con la denominación de « juicios del Tribunal revolucionario. » Marcandier, entregado por Legendre, fué arrestado el 25 de pradial, y en su casa se encontraron panfletos dispuestos para la impresión donde se comparaba a Robespierre con Sila. Robespierre fué advertido por una carta del comisario en la Contabilidad nacional Cellier, el mismo día del arresto, de que Lecointre preparaba contra él una acta de acusación.

Ya fué un hecho significativo que ningún miembro del Comité de Seguridad general tomase la palabra en la discusión de la ley del 22 de pradial. No transcurrieron cinco días sin que el Comité se vengase del desdén que les mostraba Robespierre al dirigirle, por medio del órgano de Vadier, un ataque que debía complicar aun más una situación ya muy tirante. Viejo escéptico y libertino, que no tenía en el corazón más fe que la del ateísmo, Vadier no había perdonado a Robespierre el decreto que consagraba al Ser Supremo. El 27 de pradial fué a denunciar a la Convención una nueva conspiración, obra de fanáticos que se reunían alrededor de una vieja iluminada llamada Catalina Théot, la Madre de Dios, que en su estrecho albergue de la calle Contrescarpe anunciaba a los desgraciados el próximo fin de sus miserias por la llegada del Mesías que había de regenerar toda la tierra. Sobre los más frágiles indicios Vadier mezclaba en la conspiración a un médico del duque de Orleans, Quesvremont-Lamothe, a cierta marquesa de Chastenois y al consti-

tuyente dom Gerle, director espiritual de Catalina. Su fin no era sólo ridiculizar la idea religiosa, impidiendo el apaciguamiento que Robespierre había creído realizar con su decreto sobre las fiestas nacionales, sino, por carambola, al mismo Robespierre. El sumario demostraría que dom Gerle había obtenido de Robespierre un certificado de civismo ; que Catalina Théot contaba entre sus adeptos a la cuñada de Duplay. Los policías que vigilaban en las reuniones de Catalina, la hacían decir que Robespierre era el regenerador Mesías de quien predicaba la venida. Cuando todo esto fuera revelado al Tribunal revolucionario, se derrumbaría el pontifice del Ser Supremo. Se comprende que Vadier recomendase a Lecointre un poco de paciencia.

Pero Robespierre no era hombre capaz de dejarse coger en el lazo de un Vadier. Planteó el asunto ante el Comité de Salud pública, pidió la instrucción a Fouquier-Tinville y arrancó a sus colegas una orden de sobreseimiento el 8 de mesidor. Pero no fué sin trabajo. El receloso Billaud hizo observar que se violaba así un formal decreto de la Convención. La escena degeneró en altercado que trascendió hasta la plaza. El Comité decidió que en adelante las sesiones serian en un piso más elevado para estar al abrigo de oídos indiscretos. Hubo otras escenas los días precedentes y los siguientes. Robespierre no pudo conseguir la sustitución de Fouquier-Tinville, cuyas relaciones con Lecointre conocía.

Ya a comienzos de floreal, Carnot había tenido una explicación muy viva con Saint-Just sobre la detención proyectada por el primero de un agente de pólvoras y salitres. Saint-Just, que estaba personalmente en los ejércitos, no toleraba que Carnot ejerciera en Guerra la dictadura. Ambos se exaltaron y se cruzaron amenazas. Saint-Just reprochó a Carnot que protegía a los aristócratas, cosa exacta. Carnot le desafió, llamándole igual que a Robespierre ; «¡ Sois ridículos dictadores !» Al día siguiente de Fleurus se produjo un incidente más grave aún entre los dos personajes. Al volver Saint-Just del ejército, reprochó a Carnot de haber ordenado, sin

consultarle, a Pichegru que sacase 15 000 hombres de infantería y 1500 de caballería del ejército de Jourdan. Según él, esto constituía una inepta medida que en caso de ser ejecutada hubiera hecho perder la batalla de Fleurus. Levasseur (del Sarthe) que asistió a la disputa, nos dice que fué muy violenta y degeneró en querrela general. De nuevo Robespierre 1.º es considerado como dictador por Billaud y también por Collot. La intervención de Collot se explica, sin duda, porque se sentía solidario de Fouché, con el que había « improvisado el rayo » sobre los rebeldes lioneses, en la llanura de Broteaux. Era imposible perseguir a Fouché sin tocar a Collot. En la sesión del 9 de termidor, Billaud reprochó a Robespierre que hubiera hecho arrestar « al mejor Comité revolucionario de París, el de la sección de la Indivisibilidad ». No me parece dudoso que ese arresto originase vivos debates en el Comité, a principios de mesidor, cuando Robespierre quiso confirmarlo (7 de mesidor). En realidad, los miembros de ese Comité revolucionario habían sido denunciados por concretos motivos por el mismo presidente de su sección, que les acusaba de algunas bribonadas. Robespierre creyó que cuando sus colegas defendían a esos granujas es porque hacían causa común con sus enemigos.

A partir del 15 de mesidor, Robespierre no reapareció en el Comité. Desde esa fecha hasta el 9 de termidor sólo hizo cinco firmas que, sin duda, fueron a buscar a su domicilio. Había sido insultado y tratado de traidor por sus colegas, cuando el puñal de los asesinos estaba siempre levantado sobre él. El 12 de mesidor, el agente nacional Payan transmitía al Comité de Seguridad general el interrogatorio de un aristócrata llamado Rouvière, que se había introducido en casa de Duplay (1), provisto de un cuchillo, un cortaplumas y navajas barberas (Arch. nacional, F.⁷ 3822). Robespierre estaba profundamente amargado. A cada instante, pérfidos periodistas desfiguraban sus palabras o le colmaban de hiperbólicos elogios, más peligrosos que las críticas. Así, el redactor del *Journal de la Montagne*, al dar cuenta de un discurso que había pronunciado el 3 de mesidor en los Jacobinos, agregaba el siguiente comentario : « Cada palabra del orador vale

(1) Residencia de Robespierre. — *N. del T.*

por una frase, cada frase por un discurso, tanto encierra de sentido y energía cuanto él dice ».

Robespierre se refugió en los Jacobinos, último baluarte contra sus enemigos. Desde el 13 de mesidor advirtió al club que había perdido toda autoridad en el Gobierno : « En Londres me denuncian al Ejército como un dictador y las mismas calumnias se repiten en París. ¡ Temblaríais si os dijera en qué lugar ! En Londres se dice que en Francia se inventan pretendidos asesinatos para que yo me rodee de una guardia militar. Aquí se me dice, refiriéndose a la Renault, que se trata seguramente de unos amoríos, y hay que pensar que yo he hecho guillotinar a su amante... Si me forzasen a renunciar a una parte de las funciones de que estoy encargado, aun me quedaría mi calidad de representante del pueblo y lucharía a muerte contra los tiranos y los conspiradores. » ¿ Había calculado que sus colegas aprovecharían esa ausencia para pedir a la Convención que le sustituyese ? ¿ Se reservaba para el debate que habría de entablarse ese día ? ¿ Quería forzar a un ataque descubierto a los Vadier, Amar, Billaud y Collot ? En todo caso se equivocó, porque éstos hicieron como si nada hubieran oído, y sus protegidos — Fouché, Tallien — tuvieron tiempo de conquistar a los vacilantes de la Convención y de asustarles esparciendo el rumor de que Robespierre quería su cabeza y era el único responsable de la sangre que manaba a chorros de la guillotina.

Es el momento del máximo Terror. Desde el 23 de pradiar al 8 de termidor, el Tribunal revolucionario pronuncia 1285 sentencias de muerte y sólo 278 de libertad, en tanto que los 45 días precedentes había pronunciado 577 condenas contra 182 libertades. Con todo, los prisiones se llenaban antes de vaciarse. El 23 de pradiar había en París 7321 detenidos y 7800 el 10 de termidor. Las « hornadas » se sucedían a toda prisa. Se « amalgamaba » a los acusados que jamás se

habían visto. Los soplones de las cárceles, por las más insignificantes palabras, componían a su antojo listas de supuestos conspiradores. Las cabezas rodaban continuamente; como las de 31 exmagistrados de París y Toulouse que habían protestado tiempo atrás de la supresión de los Parlamentos; como los ciudadanos de Verdun que habían acogido demasiado bien a los prusianos en 1792, en número de 35; como las de Lavoisier y los recaudadores generales, «esas sanguijuelas del pueblo», en número de 29; las de Admiral, Cecilia Renault y otros 52, conducidos al suplicio vestidos con camisas rojas, como los parricidas; los conspiradores de Bicêtre en dos grupos de 37 y 36; los 17 habitantes de Caussade que habían llevado luto por Luis XVI, y los conspiradores de la prisión del Luxemburgo, en número de 156. Fouquier-Tinville quería juzgar a estos de una sola vez, ejecutándolos en un inmenso cadalso instalado en la sala de audiencia; pero el Comité le obligó a distribuirlos en tres grupos.

Ante esta orgía de sangre se levantaba la opinión pública. Había pasado el tiempo en que la multitud se apelonaba en los lugares de ejecución como si fuera un espectáculo. Ahora las tiendas se cerraban al paso de los siniestros carros, al sentir cómo rodaban sobre el pavimento. Hubo que cambiar el emplazamiento de la guillotina y alejarla hasta el Trône. El sentimiento público, el hastío de la sangre, sirvieron de mucho al juego de los enemigos de Robespierre. Aprovecharon la tregua que éste les había proporcionado. Y sordamente iban minando el Gobierno revolucionario. Una sección de París, la de la Montaña, decidió el 1.º de mesidor que se abriera un registro donde se inscribieran los que habían aceptado la Constitución de 1793. El registro se cubrió rápidamente con 2000 firmas. Hábil maniobra para pedir que cesase el Terror, mediante la entrada en vigor de la Constitución. La

sección se excusó el 11 de mesidor, ante la Convención, explicando que había sido engañada por intrigantes.

Los nuevos Indulgentes obtenían, como es lógico, gran provecho de las victorias que iban sucediéndose. Para festejar esas victorias se organizaban en las calles comidas fraternales, a las que ricos y pobres aportaban sus vituallas y se tuteaban con igualitaria familiaridad. El rápido éxito de esas fraternizaciones inquietó al Ayuntamiento y al Gobierno. « ¡ Apartemos de nosotros — dijo Payan el 27 de mesidor — a todas esas reuniones con los partidarios del despotismo ! ¡ Fuera de nosotros ese sistema que quiere persuadirnos de que ya no hay enemigos en la República ! » Barère denunció al día siguiente la nueva celada de los aristócratas. Esas comidas llamadas fraternales no eran, según él, más que una « prematura amnistía ». Los aristócratas, alternando con los descamisados, exclamaban : « Nuestros ejércitos vencen en todas partes ; sólo nos queda hacer la paz, vivir como buenos amigos y hacer que cese este Gobierno revolucionario, que es terrible ».

Pero ¿ cómo sostener el Gobierno revolucionario y remitir a la corriente de los Indulgentes y corrompidos, apoyados en la opinión, si los Comités continuaban divididos y Robespierre seguía con su oposición en los Jacobinos ? El rumor de las querellas intestinas de los gobernantes había llegado hasta las provincias, alarmando a los representantes (cartas de Richard, 27 de pradiel ; de Gillet, 23 de mesidor ; de Bô, 3 de termidor, etc.). Ingrand, de paso por París, fué solicitado por Ruamps para que entrase en el complot contra Robespierre ; pero rehusó indignado y predijo que al derribar a Robespierre serían derribados al mismo tiempo el Gobierno revolucionario y la República. Los miembros que componían el Comité de Salud pública, tenían la misma impresión que Ingrand. A fines de

mesidor, sin duda por la influencia de Barère, se esforzaron en aproximarse a Robespierre. Diversas veces Barère sostuvo la necesidad de mantener el Terror. El 9 de mesidor amenazó a los corrompidos: « Los representantes del pueblo, conscientes de los intereses del pueblo y de su propia seguridad, sabrán sacar partido de la victoria exterior, para aplastar dentro a todas las impuras coaliciones o los complots parricidas de algunos hombres que toman su cansancio personal por cansancio del pueblo y su turbada conciencia por la conciencia pública. » El 16 de mesidor, después de la votación de un decreto que ordenaba pasar a cuchillo a las guarniciones enemigas de Condé, Valenciennes, le Quesnoy y Landrecies, si no se rendían a las veinticuatro horas de la intimación, el mismo Barère pronunció una entusiasta apología del Terror, poniendo en guardia contra una prematura clemencia: « Transigid hoy; ellos (los enemigos del interior) os atacarán mañana y os matarán sin piedad. ¡ No! ¡ no! ¡ que perezcan los enemigos! Ya he dicho que sólo no vuelven los muertos. »

Robespierre no se engañó sobre las intenciones de Barère. También él pensaba que debía continuar el Terror hasta que los bienes de los contrarrevolucionarios fuesen por fin distribuidos entre los pobres y las instituciones civiles, para cuya seguridad y establecimiento preparaba un plan Saint-Just. El 23 de mesidor hizo borrar a Dubois-Crancé, de los Jacobinos, invitando a Fouché para que viniera a disculparse. Como Fouché no obedeciera, fué a su vez borrado el 26 de mesidor. Los Comités no sólo rehusaron solidarizarse con los miembros excluidos, sino que les manifestaron cierta hostilidad. Dubois-Crancé fué llamado de su misión en Bretaña el 26 de mesidor. En cuanto a Fouché, que había obtenido el 25 de mesidor un voto de la Convención ordenando a los Comités que en el

plazo más breve presentaran un informe sobre su misión, lo esperó inútilmente.

Los dos Comités se reunieron en sesión plenaria el 4 y el 5 de termidor. Para manifestar, con un acto resonante, su firme voluntad de proseguir el Terror y llevarle hasta sus consecuencias sociales, crearon, por fin, las cuatro Comisiones populares que habían quedado en suspenso, indispensables para poner en vigor las leyes de ventoso sobre la selección de los sospechosos y atribución de sus bienes. La orden, de puño y letra de Barère, es del 4 de termidor. Según Lecointre, con esta prueba habían querido reconciliarse con el triunvirato. Robespierre acudió, en efecto, a la sesión del siguiente día. Hubo mutuas explicaciones. Saint-Just demostró que sólo los agentes del enemigo podían presentar a Robespierre como un dictador, puesto que no dirigía ni el Ejército ni la Hacienda ni la Administración. David apoyó a Saint-Just. Billaud dijo a Robespierre: «Somos amigos tuyos; siempre hemos marchado juntos.» Los miembros sobrevivientes pretenderán, más tarde, que se decidió unir al Comité de Seguridad general la oficina de policía del Comité de Salud pública; pero este hecho no está probado, Saint-Just fué encargado por los dos Comités de presentar a la Convención un informe sobre la situación política con el mandato de defender al Gobierno revolucionario. Billaud y Collot le recomendaron que no hablase del Ser Supremo.

La misma noche, Barère, muy contento por haber obtenido la concordia, anunció a la Convención que sólo gente malévola podía hacer creer en la división y mala inteligencia entre los gobernantes y una variación en los principios revolucionarios. Contó que en días anteriores se habían encontrado pólvoras deterioradas con destino al Ejército, se había intentado forzar la prisión de Bicêtre y multiplicado los sabotajes;

concluyó amenazando : « Pero las medidas que los dos Comités han tomado ayer para que sean juzgados en poco tiempo los detenidos en toda la República, van a entrar en actividad y devolverán a la nación esa seguridad y esa calma imponente, signos de la fuerza de la República consolidada. »

Al día siguiente le replicaba Couthon en los Jacobinos, celebrando « a los hombres ardientes y enérgicos dispuestos a los más grandes sacrificios por la patria » que componían los Comités. « Si ha habido división entre las personas, jamás la hubo sobre los principios. » Y Couthon arrojaba sobre el séquito de los gobernantes el origen de las nubes que intentaba disipar. Esperaba que la Convención aplastaría bien pronto « a las cinco o seis figurillas humanas cuyas manos están llenas de las riquezas de la República y repugnan por la sangre de los inocentes que han inmolado ». Se dolía, sin embargo, del envío al ejército del Norte de una parte de las compañías de artilleros de guarnición en París y manifestaba sus temores respecto a la Escuela de Marte. Pero Lebas lo tranquilizó.

Hay que creer, sin embargo, que no todos habían desarmado en ambos campos, y que las palabras de Barère y Couthon fueron desobedecidas. Un jefe de la oficina de Guerra, Sijas, no cesaba de denunciar a los jacobinos al comisario de movimiento de los ejércitos, Pille, quien — según Sijas — empleaba aristócratas, devolvía a sus puestos a los generales destituidos, desguarnecía a París de sus artilleros y procedía de un modo misterioso. Pille era el hombre de confianza de Carnot. Las palabras de Sijas encontraban eco. El 6 de termidor se gritó a la puerta de la Convención : « ¡ Hace falta un 31 de mayo ! » Al día siguiente Barère alabó a Robespierre por haber censurado a los jacobinos esos gritos sediciosos. Pero eso no impidió que los jacobinos presentasen el mismo día a la Convención

una petición para denunciar a Pille y los Indulgentes que querían asesinar a los patriotas. Pedían que se hiciera justicia con los traidores y bribones y con un cierto Magenthies que había pedido, para ridiculizar el decreto sobre el Ser Supremo, la pena de muerte para los que manchasen a la Divinidad con un juramento. Para contentar a los jacobinos ¿iban los Comités a destituir a Pille y entregar las cabezas de los diputados corrompidos que Couthon y Robespierre no cesaban de reclamar desde hacía dos meses? En la misma sesión del 7 de termidor, Dubois-Crancé se había justificado, e invitado a Robespierre para que reconociera su error. La Convención decidió que los Comités dieran su informe en el plazo de tres días. Robespierre estaba, pues, forzado a salir de los Jacobinos para ir a explicarse ante la Asamblea.

¿Se había adherido Robespierre, durante la sesión plenaria del 5 de termidor, al programa de reconciliación formulado por Barère y aceptado, según parece, por Saint-Just y Couthon? La duda está permitida. Sus agravios no quedaban satisfechos. Quería arrancar la dirección de la guerra a Carnot, que no había puesto en ejecución el decreto del 7 de pradiel prohibiendo hacer prisioneros ingleses y hannoverianos, y que estaba rodeado por un Consejo técnico formado por aristócratas. Veía, como Sijas, en el alejamiento de una parte de los artilleros de París, una oscura maniobra dirigida contra el Ayuntamiento y Hanriot, su más destacada figura. No había perdonado al Comité de Seguridad general, como tampoco a Billaud y Collot, la protección que dispensaban siempre a Fouché y Tallien. En los días precedentes se había gritado en las calles *el importante arresto de Robespierre*, sin que el Comité interviniera. Robespierre acababa de saber por un informe del administrador de policía Faro, que Amar y Voulland habían visitado en su prisión, el 5 de ter-

midor, a los diputados girondinos detenidos, haciéndoles mil cumplidos: «¿Se detiene vuestra correspondencia? ¿Se os rehusan las comodidades de la vida, como cafés, jarabes, chocolate y frutas? ¿Se respeta aquí vuestro carácter?» Al saber que los diputados estaban sometidos al régimen común, Amar derramó lágrimas: «¡Es un afrentoso crimen! Decidnos, queridos colegas, quiénes han envilecido la representación nacional. Serán castigados. El Comité hará justicia.» Sin duda, Amar y Voulland después de haber ordenado que se diese a los diputados un trato de favor, habían vuelto de su acuerdo manteniendo para ellos el trato común; pero Robespierre sospechaba que estaba a punto de formarse una alianza entre sus adversarios de la Montaña y el Marais que le habían sostenido hasta entonces. Y tanto esto como el asunto de Dubois-Crancé le hicieron salir de su silencio.

El 8 de termidor, pues, sin haberse concertado ni aun con Saint-Just y Couthon, quienes, sin duda, le hubieran disuadido, se esforzó en obtener directamente de la Convención la realización de su programa integral. Después de haber protestado ampliamente, pero en términos impresionantes, de las calumnias que le presentaban como un dictador animado de perversos designios contra la Asamblea, hizo recaer sobre sus adversarios, los terroristas trocados en Indulgentes, los excesos de la guillotina. «¿Somos nosotros quienes hemos sepultado en los calabozos a los patriotas y mantenido el Terror en tales condiciones? ¡Son los monstruos que hemos acusado!» Afirmó que el Gobierno revolucionario era necesario; pero que no debía atacar rápida y despiadadamente más que a los verdaderos conspiradores. Luego sus calumniadores, que se llamaban Indulgentes y no eran más que bribones, arruinaban al Gobierno revolucionario ante la opinión, atormentando a hombres pacíficos para tener el de-

recho de proteger a los aristócratas : « Se hacía odioso al Tribunal revolucionario para preparar su destrucción. » La emprendía entonces, atrevidamente, con el Comité de Seguridad general y sus empleados, « una horda de bribones, protegidos por Amar y Jagot ». Reprochó a Vadier el asunto de Catalina Théot y pidió no sólo que el Comité sospechoso fuese renovado, sino que en adelante quedase supeditado al Comité de Salud pública. Pero no se conformaba con eso. El mismo Comité de Salud pública debía depurarse. No había hecho respetar el decreto sobre los prisioneros ingleses, había sembrado la división entre los generales y protegido a la aristocracia militar. Esto iba por Carnot. Y el mismo Barère, no obstante sus cumplimientos de los días precedentes, no era dejado aparte : « Se os habla mucho de nuestras victorias, con una ligereza académica que haría creer que no han costado a nuestros héroes ni sangre ni trabajos ; contadas con menos pompa, parecerían más grandes. » La parte diplomática — del dominio de Barère — había sido absolutamente descuidada. Los agentes empleados en el exterior eran traidores. Robespierre reprochaba en seguida a Cambon su mezquino sistema financiero, pródigo y agotador. El decreto sobre la Deuda flotante había creado con justicia numerosos descontentos. Terminaba, por último, desafiando a la horda de bribones que había conseguido dominar.

El efecto producido fué tan profundo que el mismo Lecointre, uno de los bribones denunciados, pidió la impresión del discurso. Con el apoyo de Barère se votó dicha impresión, no obstante unas protestas de Bourdon de l'Oise. Couthon hizo una moción para que fuese enviado a todos los Ayuntamientos. ¿ Iba a triunfar Robespierre ? Sus adversarios recapacitaron. Vadier intentó una explicación sobre Catalina Théot. Después Cambon apasionó fogosamente el debate : « ¡ Antes que

ser deshonrado hablaré a Francia!» Acusó a Robespierre de paralizar a la Convención. Su vehemencia dió ánimos a Billaud, que pidió que el discurso de Robespierre fuese examinado por los Comités antes de ser enviado a los Ayuntamientos. « Si es cierto que no disfrutamos de la libertad de opinión, prefiero que mi cadáver sirva de trono a un ambicioso que hacerme cómplice, con mi silencio, de sus actos.» Había tocado el punto sensible. Panis intimó a Robespierre y a Couthon para que nombrasen a los diputados a quienes acusaban. Robespierre rehusó responder, y se perdió por ello. Todos los que tenían algo que reprocharse se sintieron amenazados. Bentabole y Charlier reclamaron el decreto que ordenaba la impresión del discurso de Robespierre. Barère, ante el cambio de viento, se adaptó a las circunstancias. Reprochó a Robespierre no haber seguido las sesiones del Comité, con lo cual no hubiera escrito su discurso. La Convención informó el envío a los Ayuntamientos. Robespierre ya no tenía mayorías. Había arrojado su casco.

Sin duda la misma noche, en los Jacobinos, donde leyó su discurso, fué acogido con grandes aclamaciones. Sus adversarios Collot y Billaud, que quisieron responderle, fueron recibidos con una silba y tuvieron que abandonar el club al grito de: « ¡Los conspiradores a la guillotina!» Pero los jacobinos no tomaron más determinación que incluir « la conspiración » en el orden del día de sus debates. Robespierre no quería un 31 de mayo. A pesar de su fracaso de la víspera, creía posible recobrar su mayoría. Trataba de mantener la lucha en el terreno parlamentario. No había previsto que desde entonces le sería imposible hablar a la Asamblea.

Las gentes de los Comités fluctuaban a la ventura. A su regreso de los Jacobinos, Billaud y Collot hicieron una violenta escena a Saint-Just; pero todo el resultado de la deliberación, que se prolongó hasta el alba,

fué una proclama firmada por Barère, y en la que se ponía en guardia contra el ascendiente de algunos hombres y la ambición de ciertos jefes militares que no eran designados.

La decisión provino de los corrompidos procónsules a quienes Robespierre amenazaba desde hacía dos meses y que se consideraban perdidos si él triunfaba. Tallien recibió de su amante, que iba a ser conducida ante el Tribunal revolucionario, una carta enloquecida. Con Fouché, realizó esfuerzos para conquistar al Marais. Rechazados al principio por Palasne Champeaux, Boissy d'Anglas y Durand Maillane, que desconfiaban del arrepentimiento de esos terroristas, dieron tales pruebas que obtuvieron éxito en una tercera tentativa. El Marais entregó a Robespierre con la condición de que los de la Montaña le ayudarían a suprimir el Terror. Antes de comenzar la sesión se habían tomado todas las disposiciones, con la complicidad del presidente Collot d'Herbois, para ahogar la voz de Robespierre y sus amigos.

Cuando Saint-Just quiso leer, al comienzo, el hábil discurso que había preparado para que todo recayese sobre Billaud, Collot y Carnot, fué interrumpido violentamente por Tallien quien le acusó de aislarse del Comité, puesto que hablaba en nombre propio. « Pido — dijo entre aplausos repetidos tres veces — que se descorra del todo la cortina. » Billaud evocó en seguida la sesión de la víspera en los Jacobinos y asustó a la Asamblea con un nuevo 31 de mayo que provocara su degüello. Acusó a Robespierre de proteger a los hebertistas, los dantonistas, los nobles y los bribones; de perseguir a los patriotas; de ser el único autor del decreto del 22 de pradiel; en una palabra: de ser un tirano. ¡Perezcan los tiranos! — repitió el coro —. Robespierre quiso responder. Collot le rehusó la palabra, que concedió a Tallien. Este blandió su puñal contra

el nuevo Cromwell y los que lo rodeaban, pidiendo el arresto de sus adictos. Se votó el de Hanriot, Boulangier, Dufresse y Dumas. Barère hizo suprimir la función de comandante en jefe de la Guardia Nacional. Una nueva tentativa de Robespierre para responder fué ahogada por la campanilla de Thuriot, que ocupó la presidencia después de Collot. Louchet y Loseau pidieron la detención del « dominador ». El menor de los Robespierre pidió compartir la suerte de su hermano. Se decretó el arresto de Couthon, Saint-Just y los dos Robespierre. Lebas reclamó el honor de figurar en la proscripción, lo que le fué concedido. « La República está perdida — dijo Robespierre al descender de la barra — ; triunfan los bandidos. »

Eran las cinco de la tarde. Todo, sin embargo, no estaba resuelto. Con un movimiento espontáneo, el Ayuntamiento y Hanriot se rebelaron, tocaron a generala, convocaron a los secciones, invitándolas a llevar sus artilleros ante la Casa-Ayuntamiento para defender la libertad y la patria. Escuchando únicamente a su bravura, Hanriot, con un puñado de gendarmes, intentó a las cinco y media librar a los diputados detenidos. Forzó las puertas del local del Comité de Seguridad general; pero rodeado en seguida, fué agarrotado ante los ojos de los mismos que quería librar. Incidente enojoso para el desarrollo de los acontecimientos. Robespierre y sus amigos creyeron que la insurrección, privada de su jefe, no tenía esperanzas de éxito. Desde entonces pusieron su esperanza en el Tribunal revolucionario, y cuando partieron, cada uno para distinta prisión, se habían resignado con su suerte.

El movimiento, sin embargo, crecía de hora en hora. Los artilleros de las secciones se agrupaban, con sus piezas, en la Grève. Los Comités civiles y revolucionarios de las secciones obreras del Este y el Sur y de las secciones artesanas del centro, prestaron el juramento.

Los jacobinos se reunían entrando en contacto con el Ayuntamiento. Hacia las ocho de la noche, el enérgico Coffinhal, con una parte de los artilleros, marchó a la Convención, libertando a Hanriot y arrastrando incluso a la guardia de la Asamblea. Hubiera podido terminar la jornada apoderándose tranquilamente de los miembros de los Comités que huían. « Ciudadanos — exclamó Collot que presidía —, he aquí el momento de morir en nuestro puesto. » Pero Coffinhal no terminó su victoria. Se limitó a llevar triunfalmente a Hanriot hasta el Ayuntamiento.

La Convención respiró. Se apresuró a encargar a Barras que le procurase fuerza armada, y éste, auxiliado por otros seis diputados, dió el alerta a las secciones moderadas. Llamados por sus emisarios, los comerciantes, los banqueros de la sección Le Pelletier, los agiotistas del Palais-Royal y los ricos burgueses de las secciones del Oeste acudieron alrededor de la Convención. Y lo mismo los restos del hebertismo y el dantonismo, enrolados por los dos Bourdon, Tallien, Rovère y Fréron. Pero era preciso tiempo para reunir esas tropas dispersas y heterogéneas. Y entretanto, Barrère puso fuera de la ley a los rebeldes del Ayuntamiento y a todos los que se habían sustraído a la orden de arresto dada por los Comités. Descontaba que esta terrible medida helaría de espanto a los tímidos y paralizaría la insurrección. No se engañaba.

Después del golpe de mano de Coffinhal, la insurrección vacilaba. El Ayuntamiento quería visiblemente confiar su dirección a los diputados proscritos. Pero éstos, libertados uno tras otro por la policía, no se apresuraban a obrar. El mayor de los Robespierre rehusó primeramente ir a la Alcaldía. Couthon quería permanecer en la cárcel y no salió hasta después de media noche. Sólo el menor de los Robespierre fué desde el primer momento a la sesión del Ayuntamiento a quien

dirigió una arenga. Cuando su hermano conoció el decreto colocándolos fuera de la ley, imitó su actitud. Se sentó con los otros diputados en el Comité ejecutivo creado por el Ayuntamiento. Lebas dirigió una carta al comandante del campo de Sablons. Robespierre firmó un llamamiento para la sección de Piques. Algunos municipales fueron a las secciones para mantenerlas fieles al Ayuntamiento. Se tomó el acuerdo de la detención de los más principales miembros de los Comités. Pero ya era tarde. Cansados de esperar en vano, los artilleros y la Guardia Nacional, trabajados por los agentes de Barras, se habían ido retirando poco a poco. La plaza de la Grève estaba medio vacía. Era preciso pensar en defenderse, más que en atacar. Para impedir las defecaciones, el Ayuntamiento hizo iluminar a medianoche la fachada del edificio.

Barras vacilaba en marchar. Hacia las dos de la mañana se decidió. Un traidor acababa de comunicarle la contraseña dada por Hanriot. Las tropas convencionales se dividieron en dos columnas; la de la izquierda, dirigida por Leonardo Bourdon y aumentada con el batallón de Gravilliers, se introdujo por sorpresa, gracias a la consigna y a los gritos de ¡Viva Robespierre!, hasta la sala donde estaba el Comité de ejecución. Robespierre y Couthon se disponían a escribir una proclama a los ejércitos. El menor de los Robespierre se arrojó por una ventana, siendo recogido con una pierna rota. Lebas se suicidó de un tiro. Maximiliano Robespierre intentó lo mismo y se rompió la mandíbula inferior. Los sobrevivientes, en número de 22, con sólo comprobar su identidad fueron conducidos al suplicio al día siguiente. El 11 de termidor se guillotizó de modo tan sumario a 70 miembros del Ayuntamiento.

Parece ser que el pueblo de París, incluso en los barrios populares, no apoyó con decisión al Ayuntamiento. Los artesanos se quejaban de la carestía de la

vida. Los obreros de las manufacturas de armas estaban en efervescencia desde hacía varios días. El Ayuntamiento había proclamado, el 5 de termidor, un máximo de jornadas que había causado general descontento entre los asalariados. La misma mañana del 9 de termidor, los albañiles y canteros de la sección de la Unidad hablaban de cesar en el trabajo, y esa sección, hebertista en otro tiempo, se decidió por la Convención. Hacia las cuatro de la tarde se agruparon los obreros en la Grève para pedir la modificación del máximo. Aunque el Ayuntamiento, hacia las ocho de la noche, quiso hacer recaer la responsabilidad de la tarifa sobre « Barère, que pertenece sucesivamente a todas las facciones y ha hecho fijar el precio de los jornales para que los obreros perezcan de hambre », no dispó las prevenciones, y cuando los municipales fueron conducidos al suplicio, escucharon a su paso el grito de « ¡ trágate el máximo ! »

¡ Trágica ironía ! Robespierre y su partido perecían en gran parte por haber querido que el Terror sirviera para una nueva convulsión de la propiedad. La República igualitaria que querían instaurar con las leyes de ventoso, sin ricos ni pobres, fué herida de muerte con ellos. Los inconsistentes descamisados echaron de menos bien pronto el « ¡ trágate el máximo !... » En vano se levantaron para conseguir que se restableciera.

De momento no comprendió la importancia de la victoria de los terroristas de presa unidos al Marais, más que aquella parte inteligente de la pequeña burguesía y los artesanos que Robespierre había incorporado a los asuntos y dominaba en un número de clubs y administraciones revolucionarias. Allí fué profundo el dolor. Se advierte hasta en las confesiones de los termidorianos. Thibaudeau, el futuro prefecto del Imperio, nos dice que las autoridades de su departamento (Vienne) detuvieron en un principio la circula-

ción de su comunicado sobre el 9 de termidor. Laignot escribió al Comité, desde Laval, el 21 de termidor que el genio maléfico del tirano aun sobrevivía : « Está asombrado, pero no destruido. En las sociedades populares, todos los jefes estaban por Robespierre. » En Nevers, las personas llegadas de París y que anunciaron la caída de Robespierre, fueron puestas en prisión. En Arras, en Nimes, cuando se supo el arresto de Robespierre, los clubs propusieron armarse para volar en su auxilio. Muchos patriotas, desesperados, se dieron la muerte (en París, el grabador Mauclair ; en Nimes, el juez Boudon, etc.).

Pero los termidorianos mantuvieron el Terror en provecho propio. Sacaron de las prisiones a sus partidarios y amontonaron en ellas a los robespierristas. Al desencadenar la reacción, tienen que ir más allá de donde hubieran querido. Muchos, entre ellos, se arrepentirán, en el crepúsculo de su vida, de su participación en el 9 de termidor. En Robespierre habían matado por un siglo la República democrática.

Hija de la guerra y de sus sufrimientos, arrojada a la fuerza a un Terror contrario a sus principios, esa República, no obstante sus prodigios, no era en el fondo más que un accidente. Apoyada en una base cada vez más estrecha, no fué comprendida incluso por aquellos que quería incorporar a su vida. Había necesitado el misticismo ardiente de sus autores, su energía sobrehumana para que durase hasta obtener la victoria en el exterior. No se borran veinte siglos de monarquía y esclavitud en algunos meses. Las leyes más rigurosas son impotentes para cambiar de un solo golpe la naturaleza humana y el orden social. Robespierre, Couthon y Saint-Just, que querían prolongar la dictadura para crear instituciones civiles y destruir el imperio de la riqueza, lo comprendían bien. Sólo lo hubieran conseguido reuniendo en ellos solos toda la

dictadura. Pero la intransigencia de Robespierre al romper con sus colegas del Gobierno en el momento preciso en que éstos le hacían concesiones, bastó para derrumbar un edificio suspendido sobre el vacío de las leyes. Ejemplo memorable de los límites de la voluntad humana en su lucha con la resistencia de las cosas.

ILUSTRACIONES

ILUSTRACIONES



Madame Roland
(Fot. Stodtner)



Camilo Desmoulin y su familia : cuadro de la escuela de David,
en el Museo de Versalles

(Fot. Giraudon)



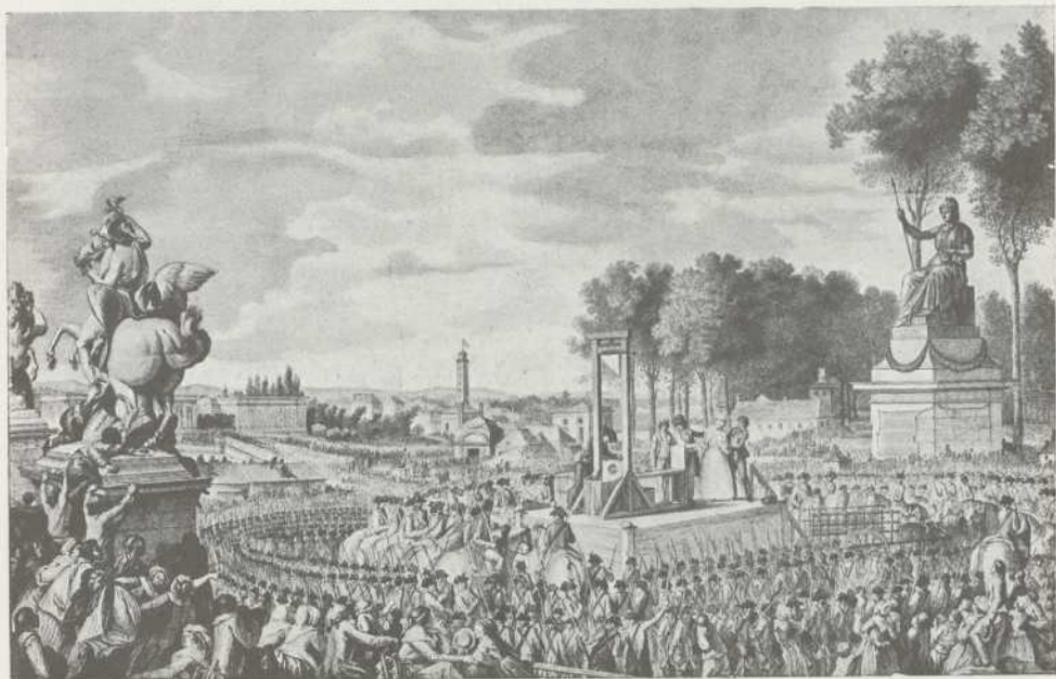
Batalla de Hondchoote, el 7 de septiembre de 1793
(Fol. Stodtner)



Luis XVI despidiéndose de su familia
 (Fol. Stodtner)



Luis XVI ante el cadalso
(Fot. Stoedtner)



Ejecución de María Antonieta
(Fot. Giraudon)



Danton
(Fol. Stoedtner)



El general Dumouriez
(Fot. Stodtner)



Batalla de Fleurus
(Fol. Stoedtner)



Clausura del club de los Jacobinos, el 28 de junio de 1794
(Fot. Stoedtner)



Robespierre
(Fot. Stoedtner)



Camilo Desmoulins
(Fot. Stuedtner)



Girondinos camino del cadalso
(Fot. Stoedtner)



Paso del Rhin, por los franceses, en 1795
(Fot. Stœdtner)



Muerte del general Marceau
(Fot, Stoedtner)



Culto al Ser Supremo
(Fol. Stuedtner)

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

- | | |
|---|---------------------------|
| 1. Introducción al estudio de la Química experimental (2. ^a ed.) | R. BLOCHMANN |
| 2. Introducción al estudio de la Botánica (2. ^a edición) | A. HANSEN |
| 3. Teoría general del Estado (3. ^a ed.) | O. G. FISCHBACH |
| 4. Mitología griega y romana (4. ^a ed.) | H. STEUDING |
| 5-6. Introducción al Derecho hispánico (2. ^a ed.) | J. MONEVA |
| 7. Economía política (3. ^a ed.) | C. J. FUCHS |
| 8. Tendencias políticas en Europa en el siglo XIX (2. ^a ed.) | HEIGEL-ÉNDRES |
| 9. Historia del Imperio bizantino (2. ^a ed.) | K. ROTH |
| 10. Astronomía (3. ^a ed.) | J. COMAS SOLÁ |
| 11. Introducción a la Química inorgánica (2. ^a edición) | B. BAVINK |
| 12. La escritura y el libro (3. ^a ed.) | O. WEISE |
| 13. Los grandes pensadores (3. ^a ed.) | O. COHN |
| 14. Los pintores impresionistas (2. ^a ed.) | BÉLA LÁZÁR |
| 15. Compendio de Armonía (3. ^a ed.) | H. SCHOLZ |
| 16-17. Gramática castellana (2. ^a ed.) | J. MONEVA |
| 18. Hacienda pública, I: Parte general (3. ^a ed.) | VAN DER BORGH |
| 19-20. Hacienda pública, II: Parte especial (3. ^a ed.) | VAN DER BORGH |
| 21. Cultura del Renacimiento (3. ^a ed.) | R. F. ARNOLD |
| 22. Geografía física (3. ^a ed.) | S. GÜNTHER |
| 23-24. Etnografía (2. ^a ed.) | M. HABERLANDT |
| 25. Las Antiguas civilizaciones del Asia Menor | FELIX SARTIAUX |
| 26. Totemismo | MAURICE BESSON |
| 27. Concepción del Universo, según los grandes filósofos modernos (3. ^a ed.) | L. BUSSE |
| 28. La poesía homérica (2. ^a ed.) | G. FINSLER |
| 29. Vida de los héroes: Ideales de la Edad Media, I (2. ^a ed.) | V. VEDEL |
| 30. Historia de la Literatura italiana (2. ^a ed.) | K. VOSSLER |
| 31. Antropología (2. ^a ed.) | R. R. MARETT |
| 32-33. Zoología, I: Invertebrados (2. ^a ed.) | L. BÖHMIG |
| 34. Meteorología (2. ^a ed.) | J. M. LORENTE |
| 35-36. Aritmética y Álgebra (3. ^a ed.) | P. CRANTZ |
| 37. La educación activa (4. ^a ed.) | J. MALLART CUTÓ |
| 38. Islamismo (3. ^a ed.) | S. MARGOLIOUTH |
| 39. Gramática latina (2. ^a ed.) | W. VOTSCH |
| 40. Kant (2. ^a ed.) | O. KÜLPE |
| 41. Prehistoria, I: Edad de la piedra (2. ^a ed.) | M. HOERNES |
| 42-43. Historia de los Estilos artísticos (3. ^a ed.) | K. HARTMANN |
| 44. Introducción a la Química general (2. ^a ed.) | B. BAVINK |
| 45. Trigonometría plana y esférica (3. ^a ed.) | G. ESSENBERG |
| 46-47. Física teórica, I: Mecánica. Acústica. Luz. Calor (2. ^a ed.) | C. JÄGER |
| 48. Psicología aplicada (3. ^a ed.) | TH. ERISMANN |
| 49-50. Historia de la Literatura inglesa (2. ^a ed.) | A. M. SCHRÖER |
| 51. Los Rusos | G. K. LOUKOMSKI |
| 52. Los Negros | M. DELAFOSSÉ |
| 53. Orientación profesional | A. CHLEUSEBAIRGUE |
| 54-55. Geología, I: Volcanes. Estructura de las montañas. Temblores de tierra (3. ^a ed.) | F. FRECH |
| 56. Historia de la Geografía (2. ^a ed.) | C. KRETSCHMER |
| 57-58. Historia del Derecho romano, I (2. ^a ed.) | R. VON MAYR |
| 59. Grafología (2. ^a ed.) | MATILDE RAS |
| 60. Derecho internacional público (2. ^a ed.) | TH. NIEMEYER |
| 61-62. Historia de las Artes industriales, I: Antigüedad y Edad Media (2. ^a ed.) | G. LEHNERT |
| 63. El Teatro (2. ^a ed.) | CHR. GAEHDE |
| 64-65. Historia de la Economía, I: Antigüedad y Edad Media (2. ^a ed.) | O. NEURATH y H. SIEVERING |

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

- | | | |
|----------|---|-----------------------------|
| 66. | Introducción a la Ciencia (3. ^a ed.) | J. A. THOMSON |
| 67. | | |
| 68. | Compendio de instrumentación (2. ^a ed.) | H. REIMANN |
| 69. | Historia de la España musulmana (3. ^a edición) | A. G. PALENCIA
L. GERBER |
| 70. | Historia de Inglaterra (2. ^a ed.) | SIR C. P. ILBERT |
| 71. | El Parlamento (2. ^a ed.) | L. MÜFFELMANN |
| 72. | Orientación de la clase media (2. ^a ed.) | A. L. MAYER |
| 73-74. | La Pintura española (3. ^a ed.) | G. DE REPARAZ |
| 75. | La era de los grandes descubrimientos | F. STAUDINGER |
| 76. | Cooperativas de consumo (2. ^a ed.) | S. KONOW |
| 77. | India (2. ^a ed.) | H. STEGMANN |
| 78-79. | La escultura de Occidente (2. ^a ed.) | M. HOERNES |
| 80. | Prehistoria, II : Edad del bronce (3. ^a ed.) | E. VON ASTER |
| 81. | Introducción a la Psicología (3. ^a ed.) | K. ROTH |
| 82. | Cultura del Imperio bizantino (2. ^a ed.) | ZABALA LERA |
| 83-84. | España bajo los Borbones (3. ^a ed.) | R. SEYFFERT |
| 85. | Prácticas escolares (3. ^a ed.) | J. RÁFOLS |
| 86. | Techumbres y artesanados españoles (2. ^a edición) | F. FRECH |
| 87-88. | Geología, II : Ríos y mares (2. ^a ed.) | R. STERNFELD |
| 89-90. | Historia de Francia (2. ^a ed.) | E. SEHLING |
| 91. | Derecho canónico (2. ^a ed.) | W. SCHMIDT |
| 92-93. | Geografía económica (4. ^a ed.) | H. KOCH |
| 94. | Arte romano (2. ^a ed.) | A. CHLEUSEBAIRGUE |
| 95-96. | Psicología del trabajo profesional (2. ^a ed.) | P. OSWALD |
| 97. | Geografía de Bélgica (2. ^a ed.) | A. GUDEMANN |
| 98-99. | Historia de la Literatura latina (2. ^a ed.) | AHLENSTIEL-ENGEL |
| 100. | Arte árabe (2. ^a ed.) | R. VON MAYR |
| 101-102. | Historia del Derecho romano, II (2. ^a ed.) | E. SCHEU |
| 103. | Geografía de Francia | VAN DER BORGH |
| 104. | Política económica (2. ^a ed.) | V. VEDEL |
| 105. | Romántica caballeresea : Ideales de la Edad Media, II (2. ^a ed.) | A. MESSER |
| 106-107. | Historia de la Pedagogía (3. ^a ed.) | F. POULSEN |
| 108. | Artes decorativas en la Antigüedad | R. GAUPP |
| 109. | Psicología del niño (4. ^a ed.) | P. ORSI |
| 110-111. | Historia de Italia (2. ^a ed.) | K. SACHS |
| 112. | La Música en la Antigüedad (2. ^a ed.) | B. BAVINK |
| 113. | Química orgánica (2. ^a ed.) | J. GROSS |
| 114. | Zoología, II : Insectos (2. ^a ed.) | M. HOERNES |
| 115. | Prehistoria, III : Edad del hierro (2. ^a ed.) | F. TONNIES |
| 116. | Desarrollo de la cuestión social (2. ^a ed.) | R. LANG |
| 117-118. | Física experimental, I (2. ^a ed.) | M. KOCH |
| 119-120. | Historia de la Literatura alemana | M. WENTSCHER |
| 121. | Teoría del conocimiento | A. MESSER |
| 122. | Fundamentos filosóficos de la Pedagogía (2. ^a ed.) | F. DE FIGUEIREDO |
| 123-124. | Historia de la Literatura portuguesa | O. HÜVER |
| 125. | Arte indio | E. LÓPEZ CHAVARRI |
| 126. | Música popular española | E. IBARRA |
| 127-128. | España bajo los Austrias (2. ^a ed.) | G. MAHLER |
| 129. | Geometría del plano | R. GLASER |
| 130. | Geometría del espacio | S. MINGUIJÓN |
| 131-132. | Historia del Derecho español (2. ^a ed.) | F. J. HOBHOUSE |
| 133. | Liberalismo | M. G. SCHMIDT |
| 134. | Historia del Comercio mundial | R. BRAUNS |
| 135. | Mineralogía (2. ^a ed.) | G. JAGER |
| 136-137. | Física teórica, II (2. ^a ed.) | H. WIELEITNER |
| 138-139. | Historia de las Matemáticas (2. ^a ed.) | J. MAÑAS Y BONVI |
| 140-141. | Física general | W. BRUNS |
| 142. | Petrografía (2. ^a ed.) | H. RIEMANN |
| 143. | Bajo cifrado (Armonía práctica al piano) | L. M. ECHEVERRÍA |
| 144-146. | Geografía de España (2. ^a ed.) | W. A. LAY |
| 147. | Pedagogía experimental (3. ^a ed.) | G. GREIM |
| 148. | Geografía de Italia | W. KOLL |
| 149. | Historia de la Filología clásica | |

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

- | | |
|--|------------------|
| 150. Reducción al plano de la partitura de orquesta (2. ^a ed.) | H. RIEMANN |
| 151. Historia de la antigua literatura latino-cristiana | A. GUDEMANN |
| 152-153. Derecho político general y constitucional comparado (2. ^a ed.) | G. FISCHBACH |
| 154. Historia del Antiguo Oriente (2. ^a ed.) | ERICH EBELING. |
| 155-156. La orquesta moderna (2. ^a ed.) | FR. VOLBACH |
| 157. Bergson (2. ^a ed.) | EDUARDO LE ROY |
| 158. Europa medieval (2. ^a ed.) | H. W. C. DAVIS |
| 159-160. Marfiles y azabaches españoles | J. FERRANDIS |
| 161. | |
| 162. Fraseo musical (2. ^a ed.) | H. RIEMANN |
| 163. La Escuela (2. ^a ed.) | J. J. FINDLAY |
| 164-165. Historia de la Literatura arábigo-española. | A. G. PALENCIA |
| 166. Los animales prehistóricos | O. ABEL |
| 167-168. Geometría descriptiva | R. HAUSSNER |
| 169. Los animales parásitos | E. F. GALIANO |
| 170. Introducción al estudio de la Zoología ... | F. G. DEL CID |
| 171. Geografía del Mediterráneo griego | O. MAULL |
| 172. Teoría general de la Música (2. ^a ed.) ... | H. RIEMANN |
| 173. Dictado musical | H. RIEMANN |
| 174. Países polares | H. RUDOLPHI |
| 175. Lógica (3. ^a ed.) | J. GRAU |
| 176. Los problemas de la Filosofía (2. ^a ed.) ... | B. RUSSELL |
| 177. Filosofía medieval | M. GRABMANN |
| 178. El alma del educador (2. ^a ed.) | KERSCHENSTEINER |
| 179. El desenvolvimiento del niño (2. ^a ed.) ... | D. BARNÉS |
| 180-181. La escultura moderna y contemporánea .. | A. HEILMEYER |
| 182. Manual del pianista (2. ^a ed.) | H. RIEMANN |
| 183. Citología y anatomía de las plantas | H. MIEHE |
| 184. Orígenes del régimen constitucional en España | M. F. ALMAGRO |
| 185. El Crédito y la Banca | W. LEXIS |
| 186. Estadística (2. ^a ed.) | S. SCHOTT |
| 187-188. Psiquiatría forense | W. WEYGANDT |
| 189-190. Arqueología española | J. R. MÉLIDA |
| 191. Los animales marinos | E. RIOJA |
| 192-194. Paleografía española, I - II | A. M. MILLARES |
| 195. Geografía del Japón | F. W. LEHMANN |
| 196. Geografía política | A. DIX |
| 197. La vida en las aguas dulces | C. ARÉVALO |
| 198. Direcciones contemporáneas del pensamiento jurídico (2. ^a ed.) | L. RECASÉNS |
| 199-200. Geobotánica | E. H. DEL VILLAR |
| 201. | |
| 202. El Comercio | W. LEXIS |
| 203. Ética | J. B. MOORE |
| 204. Higiene escolar (3. ^a ed.) | L. BURGERSTEIN |
| 205. Manual del Organista | H. RIEMANN |
| 206. Historia de Portugal | A. SERGIO |
| 207-208. Historia de la Literatura rusa | A. BRUCKNER |
| 209-210. La Arquitectura de Occidente | K. SCHÄFER |
| 211-212. Composición musical | H. RIEMANN |
| 213. Geografía de Suiza | H. WALSER |
| 214. Geografía de las Islas Británicas | J. MOSCHELES |
| 215. | |
| 216-217. Los fundamentos de la Biología | E. F. GALIANO |
| 218. Introducción a la Bioquímica | W. LÖB |
| 219-220. Teoría y práctica de la Contabilidad ... | F. H. DEL VALLE |
| 221-222. Arte Italiano | A. VENTURI |
| 223-224. La Edad Media en la Corona de Aragón .. | A. GIMÉNEZ SOLER |
| 225. Introducción a la Psicología experimental .. | N. BRÄUNSHAUSEN |
| 226-227. Introducción a la Ciencia del Derecho ... | TH. STERNBERG |
| 228. Aristóteles | F. BRENTANO |
| 229. Fuga | S. KREHL |
| 230. Contrapunto | S. KREHL |

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

231. Federico Froebel	J. PRÜFER
232. Economía y Política agraria (2.ª ed.)	W. WYGODZINSKI
233. Países bálticos	M. FRIEDERICHSEN
234. Oceanografía física	G. SCHOTT
235-238. Historia de las Ideas políticas, I - II (2.ª ed.)	R. G. GETTELL
239. Los Idearios políticos de la actualidad ...	H. HELLER
240. Santo Tomás de Aquino	M. GRABMANN
241. La Psicología contemporánea (2.ª ed.)	J. V. VIQUEIRA
242. La Enseñanza científico-natural	KERSCHENSTEINER
243. La educación de la adolescencia (2.ª ed.) ..	D. BARNES
244-245. Historia de la Música (2.ª ed.)	H. RIEMANN
246. Historia de Rusia	A. MARKOFF
247. Instituciones romanas	L. BLOCH
248. Organización del Comercio exterior	R. MICHELS
249. Despoblación y colonización	S. AZNAR
250-252. Geografía de la Rusia soviética, I - II ...	E. F. LESGAT
253-254. Países escandinavos	H. KERP
255-256. Derecho mercantil comparado (2.ª ed.) ...	A. VICENTE Y GELLA
257. Metafísica	H. DRIESCH
258-259. Literatura dramática española	A. VALBUENA
260-261. Historia de la Literatura griega	W. NESTLE
262. Las escritoras españolas	M. NELKEN
263. La Pintura alemana	A. L. MAYER
264. Música bizantina	E. WELLESZ
265-266. Armonía y modulación	H. RIEMANN
267-268. Historia de Grecia	J. SWOBODA
269-270. Historia de Roma	J. KOCH
271. Geografía de la Argentina	FRANZ KÜHN
272-273. Geología, III	F. FRECH
274. Morfología y Organografía de las plantas ...	M. NORDHAUSEN
275. Geografía de México	J. GALINDO VILLA
276. Los vertebrados terrestres	L. LOZANO REY
277. Pestalozzi	P. NATOP
278.	
279. Literatura sueca	H. DE BOOR
280. Literatura noruega	H. BEYER
281-282. Arte francés	P. GUINARD
283. Arte sumero-acadio	E. UNGER
284. Música de Oriente	R. LACHMANN
285. Manual de la Melodía	E. TOCH
286. Instituciones griegas	[R. MAISCH y F. POHLHAMMER
287. Los orígenes de la Humanidad	R. VERNEAU
288. Geografía de Bolivia y Perú	W. SIEVERS
289. Geografía de Ecuador, Colombia y Venezuela.	W. SIEVERS
290. Geomorfología	S. PASARGE
291. El Estado fascista en Italia	E. W. ESCHMANN
292. La Industria	W. SOMBART
293. El cuerpo humano	CH. CHAMPY
294. Los microbios	P. G. CHARPENTIER
295. Geografía humana	N. KREBS
296. El espíritu de las ciudades: Ideales de la Edad Media, III	V. VEDEL
297-298. Filosofía natural	F. LIPSIVS-K. SAPPEF
299-300.	
301-302. Filosofía de la Historia	H. SCHNEIDER
303. Juan Federico Herbart	TH. FRITZSCH
304. Vida monástica: Ideales de la Edad Media, IV	V. VEDEL
305. Organización del trabajo intelectual (2.ª edición)	P. CHAVIGNY
306. Historia de Polonia	A. BRANDERBURGER
307. Arte asirio-babilónico	E. UNGER
308. Mitología nórdica	E. MOGK
309. Arte egipcio	H. A. KEES
310. Fundamentos de la Política	H. V. ECKARD
311. Vida económica de los pueblos	F. KRAUSE

INDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

312. La Escuela única	E. WITTE
313. Educación de la mujer contemporánea	V. MIRGUET
314. El Eneaje en España	C. BAROJA
315-316. Historia de las Artes Industriales, II	G. LEHNERT
317-318. Esmaltes españoles	V. JUARISTI
319. La tonadilla escénica	J. SUBIRÁ
320. Heráldica	A. ARMENGOL
321. Geografía de Australia y Nueva Zelanda	G. A. MELON
322. Derecho musulmán	J. LÓPEZ ORTIZ
323. Sociología	L. VON WIESE
324-325. Geografía de la Europa Central, I	F. MACHATSCHKEK
326-327. Geografía de la Europa Central, II	F. MACHATSCHKEK
328-329. Historia de la Colonización, I	G. DE REPARAZ
330. La escuela nueva (2.ª ed.)	L. FILEO
331. Anormalidades mentales y educabilidad difi- cíl de niños y jóvenes	ERICH STERN
332. Historia de la Química	HUGO BAUER
333. Psicotecnía	FRITZ GIESE
334-335. Arqueología clásica	J. RAMÓN MÉLIDA
336-337. Historia de la Arquitectura española	ANDRÉS CALZADA
338. Cerámica española	M. GONZÁLEZ MARTÍ
339. Psicología del delincuente	P. POLLITZ
340-341. Física experimental, II	R. LANG-B. CABRERA
342. Derecho administrativo	LUDWIG SPIEGEL
343-344. Derecho civil	P. OERTMANN
345. Doctrina social católica	CUERVO-ARTAJO
346. La situación espiritual de nuestro tiempo	KARL JASPERS
347. Historia de la Colonización, II	G. DE REPARAZ
348. Historia de Suiza	ANTON LARGIADÉR
349.	
350. Nacionalsozialismo	J. BENEYTO
351. La herencia biológica	G. JUST
352-353. Historia de la Física	A. KRISTNER
354. Educación cívica	G. KERSCHENSTEINER
355. Práctica de la orientación profesional	A. CHLUSEBAIRGUE
356-357. Los ornamentos sagrados en España	A. P. VILLANUEVA
358-359. Historia del grabado	F. ESTEVE BOTY
360. Estética	P. CHALLAYE
361-362. Historia de la Filosofía	E. V. ASTER
363-364. Rogerio Bacon	A. AGUIRRE
365. Pedagogía sistemática	W. FLITNER
366. Psicología pedagógica	O. KLEMM
367-368. Los orígenes neolatinos	SAVI-LÓPEZ
369-370. Historia del Arte ruso	V. NICOLSKY
371-372. Historia del Arte hispano-americano	MIGUEL SOLÁ
373-375. La Revolución Francesa, I - II - III	A. MATHIEZ
376-377. La Riqueza	EDWIN CANNAN
378-379. La Economía nueva	MAURICE COLBOURNE
380. Teoría económica de las explotaciones	K. MELLEROVICZ
381-382. Filosofía moral	FÉLICIEN CHALLAVE
383. Introducción a la Lógica moderna	DAVID GARCÍA
384-385. Derecho español del Trabajo	A. GALLART
386. Teoría del proceso	J. GOLDSCHMIDT
387-388. Derecho internacional privado	M. WOLFF
389. La Ley, de Santo Tomás de Aquino	C. FERNÁNDEZ ALVAR
390. Metodología de las ciencias	FÉLICIEN CHALLAVE
391-392. Arte precolombiano	MIGUEL SOLÁ
393. Los Incas	A. CAPDEVILA
394. Un milenio de vida griega antigua	E. BETHE
395-396. Introducción al estudio de la Historia	E. BERNHEIM
397. Teoría y prácticas ornamentales	F. PÉREZ DOLZ
398. Filosofía del Derecho	M. E. MAYER
399-400. Introducción a la Ciencia financiera	K. ENGLIS
401-402. La Poesía lírica española	G. DÍAZ - PLAJA
403. Los mayas	M. SOTO-HALL

NUEVOS VOLÚMENES EN PREPARACIÓN



219008

Amiez : La Revolución Francesa, III

375